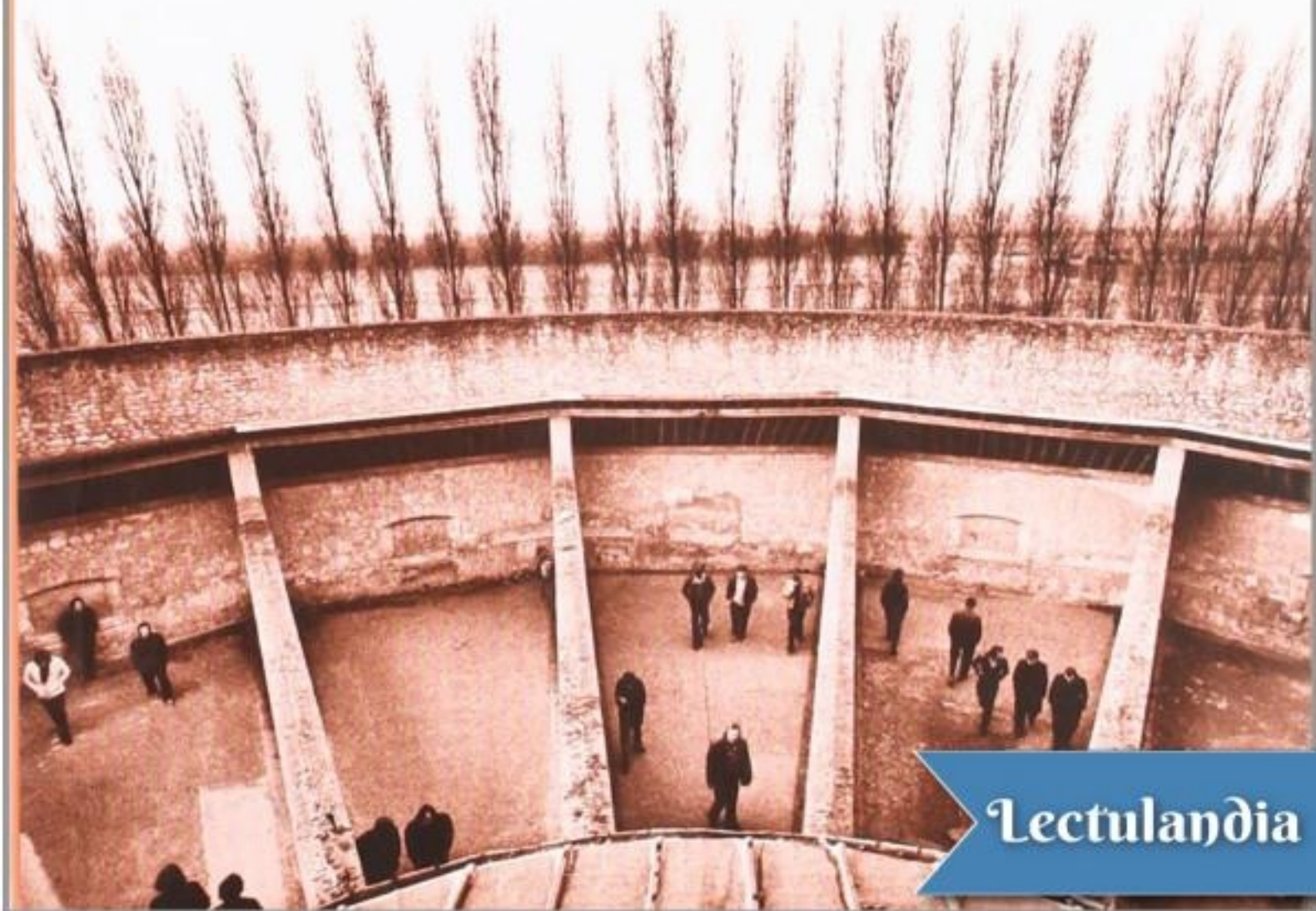




Edward Bunker

LA FÁBRICA DE ANIMALES

Traducción de Laura Sales Gutiérrez



Lectulandia

Ron Decker acaba con sus huesos en la temible prisión de San Quintín tras su primera detención por «vender droga como si tuviese licencia». Allí, en la fábrica de animales, donde los conflictos raciales y las peleas entre bandas están al orden del día, el novato Ron aprenderá muy pronto que para sobrevivir hay que estar dispuesto a todo.

Su maestro en el infierno carcelario será Earl Coppen, uno de los tipos más duros y respetados de San Quintín, con quien entablará una improbable amistad forjada en largas conversaciones ajenas a la jerga carcelaria.

«La fábrica de animales» es una crítica demoledora a la deshumanización de la vida en prisión escrita sin concesiones por alguien que estuvo dentro más de veinticinco años.

Lectulandia

Edward Bunker

La fábrica de animales

ePub r1.0

Ablewhite 08.02.2018

Título original: *The animal factory*
Edward Bunker, 1977
Traducción: Laura Sales Gutierrez

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mis hermanos: los de dentro y los de fuera.
Ellos ya saben quiénes son.

El alba perfilaba una tenue línea amarillenta sobre la baja línea del horizonte de los edificios de la ciudad. Los presos, casi quinientos, empezaron a salir por la puerta de seguridad. Los arrastraban como ganado hacia el aparcamiento, donde los esperaba una flota de autobuses blancos y negros, con ventanas enrejadas y el asiento delantero separado por unos gruesos barrotes. El aire emanaba los efluvios acres del gasóleo y el hedor de la basura en putrefacción. La horda de convictos, más de la mitad negros o chicanos, marchaba de dos en dos, encadenada en grupos de seis, y avanzaba en masa hacia cada autobús; parecían ciempiés con forma humana. Por todas partes había agentes de policía, vestidos con uniformes bien planchados; subieron tres a cada autobús, y los demás se quedaron allí, con sus voluminosas pistolas Magnum Python de calibre 357 en la mano. Otros sostenían escopetas de cañón corto.

Pese al hedor, muchos reos inspiraban profundamente, porque llevaban tres horas confinados en celdas de detención de cinco metros, con ventanas por las que no entraba el aire fresco. En cada celda podían meter hasta cincuenta. A sus espaldas, los reos de confianza ya hacían otra barrida en las celdas, de cara al segundo trayecto diario a los juzgados.

Ronald Decker era joven y aún lo parecía más. No tenía un aspecto desaliñado, como casi todos los demás, sino que vestía un pulcro traje de pana que había soportado tres días de trajines: levantarse a las tres y media de la madrugada para ir al juzgado, esperar de pie en una celda, viajar encadenado en el autobús, esperar de nuevo en una mazmorra atestada, junto a la sala del juzgado, recibir un aplazamiento de veinticuatro horas, y volver a la cárcel por la noche. En cuanto se oía el golpe metálico de las puertas, los altavoces empezaban a atronar y hasta medianoche no se podía dormir. Pensó que aquello se acabaría ese mismo día. Su abogado había intentado evitarle la pena de prisión, pero lo habían cazado con un alijo demasiado importante: doscientos kilos de marihuana en un garaje y, encima de la mesa de la cocina, un kilo y cien gramos de cocaína. Con sus artes, o más bien abonando unos sustanciosos honorarios, había convencido al psiquiatra para que escribiera un informe que lo diagnosticaba como un cocainómano que necesitaba tratamiento. Pero daba igual. Y también daba igual que su «buena» familia hubiera persuadido al oficial de la condicional de que le sería de mucho provecho conmutar la pena por un programa de rehabilitación. El fiscal del distrito, que tenía una legión de

subordinados y no distinguía un caso de otros cien, le envió una carta personal al juez pidiendo que dictara una pena de cárcel. El fiscal auxiliar del distrito lo había llamado el «niño prodigio» de los camellos. Al recordarlo, Ron esbozó una sonrisa lánguida. Con veinticinco años cumplidos, ya no era ningún niño.

Los presos subieron al autobús. Un agente acompañaba a los vagabundos, para que, con su paso ebrio y tambaleante, no se tropezaran con las cadenas mientras buscaban un asiento. Ron tenía al lado a un chicano esposado, todavía más joven que él. Ya había advertido que bostezaba y se sorbía la nariz, por culpa del mono, y tan solo esperaba que no acabara vomitando la bilis verde que arrojaban los yonquis cuando tenían el estómago vacío. Llevaba unos pantalones chinos de color *beige* y una camisa de leñador, el uniforme de los barrios latinos del este de Los Ángeles.

Ron y el chicano se pudieron sentar, pero el autobús solo tenía treinta y dos asientos y llevaba a sesenta y un detenidos. El pasillo se llenó.

—¡Venga, cabrones! —gritó un agente—. ¡Para atrás!

—Joder, tío, que no soy una sardina —gritó un negro.

Pero los hacinaron. Una vez Ron vio a unos presos negarse; la policía no tardó en subir al autobús con porras y gas pimienta, y enseguida se terminó la rebelión. Y durante el trayecto, el conductor no cesó de pisar el acelerador para después frenar en seco, y que los reclusos que estaban de pie se golpearan contra los asientos. Al final, se decía que habían acusado a los rebeldes de agredir a un agente de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, un delito grave que podía acarrear hasta diez años de cárcel.

A las seis y veinte de la mañana, el motor resopló y se puso en marcha. Otros autobuses habían empezado a circular también, rumbo a decenas de juzgados en todas las regiones de aquel vasto condado: Santa Mónica, Lancaster, Torrance, Long Beach, y otros lugares más recónditos, como Citrus, Temple City y South Gate. Ningún juzgado citaba antes de las diez de la mañana, pero la policía empezaba antes la jornada. Además, aún tenían que llevar a otros quinientos a los juzgados del centro de Los Angeles.

Dentro del autobús reinaba un ambiente de cierta frivolidad. Circular por la autopista a aquella hora y ver cómo se iban llenando las carreteras era todo un acontecimiento. Entre los pasajeros encadenados, algunos (sobre todo los borrachos) contemplaban ensimismados el paisaje, mientras que otros lo observaban todo con avidez. Los que se habían sentado junto a una ventana se levantaban cada vez que pasaba zumbando a su lado un automóvil con una conductora; intentaban encontrar el mejor ángulo para atisbar sus muslos desnudos sobre el asiento del coche.

Ron estaba demasiado cansado. Le picaban los ojos y le dolía el estómago, de lo vacío que estaba. Ya era de por sí de constitución delgada, pero después de cuatro meses de comer en la cárcel había perdido casi nueve kilos. Apoyó la cabeza en el asiento, se recostó cuanto le dejaron las cadenas y estiró las piernas en el estrecho espacio que le dejaba el asiento delantero. En medio del barullo, le llamó la atención

un grupo de voces, que por su timbre y su dicción eran claramente de raza negra. Estaban cerca y hablaban alto.

—Mira, colega, te juro que conozco a Cool Breeze. ¡Jo-der con Breeze! Ese puto negrata está *flipao*. Y el tío dice que es chulo... Pero si no se entera. Cogería a la puta más curranta y la metería en un asilo. Yo sí que me lo monto bien, ya te diré yo cómo sacarle a una puta pasta gansa.

Ron esbozó sin querer una sonrisa. Envidiaba la capacidad de los negros para reírse y mentir tan ricamente en aquellas circunstancias. Aunque lo cierto es que habían tenido siglos para perfeccionar aquella habilidad. Era difícil no ponerse nervioso cuando socarronamente se llamaban unos a otros «negrata», como si se odiaran. Y las historias de chulos eran un cliché dentro de la cárcel; todos los negros decían que eran chulos o revolucionarios. «No», se retractó, aquello era una exageración y una falsedad. Era un estereotipo y cayendo en él también se traicionaba a sí mismo. Aun así, los negros que había conocido en la cárcel eran muy distintos a aquellos con los que había trabajado: músicos, auténticos chulos, gente que molaba. La verdad es que la primera vez que entró en una celda se había creído todo lo que le habían contado. Ron nunca mentía sobre sus proezas y, como había ganado bastante dinero, esperaba que los demás se comportaran igual. Pero se había topado con gente incompetente y mentirosa. Ahora iba a entrar en la cárcel. Qué lejos quedaban su apartamento en un rascacielos y su Porsche Carrera.

* * *

La celda de detención del juzgado era el doble de grande que la de la cárcel. En las paredes pintadas, deslucidas por los grafitis, había unos bancos de cemento.

—Bueno, cabrones —bramó un agente mientras los presos salían de una galería y entraban en fila en la sala—. Daos la vuelta, que os quito las cadenas.

A Ron lo desencadenaron de los primeros y enseguida se sentó en un extremo de un banco, a sabiendas de que la mitad tendrían que quedarse de pie o sentarse en el suelo. Cuando los agentes se marcharon, dejando la puerta cerrada, la habitación se llenó rápidamente de humo. El tubo de ventilación del techo era insuficiente, aunque la mayoría de los presos no gorroneaban más que colillas. Varios repartieron cigarrillos y una docena de presos tendieron la mano. Un hombre de rostro enrojecido, de unos cincuenta años, con una camisa de cuadros y botas, repartió cigarrillos a manos llenas y empleó su magnificencia como excusa para contar sus penas.

—Me han caído sesenta días por conducir borracho, pero me dijeron que si no reincidía no tenía que ir al trullo. Pero me han vuelto a pillar. ¿Qué va a pasar?

—¿Que si no reincidías, te han dicho?

—Sí, sí.

—Pues te van a caer por lo menos sesenta días.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Ay, Dios —dijo el hombre, con los ojos empañados e intentando contener las lágrimas.

—Pero mira a ese gilipollas —dijo el chicano drogadicto con desdén—. A mí me cayeron entre cinco años y cadena perpetua, pero no llegué a cumplirlos, salí con la condicional. Y ahora me han pillado por atraco y aquí estoy... Y no me pongo a lloriquear.

Ron soltó un bufido, pero no dijo nada. Sabía que para algunos pasar sesenta días esperando juicio era más traumático que una pena de cárcel. Pero con lo que no podía empatizar era con aquel espectáculo tan impropio de un hombre. Podía comprender que se contuvieran las lágrimas. Era lo que él hacía. Pero lo que sentía y lo que mostraba eran cosas distintas. Aquel hombre no tenía dignidad.

—Esta mierda se la enseñas al juez, tío —dijo alguien—. Aquí no podemos hacer nada por ti.

El chascarrillo provocó un par de risitas ahogadas. El hombre se frotó los ojos con los nudillos e intentó recobrar la compostura.

Entonces empezó la larga espera. Ron suspiró, cerró los ojos y pensó que ojalá pudiera el juez enviar la sentencia por correo. ¿Qué más daba estar presente o no estarlo? Todo iba a salir igual.

Pasadas las ocho de la mañana, los abogados empezaron a visitar a sus clientes. Los llamaban para que se acercaran a la puerta de la celda y hablaban con ellos en susurros. Cuando llegó el abogado de oficio con un bloc de notas, una multitud se apiñó alrededor. A Ron le recordaron a una manada de gatos corriendo hacia el comedero.

—Putos picapleitos —murmuró el chicano—. Solo saben decir que «de acuerdo al código penal», que si «renunciar al derecho»... Total, directo a la cárcel. Cabrones, solo quieren que te declares culpable.

Pero se apiñó con los demás junto a la puerta. «Exagera —pensó Ron—, pero tampoco demasiado. Después de cuatro meses en la cárcel conozco mejor la justicia que si llevara dos años en la universidad. A ellos la justicia les da igual». «Ellos» eran tanto los abogados como los jueces. Su desilusión revelaba lo ingenuo que había sido en un principio.

—A ver, borrachos, gamberros y cabrones todos —dijo un policía a las diez de la mañana—. Cuando os llame por vuestro nombre, me decís los tres últimos números y venís para aquí.

Ron no prestó atención. Llamaban para acudir al juzgado municipal, el de faltas. Su juicio era por la tarde.

Tenía los ojos cerrados cuando una llave grande golpeó los barrotes de la celda.

—Decker, aquí.

Ron salió de su aletargamiento de un respingo y vio a su abogado, Jacob Horvath,

que asomaba ligeramente tras el hombro del alguacil. Horvath era alto, tenía el pelo largo y entradas, y llevaba un traje de campana y un bigote gris con las puntas hacia arriba. Tenía las manos suaves. Había aprendido el oficio ejerciendo como fiscal y ahora ganaba doce veces más defendiendo a los camellos a los que antes había procesado. Sus especialidades eran los estupefacientes y las órdenes de busca y captura. Era muy bueno y cobraba unos honorarios acordes con su talento.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Dímelo tú —respondió Ron—. Tú has hablado con el juez.

—Pues no muy bien. El fiscal auxiliar te mandaría a un centro de rehabilitación, pero los peces gordos del centro de la ciudad lo tienen bien pillado. Y el juez... — Horvath se encogió de hombros y negó con la cabeza—. Y a que no sabes quiénes estarán en la sala.

—Akron y Meeks.

—Pues sí. Y el capitán de estupefacientes. Van a ir fuera del horario de trabajo. No les entra en el sueldo.

Ron se encogió de hombros. Su presencia no iba a cambiar nada y hacía semanas que había aceptado lo inevitable.

—He hablado con tu madre esta mañana.

—¿Ha venido?

—No. Está en Miami, pero me dejó un mensaje para que la llamara y la he llamado. Quiere saber cómo pintan las cosas y me dijo que la llamas esta noche a cobro revertido.

—¿Ah, sí? Se cree que estoy en el Hilton.

—Yo te consigo una orden judicial.

—Que esté firmada y llegue con el autobús, porque sino estos cerdos no me dejan ni acercarme al teléfono.

—Vale. De todos modos, no es que el juez vaya a por ti, es que lo están presionando. Yo diría que te mandará a la cárcel, pero se reservará la competencia sobre el caso, en conformidad con el artículo 1168. Tú pórtate bien y ya te sacará cuando las cosas estén más tranquilas, dentro de un par de años.

—¿Dos años?

Horvath se encogió de hombros.

—No tienes derecho a la condicional hasta pasados seis años, así que dos es bastante poca cosa.

—Pues sí, tienes razón. No es la cámara de gas. Has hecho lo que has podido.

—Mira, estabas vendiendo maría como si tuvieras licencia.

—Y no me parece que sea nada malo. No me parece mal. Hay demanda.

—Eso no se lo digas al juez, ni a nadie que te encuentres en la cárcel.

Un preso volvió esposado y acompañado de un policía. Horvath y Ron se apartaron de la puerta para que pasara. Cuando el abogado volvió a acercarse a los barrotes, miró su Rolex de oro.

—Me tengo que ir —espetó—. Tengo una vista preliminar arriba a las once. Y antes tengo que ver a un cliente.

—¿Está por ahí Pamela? —preguntó rápidamente Ron.

—No la he visto.

—¡Mierda!

—Ya sabes que tiene problemas.

—¿Se ha vuelto a enganchar?

La expresión silenciosa de Horvath lo confirmaba. Ron tenía intención de decirle que le pidiera al juez autorización para casarse, pero al oír aquella noticia el corazón le dio un vuelco y se contuvo. Asintió y volvió a sentarse en el banco. Estaba enfadado con el mensajero. Pensaba que había pagado dieciocho mil dólares para ir a la cárcel y recordaba las promesas que Horvath le había hecho para conseguir su dinero. Con aquello Ron había aprendido que el negocio de los abogados consistía en vender esperanza y entregar solo chachara sin sustancia. Lo cierto es que Horvath había movido cielo y tierra para conseguir una orden de registro y así poder llevarse toda la droga para impedir que se presentara como prueba, pero le había sido imposible conseguirla porque hacía falta una declaración jurada, y aquello Horvath no se lo había dicho cuando le había hecho pagar un anticipo de quince mil dólares por sus honorarios.

Justo antes de comer trajeron a los dos últimos presos de la sesión matinal, caras nuevas que seguramente habían pasado la noche en una estación, jóvenes escuálidos con los cabellos sobre los hombros, barba de tres días y vaqueros astrosos. Tenían aspecto de *hippies* de la ciudad, pero sus voces eran de pueblerinos salidos directamente de la Georgia profunda. Ron no se habría fijado en ellos si no le hubieran pedido que les leyera la denuncia. Decía que se les acusaba de incumplimiento del artículo 503 del código de circulación: robo de vehículos. No sabían leer ni sabían a qué se enfrentaban, pero tampoco parecían abatidos por su situación. Solo querían saber cuándo daban de comer.

Al mediodía, un policía dejó una caja de cartón al otro lado de los barrotes y llamó a gritos a los presos para que formaran una cola. Algunos se apiñaron y dieron empujones. Ron se quedó atrás.

—Por orden, cabrones, o mando la comida a Long Beach —bramó el policía. Long Beach era el lugar adonde llegaban las aguas residuales.

—Allí debería estar.

—Pues dame lo tuyo.

—¡Basta! —gritó el agente.

Los presos se calmaron y las bolsas pasaron entre los barrotes. Cada una contenía dos trozos de pan con unas lonchas de salami y una naranja. Era lo único que comerían hasta el día siguiente, a menos que volvieran pronto a la cárcel, lo cual era improbable para los que iban al juzgado por la tarde. La primera vez, Ron había mirado el contenido de la bolsa y lo había regalado. Ahora engulló el bocadillo con la

misma satisfacción que los escuálidos vagabundos, se metió la naranja en el bolsillo y tiró al suelo la bolsa. Por todas partes, el hedor a basura se mezclaba con los efluvios de sudor, desinfectante y orín.

* * *

Como Ron era el único preso asignado a aquella sala del juzgado, el policía lo esposó por detrás de la espalda. Bajaron por una galería de cemento y entraron en el juzgado por una puerta lateral. El policía le quitó las esposas antes de entrar. Todavía no había empezado la sesión y la sala estaba vacía, salvo por los enviados de la policía, que estaban sentados en un banco del fondo. Uno sonrió y lo saludó con la mano. Ron hizo caso omiso, no por especial animosidad, sino porque responder habría sido impropio. El joven fiscal ordenaba unos *dossiers* en su mesa y el taquígrafo y el alguacil daban vueltas con pasos silenciosos. En la pared de detrás del estrado colgaba un enorme escudo del estado, flanqueado por las banderas de California y Estados Unidos. A Ron le impresionó el contraste entre las jaulas de la justicia que se ocultaban en la trastienda y la dignidad y la solemnidad de la sala del juzgado. El público veía la mansión, pero no el excusado.

—Siéntese en el estrado, señor Decker —dijo el policía—, y Ron acató la orden sonriente, pensando que al flanquear la puerta del juzgado había pasado de ser un «gilipollas» a ser un «señor». En pocos minutos volvería a ser un «gilipollas».

Horvath entró a toda prisa en la sala justo en el último momento. Acababa de dejar el maletín en la mesa del abogado defensor cuando los funcionarios se situaron en su lugar: el taquígrafo junto a su máquina, el alguacil al lado de la puerta.

—Se abre la sesión del Departamento B del Tribunal Superior del estado de California, presidido por su señoría el juez Arlen Standish. Levántense.

Mientras los pocos asistentes se ponían en pie, el juez entró por la puerta y subió al estrado, ataviado con su toga negra y con paso brioso. Era un hombre corpulento, rubicundo y enérgico. Salvo por unos mechones canosos por encima de las orejas, estaba completamente calvo. Tenía la calva bronceada y salpicada de pecas.

Todo el mundo se sentó y el juez revolvió unos papeles. Entonces alzó la vista y miró primero a Ron, y luego a los policías, sin cambiar de expresión. Asintió, mirando al alguacil.

—El pueblo contra Decker, se abre la sesión.

Ron no quiso esperar a que el agente se lo indicara y se levantó para sentarse con Horvath en la mesa del defensor.

—Adelante, señoría —dijo el fiscal.

—La defensa está preparada, señoría —dijo Horvath, mirando rápidamente a Ron y guiñándole el ojo. Era un gesto vacío de sentido.

El juez revolvió los papeles, se puso las gafas unos segundos para leer algo, se las quitó y miró hacia abajo. Todo el mundo permanecía quieto y a la espera de sus actos.

—¿Tiene algún comentario, señor Horvath?

—Sí, su señoría, aunque fundamentalmente está todo recogido en el informe preparatorio y el del reconocimiento del doctor... —Horvath echó un vistazo a sus apuntes—. El doctor Mullen.

—He leído los dos informes. Prosiga.

—Este joven es un clásico ejemplo de la tragedia de nuestro tiempo. Proviene de una buena familia, cursó estudios en la universidad y carecía de antecedentes penales hasta hace dos años, cuando se le detuvo por posesión de doscientos gramos de marihuana. Tanto en el informe del oficial de la condicional como en el informe psiquiátrico se indica que empezó a fumar marihuana en la universidad y que, para hacer un favor a sus amigos, empezó a comprar un poco más de cantidad para venderla. Dentro de la cultura juvenil, esto no se considera una actividad delictiva. Pero unas cosas llevan a otras y llegó un momento en el que le pidieron cocaína, sustancia que el joven podía conseguir de la misma fuente que le proporcionaba la marihuana. Es decir, que se dejó llevar por las circunstancias, sin comprender el alcance de sus actos. Además, su consumo de cocaína era considerable, lo cual le ofuscaba el entendimiento, y si bien no se puede hablar de una adicción física a la cocaína, puede existir una dependencia psicológica. Según el doctor Muller, el señor Decker no es una persona violenta ni peligrosa. Todo lo contrario: los resultados de las pruebas psicológicas muestran que es un joven inteligente, con una personalidad equilibrada, siempre que su drogodependencia esté debidamente controlada...

Horvath prosiguió durante cinco minutos y Ron lo escuchó fascinado. Era muy extraño estar allí escuchando cómo debatían sobre su caso. Le impresionaron los argumentos que utilizaba en su favor.

Llegó el turno del fiscal.

—Coincido plenamente en muchas de las observaciones de la defensa. Este joven es un hombre inteligente. Es de buena familia. Pero por eso mismo no se lo puede excusar: ha tenido todas las oportunidades. Los hechos no indican que sus actividades fueran una mera afición, como parece insinuar la defensa. El señor Decker residía en un apartamento por el que abonaba un alquiler mensual de setecientos dólares y tenía en propiedad dos automóviles, uno de ellos un vehículo deportivo con un valor de doce mil dólares. Se le incautó una cantidad de droga por valor de ciento cincuenta mil dólares. Si el acusado necesita tratamiento por su adicción a las drogas —aunque la cocaína no es adictiva—, el Departamento de Instituciones Penitenciarias dispone de programas adecuados. Y más allá de estas consideraciones, este es un delito grave y si no se establece una pena de prisión a un hombre con tal grado de implicación en una actividad delictiva, alguien que ha disfrutado de todas las ventajas y oportunidades que ofrece nuestra sociedad, sería una total injusticia encarcelar a aquellos que no han tenido dichas oportunidades.

Cuando el fiscal hubo terminado, el juez miró a Ron.

—¿Tiene algo que alegar?

—No, su señoría.

—¿Existe algún motivo por el que no debiera dictarse sentencia?

—No, su señoría —dijo Horvath—. Presento el caso para sentencia.

—El pueblo presenta el caso para sentencia —dijo el fiscal.

—Sinceramente —dijo el juez después de una pausa ponderada—, es un caso difícil. La argumentación de los letrados, de ambos letrados, es muy válida. Este joven no está exento de bondad, pero el Pueblo tiene derecho a exigir un castigo grave porque el delito también lo es. Voy a dictar una pena de cárcel, conforme a los plazos legalmente previstos, aunque considero que la pena establecida por ley, entre diez años y cadena perpetua, puede ser excesivamente rigurosa. Una estancia muy larga podría echarlo a perder, lo cual supondría un perjuicio para la sociedad en su conjunto... Por lo tanto, me reservo la competencia para dictar nuevamente sentencia sobre el caso, conforme a lo estipulado en el artículo 1168, y solicitaré los informes correspondientes en un plazo de, digamos, dos años. Si los informes son positivos, modificaré la sentencia. —Miró directamente a Ron—. ¿Queda claro? Si la rehabilitación es efectiva y demostrable, cambiaré la sentencia dentro de dos años. —Y entonces miró a Hovarth—. El caso queda fuera del calendario de audiencias. Es responsabilidad suya presentar la petición pertinente.

—Sí, su señoría.

Ron notó que la mano del agente le torcía el codo. Ya se había dictado sentencia y se iba adonde había esperado acabar.

Ronald Decker encaraba los diez días que le quedaban hasta que llegara el autobús que lo iba a trasladar a la cárcel. Desde el momento de su detención cinco meses atrás, le había dicho a todo el mundo que iba a entrar en prisión, pero aun así, siempre había creído que acabaría librándose de algún modo. La inminente realidad le creaba tanta ansiedad como curiosidad. Hacía preguntas, escuchaba los relatos de los demás. La cárcel era algo más que un lugar fortificado; era un mundo extraño con unos valores distorsionados y gobernado por un código violento. Los relatos se contradecían entre sí; todo dependía del punto de vista del narrador. Un falsificador de mediana edad que había cumplido dieciocho meses trabajando en el edificio de administración y viviendo en una celda de honor tenía una imagen muy distinta de la de un chicano del barrio que había entrado a los veinte años y se había pasado cinco paseando por el patio, entre las celdas de aislamiento y la fábrica textil. El administrativo decía: «Bueno, están esos chavales de los coches *tuneados*, que se apuñalan los unos a los otros, pero si tú vas a lo tuyo nadie te molesta. Menos cuando hay conflictos raciales. Entonces más vale que te quedes en tu celda». Y el chicano decía: «Allí cualquiera puede morir en poco tiempo. Hay palizas todos los días. Tienes que meterte en una banda. Ellos son los que lo manejan todo». El oficinista explicaba que en cada cárcel había cuatro bandas poderosas: dos mexicanas, una blanca y una negra, con una fuerza variable según cada cárcel. El administrativo no las conocía demasiado y el chicano no quería hablar. Pero a los pocos días se publicó en *Los Angeles Times* un artículo sobre los cincuenta y siete asesinatos, y las trescientas peleas con arma blanca que había habido en el año anterior en tres cárceles: Soledad, Folsom y San Quintín. Casi todos los actos violentos eran atribuibles a bandas. Según el artículo, las bandas se habían formado con fines de protección a raíz de los primeros incidentes de violencia racial, pero ahora todas tenían montado algún chanchullo y a eso se dedicaban sus esbirros, cuando no se mataban los unos a los otros. Las dos bandas mexicanas estaban enfrentadas entre sí, igual que los blancos y los negros.

—¡Cincuenta y siete muertos! —exclamó Ron—. ¿Pero adónde me voy a meter?

—Igual te salvas de Q y de Folsom —respondió un veterano barrigudo—, pero lo más probable es que te encuentres con líos en todas partes. Hay gente que entra y es capaz de pasar desapercibida, pero tú no, eso está más claro que el agua. ¿Me

entiendes, no?

Ron dejó caer el periódico en la litera y asintió con la cabeza. Lo entendía perfectamente.

—Ahí dentro hay animales que llevan entre rejas ocho o nueve años. Les vas a parecer Gina Lollobrigida. Incluso a los que no son tan animales, basta con que sean delincuentes de pura cepa. Unos te querrán dar por culo y otros ñiparán por chupártela. Joder, es que si les das cancha no va a quedar de ti más que los cordones de los zapatos y la hebilla del cinturón —dijo, entre carcajadas.

Ron se ruborizó. Sabía que en la cultura carcelaria se distinguía entre roles masculinos y femeninos, pero todo aquello le desagradaba profundamente. No es que lo condenara. Simplemente no iba con él. Y era especialmente susceptible ante aquella cuestión porque desde la pubertad parecía ser un foco de atracción de las proposiciones homosexuales.

—¿Y qué puedo hacer?

—Empieza por no ser simpático con nadie y no aceptes favores. El Juego consiste en que te veas obligado a hacerlo. No te afeites demasiado y lleva ropa vieja. Habla con la boca torcida y ve soltando «gilipollas» sin parar... Y da la impresión de que estás dispuesto a cargarte al primero que se meta contigo. Así se lo pensarán antes de hacer nada. Nadie quiere morir. Y hay gente que aguanta solo con amenazas y pegándose faroles. Pero no tienen tu pinta. También le podrías clavar un navajazo a alguien, claro. Así no se te acercarían, por lo menos los de medio pelo. Pero si tienen amigos... Y además con eso no podrías salir.

—Gracias por los consejos —dijo Ron. Se le ocurrió preguntarle qué pasaría si pedía ayuda a los carceleros. Seguro que había otros presos en la misma situación y la responsabilidad era de la dirección. Pedir protección era de mal gusto, pero que te sodomizaran o matar a alguien eran extremos que iban más allá del gusto y la sensibilidad. Después de «aquello», no se vería con ánimos de seguir viviendo, y matar, aun sin recibir castigo por ello, le resultaría difícil. No se imaginaba quitándole la vida a nadie. Pero no lo preguntó, porque se imaginó que apelar a la ayuda de las autoridades era una cuestión tabú. A lo mejor podía contratar a algún guardaespaldas. Preguntó si era posible.

—Igual sí, pero lo más probable es que se lleven tu dinero, te extorsionen aún más y después te den una paliza. Pero a lo mejor encuentras a alguien. Joder, yo he visto apuñalar a un tío a cambio de veinte cartones de cigarrillos. Una puñalada directa en el puto pulmón...

Había preguntado por preguntar, pero más tarde, acostado en su litera, Ron pensó en el precio del apuñalamiento: veinte cartones de cigarrillos. Era bastante barato, ¿pero se lo podía permitir? Una semana antes de que lo pillaran tenía cincuenta y tres mil dólares en efectivo, otros veinticinco mil o más en objetos de valor precolombinos procedentes de ruinas mexicanas —robados y pasados de contrabando por los mismos contactos en Culiacán que le vendían la droga—, un Porsche y un

Cammaro, y además era socio de un aparcamiento en el centro. Perdió treinta mil con la incautación de las drogas. La policía había requisado doce mil y entregado ocho al Servicio de Impuestos Internos. Otros cuatro mil se los habían repartido unos cuantos policías. Los cinco mil que tenía en el banco habían ido a parar al fiador judicial para sacar a Pamela. Pero antes de que saliera en fianza, algún capullo que ambos conocían había entrado en el apartamento y le había robado las antigüedades, el equipo de música, el televisor en color y su ropa. El Porsche lo había vendido para pagar a Horvath, que también se había embolsado la miseria que había conseguido sacar de la venta forzosa del aparcamiento. El Cammaro lo tenía Pamela. Era lo único que quedaba de su imperio. Lo habían despojado de todo, como un árbol azotado por un vendaval.

«A lo mejor no me puedo permitir veinte cartones», pensó, y soltó un gruñido de indignación.

* * *

Ron sabía que aquella sería la última visita. Al día siguiente o a los dos días estaría en el furgón policial, camino de la cárcel. Cuando a las diez de la mañana dijeron su nombre, había ocho presos en la celda, con capacidad para solo cuatro. Todas las noches la celda se llenaba de borrachos y de infractores de tráfico que no pagaban la multa. El suelo siempre estaba cubierto de cuerpos tendidos, muchos directamente sobre el suelo, pero estaban como una cuba y les daba igual. A media tarde los trasladaban a la granja taller, para dejar sitio a la nueva tanda. Todos estaban despiertos menos uno. El veterano leía un periódico a la luz que entraba por entre los barrotes. La bombilla empotrada de la celda se había fundido en cuanto Ron llegó y ya no la habían cambiado. Tres negros de mediana edad y un indio obeso se jugaban cuatro chavos a las cartas encima de una litera, y otros dos los miraban. El que dormía estaba en el suelo, delante del retrete; Ron tenía que utilizarlo. Era un vagabundo borracho que dormía a pierna suelta, roncaba y babeaba por su boca desdentada. En la jerga carcelaria, era un «uva». Después de un momento de duda, Ron se acercó cuanto pudo y meó por encima de la cara del durmiente. La mayor parte del chorro cayó dentro de la taza, pero al terminar y sacudirse, unas gotas empañaron el rostro del hombre, sin que por ello se interrumpiera el ritmo de sus ronquidos. Ron se enjuagó las manos y volvió a acercarse a la puerta. Se abriría en cualquier momento y tenía que estar preparado. Si tardaba demasiado, la puerta se cerraría y se quedaría sin visita.

El viejo presidiario había bajado el periódico y lo miraba divertido.

—¿Qué pasa? —preguntó Ron.

—¿Lo ves? Ya estás pillado.

—¿Pero qué dices?

—Estás pillado. Pasas tiempo en la cárcel y te corrompes. Hace seis meses ni

siquiera te habrías imaginado que acabarías haciendo algo así —echó un vistazo al vagabundo del suelo—, meando encima de alguien. No lo habrías hecho jamás.

—Solo es un viejo «uva».

—Bueno, así lo ves ahora. Pero entonces lo veías de otra manera.

Antes de que Ron pudiera decir nada, la puerta se abrió y un agente lo llamó. Ron salió y avanzó por el pasillo, metiéndose la camisa tejana arrugada por dentro de los pantalones, mientras los presos lo contemplaban desde las celdas. Cogió el pase de la sala de visitas.

En el pasillo, con suelos de cemento encerados y los presos moviéndose a su derecha, bajo la vigilancia de los agentes de policía, había tanto silencio que se podía distinguir perfectamente la suave música que provenía de los altavoces empotrados. Pero al acercarse a la puerta de la sala de visitas le invadió un sonido atronador, la suma de doscientas conversaciones distintas. Un preso encomendado a aquella función le cogió el pase, le dijo «E cinco» y metió el pase en un tubo neumático. «Fila E, ventanilla 5», pensó Ron, y se dirigió adonde le habían indicado. Cuando todos los presos hubieran ocupado sus ventanillas, los visitantes de la fila E entrarían todos a la vez. Todos los teléfonos se conectarían simultáneamente y se desconectarían automáticamente a los veinte minutos. Ron se sentó en el taburete y miró fijamente a través del metacrilato, a pocos centímetros de la libertad, preguntándose qué ácido podría fundir aquella barrera para dejarle marchar. Era un pensamiento meramente hipotético; las medidas desesperadas no eran de su estilo. A continuación, miró a los visitantes que había al frente de las ventanillas de su lado. La mayoría eran mujeres visitando a sus hijos, amantes y maridos, soportando la misma carga que otras tantas mujeres habían soportado a lo largo de los siglos. En su conjunto, daban una impresión general de pobreza. Los presos provenían de familias pobres. Hasta el santificado derecho a la fianza favorecía a los ricos. Como siempre, buscó a alguna mujer atractiva. Su mera contemplación se había convertido en una experiencia muy apreciada. Una muchacha mexicana, quizá de menos de veinte años, con lustrosos cabellos negros hasta la cintura, piel aterciopelada, y ojos de cervatillo, visitaba a un hombre con los rasgos oscuros y graníticos de los indios. Observó cómo el culo y los muslos de la muchacha se marcaban bajo los vaqueros al removerse en la silla.

Un nuevo grupo de visitantes entró con una ráfaga de aire y sus miradas se posaron fugazmente en su rostro, cada una en busca de un preso determinado. Pamela llegó enseguida y se tiró sonoramente sobre la silla, sonriente. Desde que se había marchado, había vuelto a llevar vaqueros y camisetas sin sujetador, y se dejaba suelta su melena rubia y lisa. Era una auténtica *hippie* y sin maquillaje parecía joven. Ella decía que era «una rubia delgaducha y tetuda».

Ron advirtió de inmediato las pupilas contraídas; las había visto varias veces en los últimos tiempos, pero ahora no quería discutir, así que obvió el tema. Llevaba un lápiz y una libreta, por si tenía que apuntar algo. Cada uno sostenía un auricular del

teléfono desconectado. Estaban dispuestos y sonrientes, y se sentían estúpidos.

En algún lugar apretaron un interruptor y de inmediato se iniciaron veinte conversaciones a lo largo de la fila.

—Hola, cariño, ¿por qué estás tan triste? —preguntó Pamela, bajando las comisuras de la boca, imitando la máscara de la tragedia.

—No estoy triste. Seguramente me voy mañana. Han puesto dos autobuses.

—Estarás contento de salir de aquí, ¿no? Esto es una mierda. Aunque por lo menos te puedo visitar dos veces a la semana.

—Horvath dice que el juez no va dejar que nos casemos. Ni siquiera sé si se lo ha llegado a preguntar. Los putos picapleitos... Son unos cabrones, no dicen más que mentiras. Te cogen la pasta y a la primera de cambio te la meten doblada.

—¿Y si dices que estás casado?

—Ya lo probaré. —Necesitaba estar casado para recibir visitas conyugales.

—Ya sabes que tienes que ir bien follado para controlarte. —Guiñó el ojo, con una exagerada exhibición de lascivia.

—Hazte un carnet con mi apellido —dijo Ron—. Con el nuevo apellido no quedará constancia de que tienes antecedentes, así que no habrá problema. No pueden tomarte las huellas. Así al menos podré tocarte cuando vengas a verme.

—No podré venir tanto.

—Ya lo sé.

—Llamaré mañana, para ver si todavía estás aquí.

—Tengo ganas de empezar. Todos estos meses de cárcel no cuentan.

—¿Pero qué dices?

—El tiempo no empieza a contar hasta que llegue allí.

Aquella información provocó en Pamela un llanto repentino, que por un momento sobresaltó a Ron. Sabía que era imprevisible y propensa a todo tipo de estallidos emocionales, pero aquellas lágrimas eran absolutamente desproporcionadas.

—Tranquila —dijo Ron.

—Es que... Todo es una mierda. —Dijo, consiguiendo esbozar una sonrisa—. Voy a volver a hacer la calle.

—No me lo cuentes.

—Allí me encontraste —le espetó, pasando de la angustia a la furia—. Es que, qué cojones...

—Haz lo que tengas que hacer, pero no hace falta que me lo cuentes. Ya tengo bastantes problemas.

—Perdona, estoy nerviosa. Nunca me había imaginado que echaría tanto de menos a un hombre.

Después de una pausa, Ron cambió de tema:

—Ah, sí, he hablado con el fiador. Va a devolver un poco de dinero. Mándame lo suficiente para comprar en la tienda y quédate con el resto.

Aquella información ya se la había dado en otro momento. Casi todo ya se había

dicho y apenas había nada realmente nuevo que decir. Aquel cristal era algo más que una barrera a la libertad; era un muro que separaba la vida de las personas. Dos seres que habían vivido juntos, que habían sido un todo, y que ahora estaban atrofiados por aquella división. Y aun así, Ron la deseaba más que nunca. En el exterior, ella simplemente había sido algo conveniente, una parte de sus intereses. Ahora era el centro de sus esperanzas y sus sueños, porque ya no había nada más. Quería decírselo, aunque ya lo había hecho en sus cartas, pero antes de que pudiera hablar el teléfono se desconectó. Se había acabado el tiempo. Los presos de la fila empezaron a levantarse e intentaron comunicarse con gestos hasta que un policía les ordenó que salieran. Pamela escribió rápidamente en el bloc y sostuvo la página delante del cristal. «Te quiero», ponía, y había dibujado un girasol. Le mostró tres billetes de un dólar, la cantidad que podía recibir cada preso. Como no los necesitaba, negó con la cabeza.

Mientras Ron volvía al trullo, con el rostro desfigurado por sus pensamientos, Pamela cruzaba el aparcamiento en dirección al Cammaro. Tras el volante le esperaba un esbelto negro de piel clara, con vaqueros acampanados y múltiples collares de cuentas.

* * *

Aún faltaba mucho para el amanecer cuando desnudaron a Ron y a otros treinta presos, les cachearon desnudos, les dieron monos, los esposaron y les pusieron cadenas en la cintura y grilletes en los tobillos. Anduvieron renqueando en la fría oscuridad de la noche hacia el autobús. Otros hombres abrigados con parkas y armados con escopetas los vigilaban desde la cuneta. El vaho les salía por la nariz y la boca. Los presos tiritaron en sus asientos hasta pasados diez minutos de marcha, cuando los faros por fin penetraron en la entrada de la autopista. Ron era uno de los pocos que había conseguido sentarse y se sentía afortunado. En la cárcel el placer se obtiene con las pequeñas cosas.

Durante la primera hora de viaje el autobús atravesó la ciudad por una autopista casi vacía. Ron contemplaba el contorno oscuro de los edificios de Hollywood, recortados sobre el horizonte, y recordaba los viejos tiempos. Se preguntaba cuánto tardaría en volver a vivir en libertad. Se había sentado en la parte de atrás y tenía un guarda a sus espaldas, separado por los barrotes. Junto al guarda estaba el retrete abierto; antes de que se acabara el día Ron se habría arrepentido de haberse sentado cerca.

Al salir el sol, el autobús cogió velocidad y tomó rumbo hacia las montañas. El conductor encendió la radio. El pensamiento de Ron, que tenía cerca el altavoz, vagaba a la deriva con la música, entre una profunda ansiedad y una leve añoranza. Iba a enfrentarse a una larga y amarga experiencia antes de «bailar bajo un cielo de diamantes... con su silueta dibujada por el mar^[1]».

El autobús recorría la autopista de la costa y se detuvo en San Luis Obispo para descargar a algunos presos y recoger a otros. Al no oír su nombre, se le formó un nudo en el estómago.

A media tarde, el autobús se detuvo en Soledad, entre las granjas del centro de California, y tampoco nadie pronunció el nombre de Ron.

En Salinas, el autobús se paró para repostar. Al subir de nuevo al vehículo, el conductor miró a los pasajeros desde el otro lado de los barrotes.

—Bueno, chavales, la próxima es San Quintín, la Bastilla de la Bahía. La hora de llegada prevista es las siete y media de la tarde, si Dios quiere y el tiempo no lo impide.

—¡Basta de gilipollecés y pon el trasto en marcha! —dijo un viejo ingenioso—. Queremos saber a qué viene tanta mala fama.

—Ya lo veréis —dijo el conductor, recostándose en el asiento y poniendo el motor en marcha.

Earl Copen cumplía su tercera condena en San Quintín. Había llegado por primera vez a los diecinueve años y a veces se sentía como si hubiera nacido allí. Si hace dieciocho años se hubiera imaginado que volvería a estar en el mismo sitio a los treinta y siete, se hubiese suicidado, o por lo menos eso pensaba a veces. Vivía con las mayores comodidades posibles, pero aun así no soportaba aquel lugar.

Entre semana, Earl Copen dormía hasta tarde, un lujo que podía permitirse porque trabajaba de ayudante en la oficina del lugarteniente, en el turno de las cuatro de la tarde a medianoche. Había desempeñado aquel puesto durante veinte años, interrumpidos por dos períodos de libertad, uno de nueve meses de duración y, el otro, de veintiuno. Los primeros años los había pasado paseando por el patio o en aislamiento. Los sábados, durante la temporada de fútbol americano, se levantaba pronto y salía al patio para recoger las apuestas de manos de sus corredores. Sacaba beneficios y así pasaba el otoño y medio invierno.

Salió del pabellón Norte para ponerse en la cola del desayuno, detrás de otro preso con mono vaquero y entre las dos líneas blancas paralelas marcadas en el suelo bajo un cobertizo de chapa de zinc. Afuera, sobre el asfalto húmedo y plagado de agujeros, había legiones de gaviotas y palomas. En cuanto los presos ocupaban el gran patio rectangular, las gaviotas formaban un círculo por encima de sus cabezas o se posaban en las cornisas de los enormes pabellones de la cárcel. O volaban en bandadas y se cagaban encima de todo el mundo.

Como los dos comedores no bastaban para alojar a los cuatro mil presos de los cuatro pabellones a la vez, las secciones de honor del Norte y el Oeste comían en un primer turno. Mientras los demás desayunaban, los presos podían volver a los pabellones, que se dejaban abiertos, o quedarse en el patio, esperando a que a las ocho de la mañana se abriera la verja que daba paso al resto del enorme edificio carcelario.

Al entrar en el comedor, Earl se quitó el gorro de lana y dejó al descubierto su cráneo afeitado y untado en aceite. Observó detenidamente una bandeja de acero inoxidable, para analizar si cumplía los criterios de limpieza, consideró los resultados satisfactorios, y arrastró la bandeja por la repisa de la barra. Sobre ella cayó un huevo frito frío, quemado por debajo y crudo por encima, y a continuación, un cucharón de sémola de maíz. Apartó la bandeja, para que no le sirvieran una ración de frutos secos

amargos, pero cogió un trozo de pan duro. Los presos que servían en el comedor dejaban caer la comida en la bandeja sin mirar ni preocuparse si las cantidades se esparcían entre dos compartimentos. Años atrás, aquello lo había enfurecido, y una vez le había escupido en la cara a uno de ellos, pero ahora le daba igual. Tampoco prestaba ninguna atención a la comida, salvo cuando era incomible. Normalmente cuando se metía un palillo en los dientes ya se había olvidado del menú. Todos los presos se sentaban en la misma dirección, en mesas estrechas, formando largas filas, un vestigio del sistema «silencioso». En aquel comedor no habían cambiado las mesas porque también servía de auditorio, y los asientos estaban situados de cara al escenario y la pantalla. Saludó con la cabeza a un par de cocineros chicanos con delantales sucios que estaban apoyados contra la pared de detrás de la barra y se metió en un pasillo. Los negros ocupaban unas mesas, y los blancos y los chicanos, otras. Cuando una mesa se llenaba, los blancos y chicanos ocupaban otra vacía, pero no se sentaban con los negros. Oficialmente, la segregación había terminado hacía diez años y según la normativa cualquier preso podía colocarse en cualquier mesa, pero nadie cruzaba las barreras raciales y nadie tenía la más mínima intención de hacerlo. El racismo era una obsesión general que infectaba a todo el mundo y había un conflicto racial permanente. Y en el comedor había una fila de negros, seguida por dos o tres de blancos y chicanos, y finalmente otra fila de negros.

Earl mezcló la sémola con el huevo medio crudo y se zampó aquella bazofia. El café, aguado, por lo menos estaba caliente y se llevó el sabor a cigarrillo que le quedaba en la boca por las mañanas. Acabó rápidamente y se levantó con la bandeja en la mano. Al lado de la puerta había un cubo de basura grande y un carrito. En lugar de vaciar la bandeja en el cubo y apilarla en el carrito junto con los cubiertos, lo tiró todo a la basura (vaso, cubiertos y bandeja). Era una muestra de que todavía era un rebelde.

El café le había hecho soltar la flema nocturna. Una vez fuera del comedor, carraspeó, escupió sobre el asfalto y encendió un cigarrillo que le supo a rayos.

La mayoría de los reclusos del pabellón Norte volvían cansinamente al pabellón, y algunos tiraban migas de pan a las palomas intrépidas del suelo, mientras las gaviotas revoloteaban por encima de sus cabezas con gran alboroto. Cuando se marcharan los presos, las gaviotas echarían a las palomas y devorarían los restos.

Los altos pabellones del recinto, con fachadas verdes llenas de grietas y manchas, tapaban el sol matinal, salvo por una estrecha franja luminosa que se abría cerca del cobertizo. Las tres docenas de reclusos que se habían quedado en el exterior gravitaban en torno a aquella escasa fuente de calor. Ni los corredores de apuestas ni ninguno de los amigos más íntimos de Earl estaban por allí. Estaban en los pabellones que acababan de abrir.

Decidió no pasar frío y esperar dentro de la oficina del patio hasta que los comedores se vaciaran y pudiera dedicarse a sus negocios. Los partidos de la costa Este empezaban a las diez de la mañana, hora de California, y a esa hora tenía que

tener ya todas las apuestas. Se dirigió al alto portalón arqueado sobre el que se erigía la torre de vigilancia. Era una puerta enorme para vehículos, que tenía otra puerta más pequeña para los peatones. El guarda del turno de madrugada, un recién llegado que Earl no conocía, vigilaba la puerta y tenía una lista de los que trabajaban los fines de semana y tenían permiso para pasar. Earl sacó su tarjeta de identificación, a la que había añadido el rótulo «administrativo del tercer turno» pegado con cinta adhesiva. Enseñó la tarjeta y le dijo al guarda, antes de que pudiera mirar la lista:

—No creo que esté ahí, pero trabajo para el teniente Seeman y me ha pedido que le pase un texto a máquina.

—Si no estás en la lista, no te puedo dejar pasar.

—Solo voy a la oficina del patio, un poco más abajo.

—Si el teniente quería que trabajaras, tendría que haberte puesto en la lista.

—Mira, Big Rand empieza el turno en diez minutos. Déjame pasar y ya le diré que vaya a buscarte para aclarar el tema.

El guarda negó con la cabeza y levantó el labio con desdén:

—No sé qué me cuentas, tío.

—A ver, vamos a ser lógicos...

—Aquí la lógica importa un carajo.

—Vale, tío —dijo Earl, echándose atrás. Después de pasar dieciocho años en la cárcel, todavía odiaba más la autoridad que en sus tiempos de niño rebelde. Y no estaba acostumbrado a escenas como aquella. Se le ocurrió hablar con el preso que trabajaba de ayudante del teniente de personal y conseguir que pasaran a aquel guarda al turno de noche del teniente Seeman. Y después metería a aquel idiota en la torre de vigilancia de la Bahía y lo tendría allí un año. A los guardas con años de experiencia no se les podía liar de aquella manera, pero aquel era nuevo y sería fácil. El año anterior, había habido otro nuevo a quien le molestaba que Earl rondara por las noches y que recibiera un evidente trato de favor. Había empezado a registrarlo y a hacerlo esperar para entrar en su celda. Cuando quedó un puesto de guarda vacante en la zona de aislamiento de la sección B, Seeman lo destinó allí para que tuviera que lidiar con el caos habitual: doscientos cincuenta presos chillando, quemando las celdas y tirándoles mierda y orín a los guardas. Aprendió que algunos reclusos son más iguales que otros y que, aunque en un enfrentamiento directo con un guarda un preso nunca ganaba, si este llevaba años trabajando en la oficina de un supervisor, tenía una influencia innegable. Los administrativos del ejército tenían el mismo poder indirecto.

Al pensar en todo lo que podría conseguir con tan solo proponérselo, Earl se tranquilizó y no le hizo falta llevar a cabo el plan. No quería malgastar su influencia en un asunto tan trivial. Pero se aseguraría de tener un permiso para pasar por la puerta el próximo fin de semana. Se dirigió al pabellón del Norte. Al fin y al cabo, a la celda no le iría mal una limpieza.

Pasó las primeras puertas, que condecían a una sala circular. Enfrente quedaba la

puerta cerrada del ascensor que llevaba al corredor de la muerte, que estaba situado en una planta aparte del pabellón. Giró a la izquierda y subió la escalera metálica hasta la quinta planta. Subir tantas escaleras varias veces todos los días merecía la pena para evitar los ruidos de los televisores y las partidas de dominó por las noches. No obstante, a aquella hora había tranquilidad. Los fines de semana la mayoría de los presos dormían hasta tarde.

Un chicano de pelo canoso barría el rellano del final de la galería. Por su nariz aguileña y sus ojos saltones, se había ganado el apodo de Buzzard^[2] décadas atrás, pero ahora que había cumplido los sesenta ya no parecía adecuado llamarlo así y la mayoría de los reclusos acortaban el nombre a «Buzz». En cuanto llegó Earl, le hizo una seña, dejó la escoba y sacó de los bolsillos cinco paquetes de Camel arrugados y del calcetín, un boleto de apuestas.

—Preacher todavía está durmiendo —dijo— y en cuanto abran el patio de abajo me voy al campo.

Earl asintió con la cabeza y tendió la mano. Miró bien el boleto de apuestas antes de metérselo en el bolsillo. Había quien marcaba varios cartones de cigarrillos, pero solo daba un paquete. Si ganaban, no había forma de contradecirlos. Pero aquel estaba bien. Earl se metió los cigarrillos por dentro de la camisa y entonces advirtió que no había ningún otro preso por ahí.

—¿Te puedes quedar aquí un momento, Buzz? Quiero ver cómo están los pinchos.

—Claro, tío. —Se situó en un lugar desde el que se veía la oficina de cinco plantas abajo.— Tú a lo tuyo. Ya te aviso.

Detrás de las celdas había un pequeño pasadizo cerrado lleno de tuberías. El cerrojo de la puerta de acero estaba trucado para que se pudiera abrir con un cortaúñas. Earl entró, avanzó unos pasos y destornilló una cañería que parecía funcionar normalmente, pero que en realidad estaba desviada. Dentro había un paquete envuelto en un trapo que contenía media docena de cuchillos. Hacía meses que Earl no les echaba un vistazo. Sus amigos tenían alijos similares en diferentes partes de la cárcel. Volvió a atornillar la cañería y, al salir, le dio una palmada en el culo a Buzz.

—Todo bien. Dame la llave.

Buzzard se sacó de un bolsillo trasero del pantalón la larga llave giratoria que abría las celdas y se la dio. Earl abrió su celda y le tiró la llave a Buzzard por el suelo de la galería. Dentro de la celda, cogió una garrafa vacía que tenía debajo del lavabo. Las celdas carecían de agua caliente y la garrafa servía para eso. Todas las celdas tenían una, pero en aquella, al quitarle una diminuta clavija del fondo, se descubría un doble fondo con varios billetes de veinte dólares bien planchados. Aquella noche tendría que meterlos en un lugar más seguro.

Se afeitó, empezando por la parte de arriba de la cabeza y bajando hasta la mandíbula y la barbilla. Se untó el cráneo con aceite y se puso loción en la cara.

Después hizo la cama y barrió la celda, y finalmente ordenó las estanterías del armario, con puertas decoradas con girasoles pintados. La celda apenas tenía un metro y medio de ancho y tres metros y medio de largo, pero la había amueblado para conseguir la mayor comodidad posible. Al lado de la litera había una mesa estrecha con un tablero de cristal y, junto al lavabo, un pequeño estante con huecos para colocar un vaso y el cepillo de dientes.

En la pared, entre las dos literas, había un estante para libros. Ya había arreglado las cosas por medio del teniente Seeman: en aquella celda no se iba a instalar nadie más.

* * *

A las ocho y media de la mañana dos mil reclusos desbordaban el patio. La mayoría buscaban la franja soleada, que se iba ensanchando, pero los negros se congregaban a lo largo del muro del pabellón Norte, en una zona apodada «Nairobi». Después de diez años de enfrentamientos raciales, era imposible relajarse sin un imperativo territorial. Ellos se llevaban el sol de la tarde. Había media docena de guardas con porras repartidos por el patio, que contaban con el refuerzo de los tiradores situados en las pasarelas suspendidas de la azotea del cobertizo y las anexas a la fachada exterior del pabellón Norte.

Al salir de la sala circular, Earl giró de inmediato a la izquierda para no tener que caminar entre varios centenares de negros. Hacía seis meses que no había muertes por motivos raciales, pero no tenía ningún sentido correr riesgos innecesarios. Zigzagueó entre la multitud, buscando a los corredores que recogían las apuestas en los demás pabellones. Los encontró en el otro extremo del patio, cerca de las colas de la tienda. Ocultos entre la multitud, le entregaron los paquetes, atados con un goma elástica, y le dijeron cuánto material se había recogido. El total ascendía a algo más de cien cartones, un poco menos de lo que esperaba para ser la última semana de la temporada.

Earl se apartaba de la multitud cuando alguien le cogió del brazo por la espalda. Al volverse, vio a su amigo más antiguo, Paul Adams. Cuando se conocieron en la cárcel del condado, Paul ya había estado en San Quintín y Earl esperaba ingresar en la prisión por vez primera. Ahora Paul era el miembro más respetado de la «familia» de Earl. En realidad, Paul apenas tenía cuatro años más que Earl, pero los cabellos canosos, la panza y el rostro demacrado lo envejecían diez años.

—¿Dónde están los gemelos Bobbsey? —preguntó Earl.

—Esos gemelos locos. Han bajado al patio de abajo con Vito y Black Ernie. Tenemos entre manos una muy gorda. Hay un imbécil que tiene drogas, un tal Gibbs, y vamos a ver cómo lo tangamos.

—¿Gibbs? ¿Ese no es un paleta de Indiana que va pelado al cero, en la sección A? —Pues sí, ese mismo.

—Está aislado. Acceso restringido menos para las comidas. ¿Cómo lo vamos a pillar?

—Por eso vengo a buscarte. Vente para abajo y nos ponemos a maquinar.

—No se me ocurre nada mejor para pasar una aburrida jornada de sábado en San Quintín.

Se acercaron a la puerta del patio, que se había abierto para bajar al polideportivo, con varios campos de deporte y un gimnasio. Ambos saludaban de vez en cuando con la cabeza a los conocidos, o le daban a alguien una palmada en la espalda al pasar. Para el observador no iniciado, el patio tenía el aspecto de un hormiguero. Pero, a pesar de la similitud en la vestimenta —y al hecho de que todos los presentes habían recibido condena por algún delito— la variedad era infinita y estaba plagada de conflictos. Es más, a veces el odio homicida se fraguaba durante años, como brasas ardiendo por debajo de cenizas frías, y estallaba en llamas por alguna nimia provocación o cuando se producía algún cambio en el equilibrio de poderes. Por eso, y aunque Earl se sentía como en su casa, lo vivía igual que un animal salvaje que se siente en su casa: con cautela. Allí no tenía enemigos peligrosos, por lo menos que él conociera, aunque algunos podrían haberlo sido si no contara con el afecto de los miembros más influyentes de la banda de blancos más poderosa y la amistad de los líderes de la banda mexicana también más poderosa. Evidentemente, aquello lo distinguía a los ojos de los negros militantes, pero era mejor que estar indefenso.

—¿Vas a ver la película esta noche? —preguntó Earl.

—Igual sí. Dicen que no está mal.

—¿*El Graduado*, no?

—Ajá.

Paul también trabajaba de noche, formaba parte del personal de limpieza que regaba el patio con mangueras después del recuento de la última hora de la tarde. Por eso podía entrar pronto en el comedor-auditorio.

—Reserva una fila entera —dijo Earl—. Yo creo que iré.

Pasaron por la puerta arqueada y bajaron el largo tramo de escaleras de cemento desgastado. A lo lejos se veía la entrada de la bahía de San Francisco, al otro lado del muro; y más allá, los parabrisas de los coches que circulaban sin parar por la autopista, reflejando el frío resplandor del sol matinal. En lo que a ellos respectaba, como si estuvieran a miles de kilómetros.

—Tengo un buen libro que igual te gusta —dijo Paul—. *Jugando en los campos del Señor*.

—¿De quién es?

—De un tal Matthiessen. No lo conozco de nada, pero no está nada mal.

—Tráetelo a la película.

—Y también tengo otro que a ti te puede gustar... Pero yo no tengo paciencia, se me hace muy pesado. *El hombre unidimensional* de Marcuse.

—Pues lo empezaré también. Llevo como un año oyendo ese nombre, pero no he

leído nada de él.

En el enorme polideportivo del nivel inferior, además de los campos de béisbol, los frontones y un gimnasio completo, estaba la lavandería y también algunas tiendas, ubicadas en cobertizos semicilíndricos. Allí sí que brillaba el sol que los edificios bloqueaban en el patio grande, pero el ambiente apenas se caldeaba.

Algunos presos corrían por el campo y otros formaban grupos dispersos. La tropa habitual de cantautores de *country* afinaba las guitarras debajo del muro, mientras la banda *de jazz* preparaba los instrumentos al lado de la lavandería.

Los cuatro convictos que Earl y Paul buscaban estaban agachados, formando un círculo, junto a un cobertizo. Eran dos chicanos, Vito y Black Ernie (el primero un buen amigo; el segundo, un medio amigo) y dos blancos, T. J. Wilkes y Bad Eye Wilson, los dos con menos de treinta años y peligrosos, con o sin armas. T. J. era capaz de tumbarse en un banco con las piernas rectas y levantar 230 kilos. Bad Eye hacía mil flexiones y corría 8 kilómetros todos los días. Eran los miembros más influyentes de la Hermandad y a Earl y a Paul los idolatraban.

Mucho antes de que los dos veteranos reclusos se acercaran lo suficiente para oír al grupo, Vito los atisbo, avisó a los demás y estos volvieron la cabeza. Cuando Earl llegó, T. J. desplegó un brazo y lo pasó por su espalda.

—Siéntate aquí, tío —dijo—. A ver, ayúdanos, ¿cómo nos hacemos con la droga?

—¿Cuánto tiene? —preguntó Earl.

—Quince gramos —respondió Black Ernie—. Entró con una visita hace un par de días y no la ha liado mucho. Solo les ha vendido a un par de tíos del bloque Sur.

—Pues ahora ya no tendrá quince gramos —dijo Earl.

—Le quedan un par o tres —dijo Paul—. Cuando Ernie nos lo contó mandamos a alguien a preguntar si podía comprar algo... El tío dijo que teníamos unos doscientos dólares y Gibbs mandó un mensaje diciendo que eso era justo lo que tenía y que le enviáramos el dinero.

—Y ahí estamos, amigos —dijo T. J.

Earl sonrió. Al sonreír, su rostro anguloso adquiría una expresión cálida.

—Vale. Pero si me buscabais era por algo, cabrones. ¿Qué pasa?

—Joder, tío —dijo T. J.—, a ti te daríamos un pico aunque estuvieras en el hospital tirado y hecho polvo. —Volvió a abrazar a Earl y, aunque el veterano era dos centímetros y medio más alto y pesaba 86 kilos, se sintió como un muñeco de trapo en manos de un oso pardo.

—Estoy convencido y ya sé que me quieres mucho —dijo Earl—. Pero cuando vas a montar un plan tampoco te acuerdas de mí por eso.

—Agáchate, que te lo contamos —dijo Bad Eye—. Ernie nos lo ha contado porque el chaval es de los blancos y está con nosotros. Cuando los negratos empiecen a liquidar a diestro y siniestro, aquí estaremos nosotros peleando. —Tenía el rostro sofocado y pestañeaba rápidamente, un gesto habitual en él siempre que se enfadaba (cosa que ocurría siempre que la banda se metía en algún lío).

—Tenemos que conseguir que salga del pabellón —dijo Paul—. Allí no nos podemos meter. Uno igual podría colarse, pero es una zona restringida y esta banda está muy vigilada.

—¿Queréis que lo haga salir? —preguntó Earl.

—Tú puedes —dijo Bad Eye—. Eres el tío más respetado de todo el trullo.

—Ajá... ¿Y qué pasa si os volvéis locos y lo matáis, cabrones?

—No lo vamos a matar —dijo T. J.—. Joder, solo queremos hablar con el viejo. En la rotonda del bloque Norte.

—Mira —dijo Paul—, lo que hemos pensado es montar un paquete falso, un fajo de billetes de lechuga o papel verde, celofán y celo. Mandaré el mensaje de que estamos a punto para pagar, que voy a ir yo mismo, y entonces lo engatuso para que vaya a la rotonda. Y a continuación estos dos se cuelan por detrás y nos roban a los dos. Confía en mí, el imbécil. No lo suficiente para darme nada, claro, pero sí para presentarse en la rotonda. Tú no puedes ser uno de los ladrones —añadió, dirigiéndose a Earl—. Sabe que tú y yo vamos juntos, desde que ganó una apuesta el mes pasado y yo le pagué.

El grupo observaba a Earl. Este tenía cierto recelo, pero no cabía duda de que les iba a ayudar. Hubiera preferido decirles que se esperaran, que conocía a un tío en Los Ángeles que le iba a enviar un montón de heroína, pero a ninguno le interesaba lo que pudiera ocurrir en una o dos semanas; querían la droga ahora. Y lo que era casi igual de importante, querían acción, algo que aliviara el aburrimiento, y dentro de la cárcel las opciones son limitadas.

—¿Cuándo queréis hacerlo? —preguntó Earl.

—En cuanto podamos —dijo Vito—. Necesito un chute.

* * *

Earl bajó las escaleras de dos en dos, pero en vez girar a la derecha, hacia el patio grande, tomó el camino de la izquierda, entre el edificio de aulas y la biblioteca. La oficina del patio, que estaba a cien metros del arco, era un edificio construido hacía cinco años con oficinas en la fachada delantera y trasera, y un retrete. Se había construido con madera de secuoya y vidrio, porque en la oficina de sólidos muros que reemplazaba se habían propinado demasiadas palizas. Una valla salía de la fachada y cruzaba el camino. Más allá estaba la explanada de delante de la capilla, la oficina de custodia y la puerta principal.

Cuando Earl entró, Fitz, el indio que trabajaba de administrativo en el turno de día, estaba escribiendo a máquina. Era un recluso de carácter noble y trato agradable, menos cuando estaba borracho. Miró a Earl y le guiñó el ojo.

—Llegas un poco pronto, ¿no?

—Negocios.

A través del muro de cristal, podía ver al teniente Hodges en la oficina de la parte

de atrás. Hodges le tenía antipatía y era un sentimiento recíproco.

Big Rand, el guarda de 140 kilos de peso que dirigía la oficina —daba las órdenes de escolta a los oficiales del patio y en general coordinaba las actividades— abrió de golpe la puerta del lavabo.

—Copen, que te he oído, palabra por palabra.

—Pues cuéntaselo a tu madre —dijo Earl—, si es que puedes sacarla de la casa de putas.

Big Rand intentó sofocar el rostro con una máscara airada, pero en cuanto Earl alzó el dedo en un gesto obscuro, esbozó una sonrisa. Earl echó un vistazo a la oficina de la parte de atrás a través del cristal.

—Tranquilo —dijo Earl—. No te olvides de quién está de teniente hoy, ese que te tuvo tres años con el culo pegado a una torre de vigilancia, de medianoche a las ocho de la mañana.

—Sí, menudo gilipollas... —dijo Rand.

—Ven conmigo, superpoli. Quiero que me ayudes en una cosa.

—Seguro que otro lío —dijo Rand, pero lo acompañó.

—Quiero que un tío de la sección A salga quince o veinte minutos. Se llama Gibbs, el número no lo sé. Lo podemos sacar del ordenador.

—¿Para qué?

Earl negó con la cabeza e hizo una mueca de desagrado.

—Hostia, Earl —añadió el gigante, en un tono defensivo y plañidero—. Lo quiero saber, por si me tengo que proteger si...

—¿Si qué?

—Si matas al tío o algo.

—Joder, yo no me dedico a esas mierdas.

—Ya no, pero...

—Vale, si alguien pregunta, mandaste salir al tío para una entrevista de trabajo de conserje en la oficina. Está en acceso restringido porque no tiene trabajo.

—Los conserjes son siempre negratos.

—¿Ahora eres racista? ¿No quieres contratar a un blanco? Rand siseó y negó lentamente con la cabeza, una expresión de rendición en un intercambio que había sido más un juego que un verdadero enfrentamiento.

—No lo llames todavía. Espérate diez minutos —dijo Earl.

—¿Y si aparece?

—Pues le haces la entrevista.

—¿Cómo se llama?

—Gibbs. Ahí sabrán su número.

Rand se volvió hacia la puerta, pero se detuvo y lo señaló con el dedo, en gesto amenazador.

—Seguro que esto es un asunto de drogas. Un día te trincaré.

—Trincarás a tu madre. A mí no me la juegues, que más te valdría tirarte a un

foso con un cocodrilo.

Fingiendo un ataque de furia, Rand golpeó el marco de la puerta.

—Y a ti más te valdría tenerme respeto. ¡Soy un superpoli!

Earl pasó de Rand y se marchó.

—¡Copen, atiende! —gritó Rand—. Hoy ven a trabajar antes, que quiero hablar contigo.

Earl siguió caminando, pero volvió la cabeza. Rand estaba en la puerta, con los brazos extendidos, haciéndole un gesto obsceno a Earl con el dedo anular de las dos manos.

* * *

Diez minutos después, todos menos Paul estaban en el extremo nordeste del patio grande. Todos observaban el otro extremo del patio, por donde iba a llegar Paul, atravesando el gentío congregado junto a la tienda, después de su reunión con Gibbs en la puerta del pabellón Sur. A un observador poco atento le habrían parecido dos hombres de ánimo lánguido, pero Earl advertía en Paul la inflamación en los orificios de la nariz, los labios apretados y el brillo de concentración en la mirada. Aquel era un gran golpe, dentro del contexto de la cárcel, y a Earl no le cabía duda: si pudieran salir impunes, cualquiera de ellos sería capaz de matar a Gibbs para conseguir la heroína. «Qué iconos más extraños adora el hombre», pensó. «Y qué pirados acabamos aquí dentro... Y yo deseo pincharme tanto como ellos. La heroína es la única droga que se lleva el sufrimiento de la cárcel».

—Dame un cigarrillo, colega —le dijo Bad Eye a Vito.

—Estoy seco... Solo soy un pobre chicano que quiere colocarse. —Era un hombre esbelto, con unos extraordinarios ojos verdes y una sonrisa blanca y reluciente. A Earl le caía bien; le caía bien a todo el mundo.

—¿Es un tío grande? —preguntó Vito.

—Sí —respondió Ernie. Tenía en la mano un cordón de los zapatos y lo chasqueaba con nerviosismo.

Earl soltó un bufido reprobatorio.

—Joder, si tenemos que llevar los cinco pistola para enfrentarnos a un solo tío, aunque sea King Kong, ya podemos pedirle a Stoneface que nos encierre, que nos hace falta protección.

Black Ernie torció el gesto por la reprimenda. Entonces habló T. J.:

—Sí, por este imbécil no vale la pena cargarnos con un delito de sangre. Hacemos como que va en serio y ya está. Será un tío grande, pero más débil que el papel de váter mojado.

Paul Adams apareció a paso ligero en la zona más concurrida. Iba solo.

—Míralo —dijo Vito—. Los viejos siempre son los que andan con más elegancia.

Earl sonrió, porque los andares de Paul eran el epítome de la modernidad en los

años cuarenta: una mano en un bolsillo, y la otra levantada y moviéndose con un balanceo acompañado de una rotación de hombro.

—¿De qué va el viejo? —dijo Ernie, con un tono de voz estridente—. Cabrón, como la haya jodido...

Earl observó cómo T. J. y Bad Eye miraban a Ernie, que nunca se enteraba cuando los demás lo miraban mal. Vito sí se dio cuenta y le guiñó el ojo a Earl, expresando con su silencio que Ernie era idiota y que no había que hacerle caso. «Es idiota —pensó Earl—, pero estos chavales todavía lo son más. Si Ernie se metiera con Paul, lo desgarrarían vivo. Y si ellos no fueran capaces, ya encontrarían a otros cincuenta bien dispuestos».

Al llegar Paul, su tez normalmente pálida se veía rubicunda.

—Llegará enseguida. Vosotros os ponéis justo detrás de nosotros. Y no os riais, esto es serio, joder.

—Serio como un ataque al corazón —dijo Bad Eye.

Earl haría la función de vigilante. Cuando Paul se apartó del grupo, Earl avanzó diez metros en dirección contraria y se tumbó en el banco de cemento del pabellón Este, con las piernas cruzadas y la cabeza apoyada en un codo.

Paul volvió hacia la multitud y Earl vio aparecer a Gibbs. Se encontraron, intercambiaron unas palabras y se acercaron a la puerta del pabellón Norte. Gibbs pesaba unos noventa kilos, pero el vientre, embutido en la camisa, le rebotaba al caminar, y sus movimientos eran desgarrados. Tenía de pueblerino lo mismo que Paul tenía de elegante.

Earl observó la mirada de Gibbs para advertir si se había fijado en el grupo que lo esperaba. Estos no habían hecho caso a la pareja al pasar y fingían conversar entre ellos. No destacaban, porque había otros corros de reclusos por el patio. Gibbs ni siquiera miraba a su alrededor; escuchaba a Paul.

Earl recorrió el patio con la vista, en busca de guardas; no se divisaba más que un tirador en la azotea, a cien metros de distancia, y miraba en otra dirección. Cuando la pareja se acercó a la puerta metálica abierta, Paul apoyó una mano en los hombros de Gibbs y lo dejó avanzar un paso para que entrara él primero. En aquel mismo instante, los cuatro matones se pusieron en marcha y Earl se levantó del banco para situarse justo detrás de ellos. Avanzaron sigilosamente en la semioscuridad; Bad Eye insistió en ser el primero y Earl se situó en el exterior de la puerta. Existía el peligro de que un guarda saliera del pabellón o del corredor de la muerte.

Un joven negro apareció junto a Earl. Caminaba a paso ligero y miraba de reojo. Earl se habría sentido igual si se hubiera encontrado con cuatro negros militantes reconocidos en un punto ciego como la rotonda.

Earl se asomó y distinguió en la penumbra a Paul y Gibbs reclinados contra un muro, a los cuatro bandidos acorralándolos, y a Bad Eye y Vito con las manos por dentro de la camisa, a la altura del pecho, como si llevaran escondidos unos cuchillos. Paul alzaba las manos suplicante. T. J. le arrebató algo de las manos y se lo metió en

el bolsillo: era el papel envuelto en celofán.

Por la puerta del patio entró la desgarrada figura del sargento William Kittredge. A su lado, y un paso adelante, iba un preso negro y alto que Earl reconoció; seis meses atrás, en medio de un conflicto racial, había apuñalado a un blanco que se encargaba de la limpieza de una galería del pabellón Este. Era evidente que el sargento Kittredge lo acompañaba a la salida de la sala de visitas y de vuelta a la zona de aislamiento de la sección B; no se acercaría a la rotonda del pabellón Norte. A los pocos segundos, Earl oyó el golpe seco de un puñetazo y, a continuación, gruñidos y pasos que se arrastraban. Antes de que pudiera volver a asomarse, una figura pasó como un rayo junto a él, seguida de un brazo fornido cubierto de vello pelirrojo que intentaba atrapar al fugado. Pero el brazo no consiguió alcanzarlo y Gibbs se puso a correr por el patio con un aspecto de lo más ridículo, con los pies vueltos hacia dentro y los faldones de la camisa ondeándole por detrás.

Correr estaba prohibido y el rápido movimiento atrajo de inmediato la atención de un guarda de la azotea. Un silbato de policía atronó en el patio. El sargento Kittredge se quedó inmóvil y se volvió hacia Gibbs, que corría hacia él. Entonces vio cómo los cuatro matones se alejaban a toda velocidad junto al muro del pabellón. A Earl también lo vio y este se dio cuenta. Por eso, en lugar de marcharse, entró en el pabellón. Al fin y al cabo, vivía allí.

En la galería inferior había bastante actividad, sobre todo alrededor del televisor, porque estaba a punto de empezar el partido Army-Navy, entre los equipos de las academias del Ejército y la Marina. Earl estaba atenazado por el miedo. Por aquel incidente todos podían pasar un año o dos aislados, y ya había pasado mucho tiempo desde su última estancia en el agujero. Kittredge los había visto a todos y si el teniente Hodges interrogaba a Gibbs... Entonces se puso furioso. Se preguntaba qué demonios había fallado en la rotonda. ¿Se habría resistido Gibbs? Era poco probable. Alguien le había pegado un puñetazo cuando no era necesario, Gibbs se había asustado demasiado y se había dejado llevar por el pánico.

Earl se acercó a la primera fila y se sentó delante del televisor. Preacher le había reservado un sitio. Preacher era un treintañero gordinflón, miembro de la Hermandad, que llevaba las apuestas del pabellón Norte. Llevaba una gruesa chaqueta de *melton*, con la cremallera subida hasta la barbilla, y un gorro de lana negro que le cubría las orejas. Era su indumentaria habitual y, como de costumbre, también le hacía falta un afeitado. Earl le dio todos los boletos que había recogido en el patio, justo lo contrario de lo que solía hacer, y le pidió que se los quedara él hasta más tarde. Al percibir que había algún problema, Preacher le preguntó si necesitaba ayuda, pero Earl negó con la cabeza y volvió a la rotonda. Se detuvo en la oscuridad para escudriñar el patio. Kittredge, Gibbs y el negro se habían marchado. No sucedía nada extraño. El sargento tenía que seguir atendiendo el asunto del negro, así que las repercusiones tardarían en hacerse notar.

La banda se había dispersado. Earl se dio una vuelta por la zona por la que habían

desaparecido y se encontró con Paul.

—¿Pero qué ha pasado? —preguntó Earl.

—Ernie ha querido hacer de matón. Le ha dado al bobo ese en toda la boca y el tío ha echado a correr. Estaba acojonado. No ha sido capaz de esperarse a que el tío se sacara el material del calcetín.

—Así que tiro al aire, ¿no?

Paul torció el gesto y asintió.

—Y encima, si Kittredge nos ha visto, igual nos trincan.

—A ti te ha visto seguro. ¿Adónde ha ido Gibbs?

—Lo han pillado y se lo han llevado al hospital.

—¿Y dónde está todo el mundo?

—Vito se ha largado al bloque Oeste, Ernie está con sus amigos y el Dúo Dinámico se ha ido al gimnasio. Bad Eye está como una furia. No para de soltar tacos. T. J. está tan flemático como siempre, pero ya sabes cómo es. Ya puede tener instintos asesinos, que tú nunca te enterarás. Si acabamos en el agujero, Ernie podría pasarlo muy mal.

—No es más que un idiota que quiere ser un asesino. Y por un idiota no vale la pena meterse en un asesinato y correr el riesgo de que te trinquen. Qué cojones...

Earl se quedó en silencio, consciente de que aunque Paul y él mismo tenían más influencia que nadie sobre los dos jóvenes, no era suficiente. Condicionado por toda una vida de violencia, estaba dispuesto a apuñalar a quien fuera, siempre que se sintiera en peligro o si era una cuestión de vida o muerte, pero no creía en la venganza, a menos que fuera necesaria para evitar el ridículo. Era capaz de cometer actos violentos, pero la violencia no le gustaba; tanto T. J. como Bad Eye consideraban que la violencia era la primera respuesta a cualquier problema. T.J. no era tan rápido, pero era implacable; Bad Eye tenía un temperamento más explosivo, pero pasado el primer ataque de furia, se podía razonar con él. Ernie no le importaba: no era más que un fanfarrón y un bocazas, cuya mayor ambición era ser un pez gordo en el mundo violento de la cárcel. Pero sus amigos sí que le preocupaban.

—Igual todo sale bien —dijo—. Kittredge es el protegido de Seeman y a Seeman le caemos bien. Todo depende de si nuestros nombres le llegan a Hodges. Si se entera, más vale que vayamos haciendo los bártulos para la sección B.

—¿Qué les contará ese tío? No les puede decir que hemos querido birlarle las drogas. Además, ni siquiera tiene ni idea de que yo estaba implicado y los nombres de los demás no los sabe, creo. Si dice que lo hemos presionado, pues qué cojones, que se quede él en el agujero y lo trasladen. A nosotros nos pueden caer diez días, pero con tanto rapaz suelto, aquí hay que encerrar a la presa.

Earl soltó un resoplido y asintió con la cabeza, al percibir la ironía del asunto. Gibbs pasaría meses en protección, hasta que lo trasladaran a una prisión más tranquila. Los oficiales tenían que evitar dar la impresión de que un traslado era un asunto fácil, porque si no acabarían plagados de peticiones de protección solo para

salir de San Quintín. Durante aquellos meses de aislamiento, le escupirían en la comida y en la cara, y lo despreciarían por ser un cobarde, por ser una víctima. Los altavoces atronaron el patio:

—¡Copen, A-42 43, preséntese en la oficina del patio de inmediato!

Earl le agarró el hombro a Paul con aire socarrón.

—Bueno, pues ahora mismo me voy a enterar del resultado.

—Te espero aquí mismo.

El sargento William Kittredge lo esperaba en el camino, pasada la puerta del patio, apoyado contra el muro del edificio de aulas. Tenía una sonrisa en la boca y jugueteaba con una pelotita roja del tamaño de una pelota de ping pong, haciéndola rebotar sobre la mano. Earl sabía que era un paquete hecho con un globo, con un extremo cortado y anudado, y que contenía dos gramos de heroína.

—¿Habéis perdido algo, no?

Earl se encogió de hombros.

—No que yo sepa.

—¿Y esto qué? —Kittredge le mostró el globo, sosteniéndolo entre el pulgar y el índice.

—Es la primera vez que lo veo —dijo Earl, esforzándose por mantener un tono de voz tranquilo y pausado. Kittredge podría tomarse una negativa demasiado vehemente como un insulto a su inteligencia, mientras que una respuesta evasiva sería una confesión indirecta.

—Pues a mí me han dicho otra cosa.

Earl no respondió. Era mejor esperar a conocer la versión de Gibbs.

—Ya se verá. No le voy a contar a Hodges lo que he visto, pero cuando empiece el turno tu jefe, ya le preguntaré qué quiere hacer. Mientras tanto, vente a la oficina a escribir a máquina una nota.

—¿Dónde está Fitz?

—Con una visita. De cualquier manera, esta nota quiero que la escribas tú.

Earl y Kittredge fueron juntos a la oficina del patio, donde estaba Rand haciendo garabatos en un cuaderno de hojas amarillas, del que usan los abogados. El teniente no estaba en la oficina de la parte de atrás. Habían preparado un borrador de la nota. Earl fue corrigiendo los errores ortográficos y gramaticales a medida que escribía:

para: el capitán

asunto: gibbs, 47895

A las 9:50 de la mañana, en el día de hoy, y durante su servicio como sargento de patio, el abajo firmante escoltaba a un recluso desde la sala de visitas a la sección B cuando un oficial de la azotea tocó el silbato en el patio central. Me volví y vi al recluso GIBBS, 47895, corriendo desde la rotonda en dirección al pabellón Norte. Detuve al sujeto y proseguí hasta la sección B. A

continuación llevé a Gibbs a la clínica, donde fue atendido por una herida en el labio (véase el informe médico). En aquel momento me entregó un globo rojo atado en forma de bola que contenía un polvo marronoso. Gibbs sostiene que es heroína y que se la dieron tres reclusos, dos blancos y uno chicano, que podría identificar si los viera, pero de los que no conoce su nombre. Querían que la llevara a la sección A para su entrega a «Bulldog», al parecer LADD, 12943. Cuando se negó, lo asaltaron y salió corriendo. Según el oficial Rand, Gibbs había sido requerido en la oficina del patio para una entrevista de trabajo. Gibbs se encontraba en situación de aislamiento administrativo, pendiente de revisión por el comité disciplinario. El contenido del globo no ha sido sometido a análisis en el momento de redacción de este informe.

Ahora Earl ya conocía la versión de Gibbs y sabía que Kittredge se la había creído. Refutarla era imposible sin confesar la verdad y aquello estaba descartado. Le entregó el informe a Kittredge, quien lo firmó y lo metió en un sobre.

—Las cosas se pueden hacer mejor —dijo Kittredge—. Podría trincar a toda tu puta banda.

Earl atisbo al corpulento Rand detrás de Kittredge, con un dedo sobre los labios. La advertencia era innecesaria.

—Aquí manda usted —dijo Earl—, y si quiere puede tener a todo el mundo encerrado todos los días del año.

—Vale, Earl, vale —dijo Kittredge—. Lo que quiero decir es que les digas a tus amigos que se relajen. Esa puta banda se está pasando muchísimo de la raya. Cada día el capitán recibe una decena de cartas de chivatazos sobre esa panda de locos. Se han recibido como cien cartas que dicen que Bad Eye mató a aquel tío de color en el patio de abajo el año pasado.

—¿Y qué pasa con aquel blanco que mataron en el bloque Este? ¿Y los cuatro a los que apuñalaron en el edificio de aulas? ¿Y al poli que mataron en el hospital?

Sin decir demasiado, Earl le recordaba sutilmente a Kittredge que desde el inicio de los conflictos raciales hacía doce años, y sobre todo desde que los reclusos negros habían empezado a matar a carceleros blancos, existía una alianza tácita entre algunos guardas y los blancos más combativos. Antes de que empezaran a caer los guardas, la mayoría habían sido imparciales; ahora, ante el comportamiento de los reclusos blancos, muchos miraban hacia otro lado.

—Vale, no está encerrado, ¿verdad? Pero el director adjunto no necesita demasiadas pruebas para pillarlo. A él y a los demás.

Cuando el patio grande estuvo a rebosar con las colas del almuerzo, Bad Eye se acercó a Earl y Paul. A los pocos segundos, Ernie apareció entre la multitud. En cuanto le contaron la historia a Bad Eye, desató su ira sobre Gibbs, lo llamó «puto cabrón», «chivato» y «mentiroso» y juró que se encargaría personalmente de que

adondequiera que lo enviaran acabara recibiendo. Earl se quedó callado; quería hacer entrar en razón a su amigo en cuanto se calmara. Bad Eye había llegado a San Quintín ocho años atrás, a los dieciocho años, por llevarse noventa dólares en un atraco a una gasolinera. Pero en lugar de madurar, se había embravecido, como un toro enfurecido por el dolor.

—Joder —dijo Bad Eye—, si me vuelven a trincar ya nunca conseguiré la condicional. Ojalá pudiera fugarme. Earl, ayúdame a pirarme de aquí.

—Tendrás la condicional el año que viene. Todo saldrá bien. Tú tranquilo, ten paciencia.

—No la he cagado yo —dijo Bad Eye, mirando deliberadamente hacia el suelo, en vez de mirar a Ernie. No lo había saludado.

La bravuconería que antes había mostrado Ernie se había disuelto con el miedo al posible encierro y ahora los fastidiaba con preguntas sobre Kittredge, a quien no conocía. Earl le aseguró que estaba a salvo y ocultó su desprecio. Detestaba la falsedad y Ernie no era más que un gatito que quería ser un leopardo, pero si se le presentara la ocasión seguramente sería capaz de matar a alguien por la espalda. Para librarse de él, Earl le dijo que era mejor que no les vieran juntos y le aconsejó que se marchara a su celda.

Bad Eye se fue a contarle a T. J. lo que había ocurrido, así que Earl y Paul se quedaron solos recorriendo el patio de un extremo a otro. Aquellos paseos eran un hábito de muchos años. Si se quedaban quietos en un sitio, los amigos se congregaban a su alrededor, pero si se movían constantemente, los dejaban solos.

Earl y Paul habían trabado amistad hacía dieciocho años, en la cárcel del condado. Earl iba a entrar por primera vez en prisión y Paul cumplía su segunda condena. Ahora iba por la quinta y si en otros tiempos había sido un hombre esbelto y de cabellos morenos, ahora estaba gordo y tenía el pelo canoso. Conocían bien los defectos del uno y del otro, pero aquello no había estropeado su amistad; a veces discutían acaloradamente, pero no se guardaban rencor.

—Bueno, hermano —dijo Earl en tono compungido—, aquí estamos. Otro día maravilloso en San Quintín.

—Sí... Sin trabajar, sin pagar impuestos, y divirtiéndonos a tope. Si no la liáramos de vez en cuando, perderíamos el ánimo. Pero esta vez se ha jodido bien la cosa.

—Ha sido un patinazo. Te iría bien relajarte un poco. A la próxima te camelas a la junta de la condicional.

—Eso es lo que he pensado cuando me he dado cuenta de que Kittredge nos había visto. Por robo de vehículos no tendrían que caer más de cinco años.

—¡Para el carro! Aquello fue algo más que robar un coche y darse una vuelta. Te encontraron un pasamontañas, y en Los Ángeles nunca hace tanto frío. Y unos guantes, y una pistola. Te tendrían que conceder la condicional, es verdad, pero tampoco distorsiones la realidad porque te conviene. Que te conozco.

Paul se rio.

—Aun así, solo robé un coche.

—Sí, supongo que a mí me quedan dos o tres años, depende de cómo esté la política ahora mismo. Nueve años se dice rápido, pero tardan mucho en pasar. El problema de la delincuencia es que con que la cagues un par de veces, por error, por mala suerte o por lo que sea, ya te pasas jodido veinte años. Cuando salga tendré casi cuarenta. Si quiero rehacer mi vida, ¿me quedan más opciones, aparte de serrarle el cañón a una escopeta y entrar a trapo en un banco o algo así?

Dieron una vuelta en silencio. Normalmente Earl reducía su mundo a lo que ocurría intramuros. Los que se preocupaban en exceso por el exterior se volvían locos. Había cortado la relación con toda la gente que conocía fuera de la cárcel porque no podían hacer nada por él y solo conseguían que lo pasara todavía peor durante la condena. Si confiaba en ellos, le acabarían decepcionando, porque después de pasar unos años en la cárcel, todo el mundo se olvidaba de ti; era como si estuvieras en un ataúd y bajo tierra. En la primera condena, se matriculó en el reformatorio y siguió todos los cursos que se ofertaban, con lo que se sacó el bachillerato e incluso hizo un semestre en la universidad. También acabó un curso de formación ocupacional de artes gráficas. Ninguno de aquellos cursos le había servido para encontrar trabajo y ninguno le había hecho sentirse integrado, más que entre la gente con la que se había relacionado durante toda la vida. Lo admitía, era un delincuente habitual, con un metabolismo que le exigía poner en riesgo la libertad, e incluso la vida, en busca de la auténtica libertad: la de librarse de vivir una vida tranquila, pero desesperada. Tendría otra oportunidad y la aprovecharía. Había llegado demasiado lejos y perdido demasiado para abandonar ahora el juego.

—¿Cuándo llega el paquete con la droga? —preguntó Paul.

—Igual esta semana. Mañana lo sabremos, la mula tiene una visita.

—A Dennis le debe ir bien por ahí fuera.

—Es un tío que ha sacado pasta toda la vida y cada racha le dura varios años. Lleva tres meses fuera y ya se ha sacado unos cinco mil metiendo drogas aquí. Y también ha mandado un par de paquetes a Folsom. Le envié un mensaje por si quería que le pagara y me contestó que ni se me ocurriera.

—Nos va a ir muy bien. A los de la banda de Vito les debo veinte papeles.

Earl se rio.

—Ya me has vuelto a pegar el salto.

Paul hizo un puchero y lo miró con sus ojos azules muy abiertos, con una expresión inocente y burlona. Era incapaz de asumir cualquier responsabilidad, pero de todos modos era un buen amigo. La única cualidad que Earl valoraba era la lealtad. Compensaba otros mil defectos. Earl ofrecía lealtad y quería recibirla a cambio. Sus amigos más próximos le eran leales a él y lo eran también entre ellos.

Al acercarse al pabellón Norte, oyeron un breve clamor de voces que provenía del interior.

—El puto partido —dijo Earl—. Todos han apostado, así que más vale que me entere del resultado. Me voy a controlar al cabrón de Preacher, que no me cuele un par de apuestas falsas con los ganadores.

—Si no nos vemos después del recuento, te veo en la peli.

—Trae los libros.

Earl entró y ocupó su asiento. Preacher tenía una lista de las apuestas y de los resultados, algunos definitivos. Earl no había mirado todos los boletos, pero tenía una idea general de lo que se había apostado y por los resultados veía que no le iban a reventar el negocio. Se sentó a ver el partido, sabiendo que casi todos habían apostado por la Marina, porque eran favoritos por diecisiete puntos y en los boletos había puesto que eran trece. Después de diez años de llevar apuestas, había aprendido que los derbis solían acabar con una distancia mucho menor de la indicada oficialmente. La Marina llevaba catorce puntos de ventaja y se olvidó de Kit-tredge, Gibbs y Seeman. A dos minutos de terminar el partido, marcó el equipo del Ejército, un par de presos refunfuñaron y allí se acabó todo. Earl se levantó en la primera fila, con un grito de «¡hurra!», y se cogió las manos por encima de la cabeza. La mayoría solo habían perdido un par de paquetes de tabaco, nada que les preocupara demasiado, así que se unieron al jolgorio. A Earl le encantaba sentirse reconocido y respetado, pero a los pocos minutos, mientras subía penosamente las escaleras metálicas hacia la celda, la emoción de la victoria ya se había desvanecido. ¿Qué había ganado? Unos cartones de tabaco.

A las cuatro y veinte de la tarde, mientras casi todos los reclusos formaban filas en el patio para hacer el recuento y volver a las celdas, Earl entraba en la oficina del patio. A la hora del recuento, era un sitio frecuentado por los sargentos y tenientes que empezaban y acababan su turno. A veces en el despacho de la parte de atrás se celebraban reuniones a puerta cerrada y Earl los escuchaba a escondidas: se metía en el lavabo, cerraba la puerta y pegaba un oído a la pared. En aquel momento estaban reunidos Hodges y otros dos sargentos, pero la conversación que Earl hubiera querido escuchar no era aquella, sino otra que tenía lugar a 45 metros, en la explanada junto al estanque, delante de la capilla. Allí, Kittredge hablaba con el teniente Bernard Seeman y este lo escuchaba impasible, asintiendo con la cabeza de vez en cuando. Seeman era un hombre corpulento, de cincuenta y tantos, con una barriga incipiente. Siempre llevaba la gorra ladeada, como si fuera de la Marina; había sido contramaestre de un submarino durante veinte años. Earl cruzó las piernas bajo la mesita de la máquina de escribir, con aparente desinterés, mientras observaba la escena por la ventana.

Cuando se dispersó la multitud tras el recuento, empezó a sonar una sirena desde lo alto del edificio de la puerta principal. El sonido todavía no se había desvanecido cuando los reclusos y los guardas cruzaron la plaza desde la oficina de custodia, los primeros hacia el comedor y los segundos, directos a la puerta de seguridad. De la oficina del patio salieron a borbotones todos los guardas menos uno, mientras otros

pasaban por delante a toda velocidad, con abrigos y fiambreras en la mano. Los más veteranos se encargaban del recuento de los pabellones más cercanos. Así se podían marchar a los dos minutos.

Normalmente Earl cenaba pronto, pero aquel día esperó a que terminara la reunión y su jefe se marchara al comedor. Seeman se detuvo delante de la puerta de media hoja.

—Después de la pitanza, pásate por aquí con los tuyos —dijo.

—¿Con quiénes dices?

—Pues con Bad Eye, T. J. Wilkes y Vito Romero. Y aún hay otro más, pero Kittredge no sabe quién es.

—Pues entonces está claro que yo tampoco.

El rostro cuadrado de Seeman se iluminó con una sonrisa, en muestra de su buena disposición.

—Vaya por Dios, ya me lo imaginaba.

—Alguien tendrá que ir a buscarlos a los pabellones.

Seeman se asomó por la puerta y miró al viejo que estaba sentado detrás de la mesa.

—¿Se encarga usted?

—¿A qué hora?

—A las seis y veinte va bien. Earl ya le dirá quiénes son.

El irascible veterano del ejército asintió con la cabeza, pero lo miró con desdén. No le gustaba recibir órdenes de un recluso. Se evitaba que el coronel tratara con ciertos convictos, porque su afición a la disciplina podía resultar problemática.

* * *

En diciembre, a las seis y veinte ya había anochecido, pero la ubicua iluminación de la cárcel no dejaba nada en la penumbra.

—Cierra la puerta —dijo Seeman.

Earl cerró la puerta de la oficina y se quedó de pie justo a la entrada. Vito se sentó muy erguido en la silla del otro lado de la mesa, y TJ. y Bad Eye apoyaron el trasero en la repisa de la ventana. T. J. estaba tranquilo, pero Bad Eye estaba tenso e irritado; ante cualquier molestia, siempre se ponía rabioso.

Seeman se había quitado la gorra y sus cabellos plateados se le habían quedado aplastados sobre el cráneo.

—No voy a hacer preguntas porque no quiero oír mentiras. —Miraba sus rostros inexpresivos—. Esta historia que me han contado es totalmente descabellada, hasta para unos desesperados como vosotros. —Cogió un sobre de la mesa y tiró el globo rojo sobre el cartapacio verde. Earl se sorprendió. La normativa obligaba a dejar todo el contrabando en el depósito de pruebas del director adjunto. Tuvo una leve intuición. Después sabría que estaba en lo cierto.

Seeman miró el globo como si fuera una bola de cristal y alzó la vista hacia Vito.

—¿Cuánto puede valer en el patio?

Vito se ruborizó, bajó la mirada y se encogió de hombros. Seeman miró a la cara a todos los presentes y por último a Earl, quien dijo:

—Pensaba que no iba a haber preguntas, jefe.

—Ah, sí, es verdad. Perdón. Además, ya sé que el señor Wilkes no sabe nada de esto.

—Yo solo sé hacer aguardiente casero y poco más —dijo T. J.

—¿Tú no eres más que un tío sencillo del campo, eh?

El rostro de T. J. se iluminó.

—¡Usted lo ha dicho, jefe!

Los ojos pálidos de Seeman se iluminaron con una carcajada.

—Bueno, basta de chorradas —dijo—. Os cuento. —Les dijo que a Kittredge y a él mismo les caían bien, pero que los demás tenientes y el director adjunto eran de otra opinión, e insistió en que tenían que olvidarse de todas aquellas gilipueces que hacían dentro de la cárcel y empezar a pensar en salir a la calle. Iba a dejar pasar aquel asunto, porque si los encerraba alguien acabaría matando a Gibbs, estuviese donde estuviese. Proponía olvidarse del asunto, a cambio de que ellos se olvidaran de Gibbs. No esperaba una respuesta inmediata, pero seguiría atento al curso de los acontecimientos.

A Earl, Seeman le caía simpático y de hecho lo consideraba su amigo, aunque nunca se habría atrevido a admitirlo. Le dejaba campar a sus anchas por la cárcel durante la noche y nunca le hacía preguntas; a cambio, Earl siempre se aseguraba de que todo el papeleo que iba a administración se hacía correctamente. Pero sabía que había otros carceleros que daban un trato de favor a los reclusos blancos y chicanos más combativos y que el motivo era el conflicto racial. En los últimos dos años, los negros habían matado a varios guardas en las tres cárceles más duras del país y aquellos carceleros que en otros tiempos se habían mostrado algo prejuiciosos ahora tenían una actitud abiertamente racista. Había algunos que hacían la vista gorda cuando en un cacheo pillaban a un preso blanco o chicano con un cuchillo. Era una alianza diabólica, ajena a todos los valores que Earl había tenido durante toda su vida. La policía había sido siempre su enemigo y, si tenía que reconocerse en alguna ideología, era el marxismo.

Nunca seremos todos iguales, pero la diferencia debería estar entre aquellos que viven en una casa de veinte mil dólares y los que viven en una de cincuenta mil, y no entre los propietarios de una finca de medio millón de dólares y los que viven en una chabola. Y esta diferencia debería establecerse de acuerdo con la capacidad de cada quién. Por eso tenía simpatía por las ideologías de izquierdas, que favorecían a los negros, oprimidos por el sistema. Pero también era cierto que allí mismo en San Quintín se habían descubierto en una celda, durante un registro, unos poemas alusivos al placer que proporcionaba metérsela a una blanca. Y seis años atrás,

cuando los enfrentamientos raciales apenas consistían en pequeños grupos de musulmanes negros enfrentados a otros tantos nazis, los negros habían agravado la tensión entrando al trapo en una galería y apuñalando indiscriminadamente a todo lo que se movía. Ahora, cada vez que estallaba la guerra, los dos bandos actuaban por igual. Había bandas muy numerosas y Earl, aunque oficialmente no era miembro de ninguna, tenía más influencia que nadie en la Hermandad Blanca, sobre todo desde que T. J. y Bad Eye eran los líderes officiosos.

Seeman odiaba a los reclusos negros, pero no era racista, sino más bien conservador en un sentido político. Consideraba que la retórica revolucionaria militante y sus proclamas sobre Mao y el Che eran una declaración de guerra contra Estados Unidos.

Era una amistad extraña aquella entre un antiguo contraamaestre que era la personificación de la América profunda y un recluso indómito tan devastado por la confusión moral que no creía en nada más que en la lealtad personal.

El teniente Seeman seguía hablando y los reclusos lo escuchaban impertérritos. Hablaban la misma lengua, pero para ellos las abstracciones morales no eran más que palabras vacuas. Terminó lanzándoles la advertencia de que tenían que contenerse, porque estaban llegando demasiadas quejas a los altos cargos. Les dijo que, en caso de que tuvieran algún percance, él haría todo lo posible por solucionarlo.

Nadie respondió. Si querían algo, acudirían a Earl, igual que este acudía a los demás presos en puestos de administrativo. Seeman se levantó, se puso la gorra y volvió a meter el globo en un cajón.

Earl abrió los ojos sorprendido, viendo que Seeman se levantaba para marcharse. Indirectamente, les estaba dando el globo. Dio la vuelta a la mesa para acompañar a las visitas a la puerta. Sus miradas se cruzaron.

—Tranquilo, Earl —dijo—. Solo te quedan un par de años.

Al cruzar la oficina frontal detrás de los presos, Seeman le dijo al coronel que se iba a ver la película. A los diez minutos salió Earl. El globo le marcaba un pequeño bulto en el bolsillo del pantalón.

En la bahía de San Francisco, hay días de diciembre que exhalan pura primavera, y aquel era uno de ellos, un lunes entre Navidad y Año Nuevo. El sol había disuelto la niebla helada de la mañana y, aunque en el polideportivo seguía haciendo un frío intenso, la luz era cegadora. Earl estaba sentado sin camisa sobre las gradas del campo de béisbol, en la línea de la tercera base, terminándose de fumar un porro. Dentro de la cárcel, aquello era lo que más se parecía a la soledad. Se había atado un pañuelo rojo a la frente, para que el sudor no le cayera en los ojos, pero a los diez minutos de salir del frontón ya estaba seco. A su lado yacía un guante flácido, todavía empapado, y después de media hora de ejercicio, le dolían las piernas. Jugaba mal, pero le encantaba. No era capaz de correr ni de hacer gimnasia, porque en cuanto se le agitaba la respiración se quedaba parado, pero en los deportes de competición no abandonaba hasta que el cuerpo le pedía un descanso a gritos. Entonces se agachaba, bajaba la cabeza y respiraba profundamente. En invierno los campos de deporte estaban cerrados durante meses seguidos, por lo que siempre que los abrían aprovechaba para jugar unas horas. Le dio una calada al porro y siseó torpemente «esta mierda está de puta madre». El dolor desapareció. No le apetecía recorrer el largo camino hasta el patio grande y subir cinco plantas hasta la celda para coger la toalla para ducharse. «Hace un día demasiado bueno para estar encerrado», farfulló, y disfrutó de la agrídulce sensación del deseo de libertad. Le hacía sentir que seguía siendo humano, que aún ansiaba algo más que vivir la vida de un recluso. Todavía había esperanza...

Decidió seguir el consejo de Seeman y, para evitar los problemas, evitaba las situaciones propicias. Durante el día se quedaba en la celda, leía mucho y cuando ocurría algo, antes de que se enterara ya se había terminado.

Un miembro de la Hermandad había matado a un hombre en el pabellón Este y al día siguiente durante la hora del almuerzo dos chicanos le habían tendido una emboscada a otro y pegado unas cuantas puñaladas certeras. Si moría, se batiría el récord de treinta y seis asesinatos en un año; el récord de apuñalamientos, ciento siete, ya se había superado. T. J. y Bad Eye se pasaban el día en el gimnasio y solo los veía en las proyecciones de la tarde en el auditorio. La Hermandad se reservaba siempre dos filas de bancos. Si hubiera habido heroína circulando por el patio, Earl habría salido durante el día, pero después de los treinta gramos que había conseguido

hacía tres semanas, la cárcel se había quedado seca. Hierba, ácido y minianfetas se podían conseguir de sobra a través de los Ángeles del Infierno, pero no le interesaban. En aquel ambiente cargado de paranoia, no se podía arriesgar a pasarse el día colocado.

De lo que sí se enteró Earl es de la huelga que se había convocado para la mañana siguiente, pero lo cierto es que todo el mundo estaba al corriente, incluido el director. Alguien había impreso ilegalmente con un mimeógrafo miles de copias de un boletín que emplazaba a todos los reclusos a quedarse en sus celdas por la mañana o a no salir del patio cuando sonara la llamada al trabajo. Earl estaba plenamente de acuerdo con la primera de las demandas: la supresión o modificación de la sentencia indeterminada, una modalidad de condena que podía durar entre un año y toda la eternidad, según los deseos de la junta de la condicional. No saber cuánto duraría el encarcelamiento era la peor tortura que jamás se había inventado. La segunda demanda, el incremento de los salarios en los centros penitenciarios por encima del máximo actual, que era de doce centavos por hora, también le parecía razonable. Pero entonces el autor del boletín se había vuelto loco y exigía la liberación de todos los reclusos del «Tercer Mundo» y los «presos políticos» de las diversas repúblicas populares. Aquella exigencia absurda atraería toda la cobertura que pudiera darle la prensa a la huelga y dificultaría que las personas sensatas tuvieran en consideración el resto de demandas. Y no es que a muchos les importara lo que sucedía dentro de las cárceles. Las huelgas no servían para nada, pero al menos mostraban su resistencia. El motín provocaría la imposición del régimen de aislamiento a todos los presos, hasta que se identificara a los líderes. Entonces les darían una paliza y los aislarían a ellos. «Tendría que recabar cigarrillos, café y comida suficientes hasta que terminara el aislamiento. Con cuatro bocadillos de salami al día no llego», pensó.

Al levantarse de la última fila de las gradas, vio que dos presos subían hacia él en diagonal. Uno era Tony Bork, un preso joven y fornido que trabajaba de fontanero en el pabellón Este; no era un tipo duro, pero era agradable y decían que era de fiar. Lo acompañaba un muchacho esbelto con el mono todavía tieso y sin lavar, como el de todos los recién llegados. Pero, uniforme aparte, Earl sabía que aquel joven no llevaba mucho en San Quintín, porque aunque a menudo se encontraba con caras nuevas de presos que llevaran allí meses, de aquel rostro se habría acordado. Era un rostro joven y extraordinariamente atractivo, sobre todo por su tez limpia y pálida, que resaltaba unos ojos azul oscuro, serios pero inexpresivos. No era en absoluto afeminado, pero tenía un aspecto adolescente que según los criterios carcelarios se identificaba con la belleza. En San Quintín, ser guapo era una desgracia.

—Oye, gran duque de Earl —dijo Tony—. ¿Me haces un favor? Bueno, para mí no, para mi amigo. Un pase para la película. —Tony miró fugazmente al muchacho—. Ron Decker, este es Earl Copen. —Una inclinación de la cabeza hizo las veces del estrechamiento de manos habitual.

—¿Ya empieza? —preguntó Earl.

—Sí, empezaba cuando veníamos para aquí.

Earl cogió la sudadera y los guantes, y empezó a bajar las gradas. Bork y Decker bajaron a su lado. Por el camino, Earl se puso la sudadera.

—¿No hace mucho que has llegado, no? —preguntó Earl.

Ron negó con la cabeza.

—Tres semanas. Tony me ha dicho que se te dan bien las leyes.

—Antes estaba bastante metido. Pero ya no. No creo en la ley. Todos los casos los ganan Smith & Wesson.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, pues bromeo —dijo Earl sonriente—, y además quiero decir que la ley es una gilipollez. Los jueces no tienen integridad. A los peces gordos los sueltan por algún precepto legal, pero si ese mismo precepto afecta a algún tío de pueblo de los que hay por aquí metidos, les da igual, se lo cargan.

—Pero si Smith & Wesson fallan, solo queda la ley. No quiero hacerme pesado, pero me gustaría que echaras un vistazo a mi caso. Te pagaré.

—Cuando tenga un rato —dijo Earl, sin advertir que su desinterés molestaba a Ron—. ¿Y qué puta película ponen hoy? —preguntó—. Es lunes.

—Una de donantes de sangre —respondió Tony—. Yo estoy en la lista, pero Ron no.

Earl miró a Ron de soslayo y se arrepintió de haberlo mantenido a raya con tanta frialdad.

—¿Qué quieres saber sobre tu caso?

—Lo primero es que el juez me dijo que me volvería a citar para modificar mi sentencia al año o a los dos años. En el autobús un tío me dijo que no lo puede hacer, porque pierde las competencias.

—Antes sí, pero hace seis meses un tribunal de apelación dictaminó que si la sentencia se acogía al artículo 1168 del Código Penal, los jueces podían reservar la competencia para pedir informes y modificarla.

—Ese es el artículo que me aplicaron.

—¿De qué te acusaban?

—Posesión de drogas para su venta, con antecedentes en venta de maría.

Earl dio un bufido y observó a Ron con más atención.

—Entre diez años y cadena perpetua, y los seis primeros, sin poder presentarte a la junta de la condicional. Más te vale que te cambien la sentencia.

—Como si no lo supiera.

Llegaban a lo alto de la escalera cuando les inundó una melodía de *country* que provenía de los altavoces. Los últimos presos de la fila entraban en el comedor, pero Earl vio que el guarda que comprobaba los pases no era de su confianza.

—Venid conmigo a la oficina del patio. Vamos a sacarle un pase al marica ese.

Estaban a punto de llegar cuando Earl le cogió a Ron la tarjeta de identificación para ver su número. Los dejó fuera esperándolo. Sin decirle nada a Big Rand, que

balanceaba en el aire un cordel delante de un gatito escuálido y batallador (uno de los cientos que había en la cárcel), Earl se sentó, escribió a máquina un pase y lo dejó caer en la mesa de Rand para que lo firmara. El grandullón no le hizo ni caso y siguió jugando con el gatito.

—¿Qué, quieres que tire a ese gato a la Bahía o qué? —le dijo Earl, consciente de que Rand solo quería que le hicieran caso.

Rand cogió el pase.

—¿Te acuerdas de lo de Gibbs, hace dos semanas?

—Venga, tío, eso no fue nada.

—No pasó nada, pero podría haber pasado algo muy gordo.

—¿Qué crees, que me iba a chivar de lo tuyo? Firma la mierda esa, va.

—¿Quién es el gilipollas este? —dijo, reclinándose en la silla para poder atisbar a Ron y a Tony por encima de la puerta de media hoja. Conocía a Tony Borle y el pase no era para él. Le hizo un gesto a Earl para que se acercara y este se inclinó—. ¿Quieres follarte a ese chaval, no? —le acusó Rand.

—Tienes más vicio que los de por aquí, Rand. Anda que no.

—Bueno, ¿quién es?

—Un buen amigo mío, blanco. ¿Vas a firmar o qué? Tengo cosas que hacer. Quiero pasarme por la tienda para coger provisiones, por si nos encierran por la huelga.

—Si hace falta, ya te sacaremos...

Earl lo interrumpió alzando la mano.

—Eh, eh... Soy un preso. Si chapan el garito, yo me quedo dentro.

—Ya me encargaré de que te den de comer.

Earl no rechazó la oferta, pero se quedó sorprendido. Rand (y también Seeman) podían ser muy crueles con los presos que no les caían en gracia, sobre todo los negros. Debajo de la camisa llevaba un colgante con una esvástica.

Rand firmó lentamente el pase, haciendo intencionadamente un garabato infantil, y se lo entregó a Earl con una sonrisa.

—Tendría que haberlo firmado yo —dijo Earl, pero lo cogió y se lo dio a Ron al salir—. Te acompaño. Tengo que ir a por algo de comer y unas revistas guarras, por si se hace la huelga. Ahí encerrado, lo único que puedes hacer es pajearte, y ya me he olvidado de la pinta que tienen las tías.

Ron se rio, dejando a la vista una dentadura blanca y reluciente.

Cuando llegaron al patio grande, Earl se quedó esperando para comprobar que nadie ponía en duda la validez del pase y a continuación se dirigió a la multitud que se agolpaba delante de la tienda. Los demás también querían proveerse de existencias.

* * *

Media hora antes del recuento principal del día, Earl salió al patio grande. Cinco o seis miembros de la Hermandad, entre ellos Paul, T. J., Bird y Baby Boy, conversaban bajo el sol de primera hora de la tarde, cerca del muro del pabellón Este. Cuando Earl se acercó, T. J. le acarició el cráneo.

—¿Dónde está Bad Eye? —preguntó Earl.

—De visita. Ya sabéis que es un niño mimado.

Hablaban de la huelga. Nadie esperaba conseguir nada con ella, pero Baby Boy estaba enfadado porque quería trabajar y a las dos semanas tenía que presentarse ante la junta de la condicional. En cualquier caso, nadie se planteaba la posibilidad de reventar la huelga, aun no estando de acuerdo con ella.

—Lo que... Lo que hay que hacer... —dijo Bird, un hombre menudo y musculoso con la nariz grande y un carácter colérico— es acabar con el tío ese, hostia. Yo me iría a montar un pollo con los negros y empezaría a pegar hostias. Tanto hablar de revolución...

—Eso —repuso Baby Boy—, si quieren volverse a África o adonde sea, que se piren.

—Los de por ahí tampoco los quieren —dijo T. J.—. El otro día leí que...

—¡Calla, imbécil! —dijo alguien—. Déjate de trolas, que todo el mundo sabe que no sabes leer.

Earl escudriñó el patio con la mirada. Con la llegada de los presos que habían echado del patio de abajo para el encierro, el patio estaba lleno. En un extremo del cobertizo vio a Ron Decker hablando con un puertorriqueño cuyo nombre no conocía, pero del que sabía que esnifaba pegamento y era un bocazas y un follonero. A poca distancia rondaban otros dos miembros de la camarilla de puertorriqueños. Era una conversación acalorada, Ron gesticulaba, y de pronto el puertorriqueño le clavó un dedo en el pecho. El atractivo joven dio la vuelta y se marchó. Earl vio que Tony lo esperaba a cierta distancia.

Sonó la sirena y los convictos se agruparon y empezaron a formar filas. Earl tomó la dirección contraria. Durante el recuento tenía lugar en la oficina una reunión a puerta cerrada y Earl se encerró en el lavabo a escuchar. Un carcelero contaba que le habían dado un chivatazo («probablemente a cambio de un traslado», pensó Earl): al día siguiente medio centenar de reclusos, la mayoría negros, se iba a apiñar en torno a la puerta grande, justo antes de que la abrieran, a sabiendas de que de aquel modo ni siquiera los presos que querían trabajar se atreverían a pasar. Stoneface Bradley, el director adjunto picado de viruelas, informaba a los lugartenientes. Reforzarían la guardia. Los entrenados para la patrulla táctica se quedarían en el patio hasta nuevas órdenes y la policía de tráfico iba a ceder una docena de tiradores para reforzar el fuego en el muro. De todos modos, intentarían impedir la huelga abriendo la puerta del patio una hora antes y llevando a los presos directamente de los comedores a sus puestos de trabajo o a la otra punta del patio, lejos de la puerta, para que no pudieran reunirse y se evitara el bloqueo.

En cuanto terminó el recuento, Earl salió al patio y se quedó mirando cómo iban pasando las filas de las celdas hacia el comedor. Se fijó en un muchacho negro y esbelto con tez de color café con leche que era miembro de las Panteras Negras. No cabía duda de que estaba metido en el asunto de la huelga, o por lo menos conocía a los responsables. Earl sabía que no era un fanático. Al pasar, Earl lo saludó con la mano, se acercó a él y le dijo lo que había oído.

—Por si es de utilidad —dijo, al terminar.

El negro le dio las gracias.

Al volverse, vio que no muy lejos alguien le daba fuego a Tony Bork. Earl lo saludó fugazmente en la distancia e hizo el gesto de marcharse, pero Tony le pidió que fuera a hablar con él. El patio estaba totalmente a oscuras, salvo por los reflectores, y los reclusos seguían avanzando hacia las celdas.

Earl bajó un poco la cabeza, porque era más alto que el fontanero y este le apoyó la mano en el hombro.

—Oye, amigo —dijo Tony—, el tío que te he presentado hoy está metido en un lío...

—Ya —dijo Earl, con un bufido—. Vaya gilipollas, el tío ese de Sacramento que lo ha metido aquí, entre animales. Que le den por culo con el pie.

—Psycho Mike va a por él.

—¿El puertorriqueño? —preguntó Earl.

Tony asintió con la cabeza.

—El que esnifa pegamento, sí. Se la quiere jugar. El tío le ha hecho algún favor a Ron, le pasó ropa guay y tal, antes de que Ron se enterara del tema. Ahora ya sabe de qué va y quiere echarse atrás, pero Psycho se ha puesto serio. Y además están los cuatro de su banda.

—¿Y qué le pasa al chaval? ¿Es una niñata o qué? Tony negó con la cabeza.

—No, tío, pero ya sabes cómo va. No tiene sicarios ni...

—¿Y a ti qué más te da? ¿Quieres montártelo con él o qué?

—Ya sabes que esa mierda no me va. Me cae bien y quiero darle apoyo moral... Pero me toca ir a la junta en cuatro días y tengo bastantes posibilidades de conseguir la condicional. Y además, yo no soy un matón.

—¿Quieres que me meta en el rollo, no?

—Lo van a pillar. O lo meten en custodia o le obligan a que mate a alguien. ¿Por qué no le echas una mano?

—Sí, hombre, a mí ese chaval me conviene menos que un ataque al corazón. Los tíos guapos te meten en líos... Y yo ya soy demasiado viejo para ir buscando tångana. Joder, hace dos años que no voy ni a por Tommy el Guapo. Ni eso hago. Me estoy volviendo idiota de tanto masturbarme.

—Ron les da mil vueltas en inteligencia y en clase a toda la panda de imbéciles de por aquí. Es que pienso en aquel chaval rubio que pillaron los tíos de Psycho Mike recién salido del autobús... Lo violaron entre todos, lo obligaron a depilarse las cejas

y se lo vendieron a ese viejo pervertido. El chaval acabó en el psiquiátrico.

—Que le den. A mí qué más me da. Si es un tío flojo, que se apañe. Yo entré aquí a los dieciocho y nadie me hizo perder aceite. Me pasé dos años sin sonreír siquiera.

—Entonces las cosas eran de otra manera... Un tipo podía valerse por sí mismo. No había bandas. El chaval no es un asesino, pero tampoco es un cobarde.

Earl negó con la cabeza y no quiso seguir escuchándolo. Pero al volverse se dio cuenta de que con tan solo recordar lo que Tony le había contado se le tensaba la mandíbula. Él se había criado en reformatorios y estaba habituado a aquellos lugares sin mujeres. Por eso, como todos los que habían pasado por aquello, no estaba en contra de las locas y los mariposones. Después de pasar varios años sin estar con una mujer, un sustituto podía producir una excitación igual de intensa. Pero a lo que sí se oponía totalmente era a la fuerza y, aún más, detestaba la práctica de la compra y venta de muchachos, un fenómeno que se había iniciado en los últimos años. Se le pasó por la cabeza pedirle a Ponchie (al que conocía de toda la vida) que se cargara a Psycho Mike. O a Grumpy o Bogus Pete, a cualquier miembro de la poderosa hermandad chicana. Pero tampoco iba a servir de nada. Con Mike fuera del mapa (y aquello era fácil), otros ocuparían su lugar.

—¿Y a mí qué cono me importa? —masculló, mientras distinguía la silueta de Paul barriendo junto a una alcantarilla, al otro lado del patio a oscuras. Fue a preguntarle si le habían llegado noticias de drogas. Mañana le sería más fácil pasar el día con la sedación de la heroína.

* * *

Más adentrada la tarde, mientras resonaba por todo el pabellón el clac, clac, clac de las puertas de las celdas al cerrarse, Ron Decker se tumbó en la litera superior de su celda. Estaba tendido de costado, con la cabeza apoyada en un codo, y extendidas frente a sí, como si fueran material de consulta, tenía las cartas de Pamela, su felicitación de Navidad, un deteriorado diccionario universitario y una foto suya en un campo de flores silvestres de tonos rosados. Escribía, y mientras tanto contemplaba su última carta, escrita en papel amarillo pálido e impregnada con una gota de perfume. Le encantaban las cartas de Pamela, porque tenía facilidad para crear cierto ambiente e introducir matices y a veces incluía una página de evocadora poesía. A veces sus cartas le hacían imaginar una persona totalmente distinta a la que conocía. Borraba sus recuerdos y acababa escribiendo solamente a la autora de las cartas.

Ron no se sentía cómodo escribiendo. Había recibido una buena educación, pero le faltaba experiencia a la hora de dar forma a sus pensamientos sobre el papel. Desde su detención había escrito más que en toda su vida anterior. Como quería que sus cartas fueran como un diario, intentaba transmitir lo que veía y sentía justo en aquel momento. Describía la fealdad de San Quintín, pero no podía contar nada sobre la

violencia sistemática, la paranoia y la huelga que se había convocado. Las cartas con información inconveniente venían devueltas por los censores. Sí que le contaba que el comité de clasificación lo había destinado a la fábrica de muebles y tenía que presentarse allí a la mañana siguiente. No le gustaba tener que pasarse el día lijando sillas, pero por el momento no había nada que hacer. Le dijo que tenía un compañero de celda agradable, sin aportar el detalle de que era un marica de cuarenta y cinco años. Le dijo también que la gente que había conocido lo había decepcionado, que esperaba encontrarse al menos con algún preso inteligente, pero allí solo había fracasados de los bajos fondos, atracadores, yonquis de mala muerte, ladrones de gasolineras y gente que cometía violaciones y asesinatos de una estupidez supina. Parecía que los maestros del crimen no existieran. Quería explicarle a Pamela cómo eran aquellos jóvenes criados en un reformatorio, donde se les había deformado tanto el carácter que las instituciones penitenciarias y los valores morales que allí imperaban eran lo único que tenían en la vida, jóvenes cuyo estatus dependía del uso de la violencia. Quería explicarle cómo era aquel racismo que rayaba en la obsesión (por parte de los dos bandos) y lo mucho que le afectaba ser objeto de un odio asesino solo porque era blanco. Le daba miedo y, a la vez, generaba en él un principio de odio.

No podía escribir ninguna de aquellas cosas, así que acabó firmando la carta. La estaba metiendo en el sobre cuando el altavoz atronó en la galería: «¡Las luces se apagan en diez minutos!». Se volvió sobre la litera para colocar la carta entre los barrotes y que la recogieran en la última ronda del correo. Entonces bajó de la litera de un salto. Jan la Actriz, a quien llamaban así porque mucho tiempo atrás, y durante diez años, había vivido una vida de mujer, estaba sentado en la litera de abajo, con las piernas cruzadas. Tenía una mano en el aire y tiraba de una hebra. Tejía una colcha, que después vendería por noventa dólares en la tienda de manualidades abierta a las visitas o que cambiaría en el patio por cinco dosis de ácido, dos de heroína o veinte porros. Ron fue a coger el cepillo de dientes al fondo de la celda y entrevio su reflejo en el espejo. Era curioso verse con el pelo tan corto y peinado hacia atrás, pero sin raya; le habían dicho que había quien pensaba que llevar raya en el pelo era de maricas. Aquel comentario ignorante le había hecho reír, pero de todos modos había seguido el consejo.

Jan la Actriz sacó una caja de cartón de debajo de la litera y metió las labores.

—¿Qué tal van las cosas con Psycho Mike?

Ron escupió la espuma de la pasta de dientes.

—Muy tensas. Me ha dicho que por qué lo evito. Y que le debo un favor o no sé qué.

—Es el diablo. Yo te lo habría dicho, si me lo hubieras preguntado.

—Al principio parecía simpático... Y no conocía a nadie. Tendría que haberme dado cuenta.

—¿Y ahora qué?

—Tengo que mantener las distancias.

—¿Pero y si no funciona? Es un tipo que tiene amigos y las cosas se pueden poner feas.

Ron negó con la cabeza. En realidad Psycho Mike no le daba miedo, aunque en cierto sentido tampoco las tenía todas consigo. Le parecía degradante preocuparse por alguien tan estúpido. Hacer lo que Mike quería (no quiso ni imaginarlo) era algo inconcebible. Sabía que en custodia lo iba a pasar mal, así que aquella posibilidad estaba descartada. Estaba dispuesto a pelearse con quien fuera, si era necesario, pero ya se hacía a la idea de que contra toda una banda pocas posibilidades tenía. Aquel asunto se podía resolver con un navajazo, como le había propuesto Tony, pero se resistía a aquella opción por dos motivos: como mínimo, tendría como consecuencia que el juez le negaría la modificación de la sentencia. Y aunque no fuera así, de solo imaginarse clavando un trozo de acero en carne humana se le revolvía el estómago. Cuando terminó sus abluciones, Jan lo estaba esperando para utilizar el lavabo. La celda medía menos de metro y medio de ancho y el espacio entre las literas era tan estrecho que cuando pasaban se rozaban el pecho. Jan le acarició la entrepierna al pasar y, como acto reflejo, Ron apartó el culo hacia atrás.

—¡Joder! —exclamó.

—Pruébalo, te va a gustar —dijo el marica, con una expresión que era una versión paródica, ajada y marchita de una sonrisa lasciva en un rostro de mujer.

Ron subió de un salto a la litera superior y se quedó con las piernas colgando.

—Se supone que este es un sitio para tipos duros. Pero aquí no hay más que pervertidos. ¡Uf!

Jan se volvió al espejo e intentó cubrirse gran parte de la cocorota con su cabello ralo.

—No, no lo son. Tú te lo pierdes.

—Pues lo parecen, lo parecen.

—Solo porque eres un caramelito joven y apetecible.

Ron se ruborizó. Cuando se apagaban las luces (aunque nunca llegaba a estar realmente a oscuras, porque las luces del exterior de la celda traspasaba los barrotes y llegaban en forma de suave resplandor), Ron veía la oscuridad de la Bahía, detrás del pabellón. Y aún detrás de aquella oscuridad centelleaban las luces en las colinas de Richmond. En un enclave tan hermoso era insultante construir una cárcel, en toda su fealdad. Andar como un muerto en medio de tanta vida todavía atormentaba más. Se le ocurrió otra cosa y asomó la cabeza por el borde de la litera para ver el rostro pálido y anodino de Jan.

—Oye, hoy se me ha ocurrido que igual le podía pedir a un tío que se mirara mi caso. Es un tío mayor, con la cabeza pelada, Earl Copen. ¿Lo conoces?

Jan no tardó en soltar una risita.

—¿Que si lo conozco? Cariño, compartimos celda hace un millón de años, cuando llegué. Durante unas semanas. Se me tiró.

—¿Ah, sí? ¿Ese también? Qué asco.

—Mira, uno como cualquier otro. Esperaba a que apagaran las luces y entonces...

—Vale, no me cuentes más.

—¿No te interesa mi vida amorosa?

—Pues no especialmente.

—Entonces Earl no era más que un crío. Vivía al día, estaba loco el tío. Stoneface, el director adjunto, era entonces lugarteniente, y me acuerdo que una vez Earl le volcó la mesa encima y se pasó un año en el hoyo. Y otra vez un maricón le echó una miradita de esas de...

—Ya sé, ya.

—Earl le preguntó que qué miraba... Y el tío le respondió «Te quiero follar». Earl le dijo que se prestaría si lo ganaba en una pelea. El tío era un boxeador profesional, peso semipesado, y Earl era tan delgado como tú. Se tenían que encontrar en la parte de atrás del bloque, después de desayunar. Cuando llegó el tío, Earl se había subido a la quinta grada con un cubo grande de agua, de esos que se usan para llenar los bidones y limpiar la galería. Lleno debe de pesar treinta kilos. No sé si estaba lleno del todo aquella vez. Bueno, pues Earl lo dejó caer y si le llega a dar en la cabeza a aquel tío, lo habría dejado tumbado, pero no lo tocó por los pelos y le destrozó el tobillo. Earl bajó corriendo las escaleras con un martillo de uña para rematar la faena, pero el cabrón se las arregló para escaparse, aun teniendo el tobillo roto. Tenía miedo de salir del hospital. En aquellos tiempos Earl lo podía joder bien jodido.

—Pues a mí no me ha dado la impresión de que sea un tío loco y tal.

—Bueno, es majo. Ya hablaré con él. Es un tipo inteligente y parece un poco quemado. Cumplidos los 35, la gente se relaja un poco. Dentro de la cárcel, ya eres un viejo. Está cansado de estar en la sombra.

—Lo he visto rondando con unos chavales por el muro. ¿Son de su banda?

—Seguramente son miembros de la Hermandad Blanca. No es su banda, ni la de nadie. Esa gente no tiene jefes, ni Dios lo es. Aquí dentro he visto a muchos tíos peligrosos, pero nunca a tantos juntos en una misma banda.

—¿Y la Hermandad Mexicana?

—Lo mismo, igual peor. Son más. Pero se llevan bien con los amigos de Earl. Earl les cae muy bien a esos chavales... Bueno, «chavales», algunos van a cumplir los treinta. Y también se llevan bien con Paul.

—¿Quién es Paul?

—Ese tío del pelo blanco, con pinta de cincuentón.

—No lo he visto nunca. —Una vez recostado y con la cabeza apoyada en la almohada, Ron decidió no acercarse a Earl Copen. En la cárcel había mucho abogado suelto. Earl era demasiado imprevisible. «Solo me faltaría un informe disciplinario —pensó—. El juez me dejaría aquí pudriéndome y tiraría bien lejos la llave».

Cuando la sirena de la mañana despertó a Ron, la niebla cubría las vistas de la ventana de su celda. Ni siquiera se distinguía la costa, que estaba a veinte metros de distancia. Los pabellones no dejaban que la niebla subiera al patio grande, pero el polideportivo del patio de abajo seguro que estaba cubierto. La fábrica estaba al otro lado del muro de aquel patio, cercada por una tapia aparte.

Ron se vistió y aseó sin hacer ruido, porque Jan nunca se levantaba hasta las ocho y media, cuando abrían las puertas del patio, y siempre llegaba media hora tarde a trabajar. Trabajaba de asistente del supervisor del programa de formación, que entraba a las nueve, así que nadie le había dicho nunca nada. Tony Bork tampoco bajaba a desayunar, así que Ron se quedó esperando a que abrieran la celda para bajar solo al comedor. Pensaba en los rumores de la huelga y en si se prohibiría el acceso al patio de abajo por la niebla.

El comedor estaba extrañamente tranquilo: en vez del estruendo habitual, apenas se oía un leve murmullo, sobre el que destacaba sobremanera el ruido de los cubiertos contra las bandejas metálicas. Parecía que hubiera menos presos de lo habitual. La galería de Ron fue la última en sentarse.

Engulló el desayuno, soltó la bandeja y salió al encuentro de la luz fría y gris de la mañana. Justo a la salida del comedor había una hilera de guardas esperando, con porras en la mano. Sobre el muro, por encima de la puerta del patio, se apostaban un guarda y un policía de tráfico, el uno con un fusil antidisturbios y el otro con un lanzagranadas de gases lacrimógenos. Ron se detuvo, sorprendido.

—Los trabajadores de la fábrica, que bajen —dijo un sargento alto, indicando la puerta con un movimiento de la cabeza—. Los demás, al fondo del patio.

Ron recorrió fugazmente con la mirada el fondo del patio, donde esperaban casi dos mil presos. En la esquina que unía los pabellones Este y Norte, la multitud formaba una «L». Los negros se concentraban en el muro del pabellón Norte, como siempre. No sabía qué hacer, si bajar o unirse a los demás. Si bajaba, podía ser tildado de esquirolo y sufrir represalias de otros presos; si se quedaba, podía tener problemas con los guardas.

—Venga, muévete —le dijo un guarda. En aquel momento tres presos salieron del comedor por detrás de él y se dirigieron a la puerta sin dudarlos. Su salida no provocó ni silbidos ni abucheos de la multitud, así que Ron agachó la cabeza y los siguió.

En la escalera se encontró con la niebla. Las figuras de su alrededor se transformaron en siluetas difusas y finalmente desaparecieron por completo. Ni siquiera distinguía los muros de la cárcel. Siguió por el camino que bordeaba el patio de abajo; la puerta de la zona industrial estaba a 400 metros. No había guardas a la vista; siempre había varios delante de la puerta, incluso en los días más soleados y tranquilos.

Giró y siguió el camino paralelo al muro. Lo incomodaba aquel paisaje cegador. Dos presos surgieron de la nada, avanzando con dificultad hacia él, con gorros que les cubrían las orejas y las manos en los bolsillos.

—Hola, hermano —le dijo uno de los dos presos blancos al acercarse—, más vale que te vuelvas por donde has venido. Los negros han bloqueado esta puerta.

El otro soltó una risotada que sonó como el graznido de un cuervo y dejó ver los huecos que tenía en la boca en lugar de dientes.

—Los putos maderos se han pasado de listos y han abierto la puerta del patio antes de tiempo. Pero los negratas aún han sido más vivos y han bloqueado esta puerta. Con esta puta niebla lo tienen peor los maderos.

—¿No va a ir nadie a trabajar? —preguntó Ron.

—Están esperando allí abajo, a unos cien metros, esperando a ver qué pasa. Los que han bloqueado la puerta están después.

—Voy a ver.

—Con los años uno aprende a no acercarse al ojo del huracán. Ahí huele a podrido. Yo prefiero no verlo.

—No te quedes demasiado. Stoneface se va a poner como loco, va a pedir sangre y a él le parece que todos somos del mismo color.

—Del color de la mierda —dijo su amigo y se adentraron en la niebla, rumbo al patio grande.

Ron se acercó a la multitud por detrás, embargado por la curiosidad, emocionado pero también algo asustado.

Desde lejos oyó una voz negra que gritaba «¡Matadme! ¡No soy un puto perro!».

Ron se apartó un poco hacia la izquierda. Una valla lo separaba del camino y el muro. Había espacio para abrirse paso entre la gente, así que avanzó y se quedó a unos diez metros del epicentro de la concentración.

Se había formado un grupo aparte, de unos cincuenta presos muy apiñados. La mayoría eran negros, pero también se veían algunas caras blancas. Algunos huelguistas llevaban bates de béisbol y trozos de cañerías. Enfrente había un negro gordinflón arengando a los trabajadores:

—¿Pero qué hacéis, eh? Venid para aquí. Tenemos que estar todos juntos. ¡Se acabó el miedo!

Un preso blanco que estaba al lado de Ron negó con la cabeza.

—Yo ya me iría con ellos, pero son todos espías. Mis colegas se volverían contra mí.

Ron alzó la vista a lo alto del muro. Se distinguía el perfil del abrigo de un solo guarda, con el rifle colgando como un falo semierecto. ¿Sabían los oficiales lo que estaba ocurriendo? ¿Y qué iban a hacer?

El frío era intenso. Como no soplaba el viento, no resultaba especialmente punzante, pero consumía lentamente como un ácido. Ron se puso a temblar y le empezaron a castañetear los dientes. Deseaba que sucediera algo y se preguntaba si debería regresar al patio como pudiera.

Al percibir cierto movimiento entre los trabajadores apiñados se puso de puntillas y estiró el cuello. Un chicano rechoncho y de mediana edad se abría paso entre la gente, sosteniendo una tarjeta amarilla por encima de la cabeza. Avanzó resolutivo hacia los huelguistas. La tarjeta era el recibo que tenía que firmar todo supervisor para poder salir en libertad condicional.

—Yo entro. Me tiene que firmar esta mañana —dijo, en español.

La primera fila de huelguistas se abrió como unas fauces hambrientas y se tragó a aquel hombre sin rechistar. Al poco, las tripas del organismo se revolvían como una trituradora. Ron oyó golpes y un grito desgarrado. La emoción que le producía la situación se desvaneció y fue sustituida por el horror. «Dios mío, lo van... a matar», pensó. Controló las náuseas.

—Tendría que haberse esperado —dijo el preso de al lado de Ron—. Yo me lo habría pensado dos veces. Ahora va a acabar saliendo por la puerta de atrás y en un ataúd.

De pronto la masa se abalanzó sobre Ron, dividida por una fuerza que no alcanzaba a ver. Y entonces la identificó: eran hombres con cascos y máscaras de Plexiglás, abriéndose paso entre la muchedumbre a golpes de porra. Un preso, que no era de los huelguistas, cayó al suelo como un saco. Las piernas se le levantaron del golpe y le brotó la sangre de la cabeza. Los guardas estaban en formación.

El joven que estaba al lado de Ron quiso saltar la valla y lo empujó contra ella. Ron se volvió, metió los dedos en los agujeros de la alambrada y consiguió trepar por ella. Al otro lado estaba el campo de béisbol. La niebla encubría en cierto modo sus movimientos.

* * *

La celda de Earl estaba en la quinta planta, en un saliente con vistas al patio. Justo antes de las ocho de la mañana, miró por la ventana y vio la masa de reclusos en silencio, reclinados todos contra el muro. Distinguió a algunos de sus amigos, que se habían agrupado en un momento en el que parecía que iba a haber problemas, pero al parecer había quedado en nada. Earl se puso su grueso abrigo y los guantes y salió de la celda.

Al salir de la rotonda se encontró con algunos de los presos más tímidos, que regresaban al pabellón. Sin embargo, mirando por la ventana, le había parecido que la

cosa estaba tranquila. Recorrió con la mirada lo alto del muro. Había media docena de guardias, todos sosteniendo las armas con indiferencia, menos un sargento, un levantador de pesas que apuntaba al patio con una metralleta Thompson.

Earl avanzó por detrás de la multitud hasta que atisbo la cabellera pelirroja de Big Boy. Entonces se abrió paso para reunirse con sus amigos.

Todos esperaban en silencio y con rostro grave, menos los miembros de la banda, que sonreían y soltaban carcajadas, con una energía renovada por la amenaza del caos, que Paul había reducido al absurdo.

—Lo único que piden es una putilla blanca y un Cadillac. Totalmente razonable, joder. Después de todo lo que les han hecho los blancos. Mira a ese madero. — Señalaba a un guarda gordinflón de mejillas rosadas que estaba de cara a la multitud, a unos 15 metros de distancia. Parecía no acabar de decidirse sobre la posición de la porra —a su costado, delante del pecho, detrás de las piernas, cogida con una mano o las dos— y no dejaba de lanzar miradas nerviosas al tirador que lo cubría.

—Idiota. No sabe si cortarse las venas o dejárselas largas —añadió otro.

Bad Eye le dio un toque a Earl y le pidió un cigarrillo llevándose dos dedos a la boca. Earl metía la mano en el bolsillo cuando resonó la potente detonación de un rifle, seguida de un arma hueca, que podía ser una escopeta o un rifle de gases lacrimógenos con munición de escopeta. Los dos mil presos del patio se quedaron de inmediato totalmente en silencio, paralizados, mientras se les aceleraba el ritmo cardíaco y el ambiente se cargaba de tensión. El guarda rechoncho dio un paso atrás y los tiradores ya no estaban relajados.

Hasta Paul se quedó callado.

Alguien entró a toda velocidad por la puerta del patio y, una vez allí, bruscamente se puso a caminar con una absurda actitud desenfadada. Los guardas quisieron rodearlo, pero enseguida llegaron otros presos y no se bloqueó el paso.

Dos negros salieron de entre la niebla, uno guiando al otro, que sostenía en la frente un trapo empapado en sangre. Se volvieron hacia la izquierda, en busca de sus hermanos. Dos guardas se acercaron para bloquearles el paso, pero los detuvo una multitudinaria lamentación espontánea, que acabó convirtiéndose en clamor; era un muro de sonido. Mientras tanto, la masa de presos negros avanzó y se apiñó en torno a los recién llegados, apartando a los guardas. Los tiradores se colocaron en posición de tiro y apuntaron hacia ellos; los negros dejaron de bloquear el paso.

A Earl le latía el corazón como un pájaro batiendo las alas. Los demás le entorpecían la vista. Atisbo a unos blancos y otros chicanos saliendo por la puerta, corriendo hacia la multitud y a los pocos segundos se enteró de que los negros habían arrollado a un chicano y lo habían matado.

La masa, segregada racialmente, se disolvió, como un conjunto de organismos que se repelen mutuamente. Earl estuvo a punto de caerse al suelo, pero T. J. lo agarró por el cinturón y lo mantuvo en pie. El clamor de voces sonaba igual que el bramido de las reses antes de una estampida.

Al poco, la gasolina que empapaba aquella enajenación colectiva acabó prendiendo. Tras el estruendo de un lanza-gases lacrimógenos, una granada cayó en medio de la multitud. Con la explosión, varios presos salieron despedidos y dieron vueltas sobre sí mismos, mientras los temidos gases se dispersaban. El estallido volvió a zarandear a Earl, que tuvo que esforzarse por mantener el equilibrio. Era como luchar por mantenerse a flote en medio de un mar agitado por la tormenta. El gas le empañó la vista, le lloraban los ojos y le empezó a gotear la nariz.

—Cabrones... Hijos de puta... —maldijo en voz baja.

Como una bestia irracional, sin motivación aparente, los mil doscientos presos chicanos y blancos se movieron en el sentido de las agujas del reloj, y se acercaron al muro del comedor. Impelidos por el gas lacrimógeno que provenía del muro del pabellón Norte, los negros se situaron donde habían estado los blancos, a lo largo del pabellón Este. Los dos grupos, mil doscientos blancos y ochocientos negros, se miraron entre sí, separados por un espacio abierto de ciento treinta metros.

Otros cien presos se apiñaban en torno a la puerta del pabellón Este, intentando inútilmente entrar y alejarse del tumulto.

—¡Todos los presos a su pabellón! ¡Todos a su pabellón! —atronaban los altavoces.

—¡Abrid las putas puertas! —gritó alguien cerca de Earl. Los dos bandos ya se habían extendido. Los amigos de Earl seguían juntos. Sus temores se transformaron en cólera. Estaba convencido de que los oficiales habían actuado con la intención de convertir la huelga en un enfrenta-miento racial.

Estalló una ventana del comedor. Y luego otra. Los presos gritaban enfurecidos, pasándose de unos a otros pilas de bandejas de acero inoxidable. Los blancos y los chicanos alzaban las manos para alcanzarlas. Luego llegaron otros objetos que podían servir de armas: rodillos de fregona, piezas del lavavajillas, grandes cucharones de madera.

Al otro lado del patio, los negros arrancaban listones de los bancos de madera. Earl no hizo nada; sabía que los dos bandos no llegarían a enfrentarse en aquella tierra de nadie. Los rifles y la metralleta erigirían una muralla mortal imposible de franquear.

Un preso se apoyó en Earl para encaramarse a la ventana a coger algo y lo pisó al bajar.

—¡Gilipollas! —gruñó Earl, empujándolo con las manos. El recluso topó con un preso que tenía detrás y que lo frenó en la caída. Tenía el rostro desfigurado por la rabia racista. Tomó impulso para incorporarse, mientras le dedicaba a Earl unos insultos que se perdieron en medio de la agitada multitud vociferante, y lo embistió, con un trozo de tubería en la mano. Earl dio un paso atrás e intentó esquivar el golpe cubriéndose con un brazo. Ojalá hubiera tenido un cuchillo. Pero el alborotador se abalanzó sobre él, sin ver a T. J. —tampoco lo vio Earl—, hasta que el hercúleo levantador de pesas lo aporreó con una bandeja metálica, como si fuera un bate de

béisbol. El preso agredido, que había ido al encuentro del golpe, se quedó con la cabeza retenida por la bandeja, y las piernas agitándose en el aire. Aterrizó en el suelo, primero sobre los hombros, y aún pasaron unos segundos hasta que le empezó a brotar la sangre de su carne desgarrada. Las piernas se le convulsionaban.

Bad Eye surgió entonces de la nada y, con todas sus fuerzas, le dio una patada en la cabeza con sus botas de punta de hierro. T. J. lo congratuló con una palmada en la espalda.

Con aquel alboroto, era imposible hablar. Aun así, se abrieron paso entre la aglomeración para acercarse a otros miembros de la Hermandad, que estaban a apenas un metro, y dejaron al herido boca arriba en el suelo. Que lo pisotearan o que se muriera allí mismo. A ellos les daba igual.

Los dos clanes se gritaban el uno al otro, blandiendo sus armas improvisadas.

Bad Eye arqueó las manos y le susurró al oído a Earl:

—Esta vez acabamos con los putos negros. Solo tienen palos.

Earl no respondió y volvió a mirar a los tiradores. Los bandos avanzaban el uno contra el otro, cuando la metralleta escupió tres breves detonaciones que hicieron pedazos varios tramos de asfalto. Y entonces descargaron los rifles. En cuanto las balas barrieron el campo abierto, ambos bandos se quedaron paralizados y se retiraron. El tiroteo puso fin al griterío.

En el suelo, un negro se contorsionaba. No había duda de que uno de los guardias había apuntado a los presos y no al suelo. El abatido se agarraba el muslo e intentaba levantarse. Otros dos negros quisieron acercarse a él para ayudarlo, pero una bala les voló por encima de la cabeza y los echó atrás.

La histeria se había moderado. Las miradas febriles se apaciguaban, mientras la locura daba paso a las preguntas: ¿Qué hacer? ¿Qué iba a suceder?

—¡Atención, patio! Todos los que estén al lado del comedor, que bajen al patio de abajo.

La multitud respondió con un clamor desafiante que apenas sonó como un bufido, en comparación con el que había sacudido el patio hacía pocos minutos. Algunos gritaron y alzaron el puño, pero habrían reaccionado igual si los hubieran obligado a ponerse firmes o marcharse a su casa. Las granadas de gases lacrimógenos volaban por encima de sus cabezas y aterrizaban bajo el cobertizo, a unos metros del gentío. Los gases impelían a unos cuerpos contra otros, reverberaban en la multitud y volvían a constreñirla. La única huida posible era la puerta del patio. No podían bajar por el camino, porque allí los esperaba la brigada táctica, protegida con cascos y armada con porras y mazas, así que bajaron por las escaleras. Algunos se tropezaban y caían sobre otros presos.

Los llevaron al patio como si fueran ganado, mientras la niebla se aclaraba. Todo era gris bajo el cielo plomizo; los muros parecían blandos bajo la niebla, bordeados por siluetas anónimas portadoras de rifles. El patio de abajo era grande y los presos se extendieron como el agua por una planicie. Todos buscaban a algún amigo; intuían

que era una situación peligrosa, porque no había guardas en el patio y los de lo alto de los muros estaban demasiado lejos para ver claramente lo que sucedía. Era un buen momento para vengar antiguas afrentas. Tras la ley de la barbarie, se impuso la ausencia de ley.

La Hermandad se congregó cerca de la lavandería. O, al menos, muchos de sus miembros, unos treinta, todos más jóvenes que Earl y Paul, pero todos con rostros ajados, expresión resentida y mirada torva. La mayoría eran peligrosos, pero algunos solo lo fingían, y utilizaban la Hermandad para protegerse. Respetaban y escuchaban a Earl y a Paul igual que a los demás y a T. J. y Bad Eye se veían obligados a escucharlos.

El ambiente era gélido. Como no hacía viento, el frío tardaba un poco en penetrar, pero pronto los presos empezaron a dar patadas en el suelo para calentarse, y les salió vaho por la boca y los orificios de la nariz. Oyeron a lo lejos los altavoces del patio grande, que mandaban a los negros a las celdas.

—La mierda de siempre —dijo alguien—. Que entren los negros, mientras nosotros nos pelamos de frío.

—¡Y una mierda! —exclamó Paul—. Seguro que los están matando a palos, los putos maderos, paletos de mierda.

—Los maderos les tienen miedo —añadió Bad Eye.

—Así se empieza a odiar, chaval. Con miedo.

—Y con las astucias de estos blancos listillos —dijo Earl con amargura, pensando en que los oficiales habían convertido una huelga contra ellos en un disturbio racial, con la sencilla técnica de separar a los dos grupos y dejar que la naturaleza siguiera su curso.

—Que se jodan —dijo Bad Eye—. Yo odio a los negros y también a los maderos. Pero los maderos no me matarán por ir por ahí andando. En cambio, los negros...

—El chaval tiene razón —dijo Paul—. Es listo, el cabrón —dijo, cogiéndole el brazo a Bad Eye y sacudiéndolo con aire burlón—. ¿Dónde lo has aprendido?

Earl era incapaz de discutirle a Bad Eye sus opiniones. En un lugar en el que negros y blancos se mataban unos a otros indiscriminadamente era imposible no ser racista, se fuera del color que se fuera. Sin embargo, le daba rabia pensar que al día siguiente la prensa abusaría de titulares sensacionalistas del tipo «Disturbios raciales en San Quintín». No se publicaría ni una sola palabra sobre la denuncia de las condiciones de vida en la cárcel. Encendió un cigarrillo, encorvó la espalda y se quedó mirando la lejanía, al otro lado del patio.

En lo alto, una bandada de gaviotas planeaba y daba vueltas en el cielo. De vez en cuando bajaban en picado entre gritos agudos. Los mil doscientos presos tiritaban en silencio, esparcidos por el campo de béisbol, la mayoría en el campo izquierdo, el punto más alejado del muro sobre el que se agolpaban los guardas armados. La lavandería, donde se había reunido el grupo de Earl, estaba en el jardín central. El edificio los ocultaba de la vista de los tiradores apostados en el otro muro. Pero

entonces atisbaron más guardas armados en el horizonte. Debía de haber más de treinta apuntando hacia el patio.

Algunos presos habían sacado unos bancos de la caseta de la tercera base y habían encendido una hoguera.

Earl vio a Ronald Decker y a Tony Bork detrás de la segunda base. Ron tenía las manos metidas en los bolsillos y saltaba arriba y abajo, para aumentar la circulación sanguínea. Veinte metros más allá estaban Psycho Mike y tres de sus esbirros de rostro adusto. Nadie parecía darse cuenta de su presencia. Estaban en cuclillas, con unos trapos arrugados metidos en la boca; Earl sabía que estaban impregnados de cola para calzado. Miraban a Ron. Earl sabía lo que pensaban: reunían fuerzas para ir a por él.

De súbito, movido por un impulso, Earl se apartó del muro de la lavandería y se acercó a Ron y a Tony. Este lo vio llegar y se lo dijo al joven. Ron tenía una mirada limpia y sincera; no intentaba parecer un tipo duro, como hacían otros muchos jóvenes en la cárcel, y como Earl también había hecho en su día. Al llegar, miró a lo lejos, en dirección a Psycho Mike, con una mirada fija pero inexpresiva. Su actitud y su mirada perdida bastaron para transmitir el mensaje.

—Venid a la lavandería —le dijo a Tony—. Allí no hace tanto frío.

Tony miró a Ron, que se encogió de hombros. De camino a la lavandería, Earl volvió la cabeza y miró de reojo a los esnifadores de pegamento, levantando la barbilla en actitud beligerante.

La camarilla de rudos jóvenes convictos le pasó revista al recién llegado; habrían arqueado una ceja, pero era una expresión que no estaba incluida en su repertorio.

—No me seas malo, Earl —dijo una voz no identificada. El reproche sonrojó a Earl e hizo sonreír a los demás. No quería incomodar al muchacho. De todos modos, le pareció que Ron no había captado la insinuación.

—Esto lo cuentas y no se lo cree nadie —dijo Ron.

—A nadie le importa lo que pasa aquí dentro.

—Han matado a ese hombre, lo han matado a palos. Y por nada.

—Ha sido un idiota. ¿A quién se le ocurre cruzar un piquete de negros, hechos unas fieras?

Ron negó con la cabeza. Temblaba, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Cuánto tiempo nos van a dejar aquí?

—Vete a saber. Se lo están pensando. —Y Earl pensaba que Ron era guapo—. ¿Estabas aquí?

Ron le dijo lo que había visto, como si al describirlo pudiera borrar unas terribles imágenes que seguía teniendo muy presentes. Earl lo escuchaba. Le gustaba la precisión y la economía de sus palabras, y la ausencia en su discurso de todos los insultos que los presos utilizaban cada cuatro sílabas. Su forma de hablar revelaba un pensamiento lógico y sagaz.

A la vez, Earl vigilaba a Psycho Mike y su banda, por si aparecían, pero los

esbirros se habían sumado al grupo reunido en torno a la hoguera y no miraban hacia la lavandería.

—La verdad es que esto parece un estudio sociológico sobre la estupidez —dijo Ron.

—¿El qué?

—Dos razas, como el perro y el gato, para que los guardas tengan una buena excusa para hacer prácticas de tiro.

—Yo he pensado lo mismo. Pero no es tan sencillo. Las cosas no son ni blancas ni negras, y perdona el juego de palabras. Esto nadie lo puede controlar. Y nadie puede quedarse al margen tampoco. Ya te contaré un día lo que pienso.

Baby Boy se acercó a Earl.

—Eh, tío —dijo—. Atiende. Los de Ponchie van a pelar a alguien. —Señaló a un chicano alto y pálido escurriéndose entre la multitud, hacia el nutrido grupo reunido en torno al fuego. Llevaba un gorro que le cubría la frente hasta los ojos y el cuello del abrigo levantado, y se movía de forma sospechosa. Lo acompañaban otros dos presos, uno a cada lado. Era evidente que acechaban a alguien.

—Igual tendríamos que ir a ver si hay que echarles una mano —dijo Bad Eye—. Son nuestros aliados.

—No necesitan ayuda —dijo T. J.

Ron advirtió el aumento de la tensión y miró también hacia el grupo de la hoguera, intentando adivinar a quién iban a agredir.

—A que le dan a Shadow —dijo Earl, cogiéndole el brazo a Ron—. Es ese tío alto y delgado, con pantalones blancos. Una vez los timó. Mala jugada. Llevan bastante buscándolo.

El chicano de en medio, el del gorro, siempre con la cabeza gacha para ocultar el rostro, se detuvo tres metros por detrás de la víctima, sacó un largo cuchillo de debajo de la camisa y se acercó sigilosa pero rápidamente a su víctima. A los tres pasos, el arma se clavó hasta la empuñadura en la espalda del elegido. Ron dio un bufido, sin querer, como si hubiera sentido el golpe en sus carnes. Del empujón, la víctima se acercó a la hoguera con las manos extendidas, un acto reflejo para evitar la caída. Los dos presos que cubrían al agresor miraban alrededor, con las manos metidas por dentro de la camisa. El culpable había cambiado de dirección justo después de clavar el puñal y andaba despreocupadamente, al parecer sin rumbo, aunque en realidad se dirigía a la lavandería. Ron lo perdió de vista y miró al hombre que intentaba apartarse de las llamas y las brasas. La empuñadura del cuchillo, envuelta en cinta aislante, le sobresalía entre los omoplatos.

Todos se habían apartado de la hoguera para evitarse problemas.

Ron esperaba que el herido se desplomara de un momento a otro. Tenía que estar muerto. Pero se puso en pie, empezó a dar vueltas sobre sí mismo e intentó sin éxito alcanzar a tientas el arma clavada en la espalda. De pronto, se alejó del diamante del campo de béisbol y se dirigió a las escaleras que llevaban al hospital.

—¡Madre mía! —gruñó Earl—. No he visto una cosa así en mi vida. ¡Pero si tiene ahí clavados treinta centímetros de cuchillo!

El agresor pasó junto a la Hermandad, sonriente, los saludó con el puño alzado y siguió andando. Ron vio a una banda de chicanos que esperaba a sus miembros a cierta distancia, también junto al muro de la lavandería.

—Vaya forma de cobrar una deuda —dijo Ron con ironía—. Una vez en el cementerio, ya no hay quien pague.

—Tampoco podría pagarle. No tiene ni un céntimo. Y aquí dentro no hay tribunales, así que será una lección para los demás.

Ron no respondió.

Un sol tenue asomó entre las nubes, pero la temperatura no aumentó perceptiblemente. Ahora había tres hogueras encendidas. Algunos miembros de la banda querían forzar la puerta de la lavandería y refugiarse allí o buscar gasolina para encender otra hoguera.

Stoneface se había acercado al muro, con un megáfono en la mano.

—¡Atención, patio de abajo! ¡Formen filas en el jardín izquierdo del campo!

La orden encontró por respuesta una ovación poco entusiasta. Los presos seguían representando su papel, pero los ánimos hacía rato que se habían enfriado. Ahora estaban dispuestos a volver a las celdas y muchos se movieron, prestos a acatar la orden sin discusión.

No pudieron. Stoneface hizo una señal. Sin previo aviso, rifles y escopetas empezaron a disparar y una lluvia de balas cayó sobre el patio. Los proyectiles perforaron algunas zonas del césped. Varios presos cayeron desplomados, como si los hubiera golpeado un puño invisible, y otros se tumbaron en el suelo, que tampoco ofrecía ninguna protección.

Por encima de Ron, una ventana se hizo añicos. Oyó en la cercanía un matraqueo, como si hubiera caído un montón de guijarros en el suelo. Se encontró tirado en el pavimento, mientras Earl salmodiaba «mierda, mierda, mierda».

El tiroteo resonaba contra los muros. Les pareció que duraba eternamente, pero en realidad apenas fueron treinta segundos. Cuando hubo terminado, el silencio exageró los lamentos de los heridos y los gritos de las gaviotas, que batían frenéticamente las alas sobre un cielo aborregado.

Todos los presos estaban tirados boca abajo en el suelo, menos uno, que corría, doblado sobre sí mismo, cubriéndose la herida de bala del vientre.

Stoneface levantó el megáfono:

—En treinta segundos, a formar en el exterior del campo.

No hubo protestas. Todos se apresuraron a acatar la orden, aunque derramaban insultos en voz baja y sus miradas estaban cargadas de un odio profundo.

La brigada táctica, la patrulla de tráfico y otros guardas esperaban en los extremos. Llevaban porras, martillos, escopetas y *sprays* lacrimógenos. Mientras rodeaban a los presos, Stoneface volvió a tomar la palabra y los obligó a quedarse en

calzoncillos. Todo el mundo cumplió la orden; era aquello o más balas. Todavía quedaban unos diez presos tirados en la hierba. Algunos se movían y otros no. A uno le faltaba el hueso de la parte de atrás de la cabeza. Las gaviotas bajaban a hurgar entre los restos triturados del interior del cráneo.

Les hicieron subir las escaleras en fila, pero el desfile tomó forma de un caótico torrente humano. Era una estampida forzosa de cuerpos semidesnudos. Los guardas y los agentes de tráfico los vigilaban en cada extremo de la fila y los empujaban con porras y con la culata de las escopetas. Aquella masa bestial los había asustado y ahora daban rienda suelta a la rabia que aquel terror había despertado. Muchos de los que normalmente se comportaban como buena gente actuaban ahora con brutalidad y atacaban a cualquier preso por apenas tropezar.

Earl perdió a sus amigos y casi perdió también el sentido. Simplemente se esforzaba por mantenerse en pie y seguir adelante. En un momento, se tropezó en las escaleras y un agente de tráfico le clavó la culata de la escopeta en la columna. El golpe le hizo soltar un aullido, pero se incorporó de inmediato, a pesar del dolor. Hubiera querido defenderse, pero no valía la pena; habría tenido consecuencias.

Al llegar a los pabellones, subieron las escaleras en fila india hasta sus plantas respectivas. La policía los sacudía con las porras a su paso. Cuando uno se caía, lo golpeaban por su falta de fuerzas.

Cuando Earl entró en su celda, se desplomó sobre la litera, sin aliento y empapado en sudor. A los pocos minutos, se echó a reír. «Joder, qué manera de romper la rutina», se dijo, y soltó otra carcajada.

* * *

Una hora después, las emisoras de radio de San Francisco dieron la noticia y los presos la escucharon con auriculares. Las autoridades de la prisión informaban de que había habido entre los presos cuatro víctimas mortales y diecinueve heridos, fruto de un disturbio racial entre blancos de ideología neonazi y extremistas negros. La situación ya estaba controlada y todos los presos estaban en sus celdas. Los cabecillas estaban en aislamiento y se iba a iniciar una investigación.

Durante toda la tarde y parte de la noche, Earl oyó cómo se abrían y cerraban continuamente las barras de seguridad y las puertas de las celdas, y después, el sonido amortiguado de los golpes y los cuerpos desplomándose en el suelo. A veces, súplicas («No, más no») o algunas frases de los carceleros («puto negro, follonero... Te crees un tío duro, ¿eh? A ver si es verdad»). Y más golpes.

Cogieron a cien, las tres cuartas partes eran negros. Algunos fueron a parar al centro de adaptación. Otros, a la sección segregada B. Los doscientos presos que ya ocupaban aquella sección se volvieron locos al oír las palizas y destrozaron los retretes. Les prendieron fuego por debajo de la taza y machacaron los váteres a golpes; después lanzaron los pedazos entre los barrotes. Quemaron también los

colchones y arrancaron las literas de los tornillos que las sujetaban a la pared. Una maricona y el que se la follaba, que estaba en la celda de al lado, utilizaron el somier para cavar un hoyo en el suelo, por debajo de los diez centímetros de cemento que los separaban. Los guardas no podían bajar a las plantas para hacer el recuento, porque los presos arrojaban los vasos entre los barrotes y escupían trozos de vidrio como si fuera metralla. Los intentaron contener a manguerazos y con gases lacrimógenos. La sección B acabó llena de colchones quemados y empapados, camastros rotos, ventanas hechas añicos, pintura chamuscada, retretes despedazados y presos míseramente regados. Solo la maricona y su amigo eran felices.

El primer día no sirvieron nada de comer. Al día siguiente, a media tarde, repartieron dos bocadillos fríos a cada preso. Aquel régimen duró dos días más y después empezaron a dejarlos salir para darles de comer de forma «controlada» dos veces al día, de cincuenta en cincuenta, bajo la mirada vigilante de numerosos guardas. Negros y blancos se miraban de arriba abajo, con ojos que transmitían cualquier sentimiento menos cariño, pero la seguridad era demasiado estricta como para que ocurriera algún incidente.

A la mañana siguiente dejaron salir a los pocos presos que tenían un empleo de importancia. Earl seguía entre las sábanas, tomando un café y fumando un cigarrillo, cuando apareció el lugarteniente Seeman al otro lado de los barrotes, con la gorra ladeada y las manos metidas hasta el fondo en los grandes bolsillos de un largo abrigo verde.

—Qué, gandul, ¿nos vamos a trabajar? —preguntó Seeman, mirando las galerías de arriba y abajo. Al no ver a nadie, sacó un cartón de Camel del bolsillo del abrigo y lo tiró a la litera entre los barrotes.

Earl se sentó en la cama y cogió los cigarrillos, pero no dijo nada. No hacía falta dar las gracias.

—¿Cuántos salen hoy?

—Unos cuantos: el secretario del capitán, los ayudantes de cocina, y algunos camareros del comedor del director. Y Fitz, claro. Pero si quieres te puedo sacar a ti también.

—No, jefe. Ya me espero a mañana. No quiero dar mala imagen saliendo de los primeros. Después de lo que pasó ahí abajo...

—Fue un... —Seeman terminó la frase con una especie de bufido de indignación—. Si abrieran una investigación... Kittredge y yo queríamos bajar y ya está. Sabíamos que todo el mundo estaba cansado, que querían entrar en las celdas. Me cabreé tanto que por poco pierdo el control. Es que, joder, yo ya entiendo que cuando es necesario hay que ser duro, pero disparar contra gente desarmada, que no hacían nada más que quemar un par de bancos de madera... Más vale que me calle o se me van a volver a cruzar los cables.

—Si mañana salen más, yo también. ¿Y tú qué haces aquí durante el día?

—Pues muchas horas extras. Muchos llevamos unos días así. Si los presos no

trabajan, la cárcel se para.

Los que gobernaban la cárcel desde sus oficinas con aire acondicionado, bien situadas fuera de los muros de la prisión, aquellos a los que los presos nunca veían la cara, decidieron abrir las celdas durante el fin de semana. La prensa se había olvidado del disturbio a los pocos días y ya habían pasado dos semanas. Los pabellones de honor y los trabajadores imprescindibles llevaban varios días cumpliendo su horario normal y no había habido incidentes. Los agitadores identificados estaban en el ala segregada. Aquel fin de semana tocaba una proyección de *Bonnie and Clyde* y los guardas sabían que no hay nada que tranquilice más a un preso que una buena película.

Ron salió a desayunar con todos los demás. Jan la Actriz había empezado a trabajar después de los tres primeros días de encierro y Ron estaba encantado de poder disfrutar de aquellas horas de soledad durante el día. El aislamiento ya no le preocupaba, aunque si hubiera durado meses tampoco habría podido aguantarlo. Ya antes de aquel lunes de enajenación prefería pasar el tiempo en la celda, con libros, cartas y pensamientos, antes que en el patio atestado de gente, donde se sentía fuera de lugar y a la vista de todos. La masacre había reforzado aquella aversión. No fue algo inmediato, porque todo había pasado con tanta rapidez que en aquel momento no había podido tener más reacción que la de mera supervivencia. Pero la sensación le sobrevino pasada la conmoción, en la seguridad de su reclusión en la celda. Los gritos bestiales y los insultos racistas que surgían en el anonimato del panel de celdas se le aparecían como gruñidos de animales salvajes dentro de sus jaulas. Su hondo desprecio por la estupidez y la simpatía que sentía por la condición de oprimidos de la población negra en Estados Unidos habían pasado a un segundo plano; el miedo los había deshancado. De camino a su celda aquel día, había tenido que recorrer la galería en medio de grupos de jóvenes negros. Percibía su odio con la intensidad de un calor abrasador. Apartó la mirada, con las tripas revueltas, y en el santuario de su celda el miedo germinó hasta convertirse en un robusto roble cargado de inquina. Y no le gustaba sentirse así. No le gustaba la imbecilidad absoluta que reinaba en toda la cárcel e intentaba ocultarse y protegerse de ella.

Pero el sábado salió. Si se hubiera quedado en la celda habría atraído la atención de los demás. Los guardas seguramente habrían pensado que estaba metido en algún lío. Y los presos sin duda habrían intuido que tenía miedo, lo habrían considerado un

signo de debilidad y se habrían intentado aprovechar de él. Al salir al patio desde el comedor, vio a casi cuatro mil reclusos dando vueltas entre los pabellones. El sol teñía los muros verde pálido de un tono caramelo. Entrecerró los ojos e intentó distinguir a los presentes bajo la luz cegadora. Se imaginaba que después de las semanas de aislamiento reinaría un tenso silencio, sobre todo después de que el último encuentro entre negros y blancos hubiera resultado tan violento. Pero se vio envuelto por un ambiente jovial; el tono de las voces era festivo y en los altavoces sonaba música de *rock'nroll*. Por todas partes se veían caras alegres y animadas, aunque algo pálidas, como consecuencia de las semanas de reclusión. Los amigos que no se habían visto en aquel tiempo se daban palmadas en la espalda, se abrazaban y reían. Los únicos signos perceptibles del conflicto reciente eran tres tiradores más y la segregación voluntaria de los negros en el extremo nordeste del patio.

Ron avanzó con la cabeza baja, evitando la confrontación y mirando alrededor en busca de un rostro familiar. Parecía que todos los demás tenían amigos, todos eran miembros de un grupo. Él había salido al patio con un libro de bolsillo, por si acaso no encontraba a ninguno de sus pocos conocidos. Jan la Actriz tomaba el sol con otras dos mariconas. Ron esquivó al trío. También estaba alerta por si aparecían Psycho Mike y su banda; tenía la esperanza de poder evitarlos.

—Qué pasa, chaval —gritó alguien justo a su lado. Al volverse, vio a Earl Copen a un metro y medio de distancia. El veterano estaba sentado en un contrafuerte de cemento de una columna del cobertizo. Llevaba una sudadera azul marino descolorida, con las mangas toscamente amputadas por encima del codo. Le faltaba un afeitado en todas partes menos en la cabeza. Llevaba una barba gris de tres días, pero su cráneo despejado le relucía bajo una película de aceite. Era feo, pero la calidez de su sonrisa resultaba contagiosa y tenía una mirada despierta. Ron recordó de inmediato la resolución que había tomado respecto a Copen y las historias que le había contado Jan. Pero, por otra parte, al verlo también se evaporó rápidamente su sensación de soledad. Se acercó a él. Earl parecía la persona más relajada de todo el patio.

—Así que has sobrevivido a la tormenta de mierda —dijo Earl.

—Ha costado.

—¿Es la primera vez que sales?

—Ajá. Pero ya me ha ido bien. ¿Y qué tal por aquí?

—Pues nada, presos con el culo peludo. —Earl lo miró más de cerca—. Te tiene que dar un poco el sol.

Ron bajó la vista y pasó por alto el comentario.

—¿Y tú cuándo has salido? —preguntó.

—Joder, la semana pasada. Yo soy un preso de honor.

Por su forma de hablar lacónica, y no tanto por sus palabras, su discurso desprendía calidez, calidez humana. En los meses siguientes Ron aprendería que Earl tenía varios vocabularios y elegía el que quería en función de con quién hablaba y

sobre qué. Podía conversar con un tono suave y nasal, y exagerarlo hasta el ridículo. O adoptar un estilo vicioso y obsceno que lo asemejaba a un doberman rabioso. Cuando hablaba de derecho o de literatura utilizaba una dicción perfecta, un tono de voz agradable y una selección cuidadosa de términos. Ahora se mostraba relajado y amable; aquel joven le interesaba, pero tampoco demasiado. No era especialmente atento, sino más bien brusco. Cuando se enteró de que habían colocado a Ron en la fábrica —con un salario de dos céntimos por hora— le preguntó si le gustaba el trabajo.

—¡Dios, para nada! Pero es lo que me ha tocado. Qué voy a... —Ron encogió un hombro para rematar la explicación.

—Si crees que puedes prescindir de un paquete de Camel, vete a la enfermería el lunes y pregunta por un preso que trabaja de ayudante. Se llama McGee. Está justo a la entrada de la clínica. Es un tío corpulento, de unos cuarenta, con el pelo canoso. Te apañará una baja de treinta días. Mira, si inviertes un cartón al mes no vas a tener ni que trabajar nunca más. Pero siempre es mejor colocarse en algún sitio. Para vivir bien durante la condena hay que cuidar dos cosas, y una es el trabajo.

—¿Y la otra? —Dónde vives.

—¿Cómo dices que se llama ese tío?

—McGee. Ivan McGee.

El joven y el veterano se quedaron charlando a la sombra del cobertizo, indistinguibles en un hervidero de cuatro mil reclusos, dos mil voces perdidas en un océano sonoro. Ron era capaz de explicarse cuando tenía algo que decir, pero no era locuaz por naturaleza y en aquel entorno desconocido se había vuelto todavía más reticente a la conversación. Tardó en darse cuenta de que Earl conseguía fácilmente hacerlo hablar: de su caso, de Pamela, de su situación. Atrás quedaba su sensación de malestar y de sentirse fuera de lugar. Earl parecía interesado en su éxito en el negocio de la droga y le contó con cierto orgullo cómo había empezado vendiendo papelines de diez dólares y en un año había seguido ampliando el negocio hasta hacerse rico. Era una delicia recordar aquellos días de gloria. Sabía que en su carrera delictiva había ganado más dinero que el noventa y ocho por ciento de la gente que ahora tenía a su alrededor y a la que tenía que temer. El rostro de Earl mostraba su interés. Llegados a un punto de la conversación, corrigió a Ron en relación con la ética dentro de la cárcel. Ron había utilizado el término «interno» y Earl lo interrumpió:

—Huy, hermano, no. Un interno es un gamberro de tres al cuarto, un tipo débil, un llorón. Es un insulto. Los tíos más potentes prefieren hablar de presos. —Aquella corrección, introducida con tacto, fue la primera pequeña lección de las muchas que recibiría.

El patio de abajo se abrió y la multitud fue bajando para sentarse en las gradas, tumbarse en la hierba, jugar a pelota mano y a la herradura o tocar la guitarra. En la tienda avanzaban las filas. Y de la aglomeración que se había formado alrededor de la tienda iba saliendo gente con bolsas.

Paul Adams y Bad Eye se acercaron a ellos. El segundo llevaba dos bolsas de papel marrón, por las que asomaban unos cartones de leche. Paul llevaba un litro de suero de leche y una bolsa de nachos. Los recién llegados se quedaron mirando a Ron con cierta curiosidad y lo saludaron con la cabeza. Los recordaba del encuentro en el patio de abajo durante los disturbios, pero se había olvidado del nombre de Bad Eye. El de Paul lo recordaba perfectamente; sus cabellos blancos destacaban entre la juventud más aún que la calva de Earl.

Aquel encuentro puso fin a la conversación. Ron no se había percatado de lo a gusto que había estado hablando con Earl y le molestó la interrupción.

Earl le ofreció a Ron la bolsa de nachos y el suero de leche, pero este los rechazó con una mueca de desagrado.

—Suero de leche, qué asco —dijo.

—También hay bollos y leche normal —añadió Bad Eye a modo de ofrecimiento, señalando la bolsa.

—No, gracias —respondió Ron.

—Venga, coge algo —dijo Bad Eye, alzando la voz.

—Tranquilo, chaval —intervino Paul. Tenía los labios fruncidos y negaba con la cabeza—. Siempre quieres obligar a la gente a aceptar lo que les das. A lo mejor no tiene hambre.

—Pues no —dijo Ron.

—Bueno, si tienes hambre, no digas que no —dijo Bad Eye. Y entonces se dirigió a Earl—: Venga, vamos al gimnasio. T está en las pesas y en el almacén hay bebercio. Si no nos pasamos pronto se va a poner más loco que un *japo*.

—¿Te vienes a fumar hierba? —le preguntó Earl a Ron.

—No, gracias. Estaría bien, pero tengo que encontrarme con un tío aquí enseguida.

—Como quieras. —Le dio una palmada en la espalda a Bad Eye y se marcharon.

Al verlos marchar, Ron sintió sensaciones encontradas: pérdida, por una parte, pero también celos, porque ellos formaban parte de un grupo y él no. Como no tenía nada más que hacer, se quedó paseando a la sombra del cobertizo, donde una decena de presos habían extendido en el suelo unos cuantos periódicos y montones de libros de bolsillo para el trueque semanal. También los vendían: a cambio de un paquete de cigarrillos te daban dos, o a veces solo uno, dependiendo del título y del estado de cada ejemplar.

Miraba los libros cuando notó que alguien le apoyaba la mano en el hombro. Se volvió, y con el movimiento se le removieron también las tripas. Allí estaba Psycho Mike, con su rostro de tez morena, totalmente inexpresivo, si no fuera por su mirada encendida y aviesa. Ron ocultó su consternación, porque sabía que con cualquier muestra de debilidad se convertiría en blanco de todo tipo de agresiones. Con aquella aparición por sorpresa, no pudo mantener sus intenciones: tirarse un farol y meterse en una pelea, si era necesario.

—Me has estado evitando, tío —dijo Psycho.

—Hasta esta mañana no hemos podido salir —respondió Ron.

El puertorriqueño asintió, pero no lo escuchaba. Le daba igual lo que dijera: estaba obcecado. La multitud los rodeaba y a Psycho se lo veía tenso y nervioso.

—Ven, tío. Quiero hablar contigo. Tienes un problema.

Psycho Mike se abrió paso entre la gente con la cabeza baja, mientras vigilaba a Ron por el rabillo del ojo, como un animal alerta ante el peligro. Ron lo siguió sin rechistar. Le pasaban mil ideas por la cabeza. Era consciente de la debilidad que sentía en las piernas y a la vez le molestaba aquella orden perentoria, pero tenía miedo de lo que podía pasar si no la acataba. A lo mejor podía evitar meterse en un lío.

Se acercaron al muro del comedor, que estaba menos concurrido. A lo largo del muro se veía a algunos amigos de Psycho Mike, con rostros permanentemente cubiertos con una máscara de agresividad, mirando hacia ellos. Psycho Mike se detuvo en un punto en el que todavía no podían oírle.

—Hay gente que habla mal de ti —dijo Psycho Mike.

—¿Quién?

—Un blanco del bloque Oeste. Dice que eres un chivato.

Aquella palabra lo sacudió como una descarga eléctrica. Para un preso, aquella acusación era tan terrible como la pena de muerte, y tenía prácticamente el mismo resultado.

—¡Qué locura! ¡No es cierto! —Entonces la indignación cedió el paso al miedo—. Pero si ni siquiera conozco a nadie aquí dentro —dijo, arrastrando la voz.

—Yo no sé de qué va, tío. Tienes que hablar con él y aclararlo. Es que si eres un chivato, y te has estado paseando conmigo, has manchado mi reputación, ¿entiendes? —Sus palabras permanecieron en el aire a modo de amenaza silenciosa, cuyo valor subrayaba asintiendo con la cabeza.

—Pues se equivoca. ¿Cómo puedo hablar con él? No quiero que nadie hable mal de mí.

—Iremos al pabellón Oeste después de comer. Le he dicho que iré contigo. —Su tono agrio estaba teñido de amenaza.

—Al pabellón Oeste no podemos ir. ¿No podemos conseguir que baje al patio?

Psycho Mike negó con la cabeza.

—No, tenemos que pasar por allí después de comer. Al madero que está siempre en el comedor lo han sustituido y el nuevo no sabe quién vive allí.

Ron bajó la cabeza y se quedó contemplando el suelo, con la mirada perdida, y mordiéndose los labios como si acabara de chupar un limón. Pero aquella expresión vacía ocultaba la asfixiante sensación de verse atrapado. Sus manos, metidas en los bolsillos, estaban empapadas de sudor.

Por un momento, había olvidado por completo la aversión que sentía hacia Psycho Mike.

Los presos se paseaban por el patio, enfrascados en sus asuntos, y la cohorte de seguidores de Mike observaba desde lejos aquella conversación que no alcanzaba a oír. Ron alzó la vista, y pese al dilema que lo asaltaba, o quizás precisamente porque aquel brete le agudizaba los sentidos, notó que le impresionaban los tonos apagados y monocromáticos de su alrededor: edificios verde pálido, vestiduras vaqueras de un azul deslucido. La ausencia de sol lo volvía todo gris.

Se quedaron en silencio un minuto. Ron contemplaba la lejanía, pero era consciente de la mirada vigilante de Psycho Mike. Entonces se oyeron las sirenas, que avisaban de que había llegado la hora de formar filas para ir a comer y despejar la zona. Los que no iban al comedor podían quedarse en el otro extremo del patio o ir al patio de abajo. Llegó un guarda, que iba espantando a los reclusos como si fueran gallinas.

—Vamonos a comer —dijo Psycho Mike.

Ron aceptó la excursión al pabellón Oeste, pero no lo complació en su intención de compartir mesa.

—Ahora no me apetece. Voy a dar un paseo por el patio de abajo y a pensar un poco. Nos vemos después de comer.

—Aquí arriba. Nos vemos aquí arriba. —La amenaza que subyacía a aquel mandato era clara.

Mientras bajaba la escalera, Ron observó el campo que había visto la última vez cubierto de balas. Ahora una animada concurrencia de varios centenares de presos veía un partido de fútbol americano intramuros. Los jugadores clavaban las botas sobre una hierba manchada de sangre. Le asombraba la rapidez con la que olvidaban los reclusos. Oyó música de una banda de jazz. A lo lejos, las nubes coronaban el monte Tamalpais.

No sabía qué hacer. No tenía ningún motivo para poner en entredicho lo que le había contado Psycho Mike, pero aquello no tenía ningún sentido. No conocía a nadie en el pabellón Oeste. Se preguntó si sería una trampa de la policía de estupefacientes. Le habían ofrecido un trato para que colaborara con ellos y cuando rechazó la oferta se habían puesto furiosos. Pero no, aquello era un auténtico despropósito. No era más que un error y en cuanto viera a aquel hombre todo quedaría aclarado. ¿Pero y si insistía? Ron sabía que el código de conducta obligaba a conseguir una retractación por las buenas o por las malas, y recurrir a la violencia si era necesario. Si no había retractación o, en su lugar, un apuñalamiento, la acusación se daría por cierta. Se convertiría en un marginado, vilipendiado por todos y alguien —algún psicópata de apenas veinte años con ansias de labrarse una reputación— podía acabar pegándole un navajazo por la espalda. Otra posibilidad era acudir a la oficina del patio y pedir que lo encerraran como medida de protección, pero aquel movimiento sería interpretado como una confesión.

Había llegado a la puerta del gimnasio cuando le sobrevino una idea a la que había estado dando vueltas en su subconsciente. Le explicaría la situación a Earl y le

pediría consejo. Tampoco le pediría ayuda directamente, pero sabía que Earl se daría cuenta de que esperaba recibirla.

Al otro lado de la puerta del gimnasio, que era el edificio más nuevo de la cárcel, había un guarda que comprobaba las tarjetas de acceso. Mientras Ron le entregaba la suya, echó un vistazo a la gran sala central. Un grupo de negros altos y ágiles, vestidos con pantalones cortos de deporte, jugaban a baloncesto en medio campo. Los chicanos y los blancos miraban los partidos que otros jugaban en las dos pistas de frontón. Las plataformas de levantamiento de pesas estaban llenas y en cada una había tres o cuatro presos. Entre ellos estaba T. J.; Ron recordó haber visto su rostro curtido desde la lavandería durante la huelga. Ahora iba a pecho descubierto, y tenía los músculos en tensión y las venas de los brazos muy marcadas. Sus enormes brazos estaban desfigurados por diversos tatuajes carcelarios. Estaba sentado en un extremo de un banco acolchado, junto a otros dos hombres. Levantó los brazos para alcanzar el soporte de una barra olímpica, que cargaba cinco discos de unos 20 kilos cada uno en cada extremo. En total, debían de pesar más de 200 kilos. Los ayudantes levantaron la barra del soporte y la sostuvieron hasta que T. J. la agarró con los brazos extendidos.

—Vale —dijo. Y los ayudantes soltaron la barra. Las pesas bajaron, volvieron a subir con aparente facilidad, descendieron de nuevo y a continuación se elevaron lentamente. Los grandes brazos del atleta palpitaron y finalmente se enderezaron. Entonces los ayudantes cogieron la barra y la dejaron en el soporte. Ron espiró; se dio cuenta de que había contenido el aire hasta aquel momento.

—Venga, Superman —dijo un espectador. Al oír el comentario, T. J. sonrió y guiñó un ojo. Se puso en pie y dejó caer los brazos en los costados. En los hombros, se distinguían claramente las venas, abultadas como una cordillera montañosa.

Ron subió a la plataforma y se abrió paso entre los presentes. T. J. lo vio llegar y lo saludó impasiblemente con un movimiento de la cabeza.

—¿Dónde está Earl? —preguntó Ron.

—Están todos arriba, en el almacén —dijo T. J.—. Y la están liando.

Al ver a Ron dudar, T. J. le señaló con la cabeza y la mirada una amplia sala en un atillo, al fondo del gimnasio. En un tercio de aquel espacio, protegido con un grueso alambre, se guardaban los uniformes de fútbol americano y de béisbol. El resto se había reconvertido en un pequeño salón con un televisor.

Ron bordeó la cancha de baloncesto, subió las escaleras y golpeó el alambre con la palma de la mano. El interior no se veía porque los percheros con los uniformes se habían colocado precisamente de forma que todo quedara bien oculto.

Detrás de los uniformes apareció un chicano delgado y apuesto, descamisado y a pecho descubierto. Por encima del pantalón, llevaba un colgante con un medallón como única vestidura. Tenía un rostro huesudo, como de hurón, pero sus ojos castaños daban la impresión de que estaba a punto de soltar una carcajada. Antes de que Ron pudiera abrir boca, el chicano gritó por encima de sus espaldas: «Earl, está

aquí el chaval».

La respuesta fue inaudible, pero el chicano abrió el cerrojo y la puerta. Tras los uniformes había una mesa de *ping-pong* y unas sillas. Unos seis presos ocupaban la sala y encima de la mesa había una funda de colchón de plástico que desprendía un dulce aroma a licor. La funda estaba llena de un líquido y de pulpa de naranja, y doblada hacia arriba. Paul Adams metió una jarra en el interior, vertió el contenido en un vaso de plástico y le dio la jarra al chicano descamisado que había abierto la puerta.

—Hot Vito, guapo —dijo Bad Eye desde un rincón—. Que no se te suba a la cabeza. Tú que eres un encanto, no vayas a perder la chaveta.

—Tío —respondió Paul—, Hot V. tiene una polla de caballo. No te metas con él, que cobrarás. Enséñasela, V.

Vito sonrió con picardía, pero no dijo nada. Estaba demasiado ocupado bebiendo.

Earl Copen estaba sentado en una silla apoyada contra la única pared sólida de la estancia. En la mano tenía una taza de café llena del licor casero.

—Sí, acuérdate del marica ese al que le partió Vito el culo el año pasado. Acabó en el hospital, el tío.

—Estáis enfermos, cabrones.

Bad Eye estaba al lado de la funda llena de licor. Miró a Ron, que acababa de entrar.

—¿Quieres? Está de puta madre, tío.

Ron negó con la cabeza. Se sentía incómodo y fuera de lugar. Aquellos hombres eran imprevisibles ya de natural y medio borrachos todavía lo eran más. Pero no parecían molestos por su presencia. Nadie lo miró con hostilidad. Se cruzó la mirada con Earl y le indicó con un gesto que quería hablar con él. Earl dejó caer la silla y acompañó a Ron afuera. A sus espaldas se oía el alboroto de dentro de la habitación.

—¿Me prestas un cuchillo? —dijo Ron, sin más preámbulos.

—¡Hostia! —exclamó Earl, alzando las dos manos—. No vayas tan rápido. Yo no te dejo nada si no sé para qué lo quieres. Una vez le pasé un cuchillo a un tío y se lo clavó a dos amigos míos de la Hermandad mexicana. Si se llegan a enterar, me matan. Y eso que yo no lo sabía. ¿Qué pasa? ¿Psycho Mike te ha metido en líos?

—No, él directamente, no... —Ron le contó lo que había pasado, al principio con un tono vacilante y forzado, y después, muy acelerado. Earl lo escuchaba con una leve sonrisa, pero sus ojos se iban entrecerrando y empezó a parpadear.

Cuando Ron hubo terminado, advirtió el rostro de Bad Eye detrás del alambre de la puerta, como un pez dentro de una pecera. No se habían percatado de que los había estado escuchando.

—Ya sé que no puedo permitir que vayan por ahí acusándome de eso.

—¿Tú crees que le hace falta un cuchillo, Bad Eye? —preguntó Earl.

—Sí, que se lo clave al puertorriqueño ese, por querer colarle un truco viejo para metérsela por el culo. Menudo comediante.

Earl miró a Ron fijamente a los ojos.

—Quieren engañarte para llevarte al bloque Oeste. Allí solo hay un madero en todo el edificio. Te meterían en una celda y te violarían.

Ron se ruborizó. Lo indignaba que lo hubieran traicionado de aquella forma, pero a la vez lo avergonzaba su propia candidez.

—No es nada —dijo Earl—. Ya hablo yo con el tío.

Ron se sintió aliviado, pero no quería implicar a Earl ni deberle nada. Como no sabía qué decir ni tenía claro lo que quería, se quedó callado.

—Quédate aquí —dijo Earl.

—No quiero que te metas en mis peleas.

—No pienso hacerlo, tío. Si creyera que me estaba metiendo en líos, no iría. Pero el tío está jugando contigo y yo llevo dieciocho putos años aquí dentro, ya sé cómo va todo. Será más fácil si tú no estás en medio.

—Yo voy contigo —dijo Bad Eye.

—Te jodes —dijo Earl con una sonrisa afectuosa—. Estás borracho y cuando estás sobrio ya te pasas demasiado. Por esta chorrada no vamos a liarla.

—Igual no le gusta que te metas.

—Ya me llevo a Superman. Y a Ponchie, a ver si lo encuentras por ahí. Que se metan por detrás con pinta de tíos duros. Si las cosas se lían, ya sé que vas a estar ahí y no vas a dejar que me pase nada. Yo te he criado, chaval.

Cuando Earl hubo bajado las escaleras, Bad Eye le preguntó a Ron si quería entrar, pero Ron rechazó la oferta.

Dentro de la sala, Bad Eye le repetía la historia a Paul y Vito.

—¿De qué va Earl, se quiere follar a ese chaval? —preguntó Vito.

—Qué va —dijo Paul—. Igual al chico se le ha pasado por la cabeza, pero fijo que Earl no quiere cambiarlo de acera. No es un perro de esos. Aquí lo único que pasa es que el chaval acaba de encontrar a un amigo aquí dentro.

—¡Y una mierda! —dijo Bad Eye—. El viejo Earl es un Judas.

—¡Para el carro! Se hizo amigo tuyo cuando no eras más que un chiquillo.

—Yo en la cuna ya estaba hecho un matón y un pendenciero.

—Muy bien, matón... En todo caso, por parte de Earl no sería muy inteligente meterse en este lío. Aquí dentro un tío tan joven y guapo es una bomba de relojería. Aquí hay mucho animal. Mucho loco.

—Nosotros estamos tan locos como los demás —dijo Bad Eye.

—Sí... Pero ya sabes que aquí no hay nadie tan fuerte para... No conocemos a todos los chiflados. Quiero decir que... Bueno, ya lo sabes.

Lo sabían: cualquier idiota te puede matar.

* * *

Psycho Mike y su séquito fueron de los últimos en salir del comedor. Hacía buen

tiempo, pero llevaban el cuello de la chaqueta alzado. Se paseaban con arrogancia y poses de tipo duro.

«Las víboras no avisan antes de atacar —pensaba Earl—, y las serpientes de coral son preciosas». Los esperaba a poca distancia, apoyado en una columna metálica del cobertizo. Mientras tanto, T. J. y Ponchie estaban a otros veinte metros, fingiendo charlar distendidamente.

Earl paseaba tranquilamente, en dirección al grupo de Psycho Mike, pensando que aquellos muchachos habían visto demasiadas películas de motociclistas rebeldes. Tenía las manos a la vista, para dejar claro que no iba armado. Si hubiera tenido un arma, tampoco habría escondido las manos bajo la ropa: era como mostrar las cartas. Pensaba que tenía que actuar con delicadeza, insinuar la amenaza sin formularla abiertamente, actuar con cuidado para no ofuscar sus inseguros egos. Quería hacerse entender sin violencia. No es que lo asustara recurrir a la violencia, en caso de que fuera necesario, pero también quería volver a salir de la cárcel y no tenía la intención de fugarse.

Psycho Mike lo vigilaba. Tenía un rictus crispado; había advertido la presencia de los aliados de Earl, aun cuando estos no habían dado muestras de estar implicados en la operación.

—Perdona, Mike —dijo Earl—. Tengo que hablar contigo. —Se metió entre Psycho Mike y su banda, separándolos, y avanzó unos pasos. Mike lo siguió, pero desconfiaba de sus movimientos—. Se ve que hay un tío en el bloque Oeste que va a por Ron. O eso me han dicho.

—¿Y?

—Así que es un farol.

—Tiene que hacer algo. Me da mala imagen.

—Sé que no es verdad... Y el chaval es perfectamente capaz de cargárselo. Tiene un cuchillo. —Tras aquella afirmación, Earl se detuvo y advirtió la sorpresa en su mirada—. La verdad, yo personalmente preferiría que no se metiera en líos. Los dos somos amigos suyos. Podemos ir a ver al tipo este y hacer lo que se tenga que hacer. A lo mejor tú tampoco tienes nada que ver con esto... No lo sé. Si tú no tienes nada que ver, dime quién es el tío. Ya iremos a verlo T. J., Ponchie y yo.

La sinceridad de Earl dejó a Psycho Mike muy confundido. No estaba seguro de si se trataba de un ardid y su plan hacía aguas. No le tenía miedo. Ni siquiera lo conocía demasiado y además pensaba que era demasiado viejo para ser peligroso, pero sí que conocía a T. J. y a Ponchie, y también a las hermandades blanca y mexicana. El ego de Psycho Mike requería que sus adversarios tomaran posiciones, que desplegaran maniobras de poder, pero la estrategia de Earl lo había dejado fuera de juego.

—¿Cómo lo ves? —preguntó Earl.

—No hace falta que vayamos todos a verlo. Ya iré yo a ver a ese tío y le pararé el carro. Ya me parecía un poco raro, porque es de Sacramento, no de Los Angeles.

Debe de haber confundido a Ron con otro.

—Perfecto. Muchas gracias, tío —dijo—. Sería una pena liarla por una tontería.

Psycho Mike rezongó y no se llegó a comprometer a nada. Earl lo había ganado en astucia y estaba convencido de que quería del joven lo mismo que él. ¿Por qué sino iba a arriesgarse tanto un veterano por un niño guapo?

Earl no sabía qué intenciones tenía con Ron ni por qué se había metido en aquel asunto. Si se le hubiera mencionado el altruismo, habría soltado un bufido burlón. Quien lo acusara de querer pervertir al muchacho se encontraría con su indignación. Pero en aquel momento, ya relajado tras el momento de tensión, Earl solo se sentía algo mareado. Bajó las escaleras con sus amigos, le dio una palmada en la espalda a Ponchie y le agradeció que lo hubiera acompañado. Se conocían desde el reformatorio, pero estaban en grupos distintos y Ponchie no tenía ninguna obligación de ocuparse de los problemas de Earl.

—No me necesitas, hermano. Tú te bastas y te sobras para reventarle el culo a patadas a todos.

—Igual sí... Pero a veces es mejor ser un zorro que un león. Con vosotros por allí, se remataba la jugada y se dejaban las cosas más claras.

Cuando llegaron al patio de abajo, Ponchie se acercó a un grupo de chicanos, que cantaban rancheras alrededor de un trío de guitarras.

—Es un buen tío —dijo T. J.

—Es de fiar —dijo Earl—. Pero con los años se ha vuelto más bruto. A los veintidós estaba más tranquilo.

—Joder, de estos sitios la gente sale hecha una fiera. Siempre pasa lo mismo.

—Para ser de pueblo, a veces eres bastante perspicaz, ¿eh?

—¿Pespique?

* * *

Entraron en el gimnasio y giraron a la derecha. Enseguida vieron a Paul, Bad Eye, Vito y Ron desfilando escaleras abajo, custodiados por tres guardas. El último llevaba el saco de licor casero sobre la espalda. Dentro del gimnasio, varios presos se detuvieron para contemplar la detención. Se oyeron unos cuantos abucheos dispersos, no tanto fruto de una indignación real sino de la intención de guardar las formas.

Presos y guardas atravesaron la cancha en dirección a la puerta y Earl tuvo que apartarse para dejarlos pasar. Paul iba el primero, caminando pausadamente, como si los guardas no existieran. Se encogió de hombros al pasar. Vito iba después, todavía con su sonrisa maliciosa. Guiñó el ojo. En cambio, Bad Eye estaba colorado y ceñudo.

—Estos gilipollas dicen que estoy borracho —dijo al pasar.

Ron iba el último, con expresión adusta, pero asintió con la cabeza al ver a Earl, a modo de reconocimiento, y con una sombra de sonrisa en el rostro.

—El otro lío está arreglado —le dijo Earl.

—Cállate, Earl —dijo el guarda que llevaba el saco, un sargento pequeño y rechoncho al que le asomaban por la nariz unos mechones de pelo recubiertos de mocos. Era célebre por su halitosis y por chivarse de los demás guardas. Odiaba a los presos con influencia, como Earl.

T. J., que compartía celda con Bad Eye, dijo:

—Bueno, en fin. Al menos me la podré cascar tranquilamente durante unos días.

—Sí, dentro de una semana ya volverán a estar fuera. ¿Por qué habrán trincado a Ron? Cuando nos píramos ni siquiera estaba dentro. No tenía nada que ver con este tema.

—Tío, pareces su padre. No le va a pasar nada por estar una semana en el agujero. ¡Qué cono! Hasta le va a ir bien.

—Sí, igual sí. —Pero Earl pensaba en la causa pendiente de Ron con los tribunales. El juez pediría su comparecencia y, aunque aquella era una infracción trivial, también era un mal comienzo. Además, tras la intercesión con Psycho Mike se sentía en cierto modo responsable; después de ayudarlo una vez, por algún motivo se sentía obligado a volverlo a ayudar, si es que podía. «Joder, si por lo menos lo hubiera pillado otro sargento», pensó. Él tenía influencia con algunos de la vieja guardia y con otros podía tener mano Seeman. Pero había otros guardas que disfrutaban frustrándole los planes a Earl y a los que, si pudieran, les encantaría meterlo en aislamiento.

T. J. se había acercado a la plataforma, donde un testigo lo informó de lo que había sucedido. Alguien tenía que haberse chivado, porque el sargento y los dos guardas habían ido directamente al almacén. Ron Decker estaba sentado en lo alto de la escalera y en cuanto vio entrar a los guardas en el gimnasio, se había levantado y sacudido el alambre. Lo habían detenido por hacer de vigilante.

Earl soltó un bufido y negó con la cabeza.

—Muy elegante por su parte, pero totalmente inútil. En treinta segundos era imposible esconder tanta cantidad de alcohol.

—Ha hecho lo que tenía que hacer. La verdad es que se merece un respeto.

—Igual que la brigada ligera... Bah, hostia, igual puedo hacer algo por él. Por los colegas, no. No hay nada que hacer.

—Habrás que pegarte un toque, Earl. Estás dándole muchas vueltas a lo de ese chaval... Y te tomas muchas molestias. Igual nos lo podríamos tirar. La verdad es que es una monada. A mí no me importaría. Ummm...

—Oye, tío, no —dijo Earl, pero su tono disolvió el imperativo de sus palabras. T. J. quería a Earl. De hecho, haría cualquier cosa por él, hasta matar, pero cuando alguien le daba una orden o le prohibía hacer algo se rebelaba automáticamente. Earl era igual, pero con los años se había moderado un poco; solía ocultar sus pensamientos ante los guardas y sus amigos nunca daban órdenes. Todos compartían aquella concepción de la autoridad.

—¿Pues qué vas a hacer, chuparle la polla?

—Seguro que le sale miel, está como un tren.

—Con el tiempo que llevas en el trullo, ya puedes hacer lo que te dé la gana.

—Siempre está bien si es amor verdadero, no te pillan ni te joden la reputación — dijo Earl sin apenas pensar en sus palabras; eran fragmentos del discurso habitual sobre el sexo dentro de la cárcel. Según un credo jocoso que circulaba intramuros, después de un año entre rejas estaba permitido darle un beso a un chaval o a una maricon. Después de cinco años, se les podía hacer una paja para «que se pusieran calientes». Pasados diez años, ya era aceptable la sodomía, y después de veinte años se habían acabado las prohibiciones. Así era la guasa. No era un reflejo fidedigno del código moral realmente vigente, que condenaba todos los actos que no obviasen la fisiología masculina. Pero sí que reflejaba el cinismo general reinante sobre los papeles que se desempeñaban en la intimidad de una celda. A muchos tíos duros los habían pillado in fraganti.

Earl se puso a pensar en cómo podía resolver aquel asunto. Fitz siempre pasaba a máquina los informes disciplinarios en la oficina del patio. Una vez firmados por el sargento, Fitz o el propio Earl podían robarlos. Es algo que se solía hacer con las pequeñas faltas, porque eran casos en los que el guarda en cuestión nunca contrastaba el informe con los resultados de la vista disciplinaria. A veces el secretario simplemente «traspapelaba» el informe, de forma que, si alguien protestaba, solo tenía que encontrarlo de pronto en un cajón o descubrirlo entre otros papeles encima de la mesa. Pero aquí había dos inconvenientes: por una parte, no cabía duda de que aquel sargento leería el informe y se enteraría de cómo acababa el caso; por otra, los cuatro presos estaban en aislamiento.

¿Y si Seeman pudiera convencer al sargento de que anulara el informe? No, el sargento estaba bajo la supervisión del teniente Hodges.

—Lo que necesitamos es un aplazamiento —dijo Earl; y entonces se dio cuenta de que T.J. se había marchado. Miró a su alrededor y lo vio pegando puñetazos al enorme saco de boxeo. No llevaba guantes; en seguida se le pelarían los nudillos. Nadie lo iba a confundir con Sugar Ray Robinson, pero movía los puños con tal rapidez que apenas se le veían las manos y sus golpes eran implacables.

Cuando T.J. regresó, le preguntó a Earl:

—¿Y ahora qué?

—¿Tienes hachís?

—No, hachís no, por ahí hay maría, pero nos la quieren vender. ¡A nosotros! Eso es faltarle a la gente. Prefiero esnifar pegamento.

—Tú, Paul y Bad Eye. Vaya tres.

—Vamos afuera a jugar a pelota mano. A eso te gano, culo gordo, y si me vas de listo, mejor me lo pones.

—Eres bueno, para ser viejo. Pero hoy acabo contigo.

—Muy bien, musculitos, coge el guante. Nos vemos en el campo en un rato, que

ahora tengo que hacer una cosa.

—¿Adónde vas?

—Se me acaba de ocurrir cómo sacar a Ronnie de...

—¿A Ronnie? ¡Jodeer!

—Jódete tú —dijo Earl, sonriente, mientras empujaba la puerta del gimnasio.

Cuando Earl dio la vuelta a la esquina y vio la oficina del patio, se acordó de que Big Rand iba a estar una semana de vacaciones. El guarda le había confiado el secreto de que iba a dejar a su mujer en casa y se marchaba a Tahoe con una secretaria que trabajaba en el edificio de oficinas de extramuros.

«Ojalá estuviera por aquí ese cerdo», se dijo. Pero estaba de servicio Joe Pepper, a quien los presos habían bautizado como «perro sustituto». En realidad no estaba exactamente de servicio, sino reclinado en la silla, con los pies apoyados en la mesa y las desgastadas suelas de sus zapatos a la vista. Tenía toda la actitud de un poli, pero no era un tipo peligroso, sino más bien perezoso y tonto. Creía que Earl Copen era un preso modelo.

Earl vio al sargento halitoso nada más entrar, sentado en la mesa del despacho del lugarteniente y garabateando un informe en una libreta de hojas amarillas. Fitz escribía a máquina y no lo vio entrar, pero Earl asomó la cabeza por encima de los hombros del administrativo del turno de día y vio que pasaba las actas de la última reunión del club cultural indio. Se inclinó y le dijo al oído:

—Vamos a ver los peces del estanque.

Fitz nunca se metía en líos, porque no quería comprometer sus posibilidades de conseguir la condicional. Quería salir y ayudar a los suyos. Pero le encantaba ver disfrutar a Earl con sus tejemanejes. Le puso la funda a la máquina de escribir y sacó un trozo de pan seco de un cajón para cumplir con su deber cotidiano: dar de comer a los peces.

Mientras los trocitos de pan se sumergían sonoramente en el agua y atraían en masa a los peces de colores, Earl le contó a Fitz su plan, al que dio los últimos toques sobre la marcha mientras lo relataba. Cuando hubo terminado, le preguntó:

—¿Crees que funcionará? Fitz asintió con la cabeza.

—Seguramente sí. Si las cosas se tuercen, será por mala suerte. La verdad es que está muy bien pensado. El tío comprobará los resultados, pero no se le ocurrirá nunca volver a leer el informe y no se dará cuenta de que lo hemos cambiado. Ahora, si por casualidad le da por ahí, estamos de mierda hasta el cuello. Tú tarda un poco en acabar de escribir el texto, para que lo firme en el último momento, antes de marcharse. Y si no puedes, da igual. El secretario del capitán ya estará al caso.

—Tú sal pronto —dijo Earl—. Yo entraré a las tres.

* * *

En la sección B, los guardas realizaban un cacheo superficial. Apenas prestaron atención a los cuatro presos mientras se desnudaban y pasaban por la danza ritual de la exhibición de aberturas y orificios varios. Los metieron uno a uno en los cuatro primeros calabozos de la planta baja. En la celda de Ron había un mugriento colchón de rayas en el suelo, con un par de mantas arrugadas encima. La lámpara y el váter los habían arrancado de la pared, y alrededor de los agujeros habían quedado las marcas del cemento pelado. Por los barrotes no entraba luz suficiente para verse bien en el interior de la celda. Habían tapado un bidón con una revista; era el váter. El lavabo seguía en su sitio, cubierto de mugre. Ron pensó que se debían de haber olvidado de arrancarlo. Había oído que los presos de la sección B habían quemado y destrozado las celdas en la primera noche de huelga.

En cuanto se fueron los guardas, los demás presos se acercaron para hablar a Bad Eye, Vito y Paul. Eran reclusos en aislamiento, pero los dejaban salir de los calabozos para trabajar. Ron dobló las mantas una encima de otra, a modo de almohada, y se tumbó en el colchón. Oía voces, fragmentos de palabras y risas frecuentes. Se preguntó por qué no se sentía especialmente mal. Tendría que haber estado absolutamente deprimido, pero lo cierto es que solo se sentía vacío. Quizás la tensión prolongada limitaba la capacidad para sentir.

—¡Eh, Ronnie! —gritó Bad Eye.

Ron tardó un poco en contestar; no le gustaba el diminutivo. Pero Bad Eye volvió a llamarlo y entonces respondió:

—Qué.

—¿Cómo estás? —preguntó Bad Eye.

—Bien.

Varios presos pasaron por delante de la celda, entre ellos algunos negros con mirada torva. Nadie dijo una palabra. En la prisión preventiva lo habían puesto a prueba muchas veces e incluso dentro de la cárcel se le habían acercado un par de veces. Y siempre les respondía con una actitud fría y distante, porque había comprendido que no eran gestos de amistad, sino muestras de hostilidad. Ahora simplemente echaban un vistazo al interior de la celda y seguían andando. Intuía que lo miraban porque lo habían detenido junto a Bad Eye y los demás.

De pronto, apareció un recluso descamisado con un torso corpulento cubierto de tatuajes azules, muchos trazados con la misma torpeza que un dibujo de un niño de seis años. Le pasó entre los barrotes un montón de revistas y un paquete de cigarrillos, con unas cerillas encima.

—Ten, colega.

—¿Y esto?

—Regalo de la Hermandad, y mío. Estoy con T. J. y Bad Eye. Me llaman Tank.

¿Cómo está Earl?

Ron se preguntó cómo sabía aquel hombre que conocía a Earl.

—Está bien.

—Es un buen tío. Tiene mucho sentido común. —Cuando hubo pasado la mercancía entre los barrotes, Tank se inclinó y le pidió un cigarrillo—. No he traído ninguno para mí.

Tank encendió un cigarrillo y le preguntó a Ron cuánto llevaba en San Quintín. Era una forma de presentarse, algo forzada, pero tampoco especialmente incómoda. Y tras aquella introducción, de alguna forma Tank acabó contando su historia. Se había escapado del reformatorio, adonde había ido a parar por absentismo escolar crónico y por robar un coche. Lo mandaron entonces a un centro penitenciario de menores. Allí mató a un hombre y lo condenaron a pena de muerte. Después de pasar un año en el corredor de la muerte, consiguió que lo volvieran a juzgar y se declaró culpable para permutar la pena de muerte por cadena perpetua. Ahora tenía 25 años, llevaba once en la cárcel y los últimos seis los había pasado en aislamiento en Folsom y San Quintín. Se expresaba de forma directa, con cierto aire de inocencia infantil. Si Ron hubiera oído mencionar un asesinato con tal despreocupación un año atrás se habría inquietado. Pero ahora se compadecía por aquel joven, que tenía la misma edad que él y a la vez era más sabio y más estúpido que él, alguien que no sabía nada de la vida más que lo que había visto en la cárcel, cuyos deseos estaban relacionados con la cárcel, cuya idea de libertad era salir al patio grande con sus «hermanos». Le dio la impresión de que incluía automáticamente a Ron en su círculo y en cierto modo aquello lo reconfortó.

—¿Necesitas algo más? —preguntó.

—El colchón está hecho un asco. ¿Hay sábanas?

—En la planta baja no se pueden tener sábanas, pero ya te traigo unas. Pon la manta encima. Te traigo un café también.

Cuando Tank se hubo marchado, Ron se dejó caer en el colchón. Estaba contento. Sabía que era totalmente ridículo sentirse tan bien en aquel agujero. Pero, por primera vez desde su llegada, sintió que lo aceptaban. Todavía no se había adaptado totalmente, pero se sentía más fuerte; estaba muy bien tener amigos, caerle bien a los demás, sentirse a gusto en un lugar y que alguien hiciera algo por ti, aunque fuera una cosa tan sencilla como llevarte cigarrillos y café.

Algo más tarde, cuando ya habían encerrado a los trabajadores para el recuento, estuvo hablando con Paul, quien le explicó que por la mañana comparecerían ante el comité disciplinario y que seguramente les caerían cinco días.

La cena estaba fría, pero Ron tenía hambre y se la comió. Después hojeó las revistas, la mayoría números viejos de *Playboy*. Las fotos de desnudos estaban recortadas. Había varios artículos interesantes. Apoyó la cabeza contra los barrotes para que la luz rayada cayera sobre las páginas.

En la sección B el alboroto era continuo. Se conversaba a voz en grito desde la

quinta a la primera planta, habitual-mente con un intermediario. Había que chillar para que te oyeran en la celda de al lado. Ron trataba de abstraerse de aquella algarabía, con la esperanza de que se calmara más tarde. De pronto, dio un respingo, al advertir que alguien corría hacia su celda y tapaba la luz del exterior.

—Ten —dijo el recluso, pasando la mano entre los barrotes y dejando caer algo en el suelo de cemento. Antes de que pudiera ver quién era ya se había marchado. Era una nota envuelta en cinta adhesiva. Empezó a romper el pa-quetito, algo hastiado. Seguramente sería una proposición obscena de algún perverso. Ya había recibido una nota de esas en su celda de siempre: le decían que, si estaba interesado, atara una toalla a los barrotes.

Cuando vio que era de Earl, su paranoia lo hizo sonreír. La nota decía:

Que te lean el informe en voz alta. No te declares culpable. Dile a Paul que lo he metido en A. A.

Rompió la nota en pedacitos y se volvió para tirarlos por el váter, pero entonces recordó que solo quedaba un agujero, así que tiró los trozos al bidón y lo sostuvo con una mano mientras meaba dentro. «Si quieren pescar la nota ahí dentro, ellos mismos». Se preguntó qué querían decir las instrucciones de Earl. No se molestó en transmitirle el resto del mensaje a Paul. No valía la pena batallar con aquel estrépito.

A las diez y media el ruido bajó uno o dos decibelios y en la ciénaga sonora empezó a distinguir el timbre de algunas voces y a captar el sentido de algunos fragmentos de las conversaciones. De arriba, seguramente la segunda galería, provenía una voz de un negro con acento sureño que decía que quería matar a todos los bebés blancos. Su interlocutor coincidía con él en que era la mejor forma de tratar con las bestias: antes de que crecieran. Un año atrás, Ron habría compadecido a un ser tan corroído por el odio, y todavía le molestaba que los blancos usaran el término «negrata» con la mayor despreocupación. Pero ahora sentía cómo los tentáculos del odio se extendían en su interior. Y media hora después sonreía al oír unas cuantas voces coreando «¡Sieg Heil! ¡Sieg Heil! ¡Sieg Heil!». Aquel cántico ahogó el resto de conversaciones durante diez minutos y, al terminar, se instauró una calma provisional en medio de la tormenta sonora.

—¡Eh, James, hermano! —gritó una voz negra—. ¿Oyes a las bestias blancas?

—Sí, hermano... Va a llegar su hora.

—A la que le va a llegar su hora es a tu madre, la esclava, gilipollas.

—Escucha a la bestia, hermano.

—No quiere decir quién es. ¿Quién eres, blancocho?

—Soy tu amo, tío Tom —dijo la voz, en una burda imitación de un *sheriff* sureño. La intervención provocó un estallido de carcajadas de los blancos.

De pronto, el odio hacia los negros que se había incubado en la mente de Ron, alimentado por el miedo, dio paso a la indignación. Aquello lo ponía enfermo.

Doscientos hombres ocupaban aquellas celdas adosadas, todas idénticas, como celdillas de un panal. Todos estaban peor allí que un animal en el zoo y aún tenían menos espacio. Pero lo único que hacían era odiarse los unos a los otros y vilipendiar a quienes vivían tan marginados como ellos. Y aun así, sabía que no diría nada, que no podía decir nada, porque si se pronunciaba los blancos se le tirarían encima. Y en cuanto a ayudar a los negros, ya había visto lo que le había pasado en la cárcel a un *hippie* blanco que quiso ser amable. Le habían pegado una paliza y lo habían violado. Era una enfermedad endémica y él se estaba contagiando.

Finalmente Ron logró conciliar el sueño, pero durmió inquieto toda la noche, pensando en Pamela. Se oyeron voces hasta altas horas de la madrugada.

* * *

En la planta baja de la sección B había oficinas. El edificio había tenido ventanas en su día, pero a fuerza de que los vidrios se rompieran una y otra vez, finalmente se habían tapado las aberturas con chapas de metal. Allí se reunía el comité disciplinario.

Ron y Bad Eye esperaban con un guarda en el exterior, delante de la puerta. A Paul y Vito ya los habían condenado a siete días de confinamiento y volvían a sus celdas con absoluta indiferencia.

—Decker —se oyó desde fuera.

Cuando Ron se disponía a entrar en la oficina, el guarda lo detuvo y lo cacheó en busca de armas. En Soledad, un preso se había presentado ante el comité disciplinario con un cuchillo y se había abalanzado sobre la mesa para matar al director del programa.

Había tres hombres sentados en una mesa, con la expresión solemne de un obispo, y ataviados con trajes baratos y pasados de moda. La mesa estaba llena de carpetas marrones; cada una contenía un expediente. La carpeta más vacía llevaba el nombre de Ron.

—Siéntate, Decker —dijo el hombre de en medio. Parecía que no tuviera cuello: la cabeza, coronada por una cabellera rala y gris, cortada por encima de las orejas, salía directamente de unos hombros estrechos. Tenía el rostro cetrino y unos ojos castaños y vidriosos, magnificados por los cristales de unas gafas de montura metálica. Llevaba una placa en el bolsillo del abrigo con la inscripción «A. R. Hosspack, director de programa»; era evidente que era el jefe.

Ron se acercó y se sentó en el borde de una silla con respaldo rígido. Olía a colonia barata. Le pareció un olor especialmente intenso, porque ya no estaba habituado a aquel tipo de fragancias.

Un lugarteniente negro, que estaba sentado al lado del director del programa, cogió su expediente, lo abrió y lo dejó en el centro de la mesa. El tercer miembro del comité era un hombre más joven, con el pelo mucho más largo; no llevaba placa.

—Tenemos un informe disciplinario —dijo Hosspack—. ¿Te lo leemos?

—Sí, por favor —dijo Ron.

—Se te acusa del ilícito D-1 1-15, consumo de sustancias estimulantes o sedantes. «El sábado 1 de febrero, estando de servicio en calidad de sargento en el patio inferior, y durante una ronda de inspección del gimnasio de reclusos, el abajofirmante halló al recluso de apellido Decker en lo alto de las escaleras del altillo, cerca de la puerta del almacén de material. Al entrar, el abajofirmante halló a varios reclusos ebrios y en posesión de veinte litros de licor casero (véase anexo). El abajofirmante considera que Decker actuaba de vigilante».

Ron se quedó atónito. Se omitía un detalle fundamental, el hecho de que había llamado a la puerta y avisado a los que estaban dentro de la sala. Earl había conseguido, de alguna manera, que...

—¿Admites los hechos? —preguntó Hosspack.

—No, soy inocente. Yo... —Dejó la frase sin terminar.

—Pero el informe es correcto —dijo el tercer hombre—. ¿Crees que se aporta algún dato falso? —Tenía un tono de voz agudo y afeminado, casi histérico, e igual de afeminada era su gesticulación al hablar. Ron se enteró después de que la mayoría de los presos, que siempre se expresaban y se movían con gestos de una masculinidad exagerada, pensaban que era marica.

—Lo que dice es correcto, pero yo no estaba vigilando. Estaba esperando a que encendieran la televisión. —Ron mostró las palmas de sus manos para enfatizar la afirmación. Casi se creía aquella mentira—. No tengo nada que ver con lo que pudiera suceder ahí dentro.

El teniente negro asintió con la cabeza; a Ron le pareció que le creía. Hosspack no había alzado la vista del papel durante las explicaciones. Leía su expediente.

—Solo llevas aquí un mes —dijo, mientras le pasaba la carpeta a su colega más joven—. Te espera una larga condena.

—Sí, señor —respondió Ron.

—Sal —dijo Hosspack—. Vamos a discutirlo.

Ron salió de la oficina y cerró la puerta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Bad Eye.

—Callaos —dijo el guarda, antes de que Ron pudiera responderle, así que encogió un hombro para indicarle que no lo sabía.

No habían pasado ni siquiera dos minutos cuando volvieron a llamarlo. Ron entró y se sentó en la silla, tal y como le indicó el lugarteniente con un movimiento de cabeza.

—Vamos a declararte inocente —dijo Hosspack—. Esto no da para más.

Y, despreciando cualquier expresión de agradecimiento, dejó caer el lápiz encima de la mesa y cruzó las manos por detrás de la cabeza, mientras observaba a Ron con sus ojos castaños y vidriosos, ocultos tras las gafas.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco.

—Aparentas menos. ¿Has tenido algún problema? ¿Alguien te presiona?

Por un momento, le pasó por la cabeza que se hubieran enterado del asunto de Psycho Mike, pero enseguida comprendió que Hosspack solo se refería a las costumbres carcelarias en general.

—No, señor —dijo Ron, negando con la cabeza.

—Qué raro —respondió Hosspack.

—Aquí dentro hay mucho animal —dijo el lugarteniente negro—. Se te van a comer vivo.

—Yo voy a lo mío —dijo Ron, consciente de que aquella era la principal máxima tanto para los reclusos como para los funcionarios.

—¿Ya sabes de qué hablamos, no? —preguntó el más joven.

—Desde que entré no dejan de avisarme de que me puede pasar algo. —Sonriente y algo burlón, añadió—: Me parece que exageran.

—No, no exageran —dijo Hosspack—. Llevo veinte años trabajando en sitios de estos y he visto miles de casos. No aceptes que te hagan favores. No te sientas obligado a nada.

—Eso también me lo han dicho —dijo Ron, pensando en el veterano de prisión preventiva.

—Y también está la cruz de San Quintín —dijo el lugarteniente—. Te haces amigo de alguien. Al principio, no te hace insinuaciones. Pero entonces te presionan otros, una banda, por ejemplo. Se meten contigo para que pienses que estás metido en un lío. Y tú crees que no puedes venir a contárnoslo a nosotros, así que se lo cuentas a tu amigo, que te salva como si fuera un caballero andante. Te parece que arriesga su vida por ti. Y, al final, te deja las cosas bien claras: o te bajas los pantalones o le dice a su banda que vayan todos a por ti.

Ron se ruborizó. Sentía vergüenza y rabia, y le ofendía profundamente aquel intento de presentarlo como un ser débil e indefenso.

—No se preocupen ustedes —dijo—. Ni se me van a tirar ni voy a follarme a nadie. Si lo que quieren es ayudarme, estaría bien sacarme de la fábrica de muebles.

—Tienes que estar ahí seis meses —dijo el más joven—. A nadie le gusta la fábrica, pero no estás en tu casa.

—No nos apartemos del tema —dijo Hosspack—. A ver, yo te lo decía porque te han pillado con unos cuantos perlas. Lo digo por si los conoces... Bad Eye Wilson es un tío muy imprevisible. Es como un cartucho de dinamita mojado, nunca se sabe cuándo va a explotar. Vito Romero sería capaz de meterse pis por las venas, con tal de colocarse. Y Paul Adams... Cuando yo llegué aquí era un inútil y con el tiempo se ha vuelto peor aún. Desde luego, no son la gente que más te conviene, si lo que quieres es salir de aquí cuanto antes y no meterte en camisa de once varas. —Se detuvo. Esperaba una respuesta que no llegó. Finalmente, se volvió hacia el lugarteniente—. ¿Algo más?

—Aquí dentro hay unos cuantos programas muy buenos —dijo el lugarteniente—. Tú mismo, puedes perder el tiempo o aprovecharlo. Aprende un oficio, ve a clase, métete en algún grupo. No estamos aquí para joderte la vida. Si tienes problemas, ven a verme. Yo te ayudaré si puedo.

Ron asintió con la cabeza, como si aceptara realmente el consejo, aunque en realidad le hubiera gustado preguntarles por el tiroteo homicida y sin sentido, y las palizas del patio de abajo. ¿Lo habían hecho para «ayudar»?

—Bueno, ya está —dijo Hosspack, indicando con un movimiento de cabeza que ya se podía marchar.

Con el pomo de la puerta ya en la mano, Ron se volvió y preguntó:

—¿Cuándo salgo?

—En cuanto den la orden a control del cambio de celda.

En cuanto salió, Bad Eye se apartó del muro en el que estaba apoyado y se incorporó.

—¿Qué ha pasado?

—Inocente.

—Hostia, tanta charla para eso.

Ron se encogió de hombros, pero de camino a la celda, esquivando los incontables desperdicios que hacían que el suelo del pasillo pareciera el callejón de un barrio marginal, lo embargó la preocupación. No es que Bad Eye hubiera insinuado nada, pero el código de los reclusos estaba teñido de paranoia. Igual que un juez no solo requería buena fe, sino también pruebas de su buena fe, para un recluso era imprescindible no solo ser íntegro, sino mantener una apariencia incuestionable de integridad. Los presos no mantenían largas conversaciones con los funcionarios de prisiones, si podían evitarlo.

La puerta de la celda se cerró de golpe y con cerrojo. Paul lo llamó:

—¿Qué tal por el Tribunal Supremo?

—Absuelto.

—Es que tú no hiciste nada... Seguro que te botan dentro de un rato. Dile a Earl que nos envíe tabaco y café.

—¿Ya sabrá cómo pasarlos?

—Sí, claro. Nos los hará llegar a través de su jefe y nadie se la juega con la mole de Seeman.

Ron dobló las mantas, apiló las revistas y esperó. Pocos minutos después, oía las palabrotas de Bad Eye, con una voz cada vez más potente, a medida que se iba acercando escoltado por dos guardas. Cuando la puerta se hubo cerrado, le gritó a Paul a voz en cuello:

—¡Me cago en Hosspack y en el puto negrata del Capitán Medianoche! Ni siquiera han sacado el tema de la trompa. No han dejado de preguntarme sobre el muerto aquel, de cuando me soltaron. Hosspack me ha dicho que si llega a ser por él no me sueltan. ¡Joder, ahora mismo me cargaría algo, pero en esta puta celda no

queda nada!

—No te dejes provocar —dijo Paul.

—¿Provocar? Me dejan en aislamiento, los cabrones. ¡Y no volverán a revisar el tema hasta dentro de noventa días! ¡Me voy a pasar un año en este agujero!

Ron no dijo nada, pero se preguntó cómo podía mantenerse alguien en sus cabaes después de un año en la sección B. Aun así, sabía que algunos llevaban varios años encerrados allí.

* * *

Ron Decker dejó atrás la oficina de detención y salió al patio soleado. Media docena de presos se paseaban entre los estanques que había al lado de la capilla, de donde salía una música de órgano. Earl estaba apoyado en un muro, con una sudadera muy agujereada y con las mangas cortadas. No era precisamente el tipo más elegante de San Quintín. Su calva lisa le relucía bajo el fulgor del sol, pero una barba gris de tres días le oscurecía el mentón. Ron se acercó, sin poder contener una sonrisa de júbilo ante su nuevo amigo. Y entonces se deshizo de ella inmediatamente; se preguntaba si Earl era realmente su amigo. Al llegar, Earl le tendió la mano y lo abrazó. Ron se quedó inmóvil un segundo, pues no estaba acostumbrado a aquellos gestos entre hombres, y además pensaba en todo lo que le habían contado de Earl. Pero en aquel momento no había tiempo para darle vueltas a aquel asunto.

—¿Y los demás?

Earl escuchó sonriente el relato de Ron, hasta que oyó lo que le había sucedido a Bad Eye. Entonces bajó la vista y negó con la cabeza.

—Son unos cabrones. Quieren ser putas y dar lecciones de moral. Lo van a volver loco de remate y después lo matarán. Y entonces ya habrán conseguido lo que querían.

Ron estaba impaciente por hacer una pregunta.

—Y el informe, ¿cómo lo...?

—¡Silencio! —dijo Earl, mirando alrededor, fingiendo preocupación por la presencia de supuestos fisgones—. Eso es ultrasecreto, joder. ¿De verdad lo quieres saber?

—Pues claro.

—Pues me alegro, porque cualquiera se muerde la lengua con un plan tan estupendo. —Earl le contó que había robado el informe original, había escrito a máquina una segunda versión con algunos cambios y había falsificado la firma del sargento.

Tal y como Earl lo relataba, resultaba muy sencillo, pero parecía increíble que un preso fuera capaz de hacer algo así. No se ajustaba a la imagen que había tenido Ron de las cárceles antes de entrar.

—Después de pasar tantos años aquí dentro, cualquier idiota aprende a buscarse

la vida. —La modestia y la ironía de Earl resultaban conmovedoras, igual que su conciencia de que aquellos eran logros insignificantes—. Vamos al patio —dijo—. Se supone que no tenemos que estar por aquí rondando.

Al bajar por el camino, se encontraron a Hosspack, arrastrando un carro lleno de expedientes hacia la puerta principal. Al pasar, recorrió a uno y otro preso con su mirada cristalina. Y entonces clavó los ojos en Ron y asintió varias veces con la cabeza, un gesto silencioso que insinuaba «ajá, ya veo que me has mentado». A Earl no le hizo ningún caso.

—Me ha dicho que no me acerque a tus amigos —dijo Ron.

—Ya me lo imagino. No es que el tío me odie, no es nada personal, pero piensa que mi vida vale menos que la de una mosca y que tendría que pasarme los años que me quedan entre rejas. Y desde su punto de vista, igual tiene razón. No hace conmigo ni la mitad de lo que yo haría con él, si pudiera. Al entrar en el patio, Ron tuvo la impresión de que todavía llamaba más la atención que antes. Su atractivo juvenil contrastaba con el entorno, y su acompañante, que era su antítesis, exageraba aún más aquel contraste. Ron vio —o se imaginó que vio— que los demás lo repasaban con la mirada, primero a él y luego al hombre con el que se paseaba; parecían miradas sabedoras. «Qué cabrones, son como paletos de pueblo», pensó.

Al otro lado del patio, vieron a Psycho Mike en dirección contraria.

—Cuando lo veas —dijo Earl—, pasa de largo y no lo mires siquiera. Y, en general, vigila por dónde te mueves. En San Quintín hay muchos puntos ciegos y una cantidad considerable de locos. Si se puede evitar, mejor no desnucar al primer imbécil que pase.

—¿Por qué? ¿Por qué haces todo esto? —le espetó Ron.

—La verdad es que no lo sé.

—No soy marica... No voy a ser tu chico.

El rostro curtido de Earl se iluminó. Cuando sonreía, tenía una expresión luminosa y radiante, que hacía desaparecer toda su fealdad.

—¿Y si soy yo tu chico?

—Estás loco.

—No, estoy solo. Me dedico también a acoger a perros y gatos callejeros. Ya hablaremos luego de cómo va el tema.

El lunes empezó como un día cualquiera en San Quintín, tan nublado que todo se veía gris. Incluso cuando no estaba nublado el sol no se elevaba por encima de los edificios hasta media mañana. Al mediodía hacía un sol radiante y al atardecer el tiempo era espléndido, pero a aquella hora todos los reclusos ya estaban en sus celdas y no podían disfrutarlo.

La sirena de las ocho de la mañana soltó el aullido habitual que los convocaba al trabajo. La puerta del patio se abrió sobre su bisagra y una marea de reclusos inundó el patio rumbo a la zona industrial, como si acabara de derrumbarse el dique de una presa. Era el primer día de trabajo para todos desde la huelga y los rostros de los reclusos daban buena muestra de la alegría que les producía volver a encontrarse con telares, sierras y carretillas. Ron había oído a varios quejarse por haber perdido días de salario; ganando seis centavos por hora, a final de mes se podían comprar un bote de café en polvo del más barato y un par de paquetes de tabaco de liar. Muchos no necesitaban nada más. Y también eran muchos los que solo se podían permitir aquellas exiguas compras si cobraban un sueldo a fin de mes.

* * *

Ron pensaba que la sirena crearía un ambiente tenso y quizá silencioso, porque era un recordatorio de las balas y la brutalidad que habían sufrido. Pero nadie parecía acordarse de las muertes y las palizas. Tenían la mente en blanco, como una pizarra que se acaba de limpiar con un trapo húmedo. Pasados diez minutos, todavía había algunos reclusos en el patio y el personal de limpieza daba vueltas con escobas pequeñas y recogedores de mango largo, barriendo peladuras de naranja y paquetes de cigarrillos vacíos. Las gaviotas bajaron a ras de suelo.

Ron cruzó el patio hasta el pabellón Sur. Al llegar al hospital, enseñó su pase al guarda que custodiaba la gruesa puerta metálica tachonada. Otros presos lo empujaban por detrás para entrar en la clínica, que más bien parecía una estación de autobuses en hora punta. Decenas de reclusos daban vueltas en mono, y todos juntos tenían el saludable aspecto de un equipo de fútbol americano. Otros tantos, vestidos con batas verdes, entraban y salían de las salas de reconocimiento que había en la

parte izquierda de la estancia. Una fila esperaba delante de una media puerta para que les dieran recetas y después formaba otras dos colas para visitarse con uno de los dos médicos de la clínica. En realidad, había dos médicos, pero una sola cola. Al otro lo boicoteaban; iba tan despeinado y desaliñado que parecía que acabara de pasarle un huracán por encima. El médico no dejaba de gritar y gesticular, intentando en vano que los reclusos formaran una cola delante de su despacho. Atrapó a un negro joven y delgado con un lanoso peinado afro. Por sus gestos se deducía que le dolía la espalda. En menos de un minuto empezó a agitar los brazos y a gritar; el médico también le gritaba a él.

Al entrar, Ron se topó con una mesa desordenada encima de una tarima. La silla estaba vacía. El preso encargado de ese puesto era precisamente aquel con el que tenía que hablar y Ron lo buscó entre la multitud, tratando de distinguir a alguien con bata verde que tuviera «una calva como el culo de un bebé, con mechones pelirrojos sobre las orejas y unas cejas muy pobladas, también pelirrojas». Finalmente, el hombre que respondía a aquella descripción pasó tan cerca de Ron que no lo pudo interceptar y ya volvía a estar sentado detrás de la mesa, con dos cartones de cigarrillos en una mano y una receta en la otra. Otro preso lo seguía; se detuvo al lado de Ron, pero ignoró su presencia. El secretario metió los cigarrillos en un cajón de la mesa y la receta en la máquina, escribió varias líneas con la rapidez de una metralleta y sacó bruscamente el papel. Introdujo otra tarjeta más pequeña y volvió a mecanografiar. No tardó ni un minuto en hacerlo todo.

—Muy bien —le dijo al preso que esperaba al lado de Ron—. Dale la pequeña al madero para que la firme.

—¿Seguro? Que no me pueden pillar.

—Ahí tienes el diagnóstico: dos cartones de tabaco, úlcera duodenal. Bebe leche tres veces al día.

—Que me presento a la junta de la condicional, ¿eh?

—Mira, el médico te lo ha firmado. Es tan legal como una sentencia del Tribunal Supremo.

Ron observó cómo el preso le llevaba la receta al guarda, que la firmó sin ni siquiera leerla. Volvió a mirar al hombre que estaba sentado detrás de la mesa.

—Oye, ¿eres Ivan McGee?

—Efectivamente, caballero. ¿En qué lo puedo ayudar? —Su rostro redondo, cubierto de venas rojizas y perdido en una gran masa de carne rosada, tenía aquella mirada rapaz que Ron había visto en muchos otros presos: era una mirada fiera y a la vez velada.

—Earl Copen me ha dicho que viniera a verte. Es para una baja de treinta días.

—¿Eres amigo de Earl?

—Ajá. Y me han cargado con la fábrica de muebles.

—Ya entiendo por qué quieres la baja. Supongo que Earl ya te conseguirá que te cambien de trabajo antes de que te hagan falta más bajas.

De pronto volvió a tomar conciencia de cómo interpretaban los demás los favores que le hacía Earl. Al ver la especulación en los ojos de McGee, le entraron ganas de dar rienda suelta a su indignación. Veía aquella mirada en todas partes. Era morboso y humillante.

—¿Tienes cartilla? —le preguntó McGee.

—No.

—¿No has estado nunca de baja?

—No.

McGee cumplimentó una cartilla en blanco con el nombre y el número del carnet de identificación de Ron.

—Recién llegado, ¿eh? —dijo—. A este número todavía no se le ha secado la tinta. —Sacó la tarjeta de la máquina—. Con un hombro dislocado podrás estar un mes sin hacer nada.

—¿Eso no duele?

—Ya lo hacemos de forma que no duela.

McGee cogió la cartilla y unos formularios, y le indicó a Ron que lo siguiera por el pasillo que llevaba al edificio del hospital. Al llegar a mitad del pasillo, se encontraron con una reja, vigilada por un guarda de mediana edad en una silla. Al ver a McGee, les abrió.

—Viene conmigo —le dijo McGee al guarda, sacudiendo los documentos en el aire para identificar a Ron.

—¿Adónde vais?

—A rayos X.

El servicio de rayos X estaba en un rincón de la segunda planta. Todo el hospital era un mundo aparte; no tenía nada que ver con el ambiente de los pabellones y del patio grande. Incluso estaba extramuros, aunque también estaba cercado por una valla alambrada y se vigilaba desde las torres. El suelo estaba encerado y se cruzaron con varios presos que les sonrieron y los saludaron con un civilizado «buenos días». En la zona de rayos X había dos reclusos jugando al ajedrez. Uno era blanco y el otro, negro. Aquello sorprendió mucho a Ron.

—Aquí necesitamos un hombro dislocado —dijo McGee.

—Y aquí estamos nosotros para complacer al público —dijo el preso negro.

A los pocos segundos trajeron una mancuerna de 12 kilos. Ron tenía que sostenerla mientras le hacían la radiografía.

—Tú déjala colgando —le dijo el blanco—. Así no se ve, porque queda por debajo de la foto, y parecerá que el hombro está suelto. Es lo que llamamos el «síndrome de la mancuerna».

Mientras bajaban las escaleras, Ron le preguntó a McGee qué le debía.

—Nada.

—¡Tío, algo te tengo que deber! —insistió Ron.

—Si insistes, píllame un par de porros. Pero no hace falta. Earl y yo hace mucho

que...

—¿Y ahora qué hago?

—Tú vete al patio y ya está. Esta tarde ya saldrá en la programación.

* * *

A los diez minutos, Ron estaba en el patio sin nada que hacer. Todavía no había nadie. Apenas pasaban unos minutos de las diez y las colas del comedor no se formaban hasta las once. Cerca de la tienda había cuatro jóvenes compartiendo dos botes grandes de helado. Ron los reconoció; eran del grupo del muro de la lavandería, el de Earl, pero allí no tenía que encontrarse con ellos. Como no tenía nada que hacer, se fue a la oficina del patio.

—¿Earl? —gritó el corpulento guarda que había en la oficina cuando Ron le preguntó—. ¿El drogata? Menudo hijo de puta. Más le vale no pasarse por aquí. —Sacó un bote de gases lacrimógenos del bolsillo de atrás del pantalón y lo tiró en la mesa, donde dejó una marca—. Hostia —dijo, volviéndose hacia la oficina del lugarteniente. Tapó el desperfecto con un papel. Y entonces le dijo a Ron—: No me hagas ni caso. Estoy loco. Earl no está. Siempre duerme hasta el mediodía o así, el cabrón, y no viene a trabajar hasta las cuatro menos cuarto.

Como seguía sin tener nada que hacer, Ron cruzó el patio en dirección a la capilla y se detuvo a observar un minuto los peces de cola larga del estanque. El cura católico tenía una biblioteca en su despacho, que gestionaba un preso. Aunque la gran mayoría de los volúmenes eran tratados religiosos de lo más simplistas, la biblioteca también contenía algunas obras filosóficas y biografías. En un artículo de la revista *Esquire* Ron había leído una referencia a la obra de Teilhard de Chardin y, al encontrar una obra del teólogo existencialista, se sentó a leerla junto al estanque hasta la hora de comer.

* * *

Al entrar en el comedor, Ron vio a Earl, T. J. y a un hombre que no conocía al final de la larga cola del almuerzo. No tenía muy claro si acercarse a ellos, pero T. J. lo saludó efusivamente a lo lejos. A Earl le había crecido la barba y por la cabeza se le extendía ahora una pelusa grisácea.

—¿Lo has arreglado? —preguntó.

Ron asintió. Earl no le prestó más atención y siguió escuchando el relato de un recién llegado, un hombre llamado Willy al que acababan de trasladar de Folsom. Describía el asesinato de un tal Sheik Thompson y era evidente que a Earl la historia le gustaba. Los asesinos lo habían pillado en una puerta, le habían roto una pierna con un bate de béisbol y, una vez tendido en el suelo, lo habían acribillado a puñaladas

hasta matarlo.

—En medio del pabellón de deportes. El entrenador estaba allí mismo, dentro, y no se marchó porque no fue capaz de pasar por su lado. Casi se caga en los calzoncillos. Ni siquiera pudo tocar el silbato. Y al final salió corriendo y gritando como un mariquita.

—Es un mariquita —dijo Earl—, pero no me puedo creer que hayan matado por fin a ese animal de Sheik. Que yo sepa, lo han intentado por lo menos doce veces. Era un tipo duro. Menudo hijo de puta.

—¡Sí, sí! —exclamó el narrador, al recordar emocionado un detalle—. Cuando los maderos se llevaron a Slim y Buford, todo el patio se levantó para aplaudirlos. ¡Todo el mundo! Fue una puta locura. Hasta los guardas sonreían. Y eso que era un puto chivato.

De pronto, la cola del almuerzo avanzó con un bandazo, separó los grupos que conversaban y puso fin a las tertulias. Ron estaba delante de Earl y detrás de T. J.

Después de comer, el patio se llenó y allí se quedó todo el mundo hasta que sonó la sirena que avisaba del turno de trabajo de la tarde. Ron acabó charlando con un grupo de una veintena de reclusos, la mayoría miembros de la Hermandad. Le vino a la cabeza la imagen de una manada de leones holgazaneando. La mayoría formaba un semicírculo alrededor del recién llegado de Folsom, Willy, que también había comido con ellos y ahora relataba más historias sobre Folsom y respondía a preguntas sobre miembros de la Hermandad y otros reclusos. Le presentaron a los que no conocía y se estrecharon la mano. Earl y T. J. estaban fuera del círculo, hablando en la intimidad con un hombre menudo y malhumorado, un tal Bird, que parecía enfadado. Por su actitud y sus gestos, Ron dedujo que lo tranquilizaban. Se sentía fuera de lugar y se preguntó si algún miembro del grupo cuestionaba en silencio su presencia. Pero entonces Baby Boy se le acercó y le dio una palmada en la espalda, antes de escuchar al recién llegado, y aquello lo alivió un poco.

A los pocos minutos, Earl le apoyó la mano en el hombro.

—Vamos a jugar un rato a pelota mano.

—Pero si ni siquiera le doy a la pelota. Qué vergüenza.

—No me lloriquees. Yo juego fatal. Ahora te traigo unos guantes.

Ron lo acompañó sin ningún entusiasmo y se esperó fuera del pabellón Norte, mientras Earl entraba a buscar los guantes.

—Ten —dijo Earl al volver, dándole unos guantes rígidos—. Los fines de semana en el patio hay como seis millones de mexicanos. —Lanzó contra la pared la pelota de goma, pequeña, dura y negra, dibujando un movimiento grácil y fluido, como los primeros lanzamientos de un *pitcher* durante el calentamiento. Así relajaba los músculos para poder después tensarlos sin que hubiera peligro de lesiones.

—Bird tenía pinta de enfadado, ¿no? —dijo Ron.

Earl hizo una mueca y sacó la lengua.

—Quiere matar al fontanero. Se le ha jodido el lavabo y todavía no lo han

arreglado. Le hemos dicho que no se meta, pero...

—¿Sería capaz de matar a alguien por eso?

—Pues claro. Y si le parece que se lo chotean, no va a tardar mucho.

Aquella afirmación sorprendió a Ron, pero menos de lo que le hubiera extrañado dos meses antes.

Jugaron una hora. Se pasaron la mayor parte persiguiendo la pelota, cada vez que Ron no la golpeaba, porque se movía muy rápido y no dejaba de rebotar. La primera vez que le dio, estuvo a punto de abandonar el partido. A pesar del guante, tenía la mano muy irritada, pero pronto le dejó de doler y empezó a disfrutar de la sensación que le producía el aire fresco al entrar en los pulmones. Se deleitaba con el contacto de su camiseta holgada y la suave brisa que le enfriaba el sudor. Se lo pasaba bien, hacía sol, se olvidó de que estaba en la cárcel.

Pasada una hora, empezaron a acusar el cansancio. Se sentaron bajo la sombra del patio, con la espalda apoyada en el muro. Ron tenía la camiseta húmeda; se le pegaba al cuerpo y dejaba una mancha oscura en la pared. Earl también estaba acalorado y sudado, pero mucho menos.

—Tendrías que dar un paseo para refrescarte —le dijo.

—Estoy muy cansado —respondió Ron y le dio una palmada a Earl sobre el michelín que le asomaba por encima del cinturón—. ¿Y esto?

—La buena vida.

—¿Con la comida de aquí?

—Bueno... Todas las noches, mientras tú estás en la celda, me cuelo en la cocina. Por allí solo pasan los de limpieza, un par de maderos y mi teniente de confianza. Abrimos la nevera y nos ponemos a cocinar. —Lanzó la pelota con fuerza y la dejó rodar hasta una pared que había a cincuenta metros. Justo por debajo de la clavícula izquierda, oculta en parte por el vello del pecho, se le veía una cicatriz blanca de doce centímetros.

—¿A ti también te pillaron? —preguntó Ron.

—Sí, tenía diecinueve años y me creía el tipo más duro y más cabrón del mundo. Ahora sé que todo el mundo puede morir. No, la verdad es que yo ya sabía que no era tan duro, pero quería que todos los demás pensaran que sí. Teníamos una banda, pequeña, no como las de ahora. Fuimos tres a partirle la cabeza a un tío y... ¿De verdad quieres que te lo cuente?

—Claro... Las historias con violencia fascinan a todo el mundo.

—Pues aquí vas a oír unas cuantas... Bueno, pues pillamos a ese tío en la sección A. Entonces no era de aislamiento. Tenía un cuchillo, pero nosotros éramos tres. Había otro tío a un lado, pero no le hice caso. Y tendría que haberme fijado más, porque de repente sacó un cuchillo y me lo clavó en el pecho. —Earl resopló—. Si me llega a dar unos centímetros más abajo me toca el corazón. Pero me dio en un pulmón y la sangre me subió a la boca. Me fui corriendo al hospital y me desmayé en la puerta. Cuando me desperté, me habían puesto tubos y una máscara de oxígeno.

Hay que decirlo: si llegas vivo al hospital, te salvan. Tenemos un par de cirujanos que son de los mejores del mundo con heridas de arma blanca.

—¿Qué le paso al que lo hizo?

—Huyó... Se entregó y les dio el cuchillo. No lo juzgaron porque yo no quería testificar. Pero sabía que no podía estar por el patio, porque sino mis colegas se lo cargaban.

—¿Lo volviste a ver?

Earl se rio.

—Tardé mucho tiempo en volver a verlo. Lo trasladaron a Soledad, luego mató a un tío y acabó en Folsom. Pero aquello pasó hace mucho tiempo. —Soltó una risa ahogada—. Ya lo conoces. —¿Quién es?

—McGee, el colega del hospital.

—¡McGee! ¡Me tomas el pelo!

—No, no... El mismo.

—¿Sin venganza ni nada? No me imagino a un tío como tú dejando pasar algo así.

—No te puedes pasar quince años resentido. Yo he estado dos veces en la calle y él no ha salido una sola vez. Nunca habla del tema. T. J. y Bad Eye ni siquiera lo saben. Solo lo sabe Paul. No me da miedo y cuando lo trasladaron aquí hace un par de años se me pasó por la cabeza y casi me decido a hacer algo, pero ya estoy viejo y débil. Quiero volver a ver la calle una vez más. Si sale algo y no puedo evitarlo, pues haré lo que tenga que hacer. A mí nadie me va a joder... Además, con aquello aprendí un par de cosas: que todos somos mortales y que hay que respetar a todo el mundo.

Ron se quedó pensativo. Mientras digería el contenido del relato, contemplaba al guarda armado que los vigilaba sobre el muro y al collar de nubes que rodeaba la cima del monte Tamalpais.

—Me dijiste que me lo contarías... Que me contarías por qué me has ayudado.

—¿De verdad lo quieres saber?

—Sí —dijo tajantemente—. No soy marica. Ya me siento en deuda contigo, pero no pienso devolverte el favor siendo tu chico, tu maricona o como sea que se llame eso. No podría vivir así.

—Tío, yo no te...

—Estoy paranoico. Me siento como si tuviera que ir por la vida tapándome la polla con una mano y el culo con la otra. Sospecho de todos los que se portan bien conmigo. Lo veo en sus ojos.

—A mí no me habrás visto nada.

—No... Porque tú eres mucho más listo que la mayoría. Earl apartó la mirada, pensativo, y cuando volvió a hablar su deje lacónico y sus habituales incorrecciones gramaticales habían desaparecido.

—Vale, te lo explicaré... lo mejor que pueda. Sí que hay cierta homosexualidad en la cuestión, por lo menos psicológica y no tanto física... Si lo quieres llamar así.

Es la necesidad de sentir lo que se siente por una mujer, de sentir. La verdad, si fueras feo, seguramente no me interesarías.

Ron se estremeció. Aquello no le gustaba; lo rebajaba. Quiso interrumpir a Earl, pero este levantó la mano.

—Pero esto es problema mío, no tuyo. Por lo poco que te conozco, no me parece que seas estúpido ni débil...

—Lo que pasa es que aquí no estoy en mi territorio. Todo esto es nuevo para mí.

—En cambio nosotros, la mayoría de nosotros, nos hemos criado aquí. Bueno, en todo caso, necesito a alguien... un amigo. T. J., Bad Eye y Paul me caen muy bien, pero es otra cosa. No cubren ciertas necesidades. Así que soy tu amigo. No es que trame nada contra ti. Solo quiero el bien para ti y seguramente tú me necesitas. No soy el más cabrón de aquí dentro, para nada, pero tengo amigos muy cabrones. La cárcel es un mundo aparte y tienes que hacerte una vida aparte del mundo exterior. No tengo familia, así que mi familia son mis amigos. Si intentas vivir en los dos mundos, acabas loco.

—Pero si esto se convierte en todo tu mundo, te olvidarás de cómo arreglártelas afuera.

—Eso le pasa a mucha gente. Aquí dentro cambiarás... si sobrevives. A lo mejor tú me puedes ayudar a pensar en la vida de ahí afuera. Venga, arriba. Tengo que ducharme y vestirme para ir a trabajar. Bueno, «trabajar»... es un decir.

—Yo no me puedo duchar hasta la noche.

—Es verdad, todavía estás en el bloque Este. A ver si conseguimos que te trasladen.

—Para eso hay que tener nueve meses de buena conducta. Y aún no llevo ni dos meses aquí dentro.

—Pero yo llevo aquí ocho primaveras y sé cómo se hacen las cosas. En una semana o dos seguramente te habremos conseguido un alojamiento más digno.

Se abrocharon y recorrieron lentamente el patio grande, cansados como estaban. Los enormes pabellones dominaban la línea del horizonte como almenas de castillos sobre riscos montañosos. Subían las escaleras cuando un mexicano paró a Earl y le dijo que alguien vendía heroína de calidad en el pabellón Oeste.

Al llegar al patio, Earl le dio una palmada en la espalda a Ron y desapareció en el interior del pabellón. Ron lamentó la separación. Se daba cuenta de que el grado de dependencia era cada vez mayor y suspiró, resignado. Se sentó en un banco bajo el sol y volvió a ponerse a leer el libro que había sacado de la biblioteca de la capilla.

* * *

Ahora que no tenía que ir a la fábrica, y siguiendo el ejemplo de Earl, Ron se quedaba durmiendo a la hora del desayuno y salía de la celda cuando abrían para el almuerzo. Comía con Earl y a veces con T. J. u otros dos compañeros. Los amigos de

Earl le caían bien y le agradaba la cálida sensación de camaradería, pero nunca se sentía totalmente cómodo. Y la incomodidad se convertía en malestar cuando se congregaba un grupo numeroso, por lo que siempre acababa marchándose a la biblioteca, la capilla o a algún otro lugar. Earl lo observaba y comprendía su inquietud, pero normalmente se quedaba con el resto de la banda. Por las tardes, después de la sirena, se iban a jugar a pelota mano o se sentaban a charlar en el patio de abajo. Ron nunca había hablado de temas tan personales en su vida. No estaba acostumbrado a analizar sus relaciones con su madre o con Pamela, ni se había preguntado jamás por qué le daba una importancia capital al dinero, con el que estaba obsesionado. Hablaba de su vida afuera y sabía que Earl lo respetaba. Una vez le contó una mentira, pensando que a Earl le gustaría; fue al responder una pregunta suya sobre si estaba decidido a seguir con su carrera delictiva. Había contestado que sí, pero lo cierto es que no lo sabía. Su futuro todavía era impredecible; el barro todavía no se había endurecido.

Earl le explicó por qué a veces no se acercaba a Ron. No cabía duda de que muchos presos pensaban que su extraña relación era simplemente una relación entre sodomita y sodomizado.

—Yo les voy parando los pies —dijo Earl—, pero no puedo hablar con los tres mil quinientos uno a uno. Y si pudiera, ¿qué les iba a decir? «Perdona, en mi opinión estás hablando demasiado». Es mejor que te dé un respiro siempre que tengo ocasión.

—A mí lo que piensan me da exactamente igual.

—Por una parte, tienes razón, pero por otra parte, no. Puedes pasarte muchos años dando vueltas por estos sitios. Nunca se sabe. Si te etiquetan de maricona, vas a llevar esa etiqueta adondequiera que vayas. Pasarán veinte años y seguirán pensando lo mismo. Es lo peor que pueden decir de ti, después de soplón. Lo único que le queda a un hombre dentro de la cárcel es su reputación entre sus colegas.

Ron pensó que era una exageración. Mientras él supiera la verdad, lo que pensaran cuatro ignorantes le daba exactamente igual. Pero en los meses siguientes cambió de opinión. Aprendió que una buena reputación era importante; que tenía una importancia crítica. Una vez vio cómo le pegaban una bofetada a un hombre. Sus amigos no solo no lo defendieron, sino que le dieron la espalda y aquel convicto tuvo que pagar por protección hasta que por fin lo pusieron en custodia y lo trasladaron. Cualquier muestra de debilidad invitaba a la agresión y la mayor muestra de debilidad era ser sodomizado. En otra ocasión llegó a la cárcel un joven rubio y atractivo, de una familia de clase media; acababa de entrar y ya se le tiraron encima. No tenía amigos. Pasado un mes, llevaba téjanos ajustados sin bolsillos traseros. Se había pintado las cejas y tenía una mirada cansina. El bravucón que había convertido al rubio en maricona, un joven mexicano, acabó «vendiéndolo». Por aquel entonces, a Ron ya le parecía estupendo que a Earl le preocuparan las apariencias tanto como la realidad.

Después de llevar dos semanas pasando el rato con Earl, un sábado a media tarde

Ron salió al patio y se encontró a un lugarteniente de mandíbula cuadrada que llevaba la gorra ladeada. Iba con un sargento alto y lo llamó por su apellido.

—Eh, Decker —dijo.

Llevaba una placa que lo identificaba como «Seeman» y Ron sabía que era el jefe de Earl. Pero le dio vergüenza.

El patio estaba lleno y que te vieran hablar con un guarda siempre resultaba embarazoso.

—¿Eres amigo de Earl, no?

—Sí, señor.

—He hablado con el lugarteniente del pabellón Norte para ver si te pueden trasladar. Me debe un favor y tiene buena disposición. Pero se ve que alguien le ha escrito al director y le ha chivado que hay gente que se salta la lista de espera. Pero... podemos hacer otra cosa. —Guiñó el ojo—. Te vamos a asignar la limpieza de la galería, si no te importa levantarte a las seis de la mañana para ir a por agua. Trabajas en eso durante un tiempo y después ya te conseguiremos otro puesto. Una vez entras en el bloque ya no te tienes que ir. ¿Qué te parece?

—Bien, pero todavía me quedan dos semanas de baja.

—Seguro que conoces a alguien que te lo pueda arreglar —dijo el lugarteniente, sonriente.

Ron le sonrió también, asintió con la cabeza y se volvió.

—Otra cosa —añadió el lugarteniente—. Me ha dicho que no te lo montas con Earl. A mí me da igual, eso es cosa vuestra, pero no lo metas en líos. Está limpio y saldrá en un año más o menos, si sigue así.

—No pienso darle problemas —dijo Ron, mientras echaba a andar. En su interior, el compromiso era aún más firme. Lo último que quería era meter en líos a Earl. Era el mejor amigo que había tenido jamás, como su hermano mayor, quizá su padre. Le costaba expresar la palabra «afecto» referida a otro hombre, aunque fuera en silencio, pero aun así consiguió pronunciarla para sí.

Una semana después, Ron cargaba sus pertenencias en una carretilla y la llevaba a la última celda de la quinta planta del pabellón Norte. Como, por su naturaleza, lo obsesionaban los bienes materiales, ya tenía más posesiones que Earl, entre ellas cuadros adquiridos a artistas internos en la cárcel. Uno de ellos era una gran vista de la cárcel desde la Bahía. Otro era un retrato de un marinero caribeño con un turbante miserable, las pupilas dilatadas y un bulto en la mandíbula, una malformación crónica que había desarrollado después de pasar años mascando hojas de coca. La primera noche que tuvo aquel cuadro en la celda, un negro lo vio al pasar, pestañeó y se marchó. Volvió a los pocos minutos y le dijo: «Oye, tío, ¿de qué vas? ¿Te ríes del dolor de muelas de este hermano?». El tono era acusatorio. Ron le respondió que no, que no se reía en absoluto, pero le molestó tener que dar explicaciones. Entendía las sospechas de los negros, pero la paranoia era una enfermedad. A partir de aquel momento tenía el cuadro vuelto contra la pared. Cuando Earl se enteró, se rio.

—Eso no es nada —dijo—. En Soledad los disturbios raciales empiezan por cualquier cosa. Una vez se lio porque en un anuncio de Shell en la televisión había un coche blanco que corría más que otro negro.

* * *

Cuando estuvo instalado en el pabellón Norte, Ron empezó a trabajar como limpiador de la galería en el turno de mañana. A las cinco de la madrugada, un guarda lo despertaba golpeando una llave contra la puerta de la celda. Podía ir a desayunar entonces, pero no lo hacía nunca. A las cinco y media llenaba un bidón de 200 litros de agua caliente, lo llevaba con un carro por el pasillo de la planta y llenaba los bidones de las celdas, pasando una manguera entre los barrotes. Tenía que hacer tres viajes. Cuando abrían las demás celdas, pasadas las seis, barría y fregaba, y una vez a la semana cogía las sábanas y apuntaba en una lista a los presos que las entregaban. Hasta las dos de la tarde se quedaba la pesada llave giratoria que abría las celdas, para dejar entrar o salir a los presos de la planta, pero después de unos días ya sabía quién vivía allí y les daba directamente la llave. La mayoría trabajaba, así que solo había tráfico durante la hora de comer. No era un trabajo muy duro y además Ron tenía menos aversión al trabajo de lo que era habitual entre los reclusos. Le dejaba tiempo para leer, ejercitar la mente, escapar de aquel sombrío entorno y contemplar vistas infinitas a través de los ojos de los más cultos. A las pocas semanas ya tenía una caja de cartón llena de libros de bolsillo. Muchos se los había dado Earl, que cuando encontraba a Ron leyendo novelas frívolas e insulsas, fingía desdén y negaba con la cabeza con actitud burlona. Ron dejó rápidamente de disfrutar leyendo estupideces; no le hacían pensar tanto como Dostoievski, Hesse, Camus y Céline, que eran los autores favoritos de Earl. Ron siempre había creído que Jack London era un autor de libros infantiles hasta que Earl le regaló *El vagabundo de las estrellas* y *El lobo de mar*. Le gustaba oírle hablar de libros. Se comportaba de otra manera, se entusiasmaba y hablaba con una precisión gramatical intachable. La literatura era la única forma de expresión artística que le interesaba, pero tampoco le gustaba necesariamente todo lo que comúnmente se tenía por excepcional. Dickens y Balzac le desagradaban y pensaba que pasados los veintiún años nadie debería leer a Thomas Wolfe. En tres meses, Ron leyó más que en toda su vida. Notaba que su mente se ensanchaba y que percibía la realidad con mayor nitidez, puesto que cada libro era un prisma que reflejaba las verdades infinitas y variadas de la experiencia. Algunos eran telescopios; otros, microscopios. Una vez quiso llevar sus libros a la sesión de intercambio del sábado por la mañana, pero T. J., que estaba por ahí cuando lo mencionó, le dijo:

—Tío, ¿es que no te has dado cuenta de que los que estamos aquí somos todos gánsteres y matones? Si queremos libros, pues los cogemos y ya está, joder. Y si tú los quieres regalar, pues los regalas, pero no me vengas con estas chorradas.

Muchas veces era difícil saber si TJ. hablaba en serio o en broma, pero en todo caso Ron no llegó a ir a la jornada de trueque ni regaló sus libros. Finalmente los acabó cambiando por tres cartones de cigarrillos y una cartera de cuero grabada a mano.

Una mañana fue a ver a Earl a su celda y se lo encontró leyendo *La puta alegre*.

—¿Alta literatura, eh? —preguntó.

—Hostia, pues es un libro la mar de instructivo.

—Pásamelo cuando acabes.

—Huy, no, tú eres muy joven y esta damisela es una viciosa.

—¡Vete a la mierda!

—¿Qué, quieres pasarte el rato cascándotela como un idiota? Así te he criado. Te van a salir verrugas en las manos.

—¿Y tú qué?

—Yo ya estoy loco. Tengo que estar como una chota, porque salgo y vuelvo a parar al mismo sitio. Igual es que me gusta, ¿no?

Ron negó con la cabeza, pero se sentía culpable, porque realmente pensaba que para seguir volviendo a la cárcel había que ser idiota, estar enfermo o algo así. Incluso a Earl tenía que pasarle algo. Pero Earl era su maestro, la única familia que tenía entre rejas, su amigo. Dudar de él le parecía desleal.

El trabajo también le dejaba tiempo para escribir cartas. A Pamela le escribía dos o tres veces a la semana y a su madre le enviaba una carta cada dos semanas. Y una vez al mes también escribía a Jacob Horvath. Con el tiempo, las respuestas de Pamela cada vez fueron más breves y espaciadas. Empezó a escribir las cartas a máquina, con una máquina portátil que Vito había cobrado como pago de una deuda y que, después de vendérsela a Earl por un pico, finalmente había acabado en manos de Ron.

* * *

Ron nunca llegó a sentirse cómodo en el patio cuando estaba muy lleno, pero con el tiempo le perdió el miedo. Después de la huelga, el número de apuñalamientos bajó y se mantuvo así durante una temporada. Pero cuando volvieron a aumentar las agresiones, Ron ya no se identificaba tanto con las víctimas, como había hecho hasta entonces. Ahora era consciente de que sus socios eran la banda de blancos más peligrosa de San Quintín y aquello le hacía sentirse poderoso, al menos hasta lo que sucedió un día a la hora de comer. Acababa de salir con Earl del comedor y paseaba bajo la sombra del cobertizo, donde se había congregado la mayoría de los presos, atraídos por el calor. Earl tiraba bolitas de pan a las gaviotas y parecía totalmente tranquilo y ajeno a los trajines del patio. De repente, cogió a Ron de la manga, a la altura de la muñeca, y lo empujó, como un perro pastor a una oveja.

—¡Vamonos! ¡Ya!

—¿Qué? —dijo Ron, pero lo siguió de inmediato y a paso ligero. Por el rabillo

del ojo atisbo un movimiento brusco a menos de un metro de donde habían estado. Miró con más atención. Un chicano corpulento giraba sobre sí mismo, como un perro persiguiéndose la cola. Tenía la mano en el pecho, del que sobresalía el mango de un cuchillo revestido con cinta adhesiva negra. Su boca formaba una «O»; parecía que bostezara, pero no dejaba de expulsar sangre. La gente se apartaba de él. Ron vio entonces a otro chicano, menudo y de tez oscura, que huía con la cabeza gacha, zigzagueando entre la multitud. El chicano corpulento lo vio y quiso perseguirlo, pero a los dos pasos le flaquearon las piernas, las rodillas le cedieron y se desplomó en el suelo.

Los silbatos empezaron a sonar, los tiradores apuntaron al patio y varios guardas acudieron rápidamente para acorrallar a cincuenta presos y pedirles las tarjetas de identificación. Si Earl no hubiera empujado a Ron en el momento preciso, ambos habrían formado parte de aquel grupo.

Ahora Earl y Ron estaban delante del cobertizo, bajo el sol, y Earl estaba furioso.

—Pobre Pete, joder —dijo—. Se lo han cargado sin motivo. ¡Cabrón!

Entonces Ron identificó al chicano corpulento, un tipo alto, de risa fácil, que muchas veces se paraba para chocar la mano con Earl, Paul y T. J. Pete era un tipo importante en la Hermandad Mexicana. Si a alguien como él lo mataban tan a la ligera...

—Habrá venganza, ¿no? —preguntó Ron.

—Si lo cogen. ¿Pero qué más da? Pete está muerto. Han rajado a un tío por unos zapatos... ¡Mierda de zapatos! Y ni siquiera los cogió él, seguramente no. Yo siempre se lo digo a estos colegas nuestros que van por la vida haciendo el salvaje. Al final, siempre habrá un imbécil que se te acerque por detrás y te la meta. Todos podemos morir. Todo el mundo sangra. Y cualquiera puede matar, si se dan las circunstancias.

Pasada media hora, el cadáver había desaparecido y en el asfalto solo quedaba su contorno perfilado con tiza blanca. Pronto miles de botas pasarían por encima y borrarían también aquel rastro, el último que quedaba de la vida de aquel ser humano.

Y allí se terminó la confianza de Ron. El patio nunca le había gustado; ahora lo detestaba y, siempre que podía, se pasaba el día leyendo en la celda. Y allí, hasta aquel momento, y desoyendo los consejos de Earl, muchas veces se había quedado dormido con la puerta abierta. Ahora ya no lo hacía nunca. Había desarrollado un nuevo recurso: una coraza que lo protegía de la violencia. Era parte de la condición humana; los hombres llevaban resolviendo sus asuntos a fuerza de espada desde el inicio de los tiempos y, aunque en muchas ocasiones era una opción estúpida que solo llevaba a la autodestrucción, en otras era precisamente lo que la situación requería. A partir de entonces, si Ron tuvo miedo ya no fue el miedo a la indefensión.

* * *

Para soportar la vida dentro de la cárcel, los hábitos son fundamentales, y Earl

Copen los cambió ligeramente para adaptarse a la irrupción de Ron Decker en su vida. Seguía durmiendo hasta tarde, pero ahora, en lugar de holgazanear en la celda hasta la hora de comer, le hacía una visita a su amigo. A veces jugaban al ajedrez y Earl lo ganaba holgadamente, pero tampoco le interesaba especialmente el juego; prefería hablar. Sin embargo, Ron era reservado con él, mantenía las distancias y el decoro, lo habían educado así. Earl prefería una relajación absoluta, una confianza total. También quería que Ron se adaptara mejor al entorno, que se acomodara. Así que atacaba su decoro en el más crudo estilo penitenciario, acariciándole el muslo a Ron con tono insinuante. Le decía cosas como «Uf, tú tienes que haber jugado mucho al fútbol, ¿no?» o acudía al cliché más trillado de San Quintín: «¿Te apetece un caramelito?». A veces le daba una palmada en el culo o se cogía la entrepierna. Al principio Ron se ponía muy colorado, se quedaba desconcertado y se enfadaba, pero vio que Earl, T. J. y otros presos solían bromear en aquellos términos, y aunque nunca dejó de sonrojarse en aquellas ocasiones, comprendió que aquellas expresiones no tenían otra intención que demostrar que se estaba en plano de igualdad y que Ron era aceptado, y empezó a devolver los latiguillos con ocurrencias del tipo «Cuando dejes de ir jodiendo por ahí con todo el mundo ya me la sacaré yo».

—Pues ponía aquí —decía Earl, extendiendo la mano.

—No, no, no me fío de ti.

Pronto el ambiente se relajó completamente, aunque Ron nunca llegó a comportarse de forma tan espontánea como los demás. Earl lo quería como si fuera su hijo adoptivo. También quería a T. J. y Bad Eye, los quería como hermanos. Earl quería a todos por igual, pero pensaba más en Ron. Desde el principio vio que aquel esbelto muchacho, mal preparado para sobrellevar la locura reinante en San Quintín, contaba sin embargo con fortalezas de las que carecían los demás e incluso él mismo. Ron podía fijarse unos objetivos y luchar para conseguirlos, mientras que todos sus amigos vivían solamente en el presente, eran psicológicamente incapaces de aplazar una satisfacción y tenían tendencia a estallar de furia ante cada pequeña frustración. Estas cualidades jugaban a su favor en las situaciones que requerían un ánimo impetuoso, pero eran un lastre cuando era necesaria la prudencia. En muchos sentidos, Ron ya era más competente que Earl, pero Earl sabía cosas que Ron desconocía. El joven había iniciado su carrera delictiva con decisión, porque las drogas eran el ámbito en el que se podía ganar más dinero más rápidamente. En realidad, a Earl le daba igual lo que Ron quisiera hacer con su vida; lo único que pretendía es que tuviera éxito y por eso le contó todo lo que sabía sobre la delincuencia y los delincuentes. No es que le contara técnicas de robos y atracos, sino que le describía actitudes y, sobre todo, le enseñaba a interpretar el carácter de los demás.

—**Pongamos** que tienes cincuenta soplones, o eso dice la policía, por el tema de la declaración jurada. Aquí hay que estar muy atento. Ten miedo. Sé paranoico. No confíes en nadie hasta que lo conozcas bien y sepas cómo reacciona en una situación de estrés. Si ahí fuera traficas a lo grande, muchos creerán que les vas a arreglar la vida. Protégete, aíslate, piensa siempre en lo peor. Para vivir de la delincuencia, la paranoia es imprescindible.

Earl le describió la estructura organizativa que podía proporcionarle la mayor protección. En el exterior, tenía que tener un cómplice, un jefe de operaciones que coordinara a todos los camellos; y estos solo podían comunicarse con el jefe de operaciones dejándole mensajes en un contestador. De aquel modo, si detenían a alguien, el tinglado se podía disolver y reconstruir en algún otro lugar. El contestador era ciego; la única persona que podía informar a Ron era el jefe de operaciones. En aquella estructura aún existían ciertos riesgos, pero la policía, con sus procedimientos habituales, no podía franquear aquella barrera. Al mismo tiempo, era importante no llamar la atención, para no provocar una mayor implicación de las autoridades.

Earl también le inculcó su visión de la vida, su concepción del absurdo y de la indiferencia del universo. La mente de Ron estaba sin explotar. Y más que la pragmática de los bajos fondos y la cárcel, más que un sistema filosófico, Earl le transmitió un marco de influencia. Aunque tampoco era inmune a las críticas de Ron.

Solían comer juntos, menos cuando Earl tramaba algo con TJ. y Paul. Y a media tarde, a veces Earl iba a verlo después de trabajar para charlar un rato. Los miércoles y sábados por la tarde se proyectaban películas en el comedor del pabellón Norte y Ron se sentaba con la banda. Le gustaba tener asientos especiales, una fila entera que ningún recluso ocupaba, a menos que se lo invitase.

Los días se sucedieron y se transformaron en meses, por puro hábito.

* * *

Hacía semanas que Ron no recibía cartas de Pamela y, aunque estaba preocupado, tampoco le causaba un profundo desasosiego, como hubiera ocurrido meses atrás. Y entonces llegó una carta desde un apartado de correos de la Cárcel Central de Los

Angeles. La habían detenido por un tema de drogas y le pedía dinero. En la carta no daba grandes detalles, a parte de que la detención se debía a la posesión de 30 gramos y que la fianza era de diez mil dólares, pero sus palabras exudaban autocompasión y resentimiento. Ron se llevó la carta al patio, y contempló a los peces nadando bajo el agua, y también el agua que salía a borbotones por la fuente y sus reflejos bajo el sol. Hubiera querido sentirse acongojado, pero no sentía nada. Volvió a leer la carta y siguió sin sentir nada, más allá de la culpa que le producía su ausencia de sentimientos. El tiempo y la distancia habían corroído el amor. Y no solo aquello, sino que ahora veía que su amor se había construido sobre un engaño; se había enamorado de una drogadicta que caminaba indefectiblemente hacia la autodestrucción. A partir de su propia necesidad, la había vestido con una túnica blanca y la había colocado sobre un pedestal. Pero ¿le debía algo? Podía pedirle a su madre que le enviara un poco de dinero, no tanto como pedía, pero el suficiente para contratar a un abogado o para la primera parte de la fianza.

Aquella tarde le enseñó la carta a Earl y le pidió consejo.

—Haz lo que te dicte tu conciencia y estará bien. No te guíes por lo que crees que pensarán los demás. Si ha sido buena tía, dale el dinero. Y si ha sido una cabrona, que le den por el culo.

—Ha sido una cabrona. No me ha venido a ver ni una sola vez.

—Lo que tú decidas me parecerá bien. Y si te equivocas, me parece bien también.

Ron respondió a la carta, pero el censor se la devolvió. La normativa prohibía la correspondencia entre reclusos de diferentes centros, si no se disponía de una autorización especial. No pidió aquella autorización ni volvió a escribirle más.

* * *

Una noche de sábado cinco negros intentaron escaparse por un conducto de ventilación del techo del pabellón Sur. Bajaron al patio con unas cuerdas, aprovechando una zona especialmente oscura que había entre los dos pabellones. Se la jugaron a que no hubiera ningún guarda en la torre de vigilancia. Dos consiguieron bajar sin ser vistos, pero al tercero lo descubrieron. Con la alarma, treinta guardas salieron a registrar el recinto de la cárcel; la Bahía impedía huir a los fugitivos. A todos los cogieron en menos de una hora y los obligaron a volver a entrar desnudos.

Earl Copen tenía que pasar a máquina los muchos informes que se redactaron con motivo del incidente y se perdió la película. Ron fue a verla sin él y se sentó en uno de los asientos reservados, al lado de Paul. En cuanto el comedor se llenó, se pusieron a charlar.

—Me han dicho que te vas a un campo de trabajo —dijo Ron.

—Igual sí. Cuando estaba en las Sierras, me pasé el último año de cocinero en un campo y el lugarteniente ha dicho que quiere que vuelva. Pero seguramente no lo conseguiré hasta que me vea la junta de la condicional.

—¿Cuándo te toca?

—Dentro de un par de meses. Cuando se reúnan.

—¿Tienes posibilidades de salir?

—Pues las mismas que un hámster en una jaula con una serpiente de cascabel.

Para ellos, tres años por atracar un banco, más cuatro condenas anteriores, no es suficiente tiempo para rehabilitarse. El año que viene, si Dios quiere y nada se tuerce... Y eso si no les da por abrir otra cárcel y tienen que justificarlo. Un año se quejaron de que las cárceles estaban desbordadas y decían que había que destinar treinta millones a construir otra nueva, así que se dio un sesenta por ciento menos de condicionales. ¿Tú has oído hablar de la política práctica? Pues esto es criminología práctica. Cuando me pillaron ya me hice a la idea de que me caerían cinco o seis años, y con esto, este menda puede. Anda que no. —Paul terminó su parlamento con una mueca.

Pocos meses atrás, con solo pensar en pasar cinco años en la cárcel Ron se habría quedado petrificado. Ni siquiera pensaba nunca en los seis años que se suponía que tendría que pasar en San Quintín antes de tener derecho a la condicional; solo pensaba en que el juez lo volvería a llamar. Ahora una condena de cinco años ya ni siquiera era demasiado larga. Earl había cumplido cinco años en su primera condena. Bad Eye casi tenía treinta años y no había estado en libertad desde los dieciocho. TJ. había cumplido una primera condena de treinta y nueve meses a los diecinueve años, por pasarle diez porros de marihuana a su novia, una chica de dieciocho años. Varias semanas después de salir con la condicional, ya dominaba la técnica del atraco a mano armada y la había puesto en práctica. Volvió a la cárcel y cumplió tres años por un intento de robo.

—Da igual los años que te pases aquí —dijo Paul—, cuando se acaba, tampoco te parece una mierda. No te lo parece, cuando miras atrás. Se ha acabado. Si es que no te has vuelto loco. Y te sorprenderías de cuántos tipos fuertes acaban con trastornos mentales. Pero otros tantos se vuelven más fuertes. Había un viejo en Folsom, Carley Fitz, que batió récords. Se pasó allá cuarenta y seis años. Cuando salió a la calle, tenía casi noventa. Dirías que alguien con esa edad, y después de tanto tiempo, ya lo aguanta todo. ¡Y una mierda! Lo soltaron y envió una postal que decía: «Esto no ha cambiado una mierda. Igual se mueven un poco más rápido, pero es todo la misma mierda». Se fue al zoo...

Ron sonrió. Se preguntaba si Paul le decía la verdad. Paul le daba poco valor a la veracidad. Prefería una buena mentira, si le permitía ilustrar mejor una idea o resultaba más interesante. Y la historia de Fitz dejaba las cosas muy claras.

—¿Te has planteado alguna vez entrar en vereda? —le preguntó Ron—. No se puede decir que hayas tenido mucho éxito en tu carrera... Y Earl tampoco. La verdad es que los dos sois un desastre.

Paul se sonrojó. Había tocado un tema sensible, pero se resistía a rebatir a Ron, porque era su punto vulnerable. Era capaz de ganar dinero, pero siempre volvía a

entrar en prisión, y para tener éxito hacían falta las dos cosas.

—No, la verdad es que no. Esto es como una partida de *poker*: cuando empiezas, vas a por todas. Y si tienes mala racha, no abandonas el juego.

—Eso es verdad, es lo que les pasa a los jugadores compulsivos. Pero si no puedes ganar...

—Yo llegué a este mundo con una esperanza de vida de cincuenta años y me he fumado treinta. Estoy demasiado metido, no puedo abandonar. Solo estoy a gusto entre delincuentes. Soy un ladrón y estar en la cárcel no es más que una consecuencia inevitable. Nunca pensamos en pasar el resto de la vida fuera, simplemente se piensa en el tiempo que tendremos entre condena y condena. Si es mitad y mitad, puedes estar contento, es todo un éxito. La última vez estuve fuera cuatro años y robaba todos los días. Me salía la pasta por las orejas. Las Vegas, Aca-pulco, Miami, toda la pesca. Guardo muchos recuerdos de aquello.

Ron lo escuchaba en silencio y con reservas, porque veía a Paul inteligente y seguramente competente en cuestión de hurtos, pero con una falta absoluta de previsión y de autocontrol, por lo que era inevitable que cualquier proyecto de más envergadura acabara en fracaso. Intuía que sus afirmaciones no eran más que exageraciones, embellecidas por el tiempo, en un mundo en el que los sueños no tenían límite. Aun así, Paul demostraba ser más perspicaz de lo que Ron se había imaginado.

—Igual hay uno de cada mil que sale y lo consigue, se integra, se convierte en... —Dibujó unas comillas en el aire con dos dedos de cada mano— «clase media». Pero, al resto, la sociedad nunca nos perdona ni nos olvida. Nos dejará seguir en libertad, siempre que aceptemos tener una vida de mierda. Te dejo limpiar los zapatos por la calle o lavar coches o freír hamburguesas. A los expresidarios blancos, es lo que les toca hacer. Imagínate lo que es ser negro y salir, seguramente sin educación. Hace cien años te podías escapar. Ahora, con los ordenadores, ya no puedes volver a empezar de cero. En 1903 hubo una fuga en Folsom, se fugaron unos veinte y hasta se vieron implicados en un tiroteo. Dos o tres murieron allí mismo y a otros dos los ahorcaron, pero la mayoría consiguió fugarse y nunca más se supo. Seguro que algunos siguieron robando, pero muchos cogieron un arado o lo que demonios hicieran entonces, porque sino los habrían vuelto a pillar en un momento u otro. Pero entonces se podía empezar una nueva vida. Ahora vas a una empresa y lo que quieren es leer lo que sale en el ordenador. No puedes ocultar tu pasado. No quieren expresidarios, y lo gracioso es que tienen razón. Cualquier chaval sale del talego bien jodido. Y aún más de aquí. A la mierda la rehabilitación... Seguir vivo es un trabajo a jornada completa. —Terminó la perorata encogiéndose de hombros—. ¿Tienes un cigarro?

Ron le dio uno. El comedor ya estaba prácticamente lleno. Todas las filas estaban ocupadas por presos con su uniforme de tela vaquera. Los negros se distribuían por el ala izquierda. Paul soltó una risa ahogada.

—Un día te enseñaré la primera foto policial de Earl. Parece que tenga catorce años y está serio como un infarto.

—Pues sí, me gustaría verla. ¿Tuvo algún... problema?

—Sí y no. Un tío tan joven siempre da que pensar a los cabrones. Pero era un tipo duro, bastante salvaje. Entonces las cosas eran diferentes... No había grandes bandas, no había enfrentamientos raciales. Si un chaval se plantaba, la gente lo dejaba bastante en paz. Ahora, si no tienes amigos, te violan y ya puedes ser un tío duro, que da igual. Ni King Kong podría contra quince o veinte tíos con cuchillos. Les da igual matar a quien sea, es más, quieren matar. Conociendo a Earl te ha tocado la lotería. Si eres su amigo, estará contigo a las duras y a las maduras, pero si no, es un canalla y un traidor, como todos. Aquí dentro es necesario. Me preocupaba que lo metieras en algún follón. Que se implicara en tus historias y acabara liado. Y si se le lían las cosas, TJ. y Bad Eye se pueden volver locos. Y si ellos se vuelven locos, los demás también. Pero tú eres guay.

—Tío, si se metiera en algún lío por mi culpa... Quiero que nos veamos afuera, aunque la verdad es que solo me lo puedo imaginar aquí en la cárcel. Pero cuando salgamos yo lo podría ayudar, como él me ha ayudado a mí. —Antes de que Ron pudiera continuar, las luces del comedor se apagaron y de la cabina emergió el rayo luminoso que proyectaba las imágenes sobre la pantalla.

La llegada de la primavera solo se apreciaba en los jardines; florecieron las rosas, las zinias y los pensamientos. El resto de la cárcel seguía en blanco y negro. Llegado aquel momento, Ron se moría de aburrimiento. Estaba perfectamente instalado, pero no tenía nada que hacer. Era una persona activa que no encontraba cauces para su energía. El juego y las drogas solo le interesaban si le permitían ganar dinero, pero se dio cuenta de que para Earl eran la savia que necesitaba para que su mente funcionara. Además, Ron pensaba que había llegado el momento de hacer algo constructivo para que su expediente impresionara al juez.

—Sí, chaval, cuídate.

—Creo que me apuntaré a la escuela nocturna. Haré un curso de agente inmobiliario.

Y eso hizo. También iba a clase de español. Tres días a la semana, al anochecer, se ponía en la cola para entrar en el aula, junto a otros tantos presos, la mayoría negros. Durante el descanso solía ir a visitar a Jan la Actriz en su despacho acristalado. Allí conoció al señor Harrell, un profesor grueso y fofo que daba el curso de alfabetización. Clark Harrell también auspiciaba un grupo llamado «Los Escuderos», con el que pretendía mostrar a los delincuentes comunes cuál podía ser su futuro y evitar que terminaran en la cárcel. Todos los sábados por la mañana traía a una decena de jóvenes para que hablaran con los presos. Le pidió a Ron que participara y Ron aceptó la invitación. No era mucho mayor que la mayoría de aquellos fanfarrones despeinados y desaliñados. La mayoría querían dejar bien claro que eran tipos duros, o eso creían ellos, pero Ron se fijaba en sus miradas inquietas hacia los tiradores sobre los muros, los tejados de los pabellones y los inevitables merodeadores de los jardines, que los contemplaban como si fueran jovencitas. Hubiera querido fotografiarlos y enseñarles la estampa.

El grupo se reunía en el aula de alfabetización, que estaba en el edificio anexo al aula. Era un edificio enlucido, construido hacia 1895 y que había sido en su origen una cárcel de mujeres, luego, un hospital, luego, una capilla y ahora servía de aula y de almacén.

A algunos visitantes les asustaba conocer a los presos de San Quintín, pero otros lo estaban deseando. Todos habían oído historias que eran auténticas lecciones por sí solas. Bob Wells, un hombre negro que había pasado cuarenta y dos años de los

últimos cuarenta y tres dentro de la cárcel, siempre contaba que había entrado para cumplir una condena de diez años y después había vuelto a entrar por robar un coche en 1941. Le había caído otra condena por posesión de arma blanca y a continuación le pegó en un ojo a un carcelero con una escupidera y lo condenaron a la pena de muerte. Pasó ocho años en el corredor de la muerte, contemplando cómo los demás iban cogiendo el ascensor hacia la sala octogonal, y esperando que se le agotaran las apelaciones. Walter Winchell le salvó la vida, porque le dio publicidad al caso, y finalmente el gobernador le conmutó la pena a cadena perpetua, sin posibilidades de salir en libertad condicional. Ahora tenía unos 65 años y padecía artritis, a fuerza de pasar tantos años durmiendo en el agujero de la sección de aislamiento, sobre un suelo de cemento. Tenía un rostro cetrino, demacrado, úlceras en el estómago y problemas circulatorios en las piernas. Olía a vejez y a muerte. Ron observó cómo lo escuchaban aquellos jóvenes, todos con experiencia en el robo de coches y casas. Algunos comprendían cómo podía acabar su vida, pero otros lo miraban con una sonrisa sarcástica.

Una mañana, finalizada la sesión, Clark Harrell le pidió a Ron que lo esperara hasta que hubiera acompañado a los muchachos a la puerta. A su vuelta, Ron estaba junto al estanque, cara al sol. Harrell lo llamó.

—Hoy ha estado muy bien —dijo. Jugaba con un botón metálico de la chaqueta. Iba siempre immaculado, pero tenía un estilo insulso.

—No se quedan con demasiado —respondió Ron—. No tienen ganas de aprender nada.

—Sí, ya lo sé. Thomas Mann dijo una vez que nunca aprendemos nada. Solo nos damos cuenta de ciertas cosas si se da el momento y tenemos el potencial adecuado. O algo por el estilo. Pero de vez en cuando uno o dos se quedan con la película. Un par vienen a mi clase del domingo.

Ron emitió un sonido que demostraba su aprobación y también una leve sorpresa.

—¿Dónde trabajas? —preguntó Harrell.

—En el bloque Norte, cuidando la galería.

—Qué desperdicio para tu inteligencia. Para barrer no hace falta ser una lumbrera.

Ron se encogió de hombros.

—Mi ayudante va a salir y necesito a alguien para hacer tutorías, mirar los exámenes y tal. Son treinta dólares al mes, más que en la fábrica, y harías algo útil.

—¿Cuánto tiempo tengo para decidirme?

—Bueno, unos días.

Ron quiso aceptar el trabajo de inmediato, porque sabía que impresionaría más al juez que barrer la galería, y tenía cierto prestigio. Pero quería consultarlo primero con su mentor.

Earl nunca había oído hablar de Harrell, lo cual tampoco era extraño, ya que en la cárcel trabajaban casi mil personas y el departamento de educación no formaba parte

de sus intereses habituales. Pero al día siguiente por la tarde, Earl ya sabía bastantes cosas, incluida la dirección de Harrell y los nombres de su esposa y sus hijos.

—Y es sacerdote. Lo primero que me han dicho es que es marica, pero después me he enterado de que no, por lo menos no abiertamente. Solo tiene una gran debilidad por los chicos guapos. Todos los ayudantes que ha tenido son chavales jóvenes y lozanos, pero nunca les hace proposiciones... Y también hace de mula. No mete drogas ni nada gordo, pero sí que saca cartas y mete dinero. Eso siempre va bien. Y no está bajo sospecha, porque solo lo hace con la gente que trabaja para él. Y al final, llegado el momento, podemos escribirle una carta al juez y él nos la firmará.

—Entonces, ¿qué? ¿Acepto el trabajo?

—Cógelo, rápido como una flecha.

* * *

Y Ron empezó a trabajar de ayudante del profesor. La primera vez que vio la clase se desesperó, porque la mitad eran negros y las actitudes raciales de San Quintín finalmente habían hecho mella en él. Esperaba que el ubicuo odio racista de la cárcel se extendiera por el aula. Por lo menos, se imaginaba que lo pondrían a prueba y le buscarían sus puntos débiles. Sabía por Earl que los reclusos negros solían ser unos maestros de la farsa.

—Algunos saben fingir tan bien —le decía Earl— que no sabes quién se hace pasar por cabrón y quién lo es de verdad. Pero no esperan que los blancos les paguen con la misma moneda.

Ron estaba preparado para enfrentarse a lo que fuera, pero no fue necesario. Ni siquiera su aspecto juvenil le supuso ningún problema. La clase era voluntaria, quien iba era porque le interesaba y veían que él también le ponía interés. En el patio, algunos de aquellos jóvenes negros, muchos militantes en la banda negra, lo saludaban con la cabeza y diferentes gestos con el puño alzado. Aquello no les gustaba a algunos blancos de la Hermandad y Ron se veía obligado a dar explicaciones. Que fuera necesario le molestaba. Una vez discutió con Earl por esta cuestión.

—¡A la mierda! —exclamó Ron—. No puedo seguir con esta locura. Estamos todos aquí dentro, llevamos el mismo uniforme, comemos la misma mierda y estamos encerrados en las mismas celdas.

—Pues sí —dijo Earl—, pero cuéntaselo a ellos, listo. Cuando yo entré, tu condena era una cuestión personal. O había un par de amigos metidos, pero incluso eso era poco común. Después llegaron los negros musulmanes y los nazis, y mientras se jodían entre ellos, a mí me daba igual. Pero llegó el día en que los negros se pusieron a clavar chu-chillos indiscriminadamente a todos los blancos cada vez que se cargaban a un negro. Les daba igual que al negro se lo hubieran cargado por algún tema de drogas o que fuera un marica. Muchos no saben cómo empezó todo, pero yo

estaba aquí y sé lo que pasó. Lo que hay ahora no me gusta nada, pero lo prefiero a cómo serían las cosas si no nos hubiéramos plantado. Tú crees que no es cosa tuya. Pero es cosa de todos, en los dos bandos. En una guerra, tú puedes ser la víctima, exactamente igual que los demás. Y a los tíos de tu bando no les mola confraternizar. Y los militantes negros todavía son más racistas. Yo no soy racista, pero esto es una guerra tribal. Los de tu pueblo y los del mío. Naces en uno de los bandos y no lo puedes evitar. Y si te llevas demasiado bien con los del otro bando, los del tuyo reniegan de ti... y pueden acabar matándote. Y estos son los mismos tíos que serían capaces de matar a quien fuera si te pasara algo a ti, porque eres mi amigo.

Fue la única vez que Earl se puso realmente furioso y, aunque Ron creía que su rabia era irracional, comprendía que la situación también lo era, así que decidió evitar las conversaciones con los negros en el patio.

Después de la primera semana, Harrell empezó a llevar a la oficina dos almuerzos, uno para él y otro para Ron. Eran menús sencillos, apenas lo que cabía en una bolsa de papel, pero lo que en el exterior eran menudencias en San Quintín eran manjares exquisitos: la mayonesa era desconocida y el pan recién hecho, también. Dentro de la cárcel, el pan se guardaba varios días antes de servirlo. De aquella forma, los presos comían menos. Comerse un bocadillo vegetal con atún, como los que llevaba Harrell, era tan raro como que sirvieran langosta Thermidor en el comedor. Ron pensó que a lo mejor Earl se ponía celoso, porque el almuerzo era el único momento del día en que siempre se veían. Pero cuando se enteró, sonrió y le pellizcó en la mejilla, un gesto cariñoso que lo ruborizó.

—Bah, no pasa nada. Yo me pongo las botas todas las noches en la cocina. Ahora ya no tengo que preocuparme por ti.

Así que entre semana Ron almorzaba con Clark en el aula. Era un hombre remilgado, parecía una institutriz. Cuando terminaban los diez minutos de descanso, salía al pasillo y avisaba a los alumnos tocando una campanilla con un movimiento delicado. Lo llamaban «la mamá», pero estaba obsesionado con ayudar a los demás y también era un hombre capaz de reprender a presos irascibles que rechazaban toda clase de autoridad.

Ron trabajaba para Harrell porque lo podía manipular, pero también le caía bien y se sentía un poco culpable por utilizarlo. Earl le dio dos cartas para que Harrell las sacara a escondidas: una a un tal Dennis, al que Earl describió como su «pareja de ases». A continuación, abrazó a Ron y le dijo:

—Pero tú eres mi hijo.

En la carta le pedía drogas a través de un código secreto; llegaron a las dos semanas. La segunda carta era para Bobby Gardner, que estaba en la cárcel del condado de Los Ángeles, y le pedía que citara a Bad Eye durante su juicio, si era posible. Aquel trayecto le permitiría salir un rato de la lúgubre sección B, aunque fuera esposado, y además también podía representar para él una oportunidad de fuga. De aquello nunca se supo. Bobby no llegó a juicio, acordó la sentencia. Ron escribió

las direcciones de su puño y letra, y Harrell envió las cartas sin rechistar.

De vez en cuando Earl aparecía en la puerta del aula, asomaba su calva y le hacía un gesto a Ron para que saliera. Siempre que aquello sucedía, Harrell se ponía de mal humor, pero el único comentario que hizo jamás fue que Ron tenía amigos «muy leales». Se comportaba como si estuviera celoso y, viéndolo, Ron sonreía tristemente y se preguntaba qué puta vida era aquella.

* * *

Al cabo de uno o dos años, la cárcel deja de tener el interés de la novedad, y entonces la terrible realidad lo impregna todo. Los que se suicidan lo hacen en el primer arrebato de culpa, a los primeros días o después de las primeras semanas, o si no ya se esperan un par de años, hasta haber perdido todas las esperanzas. Mientras tanto, y por mucha angustia que se sienta, también es una vida llena de emoción: la emoción de aprender a vivir en un entorno clausurado que refleja la sociedad libre del mismo modo que el espejo de una caseta de feria refleja la forma humana: la imagen es completa, pero deformada. En la cárcel hay dos códigos vigentes, como bien aprendió Ron: el de la administración penitenciaria y el de los presos. Para recuperar la libertad, es importante que no te pillen vulnerando el código de la administración, que se asemeja vagamente al que se aplica en la sociedad. Pero para sobrevivir, hay que cumplir a rajatabla el código del submundo. Seguir estos dos dictados no es tan difícil, siempre que no se llame la atención y se mantengan las distancias. Pero quien quiere imponerse en todas partes, incluida la cárcel, camina por la cuerda floja. En ese sentido, Ron lo tenía fácil, salvo por su atractivo físico, porque su orgullo, aunque desmedido, no tenía ninguna relación con los valores carcelarios. Había decidido que iba a seguir delinquiendo, pero no dentro de la cárcel. No había nada por lo que valiera la pena arriesgarse, pero entendía que Earl sentía el impulso irrefrenable de jugar las cartas que estaban sobre la mesa y aceptaba la moneda vigente en cada lugar. Era consciente de que su amigo estaba en la cuerda floja, igual que todos los demás. En otras circunstancias, no habría querido ser amigo de Earl. Aun así, nunca había profesado una amistad tan profunda.

* * *

Terminó la primavera y llegó el calor suave de los primeros días de verano. Ron estaba perfectamente instalado y quería dedicar los dieciséis meses que le quedaban a terminar su curso. Un día, Earl le enseñó un pequeño recorte de periódico. Se había aprobado una ley que limitaba a ciento veinte días el plazo en el que un juez podía volver a citar a un acusado para modificar una sentencia bajo el artículo 1168 del Código Penal.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó Ron—. El juez quería dos años y solo llevo ocho meses.

—Tienes que hacer algo. Pégale un toque al picapleitos y a ver qué cuenta. Tiene que hacerle una petición al juez. Y si no lo hace él, lo haremos nosotros. No tienes nada que perder.

—El juez ya firmó la orden. A lo mejor no me afecta.

—No, no ha firmado ninguna orden. Si te esperas, ya no tendrá poderes.

—Igual ni siquiera pide informes.

—Igual no... Y entonces te tendrás que esperar cinco años más para ver a la junta de la condicional. Si no quieres trullo, no mires lo que no es tuyo. Pergeñamos un par de cartas y a ver qué pasa. A lo mejor tienes suerte.

Aquella noche Earl escribió a máquina dos cartas, una para el juez y otra para el abogado de Ron, y las enviaron cada una con copia de la otra. Una semana más tarde, Jacob Horvath les escribió diciendo que los tribunales estaban pidiendo informes de acuerdo con la normativa vigente: informe laboral, de integración, recomendaciones firmadas por el director (pero redactadas por un abogado), otros datos relevantes y, finalmente, una evaluación psicológica.

Earl se puso manos a la obra de inmediato. Un preso que trabajaba de secretario falsificó unos informes que demostraban que Ron asistía habitualmente a sesiones grupales de orientación y a reuniones de Alcohólicos Anónimos.

—Pero si no bebo —objetó Ron.

—Qué más da —repuso Earl—. Cuesta lo mismo y no te irá mal.

El señor Harrell escribió una entusiasta carta en la que elogiaba la gran contribución de Ron al grupo de Los Escuderos y su impecable comportamiento en el trabajo. A Earl le preocupaba el informe psicológico.

—El loquero lleva aquí treinta y cinco años, y está esquizofrénico perdido. Últimamente está más pirado que nunca.

—Joder, tío, me tienen que hacer un buen informe psicológico. O sea, es que soy la persona más normal que hay en este manicomio.

—Pues sí, así tendría que ser. Pero entre lo que debería ser y lo que es hay un buen trecho. Pero a lo mejor nos podemos asegurar el tiro. —Y Earl lo consiguió. Un secretario del hospital robó el documento con la solicitud del informe y el breve expediente médico de Ron, que incluía unos gráficos con los resultados de unos test psicológicos. Eran normales. También contenía unas hojas con el membrete del jefe de psiquiatría. Earl escribió el informe y concluyó lo siguiente: «El joven representa un riesgo mínimo para la comunidad. Recomiendo un breve periodo de reclusión en el marco de un programa de libertad vigilada».

—Oye, que yo no quiero pasarme ni un día en esa puta prisión preventiva —dijo Ron.

—A ver, ¿quién se encarga de este asunto, tú o yo? Ese es el argumento decisivo. Queda muy bien y así el juez tiene otra opción que considerar.

—Pero esa es la cárcel más jodida del mundo. —¡Pero bueno, quejica me has salido! ¿Qué pasa, prefieres quedarte aquí y tener que ir a ver a la junta de la condicional dentro de cinco años? Entonces yo ya estaré paseándome por Broadway.

El informe, rematado con una reproducción aceptable de la firma del jefe de psiquiatría, salió de la cárcel a través del señor Harrell.

—Y ahora, a esperar —dijo Earl—. Yo diría que en seis semanas estarás en un autobús, rumbo a las soleadas tierras del Sur de California.

Estaban sentados en un banco, contra el muro del pabellón, tomando el sol de última hora de la tarde. Ya habían cenado, la mayoría de los presos iba entrando en sus celdas y las hambrientas gaviotas bajaban para embucharse unos trozos de pan.

—Si salgo —dijo Ron—, te voy a deber tanto, tío.

—Venga, idiota, la primera vez que veas un neón te habrás olvidado de mí. Es la mierda de siempre. Hay un telón que separa lo que pasa aquí dentro y lo que hay ahí fuera.

Al joven se le humedecieron los ojos.

—Eso ni lo pienses, hermano. Eres mi amigo. Nunca había tenido un amigo de verdad. Cuando salga, tendrás todo lo que quieras. Te podrás pinchar todos los días o pasearte por el patio en Cadillac, si te dejan.

—Lo único que quiero es que no te vuelvan a pillar. Si te pillan, en cuanto vuelvas te voy a joder la vida. No te olvides. —Le hizo una finta con expresión burlona y a continuación le cogió la mano—. Ya sé que no me olvidarás. Tú ve enviándome drogas para que no duela tanto.

Los últimos rezagados entraban en el pabellón. Earl se levantó para volver a la oficina del patio.

—Esta noche te llevo burritos.

—Joder, estamos tan bien que igual no me apetece volverme a mi pisito.

—¿Qué te apuestas a que no pierdes ese autobús?

Earl cruzó el patio oscuro y vacío, camino de la puerta.

Una tarde diáfana, mientras el señor Harrell pedía a los alumnos de la clase que fueran leyendo en voz alta de uno en uno, Ron soñaba despierto, sentado en su mesa, junto a una ventana abierta con vistas a los jardines. Había terminado de poner las notas de unas pruebas de ortografía y, con el sonsonete de las voces tartamudas de fondo, miraba las flores, la fuente y a los presos dando de comer a los peces. Pronto volvería al juzgado y no le cabía duda de que iba a salir en libertad. Estaba rebotante de alegría, pero algo contenía su júbilo. Presentía que todavía podía aprender cosas en San Quintín. En los diez meses que había pasado allí había envejecido diez años y se había hecho más fuerte. Se sonrió, anticipando en su interior cómo iba a ayudar a su amigo si el juez se comportaba. Solamente haber falsificado la carta del psiquiatra ya era un favor inmenso y no era más que uno de muchos. En aquel lugar mugriento, Earl se había convertido en su padre y T. J., Paul y Bad Eye, que seguía aislado, habían sido su familia y sus amigos.

El señor Harrell terminó la clase de lectura. Ahora empezaba la sesión de dos horas de películas educativas. Ron cogió el proyector con ruedas del armario del vestíbulo colocó la película. Corrió las cortinas y Harrell apagó las luces. Ron recorrió el pasillo para sentarse en la parte de atrás del aula, como siempre. Por el camino, notó que alguien le acariciaba el culo y una voz le susurraba «Estás como un queso, guapo». Apartó la mano de un golpe, sin pensarlo, y se volvió. Estaba tan sorprendido que ni siquiera se enfadó inmediatamente. En la oscuridad, distinguió un rostro pálido y lo reconoció por su situación. Era Buck Rowan, un chico muy corpulento que acababa de llegar. Llevaba una semana en la clase y Ron había advertido que lo miraba fijamente, pero no le había dado ninguna importancia. Se había acostumbrado a las miradas penetrantes. Recordaba su acento de paleta y le parecía oler en aquel mismo momento su aliento fétido.

—¿Estás loco, gilipollas? —le espetó Ron.

—¡Cuidado, putilla! Te voy a reventar el culo. Eres como una tía, te la voy a meter hasta el fondo.

Por un momento, Ron se quedó paralizado. Aquello era demasiado repentino, demasiado descabellado. De súbito recordó que Earl le había aconsejado que no discutiera con idiotas si no era el momento adecuado. Se volvió y se sentó en la parte de atrás del aula. No prestaba ninguna atención a las imágenes de la pantalla,

temblaba y tenía el rostro encendido. Casi le entraba la risa. Un año atrás, habría sido un conejo asustado dando vueltas sobre sí mismo. Ahora el miedo era insignificante y estaba perfectamente aplacado. Todos somos mortales, todos sangramos. Pasaron los minutos y su perplejidad se transformó en una rabia contenida.

Cuando empezó la segunda película, salió del aula por el pasillo lateral para echar una meada. Aún no sabía qué hacer. En el lavabo no pudo vaciar totalmente la vejiga. Estaba demasiado tenso. Se lavó las manos y se refrescó su rostro acalorado. «Los hombres hacen lo que tienen que hacer», se dijo, y aceptó la posibilidad de matar a aquel imbécil. Le disgustaba profundamente, pero había que ser resolutivo. Intentaría hacerlo entrar en razón, pero si no lo conseguía...

Al salir del lavabo, la puerta del aula se abrió y apareció Buck, trayendo consigo unos segundos del sonido de la película. Su mirada escrutadora indicaba que había seguido a Ron. Este se estremeció, pero no lo avergonzaba. Earl decía que el miedo era bueno para la supervivencia y de él solo se libraban los idiotas. Ron avanzó hacia la escalera. Era poco probable que Buck tuviera un cuchillo. Además, tenía las manos a la vista, así que si lo tenía, tendría que cogerlo primero. Ron aprovecharía aquel instante para bajar de un salto las escaleras y salir a los jardines. Buck medía un metro noventa y pesaba más de cien kilos. Con aquellas dimensiones y la complexión de un orangután, era impensable enfrentarse a él.

—¿Me has oído, no? —preguntó—. Quiero que juguemos juntos.

—¿Es broma, no?

—No es broma. ¿O quieres meterte en líos?

—¿Yo? Nunca.

—Estás como un tren. Te he estado mirando y mirando, y tengo la polla más dura que el acero. Yo preferiría no pegarte una paliza, pero es igual, al final vas a decir sí, por las buenas o por las malas.

Ron lo miraba impertérrito, pero en su interior despreciaba su supina estupidez.

—No soy un marica. Si te han dicho otra cosa, te han informado mal.

Sabía que sus palabras se las llevaba el viento.

—Bah, con lo guapo que eres. Y te he visto con un tío. Que no me he caído de un guindo. He estado en Huntsville y Raiford. Seguro que te lo montas con el profe ahí dentro.

—En unos días tengo que ir al juzgado para que me cambien la sentencia. No quiero meterme en líos. Lo echaría todo a perder. —Aquella situación le revolvía las entrañas, pero en algún rincón de su cerebro conservaba la frialdad y la distancia para pensar que Buck estaba acostumbrado a pelear a puñetazos, patadas y mordiscos. En San Quintín las cosas eran de otra forma. Buck era un orangután y no era consciente de que estaba a la vista de unos cuantos tiradores con rifles potentes.

—Tú vuelves al tribunal y ya está. Aquí solo se va a liar la cosa si se entera tu viejo. Que me lo cargo. Venga, tú y yo nos vemos por ahí, en alguna parte.

Ron asintió, como si asimilara la información, aunque en realidad le miraba los

zapatos a Buck y se fijaba en cómo se le marcaban los dedos por debajo de la chapa de hierro.

Se oyó la puerta del aula. Ron y Buck se volvieron a la vez hacia el señor Harrell. El profesor los miró a uno y a otro y percibió claramente la tensión del ambiente.

—Ah, estás aquí —le dijo a Ron—. Baja al almacén y coge una caja de libros que acaba de llegar. —Harrell se quedó allí, esperando inquieto a que Ron bajara las escaleras y Buck volviera a entrar en la clase.

Al salir a la claridad del día, vio la oficina del patio y pensó en Earl. Se juró que no permitiría que Earl tuviera problemas. Ya había hecho demasiado y le faltaba muy poco para salir. Se dirigió al aulario, pero no pensaba coger la caja. Estaba convencido de que había que apuñalar a Buck, y quería hacerlo —como no había otra opción que matar a un perro con rabia—, pero tenía algunas dudas. ¿Qué es lo que le había dicho T. J.? Había que coger el cuchillo con la palma hacia abajo y apuntar justo por debajo de las costillas, un poco hacia la izquierda.

Fitz lo saludó con la mano desde la oficina del patio y Big Rand golpeó el cristal y le hizo un gesto obsceno con el dedo. Ron asintió, mientras recordaba que Earl le había dicho que era casi imposible que te condenaran por un asesinato cometido en prisión, a menos que un carcelero lo hubiera visto o se hiciera una confesión. Por cada soplón dispuesto a testificar a favor de la acusación habría otros diez que declararían que el acusado estaba en Tombuctú. Además, las declaraciones juradas de los reclusos nunca cumplían el criterio judicial de razonabilidad. En los últimos años se habían cometido varios asesinatos delante de centenares de testigos y nadie había dicho nada, ni siquiera en privado. Había demasiados presos trabajando de secretarios y se podían enterar.

«Sí, ya veremos quién acaba más jodido», se dijo Ron, volviendo hacia el aulario. El edificio estaba sobre la pendiente que llevaba al patio de abajo; las oficinas estaban en el piso superior y las aulas en el inferior. Fue a la sección de archivo, sin decirles una palabra a los secretarios. Abrió los cajones que contenían los expedientes más recientes, hasta que encontró el del paleta de Buck. Estaba en régimen de estricta vigilancia y vivía en la planta baja del pabellón Este. Esos eran los datos que necesitaba, pero echó un vistazo también al resto de la información. Buck Rowan tenía treinta y cuatro años, un coeficiente de inteligencia normal-bajo y decía tener el bachillerato (dato no verificado), aunque en los test académicos había dado un nivel de cuarto de primaria. Había cumplido una condena de ocho años en Texas y otros tres en Florida, la primera por atraco con violación y la segunda por robo en una propiedad privada. Cuando lo detuvieron en Sacramento, estaba en busca y captura en Florida por un atraco. La fotografía dejaba ver a un delincuente de poca monta, un idiota bravucón que parecía pedir a gritos que lo mataran.

Le vino a la mente su inminente comparecencia ante el tribunal. Si se encerraba en la celda podría evitar los líos. Pero aquella idea se fue tan rápidamente como había venido. También podía ceder a la petición; aquella idea se desvaneció aún más

rápidamente. Si alguien iba a follárselo, que fuera Earl. Tener aquel pensamiento cínico lo hizo sonreír: ahora era capaz de manejar la situación con humor. Ron conocía un poco las cárceles del Sur. Había oído hablar del trabajo agotador en los campos de algodón y caña de azúcar, y también en las carreteras, con jefes que eran presos soplones, y vigilantes con rifles que también eran reclusos y se vigilaban entre sí. Así vivían y sobrevivían. Pero era evidente que Buck Rowan no se había enterado de lo rápido que se moría en San Quintín; en un solo año, había más asesinatos que en todas las cárceles del condado.

Eran casi las tres de la tarde cuando Ron cruzó el patio y entró en el pabellón Norte. Subió a toda prisa las escaleras y fue directo al pasillo de servicio de la quinta planta. Sabía dónde estaban escondidos los cuchillos.

* * *

Cuando Ron entró en el edificio, Earl estaba hasta las cejas de heroína y dentro de la ducha. Desde allí se veía la escalera y vio pasar a su amigo a toda prisa. Se preguntó por qué Ron había salido de trabajar tan pronto, pero no se preocupó. Solo pensó que pronto se habría marchado, y lo lamentaba, pero sobre todo estaba contento. «Le he ayudado —pensó Earl—, pero él también me ha ayudado a mí. Ahora pienso en la calle, y en que voy a volver a salir otra vez».

No había pasado un minuto cuando Buzzard, el viejo mexicano, bajó corriendo por las escaleras para hablar con Earl.

—Tu amigo acaba de coger algo del *clavo* —dijo.

Sin acabar de aclararse el jabón ni secarse del todo, Earl se plantó los pantalones y las chanclas y subió a toda prisa, con el resto de la ropa y los artículos de aseo en la mano. Iba sin camisa y las gotas le resbalaban por la espalda. La celda de Ron era la única con la puerta abierta, y cuando Earl estaba a veinte metros, lo vio salir. Llevaba una chaqueta larga negra, gruesa y con la cremallera abrochada hasta arriba, y un gorro de lana, el uniforme habitual del crimen. Levantó la cabeza: tenía el rostro crispado y la mirada vidriosa, y parecía molesto por la presencia de Earl.

—¿Qué pasa? —preguntó Earl, con un nudo en el estómago.

Ron negó con la cabeza. Earl estiró el brazo y palpó la chaqueta; notó el contorno rígido del arma por debajo.

—Joder, aquí ha pasado algo muy gordo.

—Déjame, ya lo arreglo yo.

—¿Pero qué cono dices? Tío, te vas a la calle en cuatro días. ¿Qué haces con un cuchillo? Eso es otra condena.

—Menudo secreto —respondió Ron, con una sonrisa sarcástica.

Earl contuvo su indignación. Era un asunto serio, porque Ron no era como otros muchos, que se hacían con un cuchillo y no dejaban de contar que iban a matar a alguien para que nadie se metiera con ellos. Lo que Earl temía no era la violencia en

sí, sino sus consecuencias. Por una agresión, se iba a quedar dentro; si había asesinato, le tocarían cinco o seis años más, aunque no llegara a juicio. Y aquello le concernía a él también, no cabía duda. Si algo sucedía, su pequeño hálito de esperanza se extinguiría. Si no se podía evitar, pues que fuera lo que Dios quisiera, pero quería asegurarse de que el asunto no podía resolverse de otro modo. Le insistió para que le contara la historia y Ron accedió, al principio con titubeos y, después, sin reservas. Y la inquietud de Earl se transformó en furia. Al enterarse de la estupidez supina de Buck Rowan, a quien no conocía, le entraron ganas de matarlo. Se sentía algo aliviado al pensar que era blanco; por lo menos no desataría un conflicto racial. Y sabía que ningún blanco encontraría apoyo para enfrentarse a la Hermandad. Aquel hombre no era solo un animal, también era un imbécil redomado.

—Igual podemos evitar cargárnoslo —dijo Earl—. Déjale claro en qué lío se mete. Lo mejor que le puede pasar es que lo matemos.

—Es muy tonto. Dios, no soporto a la gente estúpida.

—Si hay que hacerlo, pues se hace, pero hay que asegurarse de que es necesario. A ver, tu vida no corre peligro esta misma tarde.

—A ti no se te quiere follar. Déjame, ya me encargo yo.

—¡Sí, hombre! Si mueves ficha, ya te puedes ir haciendo a la idea de que tendrás que pasar por encima de mí, y después de T. J. y Bad Eye...

—No, tío. No quiero meterte en líos.

—A la mierda.

—Bueno, vale. No lo quiero matar. Bueno, más bien no quiero cargar con las consecuencias.

—Vamos a ver de qué va. A ver si lo reconozco. Y después montamos un plan. Iremos a la biblioteca y cuando salgan de clase me lo señalas por la ventana.

Cruzaron el patio. Salían por la puerta cuando Ron cogió a Earl del codo.

—Oye, cabrón, prométeme que... si la cosa se pone fea, no te meterás. No vayas a buscar a T. J. ni hagas nada sin mí.

—Hecho. Te lo prometo.

Esperaron dentro de la biblioteca, cerca de la ventana de la fachada, hasta que sonó el timbre de la escuela y una horda de presos salió de sopetón del edificio del aula, la mayoría con libros de texto en la mano. Al cabo de un minuto salió la clase de alfabetización del edificio anexo. La silueta de Buck Rowan, con sus libros en la mano, destacaba entre los demás, porque iba solo. Andaba como un patán, con los brazos colgando en los costados, y levantaba mucho los pies, como si caminara sobre un campo arado.

—A ese idiota lo he visto por ahí —dijo Earl—. Llama la atención. Pero no lo he visto nunca con nadie peligroso.

—Está en la planta baja del bloque Este, estricta vigilancia.

Earl entrecerró los ojos hasta que se quedaron en meras rendijas. Le temblaban los músculos, pero no tardó ni un minuto en decidir qué tenían que hacer.

—Bueno, después de la manduca no vuelvas a la celda. Quédate por el patio con los de la limpieza. Paul y Vito estarán por allí. Cuando pase T. J., dile que se espere, pero no le cuentes nada, porque sino es probable que quiera encargarse él. Te iré a buscar y lo pillaremos cuando vuelva al bloque. Así lo cogemos por sorpresa y jugaremos con ventaja.

No llegó a decirlo, pero tenía el presentimiento de que el problema se podría resolver sin llegar al asesinato. Iría con sus aliados y si la respuesta de Buck no era satisfactoria, le pegarían una paliza y lo dejarían medio muerto, pero Earl estaba seguro de que Buck se echaría atrás en cuanto viera a qué se enfrentaba. Ningún hombre solo, por muy duro que fuera, podía ganar a quince asesinos.

Un minuto después de que los presos salieran de clase aparecieron los guardas que se encargaban de la vigilancia durante el turno de noche, con fiambreras en la mano, caminando a paso ligero hacia los pabellones para ayudar con el recuento.

—Espérate dos minutos a ir al patio —dijo Earl—. Cuando oigas la sirena de la fila, ve directo al bloque. Podrías encontrarte con ese parásito esperándote. Yo tengo que ir a la oficina.

Ron asintió, sin gran entusiasmo.

—Joder, estoy harto de esta mierda. Es que... Qué más da.

—No, esto lo arreglamos. Son cosas que pasan todos los días. —Earl le dio una palmada en el brazo.

—Para que te respeten aquí dentro tienes que portarte como un animal.

—Tranquilo. Todo irá bien. Basta de lagrimitas. Tú has llegado y te has encontrado una alfombra roja. Yo cuando entré tenía seis años menos que tú y me pasé dos años sin sonreír. Tardé diez años en llegar al bloque Norte y en ver las películas de la noche. Y si no la cagas, te vas en cuatro días. Te necesito ahí afuera para que cuides de mí.

Ron se marchó al patio y Earl se fue a la oficina. El coronel estaba trabajando, sentado en su mesa con rigidez militar, y Big Rand acababa de marcharse; se lo veía de camino a la puerta principal. Al entrar, Earl vio que estaba de servicio un teniente negro conocido como Capitán Medianoche. Ahora recordaba que Seeman se había cogido la noche libre para llevar a su hija al aeropuerto. El Capitán Medianoche tenía fama de ser un negro racista y, tanto si era una reputación merecida como si no, lo cierto es que era un hijo de puta y que no soportaba a Earl Copen. Earl pensaba que envidiaba a todos los reclusos inteligentes y despreciaba a los ignorantes. Sabía que con el Capitán Medianoche y el coronel tenía que andarse con mucho cuidado.

Pensó en cómo resolver el encuentro con Buck Rowan en el pabellón Este. T. J. y Baby Boy tenían la celda en la quinta planta y comían de los primeros. Tendría que bajar rápidamente al patio y pillarlos antes del cierre. Si había que patearlo en el suelo, harían falta los dos. Paul y Vito estarían barriendo y fregando el patio. Los quería a los dos allí también, para hacer una demostración de fuerza. Y si había más miembros de la Hermandad disponibles, también podían quedarse por allí mirando

desde los laterales, con cara de malas pulgas. Si hubiera planeado un asesinato, habría incluido también un ayudante y un vigilante, pero un asesinato era precisamente lo que quería evitar.

La oscuridad era cada vez mayor y el recuento se demoraba. El coronel llamó al panel de control. No faltaba nadie; el total era correcto, pero algunos presos estaban mal colocados. En una galería sobraba un recluso y en otra había muy pocos, un error bastante común, pero que prolongaba el recuento de la hora de la cena hasta que se conseguía corregir.

Cuando finalmente sonó la sirena y Earl ya había levantado los pies del reposapiés de la mesa, el Capitán Medianoche salió del despacho de la parte de atrás con dos páginas de un cuaderno legal de hojas amarillas.

—Copen, pásamelo y hazme dos copias.

—¿Puedo ir a cenar antes?

—Hazlo antes de cenar. Que esté listo cuando vuelva.

Earl echó un vistazo a la letra manuscrita, muy apretada y casi ilegible.

—No hagas cambios —dijo el Capitán Medianoche—. Te vigilo.

—Como quiera, jefe. Si quiere le dejo las faltas de ortografía también.

El teniente negro se quedó paralizado un segundo.

—Tú haz tu trabajo, que para eso estás. Y ten cuidado, que voy a por ti.

—Sí, eso ya lo sé... Cuando está usted por aquí soy muy, muy cuidadoso.

—Si te pillo con algo entre manos, te van a tener que hacer el boca a boca. Ya sé de qué vais, tú y tu banda. —Iba a añadir algo más, pero se lo pensó dos veces y cerró la boca—. Tenme listo el informe para cuando vuelva. —Vale, jefe.

Tardó más de lo habitual en pasar a máquina el informe porque la letra era muy difícil de descifrar. Además, como tenía prisa, tecleaba con más fuerza y cometía más errores. Cuando terminó, ya se habían encendido las luces automáticas. Dejó el informe encima de la mesa del teniente y salió corriendo.

—Voy a comer algo, jefe —dijo.

—Date prisa, están a punto de cerrar el comedor.

La última galería, la de Buck Rowan, hacía mucho que había entrado en el comedor, y los presos ya salían desordenadamente y se esparcían por el patio, en dirección al pabellón Este. Las puertas del bloque Norte ya estaban cerradas, pero las volverían a abrir después de la cena para las clases nocturnas y otras actividades. Giró hacia allí, buscando a Ron, pero no estaba. En el extremo más lejano del patio, bajo el alero del tejado de la tienda, se veían varias siluetas recortadas contra la luz del interior. Era el personal nocturno del patio, entre los que estaban Paul y Vito. Caminó hacia allí lo más rápido que pudo, pero no podía correr porque la normativa no lo permitía. En cuanto lo vieran, el tirador tocaría el silbato. Paul y Vito estaban apoyados en sendas escobas.

—¿Dónde está Superman? —preguntó Earl.

—Ha entrado con Baby Boy. Están los dos borrachos —respondió Paul.

—Iba a darle por el culo mientras estaba por aquí fuera —dijo Vito—, pero el cabrón es capaz de despertarse.

—¡Mierda! —exclamó Earl—. Lo necesito, tiene que estar por aquí con cara de tío duro. Tengo que darle a un idiota.

—¿Quién? —preguntó Vito.

—Un imbécil que se la ha liado a Ron.

—Ron acaba de entrar en el bloque Este —dijo Paul.

—Pero si le he dicho que... —empezó a decir Earl, pero entonces dio la vuelta y casi salió corriendo hacia el rectángulo luminoso que dibujaba la puerta abierta. Vito y Paul tiraron las escobas y lo siguieron a toda prisa.

El enorme pabellón retumbaba con el cúmulo de voces reclusas. Las galerías estaban llenas de reclusos esperando entrar en las celdas, mientras otros se apiñaban alrededor de la puerta, en espera de la salida nocturna. Earl se abrió paso entre la multitud y se desvió por una esquina. Al pasar por delante del despacho del sargento, se cubrió el rostro con un brazo. El agente armado estaba en el otro lado del pabellón. En la parte de abajo había mucha menos gente porque el espacio era mucho más amplio y se extendía a lo largo de todo el muro.

Vio inmediatamente a Ron y Buck, cara a cara, a mitad de la galería. Aceleró el paso. Paul y Vito iban cinco metros por detrás de él, caminando más lentamente e intentando fingir despreocupación. Earl estaba orgulloso de la valentía de Ron, pero también enfadado por su insensatez. Estando a tres metros, pensó que lo dejaría asumir el control de la situación hasta donde pudiera, pero el pensamiento se desvaneció de inmediato en cuanto lo vio Buck, por encima del hombro de Ron:

—Mira, ya está aquí papá —dijo con desdén—. A lo mejor también es marica. O un soplón.

Nunca nadie le había faltado tanto al respeto. El ataque de furia le aceleró el pensamiento. Dio un salto, que lo llevó más allá de Ron, y se dio la vuelta, pero en su arrebato quiso atizar a Buck desde demasiado lejos, y lanzó un aviso demasiado prematuro. Buck esquivó el golpe, pero con el impulso, Earl se abalanzó sobre el grandullón. Vio de inmediato que Buck era demasiado corpulento y demasiado fuerte, torpe pero rápido, y que movía las manos como si fuera un oso tratando de matar avispas. Earl iba recibiendo los golpes del dorso de su mano, que iban y venían. Lo hizo retroceder por la galería hasta acorralarlo contra la puerta de una celda, con tal fuerza que se quedó sin aliento. No tenía espacio para darle un puñetazo. Lo rodeó con los brazos, cogiendo también los barrotes, e intentó aplastarlo. Al ver la mejilla del grandullón sobre su cara, le agarró la cabeza y le clavó los dientes en la parte superior de la oreja. La sangre empezó a correr inmediatamente.

Paul y Vito contemplaban sorprendidos la escena. Habían llegado unos segundos tarde: Ron ya se había sacado un cuchillo del cinturón y avanzaba con la agilidad de un torero. Sin dudarle un momento, clavó con todas sus fuerzas la hoja de treinta y cinco centímetros en las anchas espaldas de la víctima.

—¡Muérete, cabrón!

El grandullón se derrumbó inmediatamente, como un edificio dinamitado. Le había partido la espina dorsal. Casi arrastró a Earl con la caída, pero Vito le aplastó la cara con la suela de su zapato de punta metálica. Y entonces dio un bramido terrible que atravesó el murmullo del pabellón y provocó que muchas voces ordenaran silencio y cientos de ojos buscaran las señales de un asesinato más.

—Córtale el cuello —dijo Vito—, que no se chive. Al ver que Ron vacilaba, él mismo fue a coger el cuchillo.

Entonces un silbato de la policía dio la alarma.

—¡A correr! —exclamó Paul—. La poli armada.

Y volvió a sonar el silbato. El guarda bajaba rápidamente por la galería superior, metiendo un cartucho en la cámara del rifle. No podía ver lo que pasaba en la planta de abajo. Earl empujó a Ron y echaron a correr hacia la parte trasera del edificio, siempre cubiertos por el techo de la galería, para que solo se les vieran los pies. Paul y Vito iban detrás. Los maderos del pabellón llegarían por delante. Cuando llegaron a las escaleras del fondo, Earl y Ron subieron y desaparecieron antes de que el tirador diera la vuelta por el pasillo. Paul y Vito se quedaron en la planta de abajo y dieron la vuelta al pabellón. El silbato todavía resonaba, pero cada vez se oía más lejos.

Ron todavía llevaba el cuchillo en la mano. Los presos de la galería se apartaban y los dejaban pasar.

—Tíralo —dijo Earl.

Ron dejó caer el arma entre los barrotes de una celda. Alguien acabaría deshaciéndose del cuchillo. Siguieron avanzando por la tercera planta, hacia la escalera frontal.

—En un minuto cierran la puerta —dijo Earl—. Hay que salir de aquí ya.

En la entrada no había ningún guarda. Se habían ido todos corriendo a la escena del crimen. Ron y Earl bajaron la escalera metálica a toda velocidad, saltando los escalones de tres en tres, y a los pocos segundos ya atravesaban la sala circular y salían a la oscuridad del patio. A unos cien metros, delante de ellos, estaban Paul y Vito, que ya giraban para entrar en el comedor; al personal nocturno lo dejaban entrar para tomar café. A su derecha, riadas de presos salían del pabellón Norte para entrar en las clases nocturnas.

—Vete a clase —dijo Earl—. Igual no pasa nada. Ha sido debajo de la galería y no lo ha visto mucha gente. A lo mejor nadie se chiva.

—Nunca pensé que podría hacer algo así. Y ha sido fácil. Ha entrado y ya está.

Earl le pasó el brazo por encima de los hombros.

—Si hubo una vez un gilipollas que se lo mereciera, ahí lo tienes.

Ron asintió con la cabeza. De pronto, se había quedado sin palabras y empezaba a sentir en el estómago el abrazo atenazante del miedo. El acto en sí había sido fácil, pero sus posibles repercusiones no eran tan sencillas de aceptar.

Cuando se acercaban a la puerta, Earl le dio una palmada en la espalda y se

detuvo.

—Sigue tú solo. Si seguimos juntos mucho más nos va a ver el coronel.

Ron continuó a paso ligero y giró al llegar a la puerta iluminada del aulario. Earl se quedó rondando delante de la puerta. Entonces vio al Capitán Medianoche y al sargento del tercer turno corriendo hacia él. Se dirigían al pabellón Este para atender el apuñalamiento. Earl se acercó pausadamente hacia ellos y saludó con la cabeza al sargento al pasar. Al teniente ni siquiera lo miró. Entró en la oficina del patio, contento de perderse en la oscuridad, porque los nervios le hacían temblar. El coronel estaba sentado a oscuras.

—Han apuñalado a otro en el bloque Este —dijo.

—¿A quién?

—Todavía no lo sé, pero era una buena pieza.

—¿Está muerto?

—Cuando me han avisado estaba en camilla, así que todavía está vivo.

Earl soltó un gruñido. No quería demostrar demasiado interés. Se sentó en su silla, y se quedó contemplando la estampa nocturna de la prisión. Se preguntaba si saldrían de aquella. A los cinco minutos pasó corriendo por el jardín un médico con rostro cadavérico, en dirección al hospital. Era una leyenda entre los presos, sobre todo en lo que respectaba a las heridas de arma blanca. Les había salvado la vida a hombres heridos en el corazón.

Earl se levantó. Estaba demasiado nervioso para estar quieto. Quería ir a alguna parte, ver a Ron.

—Más vale que te quedes —dijo el coronel—. Seguramente habrá que pasar a máquina algún informe cuando vuelva el teniente.

—Eso tardará media hora mínimo. Voy un momento a la celda a buscar tabaco. Si me necesita, llámeme.

—Vale, que te tengamos localizado —dijo el coronel.

—No me puedo ir muy lejos —respondió Earl, mientras se adentraba en la noche oscura.

Earl se acercaba a la puerta del aulario cuando se encontró con un veterano que llegaba en dirección contraria. Red Malone era su amigo, pero no se veían casi nunca. Trabajaba extramuros en el bar para empleados, era cocinero del turno de noche y vivía en el pabellón Oeste, un pabellón de honor. Se detuvo al ver llegar a Earl. Era evidente que quería hablar con él, y aunque la mente acelerada de Earl tenía otras prioridades, se detuvo y le sonrió. En cuanto Red le tendió la mano recordó que estaba a punto de salir, después de pasar doce primaveras entre rejas.

—¿Cuándo sales, Red?

—Mañana —dijo, en español.

—Buena suerte, tío.

—Estoy cagado. Lo tengo que conseguir. Yo ya no estoy para sustos. Ya estoy sin dientes y poco pelo me queda.

—Te las arreglarás. Tú espábilate y ya está.

—Nos hacemos viejos.

—Venga, cabrón, que estamos hechos unos pimpollos. —Le dio una palmada afectuosa en la espalda y le apretó la mano.

Cuando Red se hubo marchado, Earl asomó la cabeza por la puerta del aulario. Había en la sala media docena de administrativos sentados en sus mesas. Tres profesores cogían las listas de sus clases. Ron estaba dentro del despacho acristalado del supervisor de educación, sentado en el borde de la mesa y hablando con Jan la Actriz. El señor Harrell también estaba con ellos; Earl se preguntó si aquel hombre se iba alguna vez a su casa. Era mejor no entrar. Si recordaban haber visto a Ron cinco minutos antes de lo que en realidad había llegado, quizá pudieran servirle de coartada parcial. Quería decirle que, si lo pillaban, no dijera nada, ni siquiera una mentira. Pero llegó a la conclusión de que Ron seguramente ya era consciente de aquello. El silencio es imposible de rebatir, pero las mentiras a veces permiten refutación.

Siguió andando hacia el patio. Las puertas del comedor estaban cerradas y no sabía si Vito y Paul habrían entrado. Después de tantos años en prisión, sabía que difícilmente lo cogerían por la agresión. Alguien lo delataría, confidencialmente, pero era del todo improbable que llegara a testificar. Valía la pena prepararse para entrar en el agujero. Se dirigió al pabellón Norte y se coló por la puerta justo antes de que el guarda la cerrara, pasada la hora de la salida nocturna.

Buzzard tenía la llave de las celdas de la quinta galería. Earl se lo encontró dentro de su celda, grabando una cartera de cuero.

—Ábreme, Buzz, y vigila la puerta de abajo. Me parece que los polis me buscan.

Actuaron con rapidez. Mientras abría, Buzzard le dijo que había oído voces de que habían apuñalado a alguien en el bloque Este. No subrayó la afirmación con la mirada; las palabras bastaban. Earl no respondió, pero cogió la funda de la almohada y empezó a llenarla con todo lo que quería llevarse a la sección B: cigarrillos, útiles de aseo, libros de bolsillo. Cogió tres billetes de veinte dólares del escondrijo del bidón, los enrolló uno a uno y los metió en un tubo de crema de afeitar, con cuidado para que se quedaran en la parte de arriba. Los guardas siempre revisaban el fondo de los tubos, pero nunca la boca. Sacando toda la crema se montaba un estropicio y los presos que no tenían nada se podían quejar mucho. Echó un vistazo a los muebles de la celda, las puertas pintadas del armarito, la pantalla de la lámpara, la mesa con el tablero de vidrio.

—Dáselo todo a T. J. —dijo; y le entregó la funda de almohada a Buzzard—. Si me pillan, dale la funda al teniente Seeman. Él ya se encargará de que llegue a mis manos.

—¿Y los cigarrillos que te tengo guardados en mi celda, qué?

—Un regalito.

Earl miró fugazmente la galería y vio entrar al Capitán Medianoche y a otros dos guardas, con porras en la mano. Por un momento, le pasó por la cabeza salir corriendo y esconderse dentro de alguna de las doscientas cincuenta celdas. No lo encontrarían hasta que cerraran definitivamente las celdas por la noche, o incluso más tarde, si es que quería arriesgarse a que lo acusaran de intento de fuga. Pero descartó la idea y empezó a bajar por la escalera. Cuando lo acorralaron, fingió sorpresa.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Los guardas, sorprendidos, vacilaron y levantaron la porra ansiosamente. El Capitán Medianoche lo obligó a volverse y a apoyarse contra la pared para cachearlo. A continuación lo acorralaron y, todos muy juntos, bajaron las escaleras. El guarda del pabellón abrió la puerta y la sostuvo para que salieran. Uno de los guardas, un veterano favorito del teniente Seeman, arrugaba el entrecejo para demostrar que no le gustaba nada detener a Earl. Este casi esbozó una sonrisa, al pensar que después de unos cuantos años en la cárcel, todo el mundo tenía los valores distorsionados. A aquel viejo guarda le daba igual que hubieran apuñalado a alguien; lo que lamentaba era detener a un recluso que le caía bien.

Al pasar por delante de la oficina del patio, el coronel los contempló a oscuras desde la ventana; ni siquiera movió la cabeza. Cuando llegaron a la capilla, ya muy cerca de la oficina de detención, Earl oyó las voces del coro. Tenía que haber gente de visita, porque también habían encendido las luces de la fuente. El Capitán Medianoche les abrió la puerta de la oficina y Earl entró con dos escoltas. La oficina estaba en una sala amplia, con despachos a lo largo de las paredes, separados por

mamparas de vidrio no muy altas. La sala estaba vacía, salvo por los dos presos que trabajaban de administrativos y el sargento, que estaba en la cabina de control. Y también estaba Ron, sentado en un banco delante de la oficina del director adjunto, custodiado por un joven guarda.

El Capitán Medianoche le indicó a Earl que siguiera caminando. Quería que estuviera lo más lejos posible de Ron. Cuando Earl se detuvo un momento, los agentes casi tropezaron con él.

—¿Qué pasa? —preguntó Earl.

—No me lo quieren decir —dijo Ron.

—Andando y calladito —dijo el Capitán Medianoche, cogiendo a Earl de la manga. Earl se apartó de un respingo.

—No me toques, imbécil. —Se volvió a Ron—: Si crees que la cosa es grave, pide un abogado.

—¡Basta! —dijo el teniente, con un bote de gases lacrimógenos en la mano. Tenía el dedo en el botón, listo para disparar.

—¡Tío, vete a la mierda! ¿Qué me vas a hacer? ¿Pegarme una paliza? Llevo toda la vida recibiendo hostias de gilipollas como tú. No me puedes matar. Y si me matas, no podrás comerme. Va contra la ley. —Echó la cabeza atrás, en un claro gesto de provocación, y todos se quedaron quietos durante unos segundos—. No eres nada —añadió Earl.

Se sentaron y se hizo el silencio, solo interrumpido por el teclear de las máquinas de escribir. Earl fumaba e intentaba no pensar en el futuro. Al final llegó el director, un hombre corpulento al que casi nunca se lo veía intramuros. Llevaba unos pantalones *sport*, un jersey y un sombrero de *cowboy*, y tenía en la boca un cigarro apagado. Miró fugazmente a los dos presos y entró en la oficina del director adjunto, seguido del teniente negro. A los diez minutos, el Capitán Medianoche asomó la cabeza y le hizo una seña a Earl para que entrara. Los guardas lo acompañaron a la puerta y entonces el teniente les dijo que se quedaran afuera.

El director estaba sentado detrás de un escritorio muy ancho. Se había quitado el sombrero y tenía un pie apoyado en una esquina de la mesa, calzado con una bota de *cowboy*. Se estaba tomando un café. Le colgaba la papada y las gafas le hacían unos ojos enormes.

—Siéntate —dijo, señalando con un amplio movimiento de la mano una silla que había delante de su escritorio. El Capitán Medianoche se quedó detrás del hombro derecho de Earl, y lo seguía en todos sus movimientos.

—No, no creo que me quede demasiado.

—¿Quieres un café? —preguntó el director.

Earl negó con la cabeza y esbozó una leve sonrisa.

—Hay que ver la que has montado —dijo el director lacónicamente—. El bueno de Rowan dice que le has pegado un navajazo. Y está dispuesto a declarar delante del tribunal. Irá en silla de ruedas, para tu información.

—¿Quién es Rowan?

El director se ruborizó por un momento, pero rápidamente recobró el tono de familiaridad.

—Ah, es un pobre chaval. Y tú lo conoces. Seguramente le iba a tocar en un momento u otro.

—No sé de qué me habla.

—No lo esperaba. Eres un viejo listillo. Ya tendrías que saber, por lo menos, que te iría muy bien contarnos tu versión de la historia.

—Antes de hacer declaraciones tendría que hablar con un abogado. Además, nadie me ha informado de mis derechos.

—Igual podríamos encerrarlo en el agujero —dijo el director, sin subir todavía el tono. Era consciente de su poder.

El Capitán Medianoche lo acompañó a la puerta y, mientras la abría, le dijo al guarda:

—Que lo metan en un zulo. Tráeme la ropa para ver si hay rastros de sangre. Los zapatos, sobre todo.

Earl miró a Ron, que seguía esperando delante de la puerta. Estaba pálido y tenía un aspecto demacrado, pero su mirada era penetrante.

—No has tardado mucho —dijo Ron.

—No tenía nada que decir. Dicen que le he pegado un navajazo a un tío.

—No sé que se han fumado.

Un guarda le dio un codazo a Earl y el trío salió al exterior. Allí Earl inspiró profundamente el aire limpio de la noche y alzó la vista a la cúpula estrellada, consciente de que ya nunca volvería a pasarse de noche, ni siquiera dentro de la cárcel. O por lo menos, tardaría mucho en volver a hacerlo.

Cruzaron el patio y se detuvieron para dejar las llaves de la rotonda del pabellón Sur en el poste 2. De noche las llaves no se dejaban en los pabellones, para que los reclusos no tuvieran motivos para reducir a los carceleros. En seguida abrieron la puerta de la sección B y los arrolló la algarabía de los condenados. Las voces gritaban sin cesar, formando un estruendo sin fisuras en la oscuridad del panal. Todo el suelo estaba cubierto de porquería hasta la altura del tobillo y el olor a excrementos y orina era insoportable. Las celdas destrozadas hacía casi un año todavía no se habían reparado. Earl alzó la vista hacia la alambrada que rodeaba el exterior de las galerías. Le esperaban dos guardas de la sección. Al parecer, habían recibido una llamada del puesto de control.

—Nos llevamos su ropa —dijo uno de los guardas que lo escoltaban.

Earl se apoyó contra la pared, se desnudó y se prestó a hacer las poses habituales del cacheo al desnudo. Al acabar, le devolvieron los calzoncillos y le indicaron que fuera al fondo del pabellón. Avanzó por el pasillo, sin acercarse demasiado a las celdas y con cuidado para no clavarse los trozos de vidrio que quedaban en el suelo, restos de los botes que tiraban los presos a través de los barrotes.

—¡Oye, Bad Eye! —gritó alguien—. ¡Acaba de entrar Earl Copen! —La voz tuvo que elevarse por encima del estruendo general, pero Bad Eye consiguió oírlo y a los pocos segundos asomó un brazo entre los barrotes de la tercera galería.

—¡Al final te han pillado, listo!

—¡Eso se creen! —respondió Earl a gritos, mientras seguía avanzando con tiento y muy lentamente.

—¿Qué te han dicho que has hecho?

—¡Un navajazo a un tío!

—¡Yo sé que eres inocente!

Llegaron a los «zulos», las cinco celdas del fondo. En un principio habían sido celdas normales, pero después se habían ampliado los bloques de cemento que las separaban y se habían unido al pasillo superior. Se instaló también una puerta blindada. Cuando se cerraba, por mucho que gritara un hombre en el interior de la celda, desde fuera sonaba como una vocecita infantil. En un hueco del techo, entre la puerta con barrotes y la blindada, había una bombilla pequeñísima, cuya luz quedaba todavía más amortiguada por la sombra de un cable que colgaba por encima.

Al entrar, Earl advirtió que la celda conservaba todavía un váter y un lavabo de aluminio. Quienquiera que hubiera ocupado el calabozo durante la huelga no debía de haber logrado destrozarlos. En el suelo había un colchón mugriento y dos mantas. Enrolló una manta, para que hiciera las veces de almohada, y se dejó caer en el colchón. Olía fatal, como a moho. Entraba agua por algún lado, quizá por el conducto de servicio o por el borde del retrete. Descalzo, notaba el suelo rugoso y a la vez pegajoso. «Como en casa —se dijo—, me encanta». Todavía estaba nervioso, pensaba en mil cosas a la vez y era incapaz de concentrarse. Sabía por otras ocasiones que la conciencia acabaría rindiéndose a la desesperación. La esperanza no sería sino un rayo fugaz e incierto; la vela se consumía, la mecha se acababa. Sabía que el suicidio era la única respuesta posible a la tristeza y el absurdo de la existencia, pero aun sabiéndolo, le faltaba valentía. Ron le preocupaba. Esperaba que no se sintiera obligado a confesar para librarlo a él de culpa y le habría gustado saber qué había dicho exactamente Buck Rowan. Sería terrible que acabara testificando, sobre todo si se presentaba en silla de ruedas. Vito tenía razón: tendrían que haberle cortado el pescuezo. Ciertamente, nadie lo habría echado de menos.

Sus reflexiones se vieron interrumpidas por unos golpes rítmicos que atravesaron el techo de cemento. Lo requerían en el «teléfono». Se subió al retrete y devolvió la llamada con el dorso de la mano.

Dobló rápidamente las mantas en cuatro, las puso encima de la taza del váter sin tapa, se sentó y empezó a saltar para que bajara el agua. Vacío la que quedaba en el lavabo y metió la cabeza en la taza.

—¡Hola! —gritó—. ¿Quién me llama?

—Rube Samuel... ¡Tu hombre! Menudo culito te he visto al pasar, viejo.

—No lo has visto bien, que estaba oscuro. Tengo el culo peludo y arrugado. —

Rube le caía bien. Era un medio mexicano que llevaba quince años en la cárcel y había pasado doce en el agujero, la mitad en San Quintín y el resto en Folsom. Lo metieron entre rejas porque una vez que llegaba a su casa borracho se había equivocado de puerta y había entrado en un apartamento que no era el suyo. Cuando el furioso habitante de la casa lo abordó, Rube le pegó una paliza. Lo acusaron de robo e intento de asalto. Después había ido acumulando condenas por un apuñalamiento y una fuga, y con los años daba la impresión de que cada vez hacía más locuras. A Earl le caía bien, pero no se veían casi nunca.

—¿Dónde está Bad Eye? —preguntó Earl.

—Demasiado lejos. A lo mejor os podríais oír a grito pelado, pero yo ya le paso el mensaje.

—¿Estás arriba?

—Estoy en la tercera, a dos celdas de Bad Eye. Justo encima de ti está Wayne, que es paisano de T. J. Acaba de llegar de Soledad.

—He oído hablar de él.

—¿Y tú, qué? Tú eres rápido, a ti no hay quien te pille.

—Me han dicho no sé qué de un navajazo en el bloque Este. —Era consciente de que podía haber otros presos con el váter vacío escuchándolos.

—¿Han traído a mi niño?

—¿A quién?

—Al chaval con el que me lo monto.

—Ah, sí, ya me han contado. Dicen que está bien.

—No hacemos nada, imbécil.

—¿Seguro que no te lo tiras? Ya sabemos cómo son los viejos aquí dentro.

—Tú ya llevas por aquí bastante años, ¿eh? Si me lo hubiera tirado no me dejaría pillar, así que nunca sabrás si deberías estar celoso.

—¿Cómo está el tío?

—Paralizado... Todo menos la boca.

—Chivato, ¿eh?

—¿Lo dudas?

—¿Quién es?

—Un paleta de pueblo. Lleva aquí dos meses. Iba de matón.

—Vale. Oye, me piro. Bad Eye me llama. Estos idiotas no dejan de gritar. Ya hablamos por la mañana.

—Mándame tabaco y algo para leer.

—¡Hecho!

—Si puedes enviar algún mensaje, dile a los colegas que el imbécil este se ha chivado.

—Mañana por la mañana, a primera hora. Nos vemos, si te dejan salir a hacer ejercicio.

—Vale, colega.

Cuando volvió a dejarse caer en el colchón, pensó que se pasaría la noche dándole vueltas a las cosas una y otra vez. Era como un pez que se mordía la cola, una repetición obsesiva de pensamientos sin llegar a ninguna conclusión. Se le clavaban los restos de porquería del colchón y estaba helado, porque no llevaba camiseta. Se tapó con las dos mantas. A los tres minutos se durmió, porque estaba totalmente agotado y porque su subconsciente le decía que dormir era una forma de escapar de la realidad.

* * *

Ron Decker estaba en una celda más moderna, dentro del centro de adaptación. También lo habían metido en una celda del fondo de la galería, pero estaba en la planta baja, y en lugar de váter tenía un agujero en el suelo, al lado del colchón. Era la planta que solían ocupar los revolucionarios, casi todos negros, que cuando vieron pasar a Ron con el guarda se lo quedaron mirando en silencio y con expresión hostil. Oía sus voces detrás de las puertas dobles, pero no conseguía descifrar sus palabras. Allí era un ser doblemente extraño y pensó que ojalá lo hubieran metido en la sección B, donde podría comunicarse con Earl. Al parecer, en medio de la confusión, Buck Rowan se había llevado la impresión de que era Earl quien lo había apuñalado y a Ron aquello lo había dejado hecho trizas. Le sorprendía su indiferencia ante el estado de Buck Rowan; algo había muerto en su interior, o quizás algo nuevo estaba a punto de nacer. También lo atormentaba la culpa: Earl se había metido en líos por su culpa, cuando era prácticamente inocente. Ron había entrado solo en el pabellón precisamente para evitar aquella situación. El guarda le había prometido un trato favorable por parte del juez si declaraba en contra de Earl. Era una oferta insultante, que había rechazado con una sonrisa sarcástica, y se había negado a hacer ninguna declaración sin la presencia de un abogado. Pero aquella noticia también alentaba ciertas esperanzas: a lo mejor necesitaban más declaraciones para corroborar la agresión. En cualquier caso, no iba a permitir que condenaran a Earl; le daba igual si a él le parecía mal. Por otra parte, pensaba que aquella libertad que había tenido casi a su alcance se desvanecía ahora entre sus manos. Tanto si condenaban a Earl como si lo acusaban a él, el delito acarreaba una cadena perpetua o la pena de muerte, dependiendo de la decisión del jurado. Y aún más, en caso de que finalmente no se llegara a aquel extremo, si el juez de Los Ángeles se enteraba del incidente le negaría la modificación de la sentencia, lo que supondría sufrir cinco largos años de encarcelamiento, antes de tener siquiera derecho a salir en libertad condicional; y después, aún tendría pocas posibilidades de conseguirla. Había conocido a demasiados presos desquiciados por culpa de las condenas indefinidas del estado de California. Si al cabo de un año se había convertido en un hombre capaz de clavarle un cuchillo a otro por la espalda, ¿de qué sería capaz pasada una década?

En realidad no tenía nada que decidir, todavía no. Simplemente había que esperar

a que todo estuviera más claro. A lo mejor al final los dos se salvaban, aunque en aquel momento le parecía casi imposible. Podía aguantar perfectamente varias semanas en una celda pelada. «Cuando cualquier cabrón cree que las está pasando putas yo lo empiezo a pasar bien», se dijo sonriente, al recordar una de las expresiones habituales de Earl.

Earl se despertó con el ruido de la llave en la cerradura y la luz que se colaba entre sus pestañas. Tardó unos segundos en recordar dónde estaba; su mente hacía todo lo posible por no admitir la realidad.

Se levantó lentamente, con la boca pastosa, mientras el guarda que había abierto la puerta se apartaba para dejar paso a otro preso, que entró y le dejó un plato de papel lleno de gachas, con una cuchara de madera clavada.

—¿No me dais bandeja? —preguntó Earl al guarda, cuando el preso le dio la espalda.

—En las celdas de castigo no —respondió el guarda.

—A tu madre sí que la podían castigar —dijo Earl con toda claridad. Le daba igual que los guardas entraran y le dieran una paliza; y eran capaces. Pero el carcelero acababa el turno a los cinco minutos y prefirió no hacerle caso.

Cuando el primer preso salió, otro recluso irrumpió sonriente en la oscuridad, con un vaso de espuma en una mano y una jarra de café en la otra. Se llamaba Leakey y a Earl no le caía bien porque sabía que no era su aliado, aunque siempre era amable con él. Una vez Earl lo había ofendido en público, no verbalmente, sino simplemente por no disimular su animadversión. En aquel momento Leakey se había echado atrás, pero sabía que había llegado a la sección de aislamiento por cometer un asesinato, que había perpetrado con la ayuda de otros dos reclusos. Le habían contado que desde entonces hacía comentarios sarcásticos a sus espaldas. Ahora le veía un brillo extraño en la mirada. Earl no dijo nada, pero al coger el vaso lo sacudió, ocultando el movimiento de la vista del guarda con su cuerpo. Leakey llenó el vaso y se marchó. Cuando cerraron la puerta, Earl separó los dos vasos que le habían dado, uno dentro del otro, y sacó el tabaco y las cerillas de dentro del vaso inferior.

No tenía hambre, pero se obligó a mojar los trozos de pan rancio en las gachas endurecidas y dar un par de bocados. La cuchara de madera, plana, era ridícula. Cogió las ciruelas cocidas con los dedos y se las zampó. A continuación se lio un cigarrillo y se lo fumó mientras se bebía el café, que por lo menos estaba caliente. Sentado, inició un ejercicio de introspección; escuchó sus pensamientos y sus sentimientos, y examinó su actitud en aquella situación crítica. En la superficie había una pátina de calma, hasta de indiferencia, pero sabía que en lo más hondo aguardaba un volcán de desesperación a punto de entrar en erupción. Aquel había sido el

verdadero motivo de la rapidez de su reacción al insultar al carcelero hacía unos minutos. Como no podía soportar la desesperación, la transformaba en una rabia nihilista; era lo que siempre le ocurría cuando se veía totalmente atrapado, como en aquel momento. Hasta entonces, siempre había contado con su juventud. Si perdía unos años, daba igual, porque le quedaba el futuro. Ahora sus reservas temporales casi se habían agotado. Se preguntó por qué se sentía tan indiferente.

Tiró la colilla al váter y guardó el tabaco y el papel de liar en un agujero del colchón. Entonces inspeccionó la celda, y rebuscó en los pequeños huecos que había alrededor del váter y debajo de los barrotes de la puerta. Allí se podía esconder algo. Dentro del colchón encontró un ejemplar del *Reader's Digest* de hacía un año. Si se quedaba en aquel agujero muchos días, tendría que pedirle a Bad Eye que le pasara algo para leer. Podía aguantar cualquier cosa durante el tiempo que fuera, pero le sería mucho más fácil con tabaco y libros.

Cuando terminó su indagación, se le ocurrió hacer un poco de gimnasia. En las celdas de aislamiento, siempre era una idea que aparecía en algún momento, pero que nunca llegaba a concretarse. Decidió masturbarse; era un sustituto razonable. Ojalá hubiera tenido una revista con fotografías de mujeres con medias y tacones altos, algo que le estimulara la imaginación. Sus recuerdos de lo real se habían vuelto ya amarillentos. Se tumbó en el colchón y se tapó con la manta. Sería muy vergonzoso que alguien entrara en la celda mientras se la cascaba. En el concurrido dormitorio de un reformatorio había aprendido a masturbarse de lado, sin mover la manta. El castigo por el «vicio del onanismo» era una paliza. Se empezó a acariciar, seleccionando algunas imágenes en su memoria, como si eligiera a una prostituta en un burdel. Encontró una serie de estampas de Kitty: la secuencia empezaba con ella sentada en el asiento de un coche, con minifalda, y sus piernas de bailarina rollizas y suaves, y seguía con una imagen de Kitty en téjanos y con los pechos al aire. Las aureolas rosadas resaltaban sobre la palidez de sus pechos, que a su vez contrastaban con su piel morena. Era la hermana pequeña de su novia y nunca le había hecho proposiciones, pero cuánto le habría gustado hacerlo. Ahora especulaba sobre aquella posibilidad con tal claridad que casi le parecía que había sucedido realmente. Distintas mujeres le provocaban fantasías distintas. Algunas tenían culos redondos y firmes, y hubiera querido cogerlas de costado y follárselas por detrás, rozándoles el culo con su vientre. Otras tenían piernas grandes y fuertes, y quería sentirse abrazado por ellas. Pero a Kitty quería lamerle el cono, que abriera las piernas, mientras él le cogía las nalgas con las manos. Que estuviera de pie, apoyada en una mesa o una cajonera. Ahora la imaginaba con las bragas de un bikini y tacones altos. Le acariciaba el culo a través del fino tejido de nailon. Así discurría su mente, mientras en realidad se escupía en la mano para que resbalara más, y seguía masturbándose. Le bajó las bragas y ella levantó los pies para quitárselas, mientras él le pasaba la lengua desde el vientre hasta la cara interior del muslo. La chica levantó una pierna. En aquel momento tuvo un orgasmo. Limpió los restos del colchón con papel higiénico y lo

tiró al váter, mientras pensaba en que otros muchos se habían corrido en aquel mismo colchón sucio.

«¡Mierda! —pensó—. ¿Qué más se puede hacer en este agujero? Ay, dulce Kitty, cuando pueda comerte el coño ya serás vieja. Vieja y quizá muerta».

Se dobló la manta para recostar la cabeza y puso las manos detrás del cuello, dispuesto a esperar nuevos acontecimientos. Después de toda una vida acostumbrado a las celdas sucias e inhóspitas, tenía la capacidad de soportar la situación sin caer en el absurdo de gritar en silencio a las paredes. Aquellas conductas eran un camino seguro hacia los trastornos mentales. Pero la locura también le daba igual, salvo por el hecho de que supondría darle demasiada satisfacción al enemigo. Sabía cómo no perder los papeles. Lo único que le preocupaba era Ron, que evidentemente no estaba en la sección B, y por tanto tenía que estar en el centro de adaptación, donde el ochenta por ciento de residentes eran negros racistas. Muchos habían matado a algún guarda en aquella prisión o en otras. No se podía salir de la celda, pero sí que se les podía hacer la vida imposible. Pero por el momento no había nada que hacer, todavía no. Cuando se calmaran las aguas, a lo mejor podría conseguir que lo trasladaran allí, a través de Seeman. Y también estaba la cuestión de su comparecencia ante el tribunal. No valía la pena pensar en ello, ni en nada más, hasta que no dispusiera de más datos. En aquel momento no se podía decidir ni hacer nada de nada. Cogió el ejemplar del *Reader's Digest* y se puso a leer un artículo en el que alguien relataba la experiencia más inolvidable de su vida.

* * *

Después de comer, Earl estaba fumando cuando oyó que metían la llave en la cerradura. Al volver de tirar la colilla en el retrete, vio a dos guardas delante de la puerta.

—Venga, desnúdate —dijo uno—. El director adjunto quiere verte.

—Pues yo no sé si quiero verlo a él.

—Nos ha mandado a por ti. O vienes o volvemos con una pistola eléctrica y una camilla.

—¿Acabáis de descubrir la tecnología, eh, cabrones? —dijo Earl. Se volvió contra la pared y se quitó los calzoncillos. Desnudo, se sometió al ritual habitual de inspección con linterna.

—Me siento como Liza Minnelli —dijo, mientras cogía el mono blanco con cremallera que le dieron a través de los barrotes. Le iba grande. A continuación, también a través de la puerta, le pusieron una cadena en la cintura, lo esposaron y le ataron los brazos a la cadena. Le abrieron la puerta y salió. Le pusieron varios metros más de cadena entre las piernas, de delante a atrás, bien atadas a la cadena del vientre, que un guarda sostenía con firmeza. Así podían tumbarlos al suelo con solo un tirón. Todo el mundo salía del agujero de aquella guisa, desde que en los últimos años

habían matado a algunos guardias. Incluso recibían así a las visitas.

De alguna manera T. J. y Paul se habían enterado de que lo sacaban, así que en cuanto la procesión llegó al patio allí estaban esperándolo. El patio estaba muy concurrido, porque todavía no había sonado la sirena que abría la jornada de trabajo. T. J. señaló el hospital con la cabeza, con el puño alzado, y a continuación le mostró el pulgar hacia abajo, en el clásico gesto del circo romano. Earl comprendió inmediatamente que Buck Rowan había muerto o estaba a punto de morir. Seguro que tenía un guarda vigilando la puerta de su habitación en el hospital, pero los amigos de Earl habían conseguido de alguna manera sortear aquel obstáculo.

—Con esa mierda pareces un regalo de Navidad —dijo Paul.

—Me sobrevaloran —respondió Earl—. Creen que soy un tipo duro.

—A callar, Copen —dijo un guarda, mientras el otro mandaba apartar a los dos reclusos.

La procesión iba acompañada por un desfile paralelo de uno de los tiradores del patio. En ocasión de otro apuña-lamiento, mientras escoltaban a un sospechoso, un recluso había tumbado al suelo al guarda y matado al agresor. Ahora ya no se corrían riesgos.

La multitud se apartó y varios reclusos lo llamaron y lo saludaron con la mano. Sus rostros eran manchas bajo la luz grisácea de la mañana. Ante el escrutinio de tantos ojos, Earl mantenía una expresión adusta, pero en su interior aquella representación tan excesiva y dramática le parecía divertida. Al pasar junto a la oficina del patio, Fitz asomó la cabeza.

—¿Necesitas algo? —preguntó.

—¡Heroína de alta pureza! —gritó Earl, sonriente.

La oficina de detención estaba ahora llena de gente. Había una decena de administrativos, cinco o seis tenientes y varios guardas, todos sentados en sus mesas. Un teniente, que siempre tenía la cara abultada y enrojecida por la bebida, miró fijamente a Earl. Llevaba veinte años en aquella oficina, había pasado de guarda a sargento y luego a teniente, de una mesa a otra, y nunca había estado en primera línea, en contacto con los reclusos. El teniente Seeman pensaba que les tenía miedo. Al verlo, Earl pensó que para un hombre con aquellos temores pasar la vida trabajando en una cárcel debía de ser un auténtico calvario. También demostraba que tenía miedo a la vida.

Stoneface estaba en su mesa. A sus espaldas, las cortinas dejaban ver una ventana con barrotes y el paisaje de la bahía. El director adjunto había recibido su sobrenombre porque tenía la cara llena de cicatrices de acné y la piel mortecina, además de una mandíbula larga y cuadrada. Earl recordaba la época en que tenía los cabellos morenos; ahora se le veían muchos mechones canosos. Un movimiento en la derecha le hizo volver la mirada a otro hombre que estaba también sentado en el despacho, un joven obeso con labios abultados y un moderno traje de cuadros.

—Esperad fuera —le dijo Stoneface a los guardas.

Cuando se retiraron, Stoneface presentó al visitante. Era un tal McDonald, de la oficina de la fiscalía del condado de Marin.

—¿Qué tal te va, Copen? —preguntó McDonald, mientras se agachaba un poco para encender rápidamente la grabadora que había al lado de la silla. A continuación, quizá distraído por aquel movimiento, se levantó para darle la mano. Al ver que Earl estaba encadenado, se ruborizó.

—Bien —respondió Earl—. ¿Y su madre, qué tal?

Aquella pregunta trivial lo dejó desconcertado unos segundos. Después sacó un papel del bolsillo y lo leyó.

—Lo informo de sus derechos constitucionales. Tiene derecho a permanecer en silencio. Si renuncia a este derecho, todo lo que diga puede ser usado en su contra. Puede solicitar la presencia de un abogado antes de declarar. Si, por motivos económicos, no se pudiera permitir un abogado, se le proporcionará uno de forma gratuita. ¿Le ha quedado claro?

—A ver, repítalo.

Earl sonrió, mientras el hombre de rostro sonrojado repetía la letanía. Cuando terminó, Earl escudriñó la habitación, se agachó y fingió husmear por detrás de la mesa.

—¿Dónde está el soplón? —preguntó.

Stoneface había observado la farsa con una mirada fija y una sonrisa sarcástica.

—Ya te he dicho que este es un listillo. El tío estará de camino a la cámara de gas y todavía pensará que es una broma. Pero entonces seguramente habrá que llevarlo con el culo lleno de mierda, porque se habrá cagado de miedo.

Earl se ruborizó. Se le ocurrió escupirle en la cara, pero comprendió que con aquello solo se llevaría una paliza. Bajó la vista a la moqueta.

—Rowan se ha quedado parapléjico —dijo McDonald sin alterar la voz—. Ha firmado una declaración en la que dice que estaba discutiendo con Decker por un trabajo de clase y tú te has metido. Está dispuesto a testificar. Creo que es la única forma que tiene de vengarse. Hemos encontrado rastros de sangre en tus zapatos, cero positivo, que es su grupo sanguíneo.

—Y el mío también. Me corté afeitándome. —Nos han confirmado que estabas en el pabellón. A ver, si nos lo pones fácil te prometo que no pediremos la pena de muerte.

—¿Solo una simple y lógica cadena perpetua, no? —Mejor que la muerte.

—Creo que pagaré mi dinero y probaré suerte, sobre todo porque soy inocente como un niño.

—Luego no digas que no te he dado una oportunidad. Y si cambias de opinión, mejor, así ahorramos todos.

—Lo pensaré un poco. Pero le recomiendo que espere sentado. —El tono de voz de Earl destilaba desdén, pero no era por bravuconería, sino porque sabía que ningún jurado votaría a favor de la pena de muerte por aquella agresión. Y en el caso de que

un jurado tomara aquella decisión, la sentencia nunca llegaría a hacerse efectiva. Solo una vez habían ejecutado a un preso por una agresión sin consecuencia de muerte y había sido porque él mismo lo había pedido.

—Sería muy inteligente por tu parte contarnos tu versión de la historia —dijo Stoneface—. Me he leído el expediente de Rowan y no es ningún ciudadano modelo. Tú seguramente tenías algún buen motivo... El chavalín ese tuyo tan mono...

—No, ha sido por tu madre. —Aquella respuesta, que tampoco era una réplica especialmente ingeniosa, le salió como un acto reflejo, con desaire, y Stoneface se encendió—. Tío, mándame a mi puta celda. No tengo nada que decir. No sé nada. Si tienes algo de que acusarme, pues coge a doce tíos, los pones de jurado y los convences. —Se volvió hacia la puerta. Los dos hombres saltaron de sus sillas. Se detuvo—. Que nadie se ponga nervioso. Solo voy a llamar a los polis. ¿Qué pensáis, que me voy a ir a alguna parte, con toda esta chatarra? Qué miedo dais, gilipollas. — Le dio una patada a la puerta y un guardia la abrió inmediatamente.

—Ve a por mi coche, Sebastián.

Los guardas, confundidos, miraron al director adjunto. Stoneface les indicó con un gesto que se lo llevaran.

—Y si al hijo de puta este se le ocurre abrir la boca, se la partís.

El patio estaba ya casi vacío, pero al desfilar por el pasillo de la planta inferior de la sección B, varios amigos le gritaron palabras procaces de ánimo. A Rube era al que más se lo oía, pero Bad Eye no le iba a la zaga.

En cuanto cerraron la puerta de la celda y la exterior, su arrojo quedó oscurecido por un arrebato de desesperación. ¿Qué diferencia había en realidad entre la cámara de gas y una cadena perpetua? Con las dos se acababa la esperanza. Y aunque no lo llevaran a juicio o incluso si lo absolvían, la junta de la condicional le haría pagar por aquello cinco, seis, ocho años... Por un momento deseó que Ron confesara, pero al instante se avergonzó de haber tenido aquella idea. Era caer muy bajo y él no era así. Y de todos modos era legalmente culpable. Dando vueltas por la celda, pensó en la señal de TJ. en el patio. Alguien iba a matar a Buck Rowan, o al menos lo iba a intentar. Así, la declaración firmada no tendría validez en un juicio porque no era la declaración de un moribundo. Todavía quedaba la cuestión de la junta de la condicional, pero, por Dios, aquello era mejor que una condena. Aun así, aquel asesinato también lo inquietaba. Si TJ. se metía en líos le resultaría una carga insoportable pensar que por su culpa un amigo iba a pasar varios años en el agujero y a lo mejor nunca volvía a salir de la cárcel. Y tampoco había forma de saber cómo lo iba a matar TJ. Esperaba que no se le ocurriera hacer lo mismo que habían hecho una vez unos negros, que en un absurdo intento de pillar a un soplón habían asesinado a un guarda que no tenía la llave de la celda. Pasados tres años, seguían en las celdas de castigo del centro de adaptación. TJ. era capaz de hacer algo así —era capaz de todo—, pero también tenía cerebro. Y Paul influiría en su decisión. Le pareció que tenían un plan...

Si el gran jurado lo acusaba, iba a necesitar un abogado. No cabía duda de que Ron conseguiría que su madre soltara dinero, no los miles de dólares que harían falta para tener un abogado excelente, pero al fin y al cabo cualquier cosa era mejor que el abogado de oficio. La única posibilidad de absolución era apelar a enajenación mental. Se sonrió, al pensar que sabía exactamente cómo proceder.

Durante la tarde oyó pasos. Dejaban salir a los de las galerías superiores al pequeño patio de la sección B, para que hicieran una hora de ejercicio, bajo la vigilancia de dos agentes armados. Alguien llamó a la puerta exterior y le pasó por debajo varias revistas, de una en una. Eran números antiguos de *Playboy* a los que les faltaban algunas fotografías. Los fue cogiendo con la ayuda de una manta.

A las cuatro y media, un guarda abrió un momento la puerta para el recuento. Al cabo de un minuto oyó unas patadas en la celda superior, que indicaban que lo requerían en el teléfono. El váter ya estaba vacío. Lo tenía siempre así, salvo cuando lo utilizaba.

—¡Eh, ya estoy aquí!

—El tío del hospital ha estirado la pata —dijo Rube.

—¿Cómo te has enterado?

—Un poli se lo acaba de decir a Leakey.

—¿Algún dato más?

—No, solo que la ha palmado.

Earl se quedó callado, pensando en lo que podía suceder y preocupado por T. J. y Paul.

—¿Te ha llegado eso? —preguntó Rube.

—Sí.

—Bad Eye pregunta si necesitas algo.

—Drogas.

—No, imposible.

—Café y algo para calentar el agua, una taza de metal.

—Te lo bajamos a la hora de comer.

Al oír un tintineo de llaves, se apartó de inmediato del váter. Antes de que la puerta se hubiera abierto del todo y se perfilara a contraluz la silueta del teniente Seeman, Earl estaba en el colchón, con aspecto de acabar de despertarse. Seeman sacó varios paquetes de cigarrillos de bolsillos diversos y se los tiró encima del colchón.

—Si te los pillan, olvídate de dónde han salido.

—Eso no hace falta decirlo.

—Quería venir hace media hora, pero han encontrado a Rowan muerto en el hospital.

—No sería por la herida del otro día —dijo Earl, al pensar que en aquellas circunstancias la declaración firmada podría ser admisible; podría considerarse la declaración de un moribundo, y por tanto una excepción a la norma de la invalidación

del testimonio.

—Por la pinta que tiene, no. No se sabrá con seguridad hasta que se haga la autopsia, pero tenía puesto en el brazo un suero por vía intravenosa. La botella olía a una mezcla de líquido de embalsamar, disolvente y vete a saber qué más. Le tenían que dar suero salino. Alguien se debe de haber equivocado. —El rostro curtido de Seeman adoptó una máscara de inocencia que dejaba entrever una sonrisa cómplice—. En la funeraria lo van a pasar mal. Tiene el cuerpo casi negro.

—Dios —exclamó Earl, realmente impresionado por la imagen.

—Yo estoy a cargo de la investigación del apuñalamien-to y de este asesinato. En los informes digo que se rumorea que a Rowan lo atacaron unos negros... Y por lo del mejunje no hay sospechosos. El comité disciplinario no quedará muy convencido y tampoco son documentos válidos ante el tribunal, pero por lo menos constarán en tu expediente y te pueden ser útiles en otro momento. La junta de la condicional cambia cada tantos años. Es una sombra de duda a la que agarrarse.

—Gracias, jefe. —Pero en su interior sabía que su ayuda casi no servía para nada.

—Y, extraoficialmente —dijo Seeman—, sé lo que pasó. Nunca he cometido un delito y soy de los que respetan la ley y el orden hasta el final. Pero sé que aquí dentro no se cumplen las mismas normas que en la sociedad y que para querer cumplirlas hay que ser idiota.

—Ya sabes que yo nunca admito haber hecho nada. Ni dar un escupitajo por la calle.

—Solo te lo quería decir.

—¿No me podrías sacar de este zulo? ¿Y meter a Decker en la sección?

—Ahora mismo no. Espérate un poco, no se vayan a enterar en la central. Dentro de unos días ya habrán matado a otro y estarán más distraídos.

—¿Y podrías ir a ver a mi amigo al centro de adaptación? Para decirle que igual su madre tiene que soltar un poco de pasta para el abogado y ver qué tal está.

—Ningún problema.

—¡Disolvente y líquido de embalsamar! Stoneface se va a poner hecho una furia.

—Ya lo está. Cuando se lo han dicho estaba en casa y ha venido con ganas de pegarle un mordisco a todo el que se le pusiera delante. Bueno, tengo que ir a supervisar el comedor. —Como gesto de despedida, dio un golpe en el travesano de la puerta con el dorso de la mano—. ¿Cuándo te vuelves a pasar?

—Igual esta noche. O sino mañana, seguro. Vas a estar aquí encerrado un año o dos, por lo menos. Voy a tener que coger a otro secretario, hasta que salgas. Tómalo con calma.

—Qué remedio.

—Ibas a salir con la condicional.

—¿Con la condicional? ¡A la mierda! Aquí se está de puta madre, sin trabajo, sin impuestos...

Cuando Seeman se marchó, abrió un paquete de Camel y se tumbó en el colchón.

De pronto se vio sumido en el pozo de la desesperación. Se le humedecieron los ojos. No eran realmente lágrimas, sino la expresión de un dolor que lo atenazaba en lo más profundo de su ser. La suya había sido una vida totalmente desperdiciada. Dijeran lo que dijeran los demás o lo que le dictara su inteligencia, sentía que nunca había tenido otra opción, que cada terrible paso que daba en su vida era una consecuencia inevitable de sus actos anteriores. Nunca había tenido realmente la posibilidad de elegir. Y en aquel caso en concreto, ¿qué más podría haber hecho? ¿Dejar que Ron fuera solo? ¿Dejar que el difunto Buck Rowan se cagara en él, que se cagara en los dos?

Y allí se quedó el análisis *post mortem*. A la mierda, ¿y ahora qué?

Sabía que la respuesta era rugarse. De hecho, era la única respuesta y ahora aquel tenía que ser su objetivo. Cómo hacerlo ya era otra cuestión; tenía meses para planearlo. A lo largo de su vida se había conseguido media docena de veces. El doble había fracasado. Al menos ahora sabía lo que no funcionaba y podía formular principios que le sirvieran para examinar las diferentes posibilidades. Nadie conocía San Quintín mejor que él. Una de sus preocupaciones era que lo trasladaran a Folsom. De la zona de alta seguridad de Folsom no se había escapado nunca nadie. La nueva opción de fuga podía llegar a materializarse o no, pero en cualquier caso le levantó el ánimo. La esperanza es lo último que se pierde, pero hacen falta ideas para avivarla de vez en cuando.

* * *

Pasaron los días y no fue a verlo nadie. Tampoco lo interrogaban. Una vez un guarda fue a buscarlo para que se presentara ante el comité disciplinario, pero cuando se negó tampoco le insistió más. Sabía que los comités eran una farsa. Aquella misma tarde le dieron el resultado de su incom-parencia: lo habían declarado culpable *in absentia* de la agresión y lo habían destinado al pabellón de aislamiento. El comité revisaría la decisión a los seis meses. Aquello sería otra farsa y tendría unos resultados igualmente previsibles.

Por el patio corría la noticia, que a él le llegó a través de la taza del váter, de que Ron iba a volver al juzgado. Aquello aligeró su carga, pero también aumentó su sensación de soledad. Deseaba haber podido ver a su amigo y se preguntó cuánto tardaría en tener noticias de él.

Nadie fue acusado de la muerte de Buck Rowan. Fue otro de los muchos crímenes no resueltos de San Quintín. La investigación se abandonó en seguida, un día en el que se cometieron dos asesinatos, sin relación entre sí. De uno era sospechoso Baby Boy, pero ni siquiera había pruebas suficientes para mantenerlo en aislamiento.

Seeman le contó que estaba sobre la mesa la posibilidad de que lo trasladaran a Folsom. Aunque todavía no se había tomado una decisión, aquella noticia lo hizo subirse por las paredes. Al día siguiente, comprendió cómo podía evitarlo. En Folsom

no había psiquiatra. Si fingía un trastorno mental y lo asignaban al departamento de psiquiatría difícilmente se haría efectivo el traslado. Sabía cómo llamar la atención y entrar en el hospital, y además el ardid también le serviría para argumentar en su defensa, en la remota posibilidad de que lo acabaran acusando por apuñalar a Rowan. Se haría el loco; a un amigo lo habían absuelto de un robo con asesinato con aquella estrategia, aunque al final había cumplido doce años en un hospital psiquiátrico y al salir se había vuelto loco de verdad. En todo caso, tenía que asegurarse de que le hicieran caso. En la sección B los accesos de locura eran tan frecuentes que no llamaban la atención. Se le ocurrió fingir un intento de suicidio. Se abriría una vena de la articulación del hombro con una cuchilla de afeitar, metería la sangre en un vaso, la mezclaría con agua y lo salpicaría todo. Para rematar la jugada, representaría un ritual, el de «comer mierda». Cogería las gachas del desayuno, las mezclaría con café instantáneo hasta que adquirieran un tono adecuado de marrón descompuesto, y metería la pasta en el váter, encima de una revista. El guarda, conmocionado por el incidente, no vería sino mierda real, porque era lo que normalmente había en la taza de un váter y el sucedáneo era una sustancia amarronada y húmeda perfectamente equiparable.

Earl se miró el brazo. ¿Qué más daba tener una cicatriz de más? Le entraron dudas. Para algunos reclusos, como Leakey —que no solo carecían de agilidad mental, sino que además de entrada ya le tenían tirria—, aquel comportamiento sería un signo de debilidad y muy criticado por todos los que se fiaban más de las apariencias que de la realidad. Aplazó la decisión un día y le escribió una nota a Bad Eye dándole todos los detalles y pidiéndole que le mandara una cuchilla de afeitar y se lo explicara a Paul y a TJ. Rube le mandó la respuesta de Bad Eye a través de las tuberías: «Bad Eye dice que eres un viejo chocho y que estás como una cabra, pero que le caes de puta madre». Y por la noche le pasaron una revista por debajo de la puerta, con una cuchilla de afeitar escondida entre las páginas. A la mañana siguiente guardó las gachas y una taza de café, y preparó la mezcla.

A medida que se acercaba la hora del almuerzo, cada vez estaba más frenético, porque abrirse las venas no es nada fácil. Cuando oyó el traqueteo del carro de la comida por la galería, a unas cuantas celdas de la suya, ya estaba preparado. Se envolvió el bíceps con una camiseta, frunció el entrecejo, cogió la cuchilla y practicó un corte limpio pero profundo en la vena visible de la parte interior del codo. La carne se partió en dos, como unos labios abiertos, y apareció por un momento en toda su palidez, hasta que empezó a brotar la sangre. Vio la vena recubierta de fibra blanca y volvió a clavar la cuchilla. Aquella vez salió un chorro de sangre que llegó a una altura de 45 centímetros. Llenó de sangre un tercio del vaso, añadió agua y se la vertió por encima desde lo alto de la cabeza. Volvió a llenar el vaso y tiró el líquido inmundo por las paredes, con un movimiento circular que las cubrió por completo. El tercer vaso fue a parar al techo, de donde empezó a chorrear inmediatamente. El suelo, totalmente empapado, resbalaba.

Al oír el carro justo delante de la puerta, se sentó en el váter y volvió la cabeza, porque le entró la risa. Tenía la atención dividida entre su brazo y la puerta, y se tapó con el pulgar la herida, que dejó de sangrar casi totalmente. Solo fluía un hilito de sangre.

La llave giró, se abrió la puerta, y la luz iluminó la carnicería. Parecía que Earl hubiera perdido varios litros de sangre y estuviera nadando en ella.

—¡Dios! —exclamó entre dientes el guarda, sorprendido por la escena. No daba crédito a lo que veía. Cerró la puerta de golpe y pidió a gritos que llamaran al hospital y trajeran una camilla. Entonces volvió a abrir la puerta—. ¡Copen, aguanta! ¡Dios mío!

Llegado este punto, Earl estaba de rodillas, con un mareo que solo fingía a medias, y al lado del váter, dentro del cual estaba la revista con el montón de gachas teñidas con café.

—¡Dios, todo está lleno de radiaciones! —exclamó Earl.

—¿Qué? ¿Dónde?

—¡Radiaciones, putas radiaciones, idiota! Me tengo que proteger. —Metió la mano en el váter, cogió la pasta y se la pasó por toda la cara como si fuera barro; entonces se metió un puñado en la boca.

—¡Dios, Dios, Dios! —dijo el guarda gimoteando—. No, no te comas la caca, joder. —Asomó la cabeza y gritó por la galería—: ¡Está comiendo caca!

Earl tiró un puñado de pasta contra la puerta y el guarda se apartó. Cogió la revista y la tiró al suelo manchado de sangre.

Entonces se oyó un tintineo de llaves y correteos. Los presos de las galerías superiores, excitados como monos ante cualquier novedad, empezaron a gritar y a golpear los barrotes de las celdas.

Entró un viejo sargento al que Earl conocía desde hacía muchos años.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Es la radio que tengo en la cabeza. En el treinta y siete les avisé de Pearl Harbor y no me creyeron. —Y se puso a cantar—: No me creyeron, no me creyeron...

—Está como un cencerro —dijo el sargento y a continuación gritó—: ¡Venga, rápido, una camilla, joder!

El enfermero le puso un torniquete en vez de una compresa y volvió a salir un chorro de sangre. A fuerza de sacudidas y entre muchos bufidos, consiguieron ponerlo encima de la camilla. Con los ojos cerrados, Earl oyó que alguien decía «Tiene mala pinta». Con el otro brazo se cubría la cara y su sonrisa, porque sabía que era capaz de levantarse allí mismo y aguantar diez asaltos en un combate de boxeo. También sabía que no volverían a meterlo en la sección B hasta que recobrara la cordura.

Al cabo de tres horas, estaba en el ala de psiquiatría, mirando la televisión. Le habían puesto unos puntos en el brazo y se lo habían vendado. Después de tomarse un

Valium y un Demerol, se sentía bastante bien.

Al día siguiente, cuando el psiquiatra hizo la ronda, Earl estaba prevenido. Era la hora del almuerzo. A todos los pacientes psiquiátricos les servían la comida en platos de papel. El psiquiatra se encontró a Earl con el plato en la cabeza, unos espaguetis cayéndole por la cara y la salsa de tomate chorreándole por encima. Earl dijo que llevaba un sombrero chino. El psiquiatra coincidió en que el parecido era razonable y le aumentó la medicación.

Earl se instaló en el ala de psiquiatría del hospital, un santuario situado en la tercera planta y aislado del resto del hospital por una puerta de seguridad. Los guardas solo podían entrar para hacer el recuento o en casos de emergencia. El enfermero entraba a verlo para distribuir la medicación, pero aparte de aquello los que atendían a los tres o cuatro pacientes ingresados eran los presos que trabajaban como auxiliares. Escribían en la tabla de seguimiento lo que Earl les pedía; era un documento hospitalario oficial que podía presentarse ante el tribunal para demostrar que estaba loco, si es que era necesario.

Los demás pacientes se solían quedar dentro de la habitación, convertidos en zombis nerviosos por el Prolixin que se les administraba. A Earl le tocaba tomar Thorazi-ne tres veces al día, pero siempre se guardaba las pastillas debajo de la lengua hasta que se marchaba el enfermero y después las tiraba al váter. Allí dentro necesitaba sus cinco sentidos.

Las puertas metálicas de las habitaciones estaban abiertas hasta las once de la noche, pero pasada aquella hora se podían forzar, así que Earl normalmente miraba la televisión hasta altas horas de la madrugada y dormía hasta tarde por las mañanas. Era casi imposible que lo pillaran fuera de la habitación; el ascensor se oía perfectamente en cuanto se ponía en marcha en la planta baja y si alguien subía por la escalera se lo oía abriendo las puertas desde muy lejos.

A la mañana siguiente de su fingido intento de suicidio, Ivan McGee le envió una funda de almohada llena hasta los topes de cigarrillos, café, bollos y útiles de aseo. T. J., Paul y Vito habían hecho una colecta entre los suyos. Aquella tarde el trío se coló en el hospital y subió a la tercera planta. No pudieron traspasar la puerta, pero lo llamaron para que fuera a verlos. Lo recibieron sonrientes y negando con la cabeza, y se dieron la mano entre los barrotes. Entonces se enteró de cómo había muerto Buck Rowan. No lo había matado Ivan McGee, como él se había imaginado, sino alguien a quien no conocía. Ivan les había dicho quién podía entrar en la habitación de Buck: un preso anónimo de la unidad de honor del pabellón Oeste que trabajaba de auxiliar. Vito, Baby Boy, Bird y TJ. lo habían ido a buscar, debidamente armados con cuchillos largos. El recluso conocía la existencia de la Hermandad, pero no hizo falta que lo amenazaran. Odiaba a los soplones tanto como todos los demás; incluso fue idea suya utilizar las botellas de suero intravenoso.

Earl los escuchó en silencio, colmado de gratitud, pero sacudido también por el horror. La primera sensación pronto se impuso sobre la segunda. Aun así, solo asintió con la cabeza y sonrió; dar las gracias a alguien por cometer un asesinato le parecía inapropiado.

Al oír un tintineo de llaves, las del sargento del hospital que subía por la escalera, el trío se escabulló por un pasillo de su derecha.

Unos días después, el teniente Seeman fue a verlo una tarde para decirle que el fiscal del distrito no iba a presentar su acusación y que a Ron Decker habían ido a buscarlo aquella misma tarde unos agentes de Los Ángeles y se lo habían llevado al juzgado.

—¿Por qué no dejas la farsa, cumples lo que te toca en aislamiento y después vuelves al patio? —le preguntó.

—Ya me lo pensaré, jefe —replicó Earl.

La mezcla de sensaciones, entre la alegría que le había producido la noticia del fiscal del distrito y la sensación agri dulce que le dejaba la marcha de Ron, dio paso por la noche a la melancolía. Le tocaba el turno a Dutch Holland y miraron juntos el primer partido de la temporada, un partido aburrido con una puntuación en el medio tiempo del todo chocante.

—¡Joder con los Rams! —exclamó Earl, levantándose de la silla—. Yo tengo la polla más dura que el brazo del Gabriel ese. Vaya tío más flojo. ¿Te apetece comer algo?

—No —dijo Dutch, sin apartar los ojos de la pantalla. Tenía los brazos cruzados, unos brazos enormes. La postura exageraba su mole tatuada.

—¿Y un café?

—Si me tomo un café a estas horas no puedo dormir.

Earl se estiró y sacudió los hombros para desentumecer los músculos, mientras le miraba a Dutch los michelines de su robusto cuello. Dutch era una leyenda incluso desde antes de que Earl entrara por primera vez en prisión. Muchos creían que podría haber sido el mejor luchador del mundo; pero le gustaba la bebida y también los cheques sin fondos, y ahora que cumplía los sesenta también cumplía su sexta condena. Con su cara de pan y sus orejas de coliflor, Dutch era la clásica estampa del preso sanguinario, pero en realidad era un hombre tranquilo que solo respondía con violencia a las provocaciones intolerables, provocaciones a las que raramente tenía que enfrentarse, precisamente por su aspecto. Nadie busca bronca con un hombre que parece un oso.

La primera habitación de la planta se había transformado en una pequeña cocina, con un frigorífico y una plancha de cocina, donde Earl preparaba los filetes que sus amigos robaban en la carnicería. Solía compartirlos con Dutch, quien como la mayoría de atletas, hacía una dieta con muchas proteínas cárnicas. Ahora Earl no tenía demasiada hambre, pero puso la jarra de agua a calentar en la plancha y salió al pasillo, desde cuyos ventanales se veía la valla del recinto y la oscuridad de la Bahía.

Al otro lado, las luces de las ciudades brillaban más que las estrellas en el cielo, centelleando en el aire cristalino. El puente de la bahía de Oakland era un arco reluciente que se confundía con el fulgor de la línea del horizonte de la ciudad. Distinguía el parpadeo de los faros de los coches y las luces de neón. La tranquilidad del ala de psiquiatría propiciaba la reflexión y dejaba aflorar sensaciones agrídulces. Miraba el paisaje y deseaba su libertad; estaba tan cerca, pero a la vez, tan tristemente lejos.

Echaba en falta a Ron y también le preocupaba su situación. En el juzgado le podía ir bien, pero también se le podían torcer las cosas, en caso de que a algún funcionario se le ocurriera mandar un informe sobre el apuñalamien-to y el asesinato. Pero no tenía ningún sentido preocuparse, porque tampoco se podía hacer nada. En su caso, solo podía poner sus esperanzas en la fuga. Observó el contorno oscuro de la torre de vigilancia sobre la orilla. No se veía el interior, pero sabía que había alguien dentro. Y la luz intensa de las lámparas de vapor de sodio convertía el perímetro en un paisaje surrealista. Muchas veces los guardas de la torre se quedaban dormidos, y en las cárceles cercadas con alambradas, algunos habían logrado cortarlas o trepar por ellas sin ser vistos. Con mayor frecuencia, los descubrían y los mataban a tiros. Era puro azar, una tirada de dados, y las probabilidades de ganar eran muy escasas. Y aunque Earl tuviera la voluntad de jugársela, los muros de San Quintín tampoco admitían aquella estrategia. Pensó en las dos fugas exitosas que conocía. Hacía diez años, unos presos se habían hecho con unos maniqués y los habían utilizado como sustitutos durante el recuento principal del día, mientras ellos se quedaban escondidos en la zona industrial. Siempre que se terminaba el recuento, los tiradores que vigilaban la fábrica desde lo alto se marchaban a casa y era fácil trepar los muros y fugarse. Todo dependía de que los guardas de los pabellones dieran por bueno el maniquí durante el recuento. Si se conseguía engañar al guarda, aquello era pan comido. Si no se lograba, la jugada tenía como consecuencia volver al agujero y afrontar nuevas acusaciones. Pasados unos años, los guardas solían volverse menos estrictos y se saltaban la norma que establecía que en el recuento todos los presos debían ponerse junto a la puerta de la celda. Pero aquello también dependía del azar.

¿Y coger rehenes? No valía la pena ni pararse a pensarlo. En los últimos cuarenta años nadie había conseguido evadirse con aquella estrategia. Abrirle la puerta a un recluso con rehenes estaba penado por ley. Daba igual quiénes fueran. En Folsom, tres amigos de Earl habían secuestrado a un coro que visitaba la capilla, formado sobre todo por muchachas adolescentes, y habían matado a otro recluso que intentó detenerlos. (Aquel preso había recibido un indulto postumo). Pidieron un coche. Les dijeron que el único coche que tendrían sería un coche fúnebre. Se rindieron y acabaron condenados a cadena perpetua. Si no se abrieron las puertas por un coro de niñas no se iban a abrir por nadie.

Igual de absurda era la estrategia del «escondrijo», que solo utilizaban los tíos de pocas entendederas. Su plan consistía en quedarse escondidos hasta que dejaran de

buscarlos y entonces escalar el muro. Lo único que conseguían era pasar hambre. La batida no se daba por cerrada hasta que había pruebas concluyentes de que los presos desaparecidos estaban fuera de la cárcel. En cualquier otro caso, se asumía que seguían dentro. Una vez las pesquisas se prolongaron durante dos meses, hasta que un perro encontró al desaparecido enterrado en el patio de abajo. No había sido una fuga, sino un asesinato. Después de un siglo, los guardas conocían mejor la cárcel que los reclusos. Todos los escondrijos posibles estaban identificados.

Casi todas las fugas que habían llegado a buen puerto se habían conseguido saliendo en un camión.

Dutch lo llamó, porque la segunda parte estaba a punto de empezar, e interrumpió su intensa ensoñación. Hizo el café y volvió al salón de la televisión. Al entrar, se fijó en el cuello arrugado de Dutch y la pelusa gris que le envolvía su cráneo redondo. Dutch era un hombre viejo. Su vida estaba acabada. El miedo lo atenazó. Todo el mundo envejece y muere. El final le daba igual, pero lo estremecía pensar en envejecer y enfrentarse a la muerte sin tener el recuerdo de haber vivido.

Se prometió que saldría, de una u otra forma. Y entonces se acordó de Ron y se preguntó qué pasaría en Los Ángeles. Si Ron regresaba, tenía que incluirlo en sus planes de fuga.

* * *

De no ser por el aumento de grafitis pintados y grabados en las paredes, la celda del juzgado apenas había cambiado y tampoco había variado la basura humana que la ocupaba hasta la bandera. Con sus rostros hinchados y pastosos, y su ropa sucia, todos tenían el aspecto de gente pobre y desesperada, no de delincuentes. Pero si en otros tiempos la actitud de Ron había sido de compasión, con alguna dosis de desdén, ahora lo que predominaba era su desprecio absoluto por la debilidad. También había desaparecido la leve sensación de miedo que antes había sentido. Apoyó la espalda en un rincón, y estiró las piernas encima de un banco, sin dejar sentar a un vagabundo tembloroso. Cuando un joven negro de voz ronca empezó a lanzar maldiciones contra el mundo, con un tono de voz trémulo por la rabia contenida, Ron sonrió levemente; le hacía gracia. En otro momento, presenciar aquel discurso airado le habría revuelto el estómago; ahora sabía que seguramente era una estrategia de defensa, ruido para ocultar el miedo, y que aunque su rabia fuera sincera, tampoco representaba una amenaza. Había aprendido que la fuerza física no implicaba necesariamente peligrosidad. Ser un tipo duro era un estado mental, era la capacidad de robarle la vida a alguien sin tener el más mínimo escrúpulo. Ahora sabía que él era capaz de hacerlo. ¿Qué le había dicho Earl una vez? Las serpientes de cascabel hacen ruido, pero las cobras actúan en silencio.

A renglón seguido de aquellos pensamientos nihilistas vino la comprensión de que no eran más que una reacción a las desoladoras noticias que le había comunicado

Jacob Horvath la noche anterior. La caída de su labio inferior y su mirada afligida ya hacían evidente la realidad sin ni siquiera mediar palabra. Había ido a ver al juez por la tarde, para hacerse una idea de cómo estaba la situación, pero sin esperar problema ninguno. El juez le había enseñado un informe sobre el asesinato (Horvath no estaba al corriente) y una carta firmada por el director adjunto y el director de San Quintín, en la que se afirmaba que Ron Decker era miembro de la célebre Hermandad Blanca, un grupo responsable de al menos media docena de asesinatos en las cárceles californianas en los últimos dos años. Aunque no había pruebas suficientes para acusarlo de aquel último crimen, varios informantes, presos anónimos pero de fiar, habían asociado a Decker con el incidente. Horvath fue alzando el tono de voz durante el relato, y pasando de la preocupación y el afligimiento hasta casi la indignación, como si Ron de alguna manera le hubiera fallado. Tras el abatimiento inicial, se impuso la frialdad del rencor y el desprecio. Asumiría la derrota con una actitud desdeñosa; hacía más soportable el dolor. Y aquel había sido su estado de ánimo durante la noche. Ni siquiera quería comparecer delante del tribunal; era todo una farsa ritual. La decisión ya estaba tomada y no le iba a dar a nadie la satisfacción de ver cuánto le dolía. Era capaz de comportarse exactamente como esperaban. Al fin y al cabo, la vida no era más que una representación y cada uno tenía su papel. Todo era un juego; todo era una mierda.

Cuando el alguacil llamó a Ron para que se acercara a la puerta de la celda y le puso en las muñecas unas esposas relucientes, Ron sintió cierto desdén, y también una extraña sensación de orgullo y de poder, porque si aquellas eran cadenas, también eran los símbolos del miedo que le tenía la sociedad.

En la sala no había nadie más que el secretario y el taquígrafo, además de Horvath, sentado detrás del fiscal. El abogado estaba inclinado hacia el fiscal y le decía algo al oído. Los dos se reían con una risa contenida, pero sus voces resonaron estrepitosamente en la quietud y el vacío de la sala. Ron se puso furioso. Poco tiempo atrás, solo habría sentido indiferencia y cierta benevolencia ante aquella actitud amistosa entre rivales, pero ahora le parecía una traición. El fiscal era el enemigo y en la guerra no había espacio para la amistad.

Sin esperar a que lo avisara el alguacil que lo acompañaba, Ron abrió la puerta baja del juzgado y se sentó en una silla dentro de la balaustrada. El alguacil lo seguía de cerca. El secretario, un hombre rechoncho con gafas metálicas, en cuanto vio llegar al acusado salió por la puerta de la izquierda del tribunal. Era la única vista de la tarde y le iba a notificar al juez que ya estaba todo listo.

Ron llevaba unos pantalones y una camisa caqui, y los zapatos de la cárcel. Era lo que les daban a los reclusos para ir al juzgado. En otros tiempos le habría dado vergüenza; ahora no le importaba que lo identificaran como extraño. Horvath lo saludó con la mano, pero parecía dispuesto a seguir hablando con el fiscal hasta que Ron lo llamó con un gesto severo. Entonces se acercó y por el camino dejó el maletín encima de la mesa de la defensa.

—¿Alguna novedad? —preguntó Ron.

—No. Nada de nada. He intentado hablar con él en el bufete, pero ya ha tomado una decisión. No entiendo qué demonios te ha pasado ahí dentro. Ya sabías que...

—Déjalo. A lo hecho, pecho.

—Yo voy a romper una lanza por ti, pero... —Negó con la cabeza.

—No te canses. Yo tengo cosas que decir. De hecho, tú solo diles que ya me represento yo y no hagas nada más.

—¿Que te representas tú en mi lugar?

—Exacto.

—No puedes.

—Y una mierda. Tú díselo.

Antes de que pudieran decirse nada más, entró el secretario y dio un mazazo.

—Levántense —recitó—. Se abre la sesión del Tribunal Superior del Departamento Nordeste B. del Estado de California, Condado de Los Ángeles. Preside el tribunal el honorable juez Arlen Standish.

Fue igual que la otra vez: los pocos presentes se levantaron, mientras el jurista togado entraba en la sala y subía majestuosamente a la tarima. Esto es, todos se levantaron menos Ron. Cuando el alguacil lo cogió del brazo, Ron se inclinó y levantó el culo diez centímetros de la silla. No se habría levantado tanto si no fuera porque un rechazo absoluto podría haber traído consigo unas cuantas tortas después. De esta forma, acataba la orden y a la vez dejaba claro lo que pensaba. Sin embargo, el juez no levantó la vista hasta que todo el mundo se volvió a sentar.

—El pueblo contra Decker —dijo el secretario—. Vista bajo el artículo mil ciento sesenta y ocho del Código Penal.

De pie junto a Horvath, lo asaltó la fragancia de la loción de afeitado del abogado. Su sensibilidad estaba especialmente exacerbada, después de pasar un año sin oler más fragancias que los pedos.

—Bien, supongo que tenemos que discutir esta cuestión —dijo el juez. Como había hecho en la otra ocasión, revolvió unos papeles invisibles. Se puso las gafas, leyó algo; a continuación, miró a Horvath por encima de las gafas—. Entiendo que la defensa tendrá algo que decir.

—Sí, Su Señoría.

Antes de que Horvath pudiera añadir algo más, Ron le dio un codazo en el costado.

—Díselo —le dijo entre dientes.

—Eh, eh —dijo Horvath tartamudeando. Los circuitos de la expresividad se le habían colapsado.

—Su Señoría —dijo Ron en voz alta, aún más alta y más aguda de lo que pretendía—. Me gustaría dirigirme al Tribunal sobre esta cuestión.

—No, no, señor Decker. Hablará a través del abogado de la defensa. Es su función.

—En ese caso, Su Señoría —dijo Ron lentamente—, me gustaría que constara que renuncio a la defensa del Sr. Horvath e invoco el derecho a comparecer en *propria persona*.

El juez dudó.

—¿No está satisfecho con el trabajo del señor Horvath?

—Esta no es la cuestión. Sencillamente quiero representarme yo mismo en esta vista. Y según la jurisprudencia, tengo pleno derecho a hacerlo, siempre que sea capaz de renunciar en plenas facultades a mi derecho a la defensa. Creo que el criterio en este sentido es que conozca los elementos del delito, la defensa y la pena. No es necesario que tenga formación jurídica. Los dos primeros son en este momento debatibles... Y la pena es evidente que la conozco perfectamente. —En cuanto empezó a hablar, la tensión desapareció y adquirió conciencia de que se expresaba con claridad. Se sorprendió a sí mismo.

—¿Quiere hacer algún comentario, Sr. Horvath?

—Ha sido una sorpresa. Yo... Lo he hecho lo mejor que he podido. No tengo ninguna objeción. El señor Decker no es en absoluto analfabeto y sabe lo que está en juego.

El juez miró al joven y moderno fiscal del distrito.

—¿Tiene el Pueblo algo que añadir?

El fiscal se levantó.

—El fiscal quisiera tener la garantía de que esta es una renuncia en sus plenas facultades. Y de que el acusado no se retractará después con una petición de *habeas corpus*, apelando a la invalidez de la renuncia.

—No creo que la transcripción refleje incompetencia —dijo el juez suavemente—. Si esta fuera una vista de una importancia crítica, en la que fuera imprescindible la formación jurídica, haría una consulta exhaustiva antes de permitir que el acusado abandonara la protección del abogado defensor. Pero, hasta donde tengo conocimiento, la jurisprudencia reconoce el pleno derecho a la autorepresentación, siempre que la renuncia se realice en plenas facultades. Y este acusado ha enumerado los criterios pertinentes. —El juez asintió con la cabeza, mirando a Ron—. Prosiga, señor Decker. Se puede representar usted mismo, siempre que mantenga el decoro.

Una vez autorizado, por un momento Ron fue incapaz de tomar la palabra. Había querido expresar su desprecio por aquella farsa judicial, pero la sensatez y la magnanimidad del juez le daban un hálito de esperanza. Quizá la decisión todavía no era irrevocable. Pero tampoco quería mostrar debilidad, no quería lloriquear. No se decantaría por ninguno de los extremos y ajustaría su intervención según la respuesta que obtuviera.

—Su Señoría, no cabe duda de que he vendido en mi vida gran cantidad de marihuana y de cocaína, pero esto solo significa que había mucha gente dispuesta a comprarla. De hecho, hay millones de personas en el mundo que no lo ven especialmente mal. Es un hecho sobradamente reconocido que consumir estas drogas

no es peor que fumar y resulta menos nocivo que el consumo de alcohol. Yo no me siento culpable por haber hecho lo que hice. No le hice daño a nadie. Que me pillaran fue... como cuando te cae un rayo. No es un acto de justicia ni un castigo, solo es la voluntad de Dios. Cuando entré en la cárcel tenía miedo, pero no esperaba que la cárcel me cambiara, ni para bien ni para mal. Pero después de un año he cambiado y ha sido un cambio para peor, al menos según los criterios de la sociedad. Si se quiere transformar a alguien en un ser humano digno, condenarlo a una pena de cárcel es como querer convertir a alguien al Islam y mandarlo a un monasterio trapense. Hace un año, la idea de causar daño físico a alguien, de herirlo gravemente, me producía repulsa. Pero después de vivir un año en un mundo en el que nadie dice nunca que matar esté mal, un lugar en el que prevalece la ley de la selva, me veo capaz de contemplar el ejercicio de la violencia sin perder siquiera la calma. La gente lleva miles de años matándose entre sí. Cuando yo vendía marihuana compartía básicamente los valores de esta sociedad, el bien y el mal, lo justo y lo injusto. Pero ahora, después de un año, y estoy siendo sincero, cuando leo que han matado a un policía me pongo del lado del asesino. Mis simpatías van cada vez más en esa dirección. Todavía no del todo, pero el proceso parece inevitable. Lo que intento decir es simplemente que si vuelvo a la cárcel no va a servir para nada. La cárcel es una fábrica que produce animales humanos. Lo más probable es que salgas peor de lo que entras. Tendré que cumplir por lo menos cinco años más para tener derecho a salir en libertad condicional. ¿Qué voy a hacer? A mí no me va a ayudar. No servirá para disuadir a nadie. Mire a su alrededor. Nadie se va a enterar, ¿cómo puede ser una medida disuasoria? No sé cómo seré después de pasar media docena de años en un manicomio. Y ya he perdido todo lo que tenía ahí afuera. Creo que ya he sufrido bastante castigo... —Su voz se fue apagando. Intentó encontrar más palabras, pero no lo consiguió—. Eso es todo —concluyó.

Cuando se sentó, acalorado y sin aliento por su locuacidad, el juez miró al fiscal del distrito y asintió con la cabeza.

—¿Quiere el Pueblo hacer algún comentario? —Mientras terminaba de formular la pregunta, sus ojos se desviaron hacia el reloj de la pared de enfrente. Casi dio la impresión de que era un gesto deliberado.

El fiscal se levantó, apartando la silla con las piernas, y siguió los ojos del juez con su mirada.

—Eh... El Pueblo, eh... coincide con el contenido de las cartas de las autoridades penitenciarias y presenta el caso para su decisión.

El juez volvió a mirar a Ron. La paciencia y la amabilidad le habían desaparecido del rostro, que parecía más severo. O quizá era que el timbre de su voz le daba a su rostro una apariencia de granito.

—Señor Decker, cuando usted compareció inicialmente ante este tribunal, se le condenó por un delito grave. Dada su juventud y su entorno familiar, quise dejar una puerta abierta y evitarle una larga pena de cárcel. Quería darle la oportunidad de que

viera lo que el futuro podía depararle y que hiciera lo mejor para usted. A juzgar por la información recibida de las autoridades penitenciarias, usted es un hombre peligroso. Si ya lo era antes de ingresar en prisión o si se ha transformado allí es irrelevante. Lo fundamental aquí no es si la prisión lo ayudará a usted o si su encarcelamiento tendrá un efecto disuasorio sobre otras personas. Lo principal es proteger a la sociedad. Cualquier persona capaz de matar a otra a sangre fría, y usted prácticamente ha admitido que sería capaz, no es apta para la vida en sociedad. Ahora sé que la sociedad estará protegida durante por lo menos cinco años. Pasado este tiempo, la junta decisoria en cuestiones de libertad condicional podrá autorizarlo a salir del centro, si así lo considera oportuno. Yo no voy a modificar la sentencia. Petición denegada.

—¡Pues jódete! —exclamó Ron a voz en grito, inesperadamente. Apenas se creía lo que acababa de decir—. ¡Que te den por el puto culo, viejo!

El alguacil le dio unos golpecitos en el brazo y lo tiró de la manga, y aquello detuvo sus exabruptos.

—Vigile —dijo el alguacil, con un tono de voz pausado, pero severo—. Es un magistrado.

—Sí, vale. —Ron ya se había levantado. Miró fugazmente el rostro estupefacto de Horvath. Avanzó por el pasillo y el alguacil fue a buscar las esposas. Al llegar a la puerta, se detuvo y tendió los brazos, mostrando las muñecas. El alguacil le apoyó la mano en el hombro y le indicó con la cabeza que se volviera. Como consecuencia de su arrebató, lo iban a esposar con las manos en la espalda, para que estuviera más indefenso. Se volvió y acató la orden, con un rastro de sonrisa mordaz en el rostro. Se preguntaba cuánto tardaría en volver a San Quintín.

* * *

El santuario del ala psiquiátrica también era una jaula dorada. Earl disfrutaba de su soledad, pero aquella inactividad también lo ponía nervioso. Ahora que ya no pendía sobre él la autoría del asesinato, estaba listo para volver a la sección B y someterse al castigo que quisieran imponerle las autoridades. Tenía que pasar por aquello antes de volver al patio grande. El tiempo pasado en el hospital no contaba en el cómputo del período de aislamiento. Y si seguía demasiado tiempo en aquel estado de «trastorno nervioso» lo mandarían al centro hospitalario penitenciario, donde podían administrarle electroshock, y ya volvían a circular rumores de posibles lobotomías. Prefería la barbarie chapada a la antigua de la sección B. Además, en los quince años que llevaba abierto el centro hospitalario penitenciario solo dos presos habían conseguido fugarse y ambos se la habían jugado, cortando los barrotes de la celda y saltando vallas dobles a la vista de las torres de vigilancia.

Siguió pensándose hasta que se enteró de que Ron había vuelto del juzgado y estaba ahora en la sección B. A la mañana siguiente le dijo al médico que ya se

encontraba mejor. Dutch y los demás auxiliares apuntaron en las tablas de seguimiento que sus delirios habían llegado a su fin. Al cabo de una semana, el médico le diagnosticó síndrome de Ganzer, una forma de psicosis que los reclusos conocían como el «síndrome de chirona». Le dieron el alta el lunes siguiente. Sabía que apenas tardarían unos minutos en firmarla y cuando lo fueron a buscar los guardas ya lo tenía todo preparado.

—Coge los bártulos, Copen —dijo uno—. Se acabaron las vacaciones.

Cuando abrieron la puerta de la sección B y lo asaltó el ruido y el hedor que emanaba del interior, le entraron náuseas. «A la mierda —se dijo estoicamente—. Hay que saber aceptar las pérdidas, porque sino las victorias no se disfrutan». Entró. Llevaba en la mano una funda de almohada con todas sus posesiones mundanas.

El fornido sargento encargado de la sección era un veterano que le tenía simpatía.

—¿Qué tal?

—Normal.

—Cuando te sacaron pensé que de aquella no salías.

—Si se la juego al Estado, que sea bien.

—Hay una celda libre en la tercera galería, cerca de tus amigos. Supongo que querrás estar ahí.

—¿Está Decker?

—A dos celdas de Bad Eye. Tú estarás enfrente. Estaréis todos cerca, podréis hablar.

—Que podremos gritar, querrás decir. —Earl inclinó la cabeza hacia las galerías, donde las voces formaban una algarabía incomprensible—. Salimos juntos a hacer ejercicio, ¿no?

—Estáis en el mismo programa, cada galería sale a la vez.

Como hicieron subir a Earl desde la entrada de la planta y después bajar por la tercera galería, no llegó a recorrer el pasillo y nadie se enteró de que había llegado. Al pasar, iba echando un vistazo al interior de las celdas, especialmente a las que estaban cerca de la suya, pero todo el mundo parecía estar durmiendo. El sargento abrió la cerradura con la enorme llave giratoria y al salir dejó caer la barra. En cuanto estuvo solo, tiró la funda de almohada en el colchón pelado que había en el suelo y miró a su alrededor. Una de las paredes estaba chamuscada y llena de burbujas por un incendio, pero el váter y el lavabo colgaban todavía de la pared; y el colchón y las mantas parecían más limpios de lo habitual. Empezó a poner sus cosas en su sitio. Aquella iba a ser su residencia durante mucho tiempo.

Hasta que no se moderó el huracán sonoro, a la hora del almuerzo, no informó de su presencia a Bad Eye y Ron. Y aún entonces tuvo que gritar y le fue imposible mantener una conversación de verdad. Agradecía que el médico le siguiera recetando Valium. Odiaba el ruido y aquello era el récord Guinness del caos veinticuatro horas al día. Nunca había un silencio total, aunque justo antes del amanecer solo quedaban dos o tres presos manteniendo conversaciones a gritos. Cada pocos meses alguien se

ahorcaba y la mitad de los residentes de la sección vivían al borde de la locura. Bad Eye llevaba allí nueve meses y esperaba que lo trasladaran a Folsom. Estaba enfadado con el mundo, destilaba odio. Se acordaba de los tiempos en que Bad Eye no era más que un gamberro; ahora la depravación y el mal habían permeado en él hasta la médula.

La sección B tenía un patio propio para los ejercicios al aire libre, que en realidad estaba fuera de los muros de San Quintín. Se había abierto una puerta en el último pabellón, que tenía vistas a la bahía. El hospital estaba al lado, en un recinto de cien metros de largo, con una valla rematada con alambre de espino. Al otro lado había una torre de vigilancia. Otro tirador se apostaba encima de la puerta del pabellón. De allí no salía nadie. Si no hubiera sido por un cabo que había a un kilómetro y medio de distancia y que ocultaba las vistas, se hubiera visto el Golden Gate y Alcatraz.

Cada galería tenía una categoría especial y salía por separado durante dos horas dos veces a la semana, por la mañana o por la tarde. La planta baja era el agujero, donde se cumplían sentencias breves de castigo. La mayoría volvía después al patio. La segunda galería estaba dedicada a los negros revolucionarios. En la tercera galería estaban los blancos y chicanos más combativos, la mayoría miembros de la Hermandad Blanca y la Hermandad Mexicana. La cuarta galería era una mezcla, y allí llegaban aquellos que habían incumplido las normas y no estaban afdiados a ningún grupo ni se los consideraba especialmente alborotadores. La quinta galería estaba dedicada a la protección y estaba llena de mariconas y soplones. Muy pocos ocupantes salían al patio a hacer ejercicio, porque en cuanto pasaban por delante de las demás celdas se llevaban insultos y escupitajos en la cara, y les tiraban pis y mierda.

La mayoría de los amigos de Earl estaban en la tercera galería. Algunos llevaban años allí y el primer día que salió al patio, una mañana fría y luminosa, una docena de amigos se abalanzaron sobre él en cuanto lo vieron. Hubo risas, abrazos, estrechones de mano, palmadas en la espalda. Bad Eye fue el más efusivo: estrujó a Earl en un abrazo de oso y lo levantó del suelo. Se marchaba a Folsom en el próximo autobús y estaba contento de poder despedirse de él en persona. Tenía ganas de marcharse y esperaba poder conseguir la condicional en un año o dos.

—Si me quedo aquí no saldré nunca. Necesito otro terreno de juego. Llevo tanto tiempo encerrado que veo una serpiente yendo a rastras y me parece que ha llegado alto. Mi cómplice lleva seis años fuera, el cabrón. Y eso que cuando nos pillaron a los dos él tenía cinco años más que yo.

Mientras duraron los rituales de camaradería, Ron Decker se mantuvo apartado de la multitud, con una leve sonrisa. Le gustaba ver a Earl tratar a la gente, disfrutaba sabiendo que cambiaba fácilmente de máscara y se adaptaba para darle a cada tipo de público lo que le pedía. Tampoco es que los manipulara; más bien los apreciaba y quería que se sintieran a gusto.

Pronto el grupo se disgregó. Bad Eye se fue a jugar a pelota mano en el patio

pequeño; la pareja ganadora jugaba contra todos los demás hasta que alguien los derrotaba. Los demás no tenían nada más importante que decir. Earl le dio una palmada en la espalda a uno y dijo que tenía que hablar de un tema con su socio, señalando a Ron con un gesto de la cabeza. Lo entendieron y lo aceptaron.

—Tío, siento lo del tribunal —dijo Earl, mientras se daban un abrazo. Era la primera vez que Ron hacía aquel gesto sin avergonzarse.

—Vaya coñazo —dijo Ron—. Pero qué se le va a hacer, joder.

—No lo hicimos lo mejor que pudimos.

—Mirando atrás, no hay nada de qué arrepentirse.

—No, ese gilipollas se lo merecía. Pero tú ahora estarías en Broadway y eso él no lo valía.

Ron se encogió de hombros. Ya no le dolía. La herida había cicatrizado y a veces notaba alguna molestia, pero no le dolía.

—Vamos a dar un paseo —dijo Earl.

De los cuarenta reclusos que habían salido al patio, casi todos estaban cerca del imponente pabellón que albergaba el frontón. El viento daba directamente sobre la valla del extremo y a veces la zarandeaba. En las aguas oscuras de la bahía se distinguían algunos toques de blanco. Ron llevaba un abrigo y se subió el cuello, pero Earl iba en mangas de camisa. Se metió las manos por dentro de la cinturilla y encorvó la espalda. Indicó con un movimiento de la cabeza que podían pasear junto a los veinte metros de valla.

—¿Qué te dijo tu madre? —preguntó Earl.

—No se lo podía creer. Y está dispuesta a arruinarse si va a servir de algo.

—¿Te han visto en el comité disciplinario?

—Ajá. Me han dicho que me pase aquí un año. Por Dios, esto es un manicomio. Nadie se creería que existe un sitio como este.

—Si encontrara la forma de salir, de salir de San Quintín, ¿estarías dispuesto a pirarte?

Ron se quedó pensativo unos segundos.

—Si encontraras la forma... No quiero esperar cinco años a la junta de la condicional. Y ni siquiera estoy seguro de que me dejen salir. ¿Sabes cómo hacerlo?

—No, ahora mismo no, pero ya encontraré algún agujero. Lo sé. El secreto para salir de este vertedero es darle muchas vueltas, pensarlo continuamente, ir observando. De momento sé lo que no funciona y todo lo que ha funcionado antes. Pero salir solo es una parte de la historia. Quedarse afuera y no volver a entrar no es fácil. Tendremos que tener adonde ir, y a alguien que nos ayude. Y habrá que salir del país. En este país todo el mundo está metido en el ordenador. Aquí un fugitivo solo puede vivir si hace de pastor en Montana o algo así. Joder, eso es peor que estar aquí en el patio!

—Si salimos, yo puedo conseguir ayuda. Mi madre... Y también conozco a gente en las montañas de México, en Sinaloa, que están metidos en historias. Tienen todas

las armas en las montañas. Ahí las autoridades no se meten ni con un batallón. Y también conozco a gente en Costa Rica. Si consigues que salgamos...

Se detuvieron en una esquina de la valla y contemplaron la vista. La luz del sol, parcialmente oculta por un tapiz nuboso, oscilaba sobre la cima de las colinas verdes de Marín. Entre dos de aquellas colinas había una autopista con una leve inclinación, donde infinidad de parabrisas centelleaban como joyas.

—Sí —dijo Ron—. Este sitio me ha cambiado y algunos de los cambios me gustan. Pero si me paso muchos años aquí dentro ya no me gustarán tanto.

Earl le dio una palmada en la espalda.

—Sí, empezarás a hacerte pajas delante de tíos con el culo gordo. —Soltó una sonora carcajada, mientras Ron torcía el gesto y negaba con la cabeza.

Bad Eye captó su atención. Llamaba a Earl y le indicaba con la mano que fuera a jugar a pelota mano. Empezaba otra ronda. Earl levantó la mano y le indicó con un gesto que esperara.

—Mejor me voy. Ya sabes lo sensible que es. De todos modos, está clarísimo que de aquí, del agujero, no se puede salir. Aunque hace unos años hubo un par de idiotas que se arriesgaron y lo consiguieron.

—¿De la sección B?

—Sí, cortaron los barrotes de las celdas y de la puerta del pabellón, y nadie los vio. Ni el agente armado del bloque, ni el de la torre de afuera, nadie. Claro que en cuanto empezaron a hacer el imbécil por ahí fuera los pillaron a la de tres. Así que nada, aquí estaremos, tranquilos, cumpliendo el aislamiento, y luego ya saldremos al patio. Aquí hay que tener paciencia, aunque tampoco hay que pasarse. Cuando se tiene que actuar, se actúa.

—Sí, es verdad. Ya me he dado cuenta —dijo Ron—. Cuando se llevan aquí unos años invertidos, la gente tiene miedo de moverse. Y aunque no se tenga miedo, hay una especie de inercia que cuesta resistir.

Bad Eye se había apartado cinco metros de los espectadores del campo y los llamaba a gritos y gesticulaba.

—Venga, ve —dijo Ron—. Pero no sé por qué te quiere, con lo mal que juegas.

—Muérete —dijo Earl. Le habría apetecido hacer el bobo y pegarle un par de guantazos amistosos, pero también era consciente de que había tiradores en los dos extremos del patio. Aquel tipo de contacto físico estaba prohibido y las peleas se separaban a balazos, y a veces los guardas no hacían distinciones. De camino al campo, a paso ligero y haciendo la payasada de saltarse un paso de vez en cuando, pensó en lo que había dicho Ron sobre los efectos transformadores de San Quintín. Él ya estaba irremediabilmente impedido, pero Ron no. Era importante que no cumpliera una larga condena.

—Somos los siguientes —dijo Bad Eye—. ¿Quieres jugar delante o detrás?

—Delante. Detrás no sé.

Dos chicanos de la Hermandad Mexicana, los dos amigos de Earl, habían ganado

la última partida; esperaban con las camisetas empapadas en sudor.

—Sí, hombre, viejo —gritó uno—. Tú no sabes jugar ni delante ni detrás.

Earl se quitaba la camiseta.

—Igual este viejo cascarrabias te echa del campo y tienes que salir de aquí con tu carnet mexicano en la boca.

Le prestaron un pañuelo rojo y se envolvió con él la mano, a modo de guante.

Earl y Bad Eye perdieron, pero fue un partido reñido y hubieran ganado, de no ser porque Earl se quedó sin resuello mucho antes de terminar. La estancia en la celda de aislamiento y la inactividad en el pabellón psiquiátrico lo habían afectado.

Se estaba recuperando cuando se abrió la puerta metálica y apareció un guarda golpeando las llaves contra la puerta, para indicar que ya era la hora de volver a las celdas. Los presos formaron una fila desordenada y entraron lentamente en el pabellón. En el interior los esperaba media docena de guardas en fila. Los cacheaban a todos para evitar que entraran con algún arma que alguien hubiera podido tirar desde las ventanas del hospital.

* * *

Earl y Ron se adaptaron a los hábitos de la sección B. Bad Eye estuvo en la celda adyacente hasta que lo trasladaron —pese a los tres guardas que lo escoltaron a su salida, durante el recorrido por la galería se detuvo para dar la mano a todos sus amigos—. Cuando se marchó, Earl ocupó su celda y así la mayor parte del tiempo podían hablar sin gritar. Cuando les abrían para salir a hacer ejercicio estaban muy cerca de la escalera y así llegaban los primeros al patio y al frontón. Earl convenció a Ron para que jugara y siempre jugaban el primer partido, que durante el primer mes perdieron invariablemente, pero a partir de entonces empezaron a ganar por lo menos la mitad de los partidos.

Jugaban hasta que alguien los derrotaba y después daban un paseo y charlaban hasta que los volvían a llamar a las celdas. Aunque todavía no habían encontrado una estrategia de fuga, hablaban de lo que harían al salir. Ron aseguraba que su madre les proporcionaría un refugio, dinero y transporte para salir del país, pero Earl quería cometer un par de atracos, para poder ser independientes. Conocía dos bancos perfectos para un golpe y tenía una estrategia sencilla para el atraco a mano armada, que no necesitaba planificación y que había salido bien en otras ocasiones.

—Es tan fácil como robar una licorería, pero nunca te saldrá un gilipollas de la trastienda con una escopeta a reventarte la cabeza. Vas a una joyería de alta gama, no cualquier sitio de tres al cuarto, sino alguna tipo Tiffany o Van Cleef. Entras y pides que te enseñen unos Patek Philippe o diamantes de dos quilates sin engarzar. Cuando te los traen, te abres el abrigo y les enseñas la culata de la pistola. Trabajas solo, sin mucha planificación, y te llevas una docena de relojes de dos mil pavos cada uno. Es un golpe perfecto.

—Eso no hace ninguna falta —objetó Ron, alzando la voz. Se exasperaba y se preguntaba si Earl estaba obsesionado con correr riesgos que podían llevarlo de nuevo a la prisión.

—A ti no te hace ninguna falta. Y a lo mejor a mí tampoco. Pero yo no tengo ningún apoyo. Solo me tengo a mí.

—Vale, vale... Ya veremos qué pasa cuando salgamos. Si es que salimos.

—Confía un poco en mí, chaval.

—Dame motivos.

El secretario de la sección B pasó a otro pabellón y le dieron el trabajo a Earl. Estaba fuera de la celda desde las siete de la mañana hasta última hora de la tarde. Pasaba a máquina documentos oficiales y organizaba las galerías. Cuando se requisaba droga en el patio, siempre se llevaba algo, daba igual quién la incautase. Otra semana se valió de su influencia para que asignaran a Ron el puesto de barbero de la sección B. Los primeros días la cosa fue delicada, porque Ron apenas distinguía las cuchillas de la máquina cortapelo de las tijeras, y los veteranos simplemente se negaron a que les cortara el pelo hasta que practicara con los presos en protección de la quinta planta. De la necesidad se hace virtud y al cabo de una semana era capaz de cortar el pelo con una técnica más que aceptable.

* * *

A medida que avanzaba el invierno, dos acontecimientos interrumpieron la rutina. En febrero, Earl estaba un día cerca de la puerta del patio cuando salió la segunda galería, ocupada por los negros más combativos. Ya no extremaba la prudencia, como era habitual en él, porque hacía casi dos años que no había conflictos raciales y se llevaba bien con varios negros de la galería. Pero aquel día, de pronto, un recluso se apartó de la fila y se abalanzó sobre él para clavarle un muelle de colchón afilado. Era un arma rudimentaria, con la forma de un picahielos, pero no tan recta ni puntiaguda. Si se la hubiera clavado en el vientre, le podría haber hecho bastante daño, pero lo atacó desde arriba y le alcanzó el brazo. De entrada le perforó el bíceps y, al apartarse y echar a correr, se lo clavó también por encima del omoplato, hasta topar con el hueso. La agresión le causó varias heridas superficiales. Al advertir aquellos rápidos movimientos, los tiradores tocaron el silbato y soltaron una bala que sonó como un cañón dentro del edificio. En seguida rodearon al recluso negro.

Sentado en la camilla del hospital, mientras le vertían agua oxigenada en las heridas, Earl le dijo al Capitán Medianoche que no tenía nada que decir respecto a nada ni nadie. Otros negros le contaron que el agresor estaba desquiciado y que pensaba que los blancos le querían meter una radio en la cabeza. Cuando llegó la noticia de que en el patio la Hermandad Blanca tenía previsto vengarse y apuñalar indiscriminadamente a cualquier negro, Earl le envió a T. J. un largo escrito diciéndole que si cometían aquella estupidez les retiraba la palabra, que solo

conseguirían iniciar sin necesidad un conflicto racial y que el responsable de la agresión había sido un loco. Ni siquiera Earl se iba a vengar, porque estaba loco. No llegó a añadir que nunca había aprobado los enfrentamientos raciales, y que cuando aceptaba que la lucha era necesaria para la supervivencia, porque el otro bando había declarado la guerra, seguía desaprobando el asesinato indiscriminado de personas simplemente porque pasaran por allí. Ciertamente, era algo que hacían los dos bandos y las víctimas acababan siendo quienes no tomaban partido; los más implicados en el conflicto tenían cuidado y evitaban las situaciones peligrosas.

Durante varios días, los negros de la sección B estuvieron especialmente cautelosos, porque sabían a quién apuntarían los tiradores si había disturbios. Tampoco se fiaban de Earl, que fue a ver al imán negro a su celda y le dijo que el incidente no tendría consecuencias. Finalmente, la tensión se alivió y solo quedó el nivel de paranoia habitual. De esta forma Earl se ganó el respeto de algunos líderes negros. Sabían que si estallaba la guerra lucharía en el bando blanco, pero que no era un instigador.

El segundo incidente importante fue la jubilación de Stoneface y la llegada de un nuevo director adjunto, «Tex» Waco, que provenía de Soledad. Cuando le dieron la noticia, Earl chasqueó los dedos y se puso a bailar. Ron, que estaba sentado en la silla de barbero, le preguntó qué sucedía.

—A ver, colega —dijo en un fuerte acento sureño, que transformaba cada frase en una pregunta—. ¿Conoces al nuevo director adjunto? ¿Sabes que cuando era un novato, y estudiaba en la Universidad de Berkeley, este viejo le escribió unos cuantos trabajos de clase? —Abandonó la imitación—. O sea que con este tío tengo mucho ganado.

—¿Crees que nos va a servir para fugarnos?

—¡No! Vaya listillo. Pero te juro que este menda sale del agujero en dos meses. Y tú, si quieres salir, ya te puedes portar bien.

Earl dio un salto, le hizo a Ron una llave con el brazo y le restregó los nudillos por la cabeza.

—¿Qué, una peleíta?

—Va —objetó Ron. Aquellos juegos no le gustaban nada—. Deja de hacer el idiota y a ver si encuentras la manera de salir.

Era justamente lo que Earl buscaba y con ese fin no dejaba de explotar sus conocimientos sobre San Quintín. Anticipándose al hallazgo de la solución, se dejó el pelo largo. Cuando se escaparan, su cabeza afeitada llamaría la atención. Entonces descubrió que tenía las patillas totalmente grises.

El teniente Seeman también tenía influencia sobre el nuevo director adjunto, porque había sido su superior cuando Waco era solo un guarda de a pie. El nuevo director adjunto accedió a revisar los expedientes de Earl y de Ron en cuanto se instalara en el puesto.

Tardó un mes. Por un error administrativo, a Ron lo cambiaron de pabellón un día

antes que a Earl.

Con la ropa de cama bajo un brazo y una caja de zapatos con sus objetos personales bajo el otro, Earl Copen salió de la rotonda del pabellón Sur. En el patio grande lo esperaba una docena de amigos, pero los más allegados ya no estaban. No solo se había marchado Bad Eye, sino también Paul Adams, a quien habían trasladado al campo de trabajo, y a Bird lo habían requerido en otro estado en el que tenía una orden de detención. Pero T. J. Wilkes estaba allí, sonriente como una calabaza de Halloween (incluidos los dientes de menos), abriendo los brazos con tal fuerza que la sudadera se le quedaba pequeña. Vito también estaba por ahí y le cogió a Earl la ropa de cama para que T. J. pudiera darle un abrazo y una palmada en la espalda.

—Ay, viejo —dijo T. J.—. Estaba sin dormir, pensando que no te soltaban.

—Tenía miedo de salir. Madre mía, por aquí hay mucho tipo duro.

—Tío, yo no voy a dejar que nadie te moleste. Solo yo. —Le pasó el brazo por los hombros y le agarró el trasero—. Todavía bien duro.

—Cuidado con las almorranas, chaval. Y un poquito de respeto. Desde que Paul se piró, ahora soy el viejo del lugar.

Los que se habían reunido a su alrededor se rieron. Baby Boy le dio la mano y una palmada en la espalda. Como siempre, era el menos efusivo de todos.

—¿Necesitas algo? —preguntó—. Tengo una tarjeta entera para la tienda.

—No hace falta. Gracias, colega.

A continuación Vito le dio la mano al estilo de la hermandad, entrelazando los pulgares y formando dos puños.

—Tengo una papelina para ti —dijo en voz baja.

—Eso suena de puta madre.

TJ. le pasó el brazo por encima del hombro a un recluso delgado y con la mandíbula cuadrada que Earl no conocía.

—Este chico es paisano mío —dijo T. J.—. Se llama Wayne.

—Hablamos alguna vez por el meadero —dijo Earl, mientras chocaba el puño con Wayne. Sabía que lo habían condenado por matar a un negro con un hacha durante un enfrentamiento racial en Soledad, y también sabía que había entrado en prisión por un delito que no había cometido. Un vendedor de coches identificó a Wayne como el comprador de un vehículo utilizado en un robo. En realidad el que había comprado el coche y cometido el delito había sido el hermano de Wayne.

Gracias a un error judicial, Wayne había conseguido perpetrar un asesinato y acabar condenado a cadena perpetua.

—Ronnie está trabajando —dijo Baby Boy, al advertir la mirada inquieta de Earl—. Lo han metido en la fábrica textil.

—¡Mierda! —exclamó Earl. Le fastidiaba, pero estaba seguro de poderle conseguir a su amigo un trabajo mejor.

—¿A ti dónde te han colocado?

—¡Hostia! ¿No sabes que yo no trabajo con nadie que no sea el bueno de Seeman?

—Ya tiene secretario.

—Bueno, pues yo soy su secretario extraoficial.

—No sé qué quiere decir eso —apuntó T. J.—, pero suena de puta madre.

—¿Cuándo vuelves al bloque Norte? —preguntó Vito. Era una pregunta burlona. Según la normativa, hacía falta un año de buena conducta.

—Tardaré un par de semanas —repuso Earl, con un guiño exagerado.— Pero eso sí, yo tengo una celda para mí solo, aunque sea en el gueto y con toda la chusma.

—Te llevamos los bártulos al gueto —dijo T. J., cogiéndole la ropa a Vito—. Tú no puedes entrar. No vives allí.

Mientras cruzaban el patio, en dirección a la puerta del bloque Este, T. J. le contó que la junta lo había autorizado a salir en libertad condicional a los seis meses, pero solo se lo había explicado a sus amigos más íntimos. Cuando alguien tenía una fecha para salir en libertad condicional estaba en una situación vulnerable. Sus enemigos esperaban ansiosamente a que hiciera algo y le retiraran la condicional. Ya los demás se les podía ocurrir alguna estrategia para aprovecharse de él de alguna forma, porque era evidente que no quería perder la posibilidad de salir. T. J. quería saber si Ron le podía pasar contactos del otro lado de la frontera, para poder empezar a traficar con droga a cierto nivel.

—No te lo vas a creer, pero en Fresno se puede ganar mucho dinero. Y tengo que dejar de robar a la gente. La puta junta me ha dicho que si me pillan con otro robo van a por mí. Con los robos van en serio.

—Y con el tráfico de drogas también.

—Sí, ya lo sé. Me pondría a trabajar, pero ya sabes que soy un vago. La verdad es que aquí consiguen que te vuelvas todavía más vago. Hostia, cuando yo era chaval, me ponía a recoger algodón y...

—¡No me vengas con trolas! Joder, cuando alguien te escucha cinco minutos, ya empiezas a contar mentiras. Has hablado demasiado con Paul.

TJ. lo miró con la boca abierta y los ojos como platos, con una expresión paródica de inocencia. Entonces se puso serio.

—¿Por qué no hablas con él? Si pudiera traficar durante seis meses, me compraría una coctelería y me retiraría.

—Ya se lo comento. ¿Vas a tener pasta para invertir o necesitas un adelanto?

—Podría montar un robo, solo uno.

Llegaban a la cuarta galería cuando oyeron que se abría una barra de seguridad y se interrumpió la conversación. Un guarda llegaba por la galería con la llave giratoria, para abrirle la puerta de la celda. El suelo estaba sucio y habían arrancado los tubos fluorescentes para ponerlos en otra celda. Aparte de aquello, el espacio estaba en buenas condiciones. Earl metió el material detrás del jergón, donde no lo pudieran encontrar. El guarda cerró la puerta, bajó la barra de seguridad y los dejó allí.

Cuando salieron del pabellón, Earl decidió ir a la oficina del patio. T. J. lo acompañó hasta la puerta del patio y después volvió a bajar para ir al gimnasio. Earl estaba a gusto, paseando entre la biblioteca y el aulario. Había pasado la hora de calor y el ambiente era fresco. Después de estar en el agujero, ir al edificio principal de la prisión era como salir a la calle; lo vivía con la misma alegría.

* * *

Al cabo de una semana, el cura católico necesitó un secretario. El veterano que se encargaba del puesto siempre había sido de fiar, pero una noche se lo llevaron en secreto para testificar ante un jurado acerca de una matanza de la Hermandad Mexicana. El rumor se extendió rápidamente, pero él siguió con sus hábitos, como un tonto. Al día siguiente, a media tarde, mientras el cura visitaba el corredor de la muerte, un par de chicanos se colaron en la oficina de la capilla con unos cuchillos y lo trincharon. Milagrosamente, la víctima se salvó, a pesar de haber recibido treinta heridas de arma blanca. Nunca se lo volvió a ver en San Quintín (y tampoco testificó en el juicio).

Ron Decker ocupó entonces el puesto. Había hablado muchas veces con el cura en la época en que sacaba libros de la biblioteca, antes del apuñalamiento de Buck Rowan, y el teniente Seeman, que era un devoto católico, lo recomendó. Ron estaba contento de escaparse de la fábrica de algodón: todos los días volvía a la celda con pelusa de algodón en la ropa y el pelo, y el rítmico runrún de los telares resonándole en la cabeza. Pero en realidad lo que quería era escaparse de San Quintín. Earl le había inculcado la idea, que había cobrado fuerza en su interior hasta imponerse sobre todo lo demás. Consiguió pasar a escondidas una carta para su madre, y en su respuesta su madre aludía vela-damente al asunto y le decía que siempre que la necesitara, allí estaría ella. Los iba a esconder y a ayudar a salir del país, costara lo que costara. Aquella carta avivó como la gasolina el ferviente deseo de Ron. Y como ya había arreglado la cuestión fundamental de la ayuda en el exterior, no tenía reparo en perseguir y presionar a Earl para que encontrara la mejor forma de fugarse. Cuando Earl le preguntó si quería volver a trasladarse al pabellón Norte, le respondió que por el momento le parecía bien, pero que lo que realmente quería era irse a vivir a México.

En cuanto a Earl, cuantas más vueltas le daba y más reflexionaba, más seguro

estaba de que necesitaban un camión. Las demás ideas las descartó. Le hubiera gustado poder usar el camión de la lavandería, una estrategia que se había utilizado quince años atrás y que las autoridades nunca llegaron a destapar. El encargado de la lavandería siempre vigilaba la carga de los fardos de ropa del personal libre. Luego llevaba el camión a la puerta de seguridad y le daban la autorización. Pero había un margen de treinta segundos. Después de llenar el camión en la entrada de vehículos, el encargado lo dejaba cerrado y salía andando por una puerta para peatones. Entonces subía al camión. Aquel trayecto de cinco metros daba tiempo suficiente para esconderse debajo de los bultos que salían de la cárcel. Era un plan que requería la colaboración del preso que se encargaba de conducir el camión. Y cuando Earl miró quién era descubrió que, para su desgracia, se sospechaba que era un soplón. Contempló la posibilidad de librarse de él atizándole un golpe en la cabeza con una tubería, algo que lo dejara herido, pero no muerto. Pero lo descartó porque nadie sabía a quién le iba a tocar el trabajo y además no quería meter en líos a sus amigos.

También se podían utilizar tanques de gasolina y sillones huecos. Los primeros se podían fabricar en el taller de metalurgia y los segundos, en el de tapizado. Era una estrategia que podía funcionar, sobre todo en el caso del tanque de gasolina con fondo falso, pero solo servía para una persona.

Los camiones más fáciles de utilizar eran los que salían cargados de productos de las fábricas, básicamente muebles. Siempre había un guarda junto al muelle de carga, vigilándolo todo y después cerrando el camión. Era un buen procedimiento de seguridad. Si se seguía diligentemente, nadie podía colarse en un camión y pasar al otro lado del muro. Pero el fallo estaba en la naturaleza humana. Después de meses o años de procedimientos rutinarios y sin incidentes —¿había algo más aburrido que vigilar la carga de camiones, además de pasarse la noche sentado en la sala oscura de una torre vigilando una pared?—, cualquier guarda perdía la concentración y a muchos se los podía distraer durante unos segundos, los necesarios para colarse en el camión. Earl conocía dos fugas exitosas de San Quintín justo con aquella estrategia. Por supuesto, una y otra se habían emprendido con una separación de varios años, porque en cuanto había una fuga, se reforzaba la seguridad y se mantenían unos procedimientos más estrictos durante un año o dos. Habían pasado ocho años desde la última vez. Además de tener un porcentaje de éxito formidable, aquella estrategia concreta no exigía ningún compromiso hasta el momento de la fuga. El guarda se volvía o no se volvía. Era algo muy diferente de cortar los barrotes de la celda o cavar un túnel, estrategias que requerían el compromiso de su ejecutor desde que la sierra hacía la primera muesca. Además, cavar un túnel era imposible, porque la cárcel se había edificado sobre cimientos y bajo tierra los muros tenían una extensión equivalente a la que tenían en la superficie.

Para utilizar los camiones de la zona industrial había un obstáculo infranqueable: era imposible acceder a ellos. Incluso a Earl se le impedía la entrada si no tenía autorización o el guarda que vigilaba la puerta recibía una llamada al respecto. Ni

siquiera los trabajadores podían pasearse día tras día por el muelle de carga. Muy pocos presos —los que trabajaban en el propio muelle y, quizá, los del almacén— podían quedarse por allí rondando, esperando una oportunidad. Intentar que lo trasladaran a él, Earl Copen, a la fábrica de muebles, y precisamente al muelle de carga, era como anunciar sus planes en el *San Quentin News*. Y luego Ron también tendría que encontrar un puesto allí... ¡Mierda! Aunque fuera posible, aquella oportunidad tardaría meses en presentarse y Earl vivía con demasiadas comodidades. No iba a renunciar a ellas a cambio de jornadas llenas de ampollas, heridas de astillas y dolor de espalda.

* * *

Si Earl ya vivía cómodamente, según criterios penitenciarios, una tarde sucedió un acontecimiento que le auguraba un futuro todavía más cómodo. Cruzaba los jardines, en dirección a la capilla, cuando Tex Waco salió de la oficina de detención. El nuevo director adjunto era tan rollizo como Stoneface había sido cadavérico. Tenía sobrepeso, igual que la última vez que lo había visto Earl, pero ahora tenía menos pelo y lo llevaba más largo, al estilo moderno. Si en otro tiempo había llevado uniformes con parches y zapatos remendados, ahora iba vestido más a la moda que cualquier otro funcionario. Era algo que los presos comentaban; en conjunto, alguien que vestía bien tenía más puntos. Al verlo, Earl lo saludó con la cabeza y sonrió. ¿Por qué no? Lo conocía desde hacía doce años. Incluso lo había cubierto una vez un día de Año Nuevo en el que había llegado a trabajar haciendo eses, con el aliento oliendo a ginebra y el termo lleno de *whisky* para su hombre de confianza (tardó un tiempo en comprender que no podía confiar en los presos ni permitirse ser «demasiado bueno», porque lo acabarían traicionando). El día de Año Nuevo había un espectáculo de variedades en el comedor. Casi todos los clubes nocturnos de la zona de la Bahía hacían algún número. Los presos que no iban podían ver un partido en el gimnasio y los pocos que no querían hacer ninguna de las dos cosas tenían que quedarse metidos en la celda. Las galerías estaban vacías. Earl trabajaba de secretario en el pabellón Sur y Seeman era el sargento responsable. Aquel día, el oficial del correccional, Tex Waco, se había metido de extranjís en el almacén para dormir la borrachera en un colchón. Cuando llegó un teniente preguntando por él, Earl le mintió y le dijo que Waco estaba en la quinta galería registrando una celda. El teniente insistió en que quería hablar con él, así que Earl voluntariamente lo fue a buscar, lo despertó y lo espabiló. El teniente resopló y lo fulminó con la mirada, pero nadie dijo nada. Y Waco tampoco lo mencionó nunca. Había subido rápidamente en el escalafón, pasando de una institución a otra, y ahora era el director adjunto del centro en el que había empezado. Reconoció a Earl y le hizo un gesto para que se acercara.

—¿Todavía por aquí? ¿Cuándo dejaremos de verte aquí dentro? —preguntó.

—Cuando dejen de pillarme.

Tex Waco negó con la cabeza y se rio entre dientes.

—Mi secretario sale en libertad condicional dentro de cuatro meses. Si quieres el puesto, es tuyo.

Cuando Earl le mencionó la oferta a Seeman, que seguía teniendo en la oficina a un buen secretario y por lo tanto Earl en realidad no trabajaba, el teniente le dijo que aceptara el trabajo.

—Qué demonios —dijo, sonriente—, necesito a algún amigo que se mueva por las altas esferas. Y a lo mejor así podrías salir en unos años, incluso después de aquel desafortunado incidente.

Earl quería el puesto. Sabía que Waco era un ejecutivo que no sabía redactar y que necesitaba escribir continuamente informes, memorándums y documentos administrativos. El director adjunto dependería de su secretario. Earl podía asumir perfectamente su trabajo, como había hecho años atrás con sus trabajos de la universidad, y así accedería también a parte de su poder. Incluso en la época de Stone-face, los tenientes trataban al secretario del director adjunto con respeto y los guardas de rango inferior que no querían pasar un año haciendo el turno de madrugada en un poste del muro hasta lo trataban con deferencia. El secretario podía conseguir un cambio de celda simplemente pidiéndole al sargento de control que le hiciera el favor. Con una docena de favores a la semana, a cambio de cinco cartones cada uno, tendría unos buenos ingresos. La asignación de puestos de trabajo todavía era más fácil de conseguir. Y tampoco era imposible conseguir un traslado a una prisión de mínima seguridad o a un campo de trabajo. Waco era campechano, no era tonto y se lo podía manipular. Earl sería sin duda el rey del mambo. Podría tratar con condescendencia al teniente Hodges, el Cristiano, y al Capitán Medianoche, el racista encubierto. Normalmente los secretarios que tenían tanta proximidad con los altos oficiales eran sospechosos para los presos del patio. Podían pedir favores o pagar por ellos y aunque un simple puesto de trabajo no basta para definir a un hombre, normalmente pendía de ellos un interrogante. Earl no tendría ese problema, salvo con los nuevos y los idiotas. Sus amigos formaban la banda blanca más célebre de San Quintín, conocía a los líderes chica-nos desde el reformatorio y los negros más duros lo respetaban. Toda la cárcel sería suya. No era una victoria ni más ni menos exigua que cualquier otra, sobre todo si se tiene en cuenta que todo es vanidad, o eso dice el Eclesiastés (sic). ¿Y qué había dicho el Satán de Milton cuando Dios lo arrojó de los cielos y lo lanzó al abismo? Algo así como que mejor reinar en el lodo que servir en el cielo.

Pero cuando Ron se enteró, expresó su desprecio con una onomatopeya flatulenta.

—Pero, Earl, colega —le reprochó—. Vamonos ya.

—Nos iremos. Le estoy dando vueltas. Joder, tío. ¿Qué quieres, que vaya a darle una patada a la puerta y le diga al tío «¡nos vamos, gilipollas!»? ¿Es eso, no?

—No te rías de mí y menos imitando a un cantante de *country*. Tú eres el que dijo que la gente cuando llega se quiere fugar, pero después coge hábitos, se adapta, y

pierde el impulso. Están tan cómodos que no quieren montar el plan, que no quieren correr riesgos. —Ron sacudía la cabeza para enfatizar sus palabras—. Yo no voy a permitir que eso me pase. Y tampoco voy a dejarte descansar hasta que estemos tomándonos un Margarita en Culiacán.

—¡Joder, he criado un monstruo! A lo mejor podríamos conseguir que nos citaran en otra cárcel del condado, un sitio pequeño. La idea es llevarnos todo el material de aquí: las llaves de las esposas, sierras, todo entre las suelas de los zapatos. Nos lo pueden hacer en el taller de zapatería.

—¿Conoces a alguien que nos lo pueda apañar?

—Así, a bote pronto, no.

—Los principios y las teorías son maravillosos. Me parece bien lo del camión. Me parece bien lo que acabas de decir. Pero pongamos en práctica la teoría, ¿lo pillas o no?

Earl suspiró.

—Sí, lo pillo. Oye, ¿y por qué no encuentras tú la estrategia?

—Ya me gustaría, pero yo no soy el que ha nacido aquí.

—Gracias, cabrón. Listillo.

Se sonrieron.

* * *

Tuvo la revelación dos noches después, sumido en el estado de somnolencia de la heroína. Estaba tumbado boca arriba, desnudo, tapado con una sábana, con un cigarrillo en una mano y rascándose el vello púbico indolentemente con la otra, saboreando la máxima expresión de la euforia. No pensaba realmente en nada, solo contemplaba imágenes de los acontecimientos del día que flotaban en su mente. Big Rand miraba por la ventana de la oficina del patio y le había dicho que le gustaría soltar a la panda de negros alborotadores dentro de un camión de basura. Earl le había respondido con un gruñido y había mirado también por la ventana. Vio el enorme camión de la basura, un vehículo de los nuevos. Estaba parado delante del aulario. Los basureros vaciaban los cubos de basura en el interior. El guarda estaba sentado en la cabina del vehículo de morro chato. Earl ya se había planteado aquella posibilidad, pero la había descartado por la misma razón por la que el guarda podía ir sentado en la cabina y no vigilaba la carga desde abajo. Con los camiones antiguos sí que había doble vigilancia, se hacían comprobaciones en la puerta de seguridad y además se vigilaba la carga de basura, pero el camión nuevo se vigilaba solo. Cualquiera que entrara en el camión cometía un suicidio: la trituradora que había en el interior ejercía una presión de varias toneladas. Earl no sabía cuántas, pero seguramente suficientes para convertir a cualquiera en papilla.

Excepto...

Si...

El corazón le latió al ritmo de la excitación de su pensamiento. Intentó calmarse contemplando la noche y las luces que centelleaban en las colinas al otro lado de la Bahía. Parecía tan fácil que el péndulo de la duda basculó inexorablemente sobre la certeza. Pero la duda no tenía hechos en los que apoyarse, mientras que su inspiración parecía estar totalmente basada en hechos. Silenció sin piedad su entusiasmo y controló el impulso de despertar a Ron y contárselo a primera hora de la mañana, en cuanto abrieran las celdas. Primero haría las comprobaciones oportunas.

Estaba demasiado nervioso para poder dormir, y se sentía tan bien por los efectos de la droga que se puso a fumar un cigarrillo tras otro hasta que se le volvió la boca áspera. Estaba a punto de amanecer cuando se quedó dormido, sin quererlo. Y soñó que se escapaba de Alcatraz, o lo intentaba. Corría arriba y abajo por la orilla, y por algún motivo era incapaz de tirarse al agua y salir nadando hacia la libertad.

* * *

Cuando se despertó, las puertas de las celdas estaban abiertas y todo el mundo se había ido al comedor. Se vistió rápidamente, sin detenerse a lavarse el pelo y peinarse. Quería llegar al comedor antes de que cerraran.

Un guarda estaba a punto de cerrar la puerta metálica, pero se detuvo al oír a Earl. Una vez dentro, siguió la cola, pero en cuanto llegó a la mesa dejó allí la bandeja y regresó por el pasillo hasta la cocina. Era una zona prohibida, pero había presos trabajando de cocineros y lavaplatos, además de otros trabajadores, y entre todos lo cubrían. Los empleados libres ni siquiera lo miraron. Era otro recluso más. Dio la vuelta a las enormes cubas, pasó de puntillas sobre el suelo jabonoso y giró por un pasillo muy corto que terminaba en una puerta doble alambrada. Era la sala donde se preparaban las verduras. La atmósfera estaba cargada, olía a patatas peladas en remojo, zanahoria rallada y cebollas. Cuando Earl entró, había una docena de chicanos pelando mazorcas de maíz, hablando en español y escuchando música mexicana en un transistor. Era un grupo de braceros que no hablaba inglés. Siempre iban juntos para apoyarse mutuamente y aquella sala era su dominio. Cuando uno se iba, lo sustituía algún hermano. Miraron a Earl, impertérritos, con una expresión ni inquisitiva ni hostil. Earl les indicó con un gesto que no quería nada de ellos y se fue hacia el portalón doble que había en la parte de atrás. Se aseguró de que estaba abierto y echó un vistazo a través del alambre al pequeño patio de detrás de la cocina. Era la zona de carga de los camiones. Había cajas vacías apiladas contra una pared, al lado de latas vacías de leche. Dos presos, con botas altas y gruesos guantes y delantales de goma, lavaban los cubos de basura con una manguera de vapor. Se accedía al pequeño patio por un camino en pendiente que pasaba por debajo de un arco excavado en una pared. Al otro lado de aquel muro estaba el patio de abajo. En lo alto había una torre con un guarda. Era la primera parada que hacía el camión de la basura todas las mañanas, el comienzo de la ruta, y Earl sabía también que era el

punto más aislado. Era el mejor lugar para confirmar su intuición. Y si estaba en lo cierto, sería el mejor lugar para jugársela.

Un cuarto de hora después apareció el camión en lo alto de la rampa y llegó con su morro plano a ras de suelo. Dio la vuelta y entró con marcha atrás en el muelle de carga, a tres metros de la puerta de la sala donde cortaban las verduras. Allí estaban los cubos. Dos presos bajaron de la parte de atrás del camión y empezaron a volcarlos. El guarda se quedó en la cabina. El conductor esperó a que un basurero le hiciera una señal y entonces accionó una palanca. El compresor chirriaba al triturar la basura.

Earl pegó un salto y chasqueó los dedos. Funcionaría. «¡Joder, va a funcionar!», se dijo, y la verdad es que estaba algo mareado. Su oración había encontrado respuesta y la respuesta era un milagro. Ronald Decker y él mismo se iban a fugar de San Quintín.

La sirena de la jornada de trabajo ya había sonado, la puerta del patio estaba abierta, y los presos salían en riadas. Earl iba en contra dirección, hacia la rotonda del pabellón Norte. Ron bajaba por la escalera metálica, todavía con cara de sueño, cuando Earl se le tiró encima y le hizo una llave en el cuello.

—Enséñame el culo y te digo cómo se sale de aquí.

—No, que te quedas conmigo seguro.

—Si te lo digo, tú si que te quedas conmigo.

—Hay que arriesgarse. —Entonces Ron advirtió la alegría en el rostro exultante de su amigo—. ¿Me tomas el pelo?

—No, para nada. Es el camión de la basura. —Se puso a boxear en el aire, a hacer fintas y tijeras—. Escúchame, colega. Está de puta madre. Nadie vigila el camión, porque se creen que cualquier tío acabaría muerto ahí dentro. Pero la historia es meterse con alguna barra o algo así, una barra de pesas olímpica, y ponerla contra la pared de dentro del camión. Créeme, la puta trituradora no podrá con ella.

Ron lo miraba incrédulo.

—No puede ser tan fácil.

—Lo acabo de comprobar esta mañana.

—¿Cómo pueden ser tan idiotas?

Earl se encogió de hombros.

—¿A lo mejor no se ha dado cuenta nadie antes? —añadió Ron.

—No se les habrá ocurrido. Igual que a los polis. Con la trituradora, la gente ni se lo plantea.

—Bueno, pues, ¿cuándo nos vamos? ¿Mañana? —preguntó Ron. La proposición era claramente una broma.

—Venga, idiota. Hay que ver adónde va el camión, dónde lo vuelcan, y quedar con tu madre para que nos recoja. O quién sea, si ella no puede...

—Sí que puede...

—Si no puede, esperaremos un par de meses, a que salga T. J. No podemos ir

dando vueltas por ahí como ovejas extraviadas. No duraríamos ni tres días. Tío, cuando te piras de aquí dentro la poli va a por ti. Esto no es un campo de trabajo.

—Yo voy a pegarle un toque a mi madre ya. El cura me dejará llamar a casa. Le diré que venga.

—No, no, visitas no. Si viene sospecharán de ella. Le enviaremos una carta a escondidas. Tiene que parecer que no ha salido de casa ni un momento. —¿Cuánto va a tardar la cosa?

—Un par de semanas. Tenemos que ver qué pasa con los basureros, asegurarnos de que no son soplones, o librarnos de ellos si lo son. Sé que vuelcan el camión en un vertedero de por ahí. Igual tenemos que correr al salir del camión. Me parece que me voy a poner a hacer *footing*, que hay que estar en forma.

—Si te veo haciendo *footing*, me da un ataque al corazón a mí.

—A lo mejor me he pasado.

Una vez iniciados los preparativos de la fuga, todo fue muy rápido. Un secretario de la oficina de mantenimiento encontró el manual del camión y confirmó que la trituradora se podía obstruir y que era imposible que rompiera una barra olímpica de levantamiento de pesas. Además, dentro del camión había espacio para varios hombres. Los dos basureros tenían bastante buena fama. Entonces Earl le pidió a Seeman sus expedientes para averiguar si escondían alguna mácula. Le dijo al teniente que tenía que saberlo para poder evitar un lío y Seeman no hizo más preguntas. En el expediente no constaba que se hubieran chivado nunca y, además, el cómplice criminal de uno de ellos no había sido identificado y seguía libre, lo cual en realidad era una señal de confianza, porque en aquellas situaciones tanto la policía como la junta de la condicional siempre presionaban y amenazaban con castigos. Ron llamó por teléfono a su madre desde la capilla y le confirmó el plan. A continuación, le enviaron una carta con las instrucciones detalladas y ella les confirmó su disponibilidad con un telegrama. Alquilaría un coche, le cambiaría la matrícula y seguiría al camión durante tres días consecutivos desde su salida de la prisión, para poder rescatarlos cuando llegara el momento. Tenía dinero, ropa y otro coche. Ron sabía dónde conseguir un carnet falso, pero prefería hacer él las gestiones al salir. La madre se negó a llevar armas de fuego, una negativa que ya se esperaban tanto Earl como Ron, pero Earl había insistido en pedírselo. La verdad es que daba igual. Sabía dónde conseguir escopetas y pistolas en cuanto llegaran a Los Angeles.

Baby Boy, vestido con un mono blanco salpicado de pintura, consiguió colarse en el patio de la cocina con un carrito, a través de la rampa de acceso. Debajo de una lona había dejado dos barras de levantamiento de pesas, entre dos cubos de pintura y disolvente, además de dos cuchillos envueltos en trapos sucios. T. J. había robado las barras del gimnasio. Era después del almuerzo y los que cortaban las verduras ya se habían marchado. Baby Boy se subió encima de los sacos de patatas y escondió el material entre los sacos y la pared. A pesar de las promesas de la madre de Ron, tenían también ropa de paisano robada de la lavandería y sesenta dólares en efectivo, por si acaso.

La fuga sería el martes. El lunes por la noche Earl estaba tan nervioso que no fue capaz de comer nada. El dolor le oprimía el pecho. Se gastó veinte dólares del dinero de la fuga en dos papelinas de heroína, que mitigaron su ansiedad.

Justo antes del cierre de los pabellones Sur y Este, T. J. y Wayne acorralaron a uno de los basureros, y Vito y Baby Boy al otro, y les explicaron qué se iban a encontrar y les dejaron bien claro cómo debían reaccionar: actuando con normalidad y siguiendo con su trabajo. Se lo habían dicho tan tarde no para impedir que se chivaran, sino para que no lo comentaran con otros presos, que a su vez lo comentarían con otros más, y así evitar que en algún punto de aquella cadena apareciera un chivato y se enterara del plan.

Después del cierre, tanto Ron como Earl ya se habían deshecho de lo que tenían en la celda. Habían regalado cigarrillos, útiles de aseo, ropa y libros. Ron rompió las cartas y los documentos legales, y metió las fotografías en un sobre de papel Manila que llevaría por dentro de la camisa. Earl se guardó dos paquetes de cigarrillos, metió en un sobre una cucharada de café, para el desayuno de la mañana siguiente, y dejó un poco de pasta de dientes encima del cepillo. Lo único que se llevaba eran tres instantáneas dentro del bolsillo de la camisa. «Mierda —se dijo entre dientes—, viaje con menos equipaje que Mahatma Gandhi». Antes de las doce ya estaba profundamente dormido, pero Ron no pegó ojo en toda la noche. Había dejado de fumar hacía meses, pero aquella noche se fumó casi un paquete.

En cuanto levantaron la barra de seguridad y los presos del pabellón Norte salieron a desayunar, Ron fue a ver a Earl a su celda y se lo encontró roncando. La puerta de la celda de honor no estaba cerrada con llave, así que la abrió y le tiró del pie por debajo de la manta. Earl abrió los ojos inmediatamente.

—¡Eh! —dijo Ron, sin saber si tenía que reírse o indignarse—. ¿Qué haces durmiendo todavía?

Earl asintió lentamente con la cabeza, exagerando dramáticamente su paciencia.

—A ver, esta es la primera salida. Los basureros y el conductor ni siquiera salen de la celda hasta dentro de media hora. Falta por lo menos una hora para que el camión se ponga en marcha. ¿Qué vamos a hacer, bajar a la cocina y ponernos a pelar patatas hasta que llegue el trasto?

Ron no pudo contener la risa.

—Vale, pero es que a veces me dejas estupefacto. ¡Estabas durmiendo!

—No hay nada mejor. Pero si me calientas el agua del café me levanto.

Cuando Ron volvió de la fuente del final de la galería con una jarra de agua humeante envuelta en una toalla, Earl se estaba abrochando la camisa azul del uniforme por encima de otra camisa de rayas finas. Ron se sentó en un extremo de la litera inferior y apoyó la espalda contra una pared y los pies en la otra, mientras Earl se lavaba los dientes, se tomaba el café y expulsaba una flema viscosa de fumador empedernido.

A través de las altas ventanas enrejadas se veía el patio y el ambiente desvaído de la prisión, más monocromático aún bajo la luz gris de la mañana. Del pabellón Este, al fondo, empezaba a salir una hilera de presos. Mientras tanto, a sus pies, los residentes del pabellón Norte volvían a entrar en el bloque.

—¿No tendríamos que despedirnos de nuestros amigos? —preguntó Ron.

Earl lo miró y sonrió.

—Sí. Ni me acordaba.

Bajaron a contracorriente y salieron al patio, todavía vacío, excepto por la larga fila que se extendía del comedor hasta el pabellón. El patio se iría llenando a medida que se vaciara el comedor. Ahora solo había una decena de presos, de pie aquí o allí, o caminando de un lado a otro. Ron y Earl cruzaron el patio, dispersando a una bandada de palomas que esperaban que les dieran de comer, y se sentaron en el banco de cemento que había delante del muro del pabellón Este.

A los pocos minutos, aparecieron dos presos que venían de la cola del comedor. Eran T. J. y Wayne. El primero le dio un abrazo a Earl y un apretón de manos a Ron, y el segundo les estrechó la mano a los dos, en orden inverso. Les desearon suerte.

—Sí, buena suerte, hermanos —dijo T. J.—. Ya nos encargamos anoche del idiota del camión. No es mal tío.

—Nos vemos afuera dentro de un par de meses —dijo Earl—. Tengo la dirección de tu familia. Ya te pegaré un toque cuando piense que has salido.

—Si no lo conseguís —dijo Wayne—, os enviaremos un paquete con material de ayuda a la sección B: cigarrillos, café y mierda.

—Si no lo conseguimos —añadió Ron—, a mí me envías arsénico.

—Aquí tampoco se está tan mal —dijo T. J.—. Joder, la cosa está muy animada. —Y entonces le dijo a Earl—: Envíanos un paquete con drogas en cuanto puedas. —Por ti atraco una farmacia.

De un rincón del comedor Sur aparecieron Vito y Baby Boy, atravesando las colas y zigzagueando entre la gente.

—Me alegro de pillaros —dijo Baby Boy, dándoles la mano—. Quería despedirme y desearos suerte.

Vito fue mucho más expresivo, y empezó a hacer el ganso con Ron y a soltar risitas.

—Vale, tío —dijo Earl, apartándole la mano—. Anda que no me voy a alegrar de no volverte a ver.

Los últimos de las colas del comedor se acercaban a la puerta.

—Tenemos que ir ya —dijo Ron.

La banda les dio unas palmadas en la espalda, y Ron y Earl atravesaron el patio y se pusieron al final de la cola.

—Cuando entremos —dijo Earl—, sigúeme a unos tres metros detrás de mí.

Al entrar, Earl se apartó de la cola y no cogió ninguna bandeja. Siguió recto hasta la pared del fondo, donde había varios trabajadores de la cocina fuera de servicio. Los cubrían. Echó un vistazo hacia atrás y vio que Ron lo seguía.

Del mismo modo procedieron en medio de la confusión de la enorme cocina. Nadie los miró, ni siquiera por curiosidad.

Cuando abrió la puerta de la sala donde se preparaban las verduras, había dos

braceros trabajando todavía. Limpiaban los restos del suelo de baldosas con una manguera y limpiacristales. Alzaron la vista y siguieron a lo suyo; ya casi habían terminado.

Earl le aguantó la puerta a Ron para que pasara y le dijo que vigilara el pasillo. Mientras tanto, él se subió encima de los sacos de patatas, y cogió las barras y los cuchillos. Los braceros seguían sin decir nada, pero se apresuraban para recoger cuanto antes los restos de verduras y salir de la habitación. Earl le dio a Ron un cuchillo y se metió el otro dentro de la camisa. Apoyó las dos barras en la pared, junto a la puerta de la zona de carga y se acercó para echar un vistazo al patio y la rampa. Ron seguía vigilando el pasillo.

El camión se oyó primero y después se hizo visible; hubo unos segundos de diferencia. Al oír el motor, Ron sintió que algo en el interior de su pecho le subía a la garganta e intentaba ahogarlo. El camión se oía cada vez más fuerte, bajando en primera. Entonces se paró y cambió de marcha. Empezó a dar marcha atrás.

Earl observaba la torre de vigilancia del muro, recortada delante del cielo gris. El guarda estaba de espaldas, como era habitual. El camión dio marcha atrás y se detuvo a menos de tres metros. Los basureros saltaron del camión y fueron a recoger los cubos.

—Venga, Ron —dijo Earl. El ruido del primer cubo al caer interrumpió sus palabras.

En cuanto Ron empezó a moverse, la tensión se disipó; explotó y desapareció. Se sentía tan tranquilo e indiferente como en cualquier otro momento de su vida y tenía los sentidos tan alerta que captaban intensamente todas las percepciones. Incluso advirtió que a Earl le temblaba la mejilla. Cada uno cogió una barra y se quedaron un momento quietos delante de la puerta.

—Ve tú primero —dijo Earl—. Sujeta bien la barra y no la sueltes.

Earl abrió la puerta y Ron salió al patio. Casi se tropezó con un cubo y le hizo dar un traspié a Earl.

Los basureros los miraron con los ojos como platos, se detuvieron y se apartaron para dejarles espacio.

Ron bajó la cabeza y se hundió en el interior del camión. Dentro, el hedor formaba un muro sólido y empezó inmediatamente a respirar por la boca. Pensó que en cuanto se sentara tenía que sacar un pañuelo y taparse la nariz.

Avanzó, abriéndose paso con la barra. La basura le llegaba hasta las rodillas.

En cuanto vio que la cabeza y la espalda de Ron desaparecían dentro del camión, Earl oyó la puerta de la cabina. Sabía que el guarda iba a bajar. No podía quedarse donde estaba y no tenía tiempo de seguir a Ron. Los pillarían a los dos. Tardó un segundo en procesar todos aquellos pensamientos. Dio la vuelta por detrás del camión y saltó del muelle de descarga, como si fuera a entrar en la cocina. Apareció a menos de un metro del viejo guarda.

—¡Hola, Smitty! —dijo, en un tono como de leve sorpresa.

El guarda levantó la cabeza, pero al reconocer a Earl no sospechó nada.

—¡Copen! ¿Hoy te has desviado un poco de tu camino habitual, no?

Earl llevaba la barra en la mano.

—Sí, se ve que alguien ha sacado esto del gimnasio y lo ha traído a la cocina, vete a saber por qué. Rand me ha mandado a recogerlo.

Al terminar la frase, oyó que tiraban un cubo y supo que Ron estaba seguro.

—Joder, aquí en la cárcel se roban hasta las dentaduras postizas —dijo el guarda.

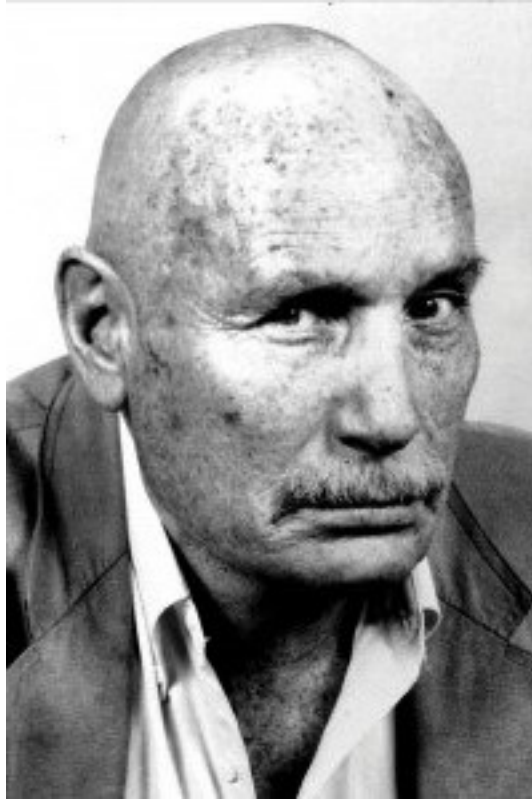
Earl asintió con la cabeza, sin añadir nada más, y se marchó.

En la oscuridad, Ron oyó las voces y reconoció la de Earl, pero no distinguió sus palabras. Que se oyera una conversación, cualquiera, ya era terrible. Perdió toda esperanza; sabía que los habían pillado. Entonces entró un cubo de basura, llenándolo todo de polvo, y sacó el pañuelo. Y otro cubo más. No habían dado la alarma. Sus pensamientos y sentimientos se enmarañaban. Por algún motivo, Earl se había echado atrás. No pudo pensar nada más, porque el motor del camión se puso en marcha y oyó el golpe metálico de la trituradora. Sujetó la barra contra la pared, sosteniéndola con las dos manos como una lanza. La basura le subió por encima de los pies, pero cuando la trituradora topó con la barra de acero se detuvo. Todo se paró durante unos segundos, que le parecieron minutos, y entonces la trituradora se retiró y volvió a verse la rendija que dejaba pasar la luz. La confusión y el terror se evaporaron y dieron paso a una alegría desbordante. Dentro de unos minutos, sería libre. La media docena de paradas que lo esperaban eran un procedimiento rutinario. El obstáculo ya lo había superado. En la hedionda oscuridad del camión, su mente ya había abandonado la cárcel y se ocupaba de la vida.

Desde la penumbra de la cocina, Earl Copen vio cómo el alto camión de la basura se alejaba torpemente por la rampa. Tenía los labios apretados, casi entre los dientes, y los ojos muy cerrados, para moderar el escozor. Su amigo se había ido y él se quedaba, pero prefería que fuera libre uno a que no lo fuera ninguno. Aun así, un hondo dolor lo consumía por dentro.

Pero cuando el camión desapareció, se dio la vuelta y soltó una risotada irónica. «Bah, a la mierda —se dijo—. Ya me montaré algo aquí. Ahí fuera seguramente me hubiera muerto de hambre».

Era una forma de ver las cosas, tan buena como cualquier otra.



EDWARD HEWARD BUNKER (Hollywood, California, 31 de diciembre de 1933 - Burbank, California, 19 de julio de 2005) fue un escritor de novelas policíacas, guionista y actor estadounidense. Escribió numerosos libros, algunos de los cuales se han adaptado al cine.

De niño Bunker fue brillante pero conflictivo, por lo que pasó gran parte de su infancia en diferentes hogares e instituciones. Muy temprano se transformó en un criminal, y siguió este sendero durante muchos años, ingresando en prisión una y otra vez. Fue culpable de varios delitos: robo de bancos, narcotráfico, extorsión, robo a mano armada y falsificación. Bunker fue amigo cercano de Danny Trejo, al que conoció en «Folsom State Prison», una prisión de California en la que ambos cumplieron condena. Un repetitivo patrón de condenas, libertades condicionadas, fugas, etc. continuó hasta que salió de prisión en 1975. En ese momento acabaron sus días como criminal y se dedicó a escribir y, más tarde, a actuar. Habría pasado dieciocho años de su vida encerrado en distintos reformatorios y prisiones.

Su primera novela, titulada *No Beast So Fierce* (1973) fue adaptada al cine por Ulu Grosbard y Dustin Hoffman, quien compró los derechos a Bunker; el resultado final fue *Straight Time*. No consiguió buenas críticas ni éxito comercial, pero Bunker participó en el guion y además tuvo su primer papel en una película. En 1977 publicó *The Animal Factory*, consiguiendo críticas favorables; en el año 2000 fue adaptada al cine por el actor Steve Buscemi. Eventualmente tuvo fugaces apariciones y cameos en muchas películas, como *The Running Man* basada en la novela de Stephen King, *Tango y Cash* y la exitosa *Reservoir Dogs* de Quentin Tarantino, donde interpreta a

Mr. Blue. Además de escribir el guion, también representó un papel en *Animal Factory*, basada en su novela del mismo nombre.

En 1977, se casó con Jennifer, una joven abogada. En 1994, nació su primer hijo, Brendan.

Bunker murió el 19 de julio de 2005 en California, a la edad de 71 años, a consecuencia de una intervención quirúrgica para mejorar la circulación de las piernas.

Notas

[1] Fragmentos de la canción de Bob Dylan *Mr. Tambourine Man*. <<

[2] En inglés, «buitre». <<